

UC Berkeley

UC Berkeley Electronic Theses and Dissertations

Title

Una mirada dialéctica a las representaciones discursivas de la invasión estadounidense a Puerto Rico en 1898

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/8xj1h5vh>

Author

Diaz-Velez, Jorge

Publication Date

2017

Peer reviewed|Thesis/dissertation

**Una mirada dialéctica a las representaciones discursivas de la invasión
estadounidense a Puerto Rico en 1898**

By

Jorge Díaz Vélez

A dissertation submitted in partial satisfaction of the
requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
in
Hispanic Languages and Literatures
in the
Graduate Division
of the
University of California, Berkeley

Committee in charge:

Professor Ivonne del Valle, Chair
Professor Daylet Dominguez, Co-Chair
Professor Elena Schneider

Spring 2017

Copyright © 2017 by Jorge Díaz Vélez

All rights reserved

Abstract

Una mirada dialéctica a las representaciones discursivas de la invasión estadounidense a Puerto Rico en 1898

by
Jorge Díaz Vélez

Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures
University of California, Berkeley
Professor Ivonne del Valle, Chair

The Spanish-American War of 1898 ended Spain's colonial empire in the Western Hemisphere, and represented the symbolic pinnacle of U.S. imperialism throughout the Caribbean and the Pacific. During this historical juncture, the U.S. launched the invasion of Puerto Rico and established itself as the governing power. My analysis of this defining event in Puerto Rico's history focuses on the 'discursive' and 'representational' practices through which the dominant representations and interpretations of the Puerto Rican campaign were constructed. In revisiting the U.S. 'imperial texts' of '98, most of which have not been studied extensively, it is my intent to approach these narratives critically, studying their ideological and political significance regarding the U.S. acquisition of Puerto Rico as a colony.

The 'War of '98' has been typically represented as an inter-metropolitan conflict, thus relegating to a secondary place the contestatory discourses produced within the colonies. It is the purpose of my dissertation to examine 'dialectically' the cultural counter-discourse produced by the Puerto Rican Creole elite alongside the U.S. official discourses on Puerto Rico, concerning its colonial past under Spanish domination, the military occupation of the island, and its political and economical future under the American flag. With this purpose in mind, I chose to study four post-1898 Puerto Rican novels, specifically José Pérez Losada's *La patulea* (1906) and *El manglar* (1907), and Ramón Juliá Marín's *Tierra adentro* (1912) and *La gleba* (1913), all of which have been underestimated and understudied by literary scholars.

As a gesture of resistance in the face of the disruption of the old social order (that is, the old patterns of life, customs, traditions and standards of value) caused by the U.S. invasion and occupation of Puerto Rico in 1898, the island's intellectual elite—most of which were descendant of the displaced coffee *hacendado* families—responded by fabricating an ideology-driven national imaginary and iconography that proposed a hispanophile, nostalgic, and romanticized rendering of the late-19th century coffee landscape (i.e. the pre-invasion period) as an idyllic *locus amoenus*, thus becoming an emblem of national and cultural identity and values against American capitalist imperialism, the 'Americanization' of Puerto Rico's economy and political system, and the rapid expansion of U.S. corporate sugar interests.

This dissertation has two distinct yet complementary purposes: first, it examines critically the imperial/colonial power relations between the United States and Puerto Rico since 1898, while questioning the hegemonic discourses both by the Americans and the Puerto Rican cultural elite regarding Puerto Rico's historical and political paths; secondly, it is an attempt to do justice to the literary works of two overlooked Puerto Rican novelists, approaching them critically on several levels

(historical, literary, and ideological) and bringing their works out of the shadows and into today's renewed debates around Puerto Rico's unresolved colonial status and U.S. colonial practices still prevalent today.

Agradecimientos

En estas líneas quisiera expresar mi agradecimiento a aquellas personas que de un modo u otro colaboraron durante el largo proceso de investigación y redacción de la disertación doctoral. He aquí el fruto de años de sacrificios, responsabilidad y compromiso que no hubiera sido posible sin el apoyo de todos de ustedes.

Primero, quiero agradecer a mis padres, Carlos y Eliadina, por su constante apoyo, comprensión y cariño, y sobre todo por nunca haber dudado de mí. Gracias por siempre estar desde lejos al pendiente de mis penas y disfrutando cada uno de mis logros. ¡Éste último se los dedico a ustedes!

A mis hermanos, Carlos y Pilar, agradezco el apoyo incondicional que me han ofrecido en todos estos años de estudio a pesar de la distancia física.

A mis grandes amigos, cómplices, hermanos putativos y compañeros de la vieja guardia, Walter y Rafa, gracias por permitirme crecer con ustedes entre tantas celebraciones y desaciertos. En fin, gracias por tantas conversaciones, confidencias, memorias e historias vividas, y por toda la buena música.

A mis nuevos amigos del Área de la Bahía, muy en especial a William, Alex, Lola, por las buenas charlas y momentos compartidos, y ayudarme a sobrellevar este difícil y largo camino del doctorado.

A los profesores Esteban Tollinchi y Roberto Milano por haberme enseñado con su ejemplo lo que es ser un verdadero humanista e intelectual.

También agradezco a mi comité de tesis; a los profesores Ivonne del Valle, Daylet Domínguez y Elena Schneider por su paciencia con mis errores y digresiones y guiarme a través de la investigación.

A Verónica López, nuestra Graduate Advisor, por mantenerme encaminado e informado durante los años del doctorado y por ser una de las pocas personas, dentro del campus universitario, que me brindó su tiempo y su atención, y que me escuchó y me aconsejó cuando más lo necesité.

No quiero pasar por alto a los estudiantes de bachillerato a quienes enseñé en mis cursos de Español en UC Berkeley, durante los pasados años y de quienes tanto aprendí. Gracias por haberme regalado tantas bonitas memorias, y algunas de las experiencias formativas más enriquecedoras e importantes, no sólo en el ámbito de mi trayectoria profesional sino incluso de mi vida.

Y por último, pero no menos importante, agradezco a mi amada Diana, por su amor, paciencia y apoyo incondicional. Fueron muchas las trasnochadas, las frustraciones, las distracciones y las fluctuaciones de ánimo trabajando en esta investigación. Gracias por ser mi sostén emocional durante los pasados dos años, y también por animarme cuando más lo necesitaba, por contagiarme con tu esperanza y optimismo, por enseñarme a confiar más en mí mismo y a ver el lado positivo de las cosas y las situaciones, y por mostrarme con gestos, y no con palabras trilladas, que el verdadero amor no tiene límites. Terminar la disertación doctoral no hubiera sido posible sin ti.

Contenido

Agradecimiento.....	i
Introducción.....	iv

PARTE I

Capítulo I: Los antecedentes del '98 y los rudimentos del discurso expansionista estadounidense (1880-1898).....1

1.0. Introducción.....	1
1.1. John Fiske y el fundamento racial y étnico en la construcción de la política expansionista en la antesala de la invasión a Puerto Rico.....	2
1.2. Rev. Josiah Strong y la teología del expansionismo estadounidense y la evangelización protestante del mundo caribeño.....	8
1.3. El resurgimiento de la 'leyenda negra' y el sentimiento anti-español en los discursos imperiales estadounidenses en los umbrales del '98.....	15
1.4. La patologización del mal y la barbarie del colonialismo español en los textos 'imperialistas' sobre Puerto Rico.....	18

Capítulo II: Los 'americanos' y sus 'textos imperialistas': la "guerra simbólica" y representacional en torno a la invasión de Puerto Rico en 1898.....25

2.0. Introducción.....	25
2.1. Puerto Rico como "teatro de guerra"; la representación de la campaña militar del '98 en <i>Uncle Sam's Soldiers</i> de Oscar Phelps Austin.....	32
2.2. Richard Harding Davis y el discurso reduccionista en torno a la campaña militar en Puerto Rico.....	39
2.3. El humorismo y la crítica satírica en la representación de la campaña militar en Puerto Rico en los artículos periodísticos de Finley Peter Dunne y Albert Gardner Robinson.....	45

PARTE II

Capítulo III: La hispanofilia y la reconstrucción de la hacienda cafetalera *pre* '98 en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba* de Ramón Juliá Marín.....54

3.0. Introducción.....54

3.1. El replanteamiento del '98 desde la perspectiva del escritor utuadeño Ramón Juliá Marín.....60

3.2. La idealización y mitificación del paisaje montañoso cafetalero *pre* '98 en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*.....65

3.3. La construcción del personaje 'trágico' del hacendado cafetalero en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*.....71

Capítulo IV: El discurso económico del capitalismo estadounidense y la ruptura del discurso patriarcal y paternalista puertorriqueño.....79

4.0 Introducción.....79

4.1. La construcción discursiva de Puerto Rico como un 'paraíso' comercial y su función en el proceso de desarrollo del comercio azucarero en la isla.....83

4.2. La llegada del 'advenedizo' capitalista y la destrucción del 'idilio' nacional *pre* '98.....89

4.3. El *topos* literario de la 'casa patriarcal' como referente para la construcción de la identidad nacional puertorriqueña.....93

4.4. La representación 'textual' del puertorriqueño como un "noble salvaje" y la imposición del tutelaje imperial.....99

4.5. La representación 'visual' del "otro" puertorriqueño en la práctica fotográfica colonial.....104

Conclusión.....109

Bibliografía.....111

Introducción

“En el imperialismo, la batalla principal se libra, desde luego, por tierra. Pero cuando toca preguntarse por quién la poseía antes, quién posee el derecho de ocuparla y trabajarla, quién la mantiene, quién la recuperó y quién ahora planifica su futuro, resulta que todos esos asuntos habían sido reflejados, discutidos a veces, por algún tiempo, decididos, en los relatos.” (13)

Edward Said, *Cultura e imperialismo*

“No hay un aspecto de la vida española, cubana, filipina, puertorriqueña o norteamericana que no esté marcado por las consecuencias políticas y culturales del 98, desde la historia de los trabajadores, el azúcar, el tabaco y el café, hasta el desarrollo de las historiografías “nacionales””. (195)

Arcadio Díaz Quiñones, *El arte de bregar*

La breve guerra entre los Estados Unidos y España en 1898 representó, simultáneamente, el final del imperio colonial español en el hemisferio occidental y el pináculo del poderío imperial estadounidense a través de la región del Caribe y del Pacífico. La calculada intervención militar del gobierno estadounidense en las últimas etapas de la lucha emancipadora cubana, abrió paso a una ‘nueva era’ de hegemonía militar, política y económica de los Estados Unidos en el Caribe hispano. Desde muy temprano en el siglo 19, la nación anglosajona había demostrado interés en la región geográfica del Caribe. En su séptimo mensaje anual al Congreso en 1823, el presidente James Monroe proclama la conocida doctrina Monroe, que dejaba entrever sus aspiraciones hegemónicas y ponía sobre el tapete los intereses geopolíticos y económicos, de la entonces incipiente nación norteamericana, en los países del hemisferio americano. Quince años después, el periodista estadounidense de origen alemán, Francis Joseph Grund, sugiere en *The Americans in Their Moral, Social, and Political Relations* (c. 1837) que la nación estadounidense, que apenas se encontraba en pleno auge expansionista hacia el oeste y el Golfo de México, debía “conquer and subdue the nearest islands” (412), en clara referencia al archipiélago de las Antillas. La tesis sobre la innata tendencia emprendedora y expansionista del carácter y la personalidad del pueblo estadounidense, como uno de los fundamentos identitarios motrices de la nación norteamericana, será defendida posteriormente por el historiador estadounidense, Frederick Jackson Turner, en su seminal ensayo “The Significance of the Frontier in American History” de 1893. Esta idea será sostenida y promovida con insistencia en la década anterior a los eventos del 1898, por otras influyentes figuras estadounidenses, como el historiador John Fiske y el ministro y teólogo protestante Josiah Strong, quienes fungieron entre los principales ideólogos y apologistas de la política expansionista de los Estados Unidos. En los años que sirvieron de preámbulo al conflicto armado del ‘98, cuando el Caribe ya se había convertido en una pieza clave e imprescindible para la consolidación del nuevo poder imperial estadounidense en el continente, Fiske y Strong legitimaron y promovieron en sus escritos la tesis de la superioridad política, civil, moral y racial del pueblo anglosajón; el primero desde las bases de la historiografía y la sociología política y el segundo desde las del “evangelismo social”.

Mi estudio sobre el contexto del ‘98 comienza examinando cuáles fueron las principales influencias filosóficas y culturales, así como los fundamentos ontológicos y epistemológicos, y los tropos, símbolos y recursos lingüísticos, que conformaron la

retórica imperial y expansionista estadounidense desde 1880 hasta 1898. Con este propósito, dedico el primer capítulo a examinar los rudimentos ideológicos que configuraron el discurso expansionista estadounidense de finales del siglo 19, y que contribuyeron a incitar y promover la intervención militar de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano del '98, que concluyó con la ocupación militar de Puerto Rico. Utilizando como objeto de estudio algunos textos de Fiske y Strong, publicados a mediados de la década de 1880, estudio cómo sus escritos y postulados cimentaron las bases ideológicas y simbólicas de la política expansionista de los Estados Unidos, durante las postrimerías del siglo 19, mediante un complejo proceso de 'simbiosis' entre diversos discursos relevantes de la época, en materia científica (determinismo, darwinismo social), económica (capitalismo, industrialismo), geopolítica y religiosa (providencialismo, protestantismo), en virtud de los cuales se presentó como lógica y necesaria la conquista de los nuevos territorios para dispersar la riqueza 'cultural' y 'racial' (teutona, anglosajona) de los Estados Unidos a través del Continente. Otros de los recursos retóricos empleados por los teóricos e ideólogos expansionistas, como hábiles armas ideológicas en la "guerra simbólica" contra el imperio español, fueron la 'utopía pre-hispánica' y el mito de la 'leyenda negra', ambos casos estudiados en el primer capítulo.

Si bien el antiespañolismo e hispanofobia tiene profundas raíces religiosas en Europa, que resultaron del intenso anti-catolicismo y anti-romanismo heredados de la Reforma protestante del siglo 16, en el caso de los Estados Unidos el sentimiento antiespañolista se recrudeció en el siglo 19, como resultado de las disputas políticas, económicas y territoriales contra España y las antiguas colonias hispanas. En su ensayo "The Spanish Legacy in North America and the Historical Imagination", el historiador David J. Weber estudia la persistencia de la 'leyenda negra' durante el avance expansionista de los estadounidenses por América del Norte, principalmente en el contexto de la guerra entre México y los Estados Unidos en el año de 1846. "The Black Legend informed Anglo Americans' judgments about the political, economic, religious, and social forces that had shaped the Spanish provinces from Florida to California, as well as throughout the hemisphere" (Weber 7). Según Weber, los efectos de esta propaganda antiespañolista se observan en los escritos en favor de la independencia del Estado mexicano de Texas y de su anexión a los Estados Unidos, que emergen desde 1836, en cuyas páginas se presenta una imagen distorsionada de España y sus antiguas colonias en América, y se les considera como 'obstaculizadores' de las ambiciones imperiales estadounidenses (7). Como ocurrirá en Puerto Rico en 1898, la representación 'patologizante' del pasado colonial español en los discursos imperiales estadounidenses se transfiere, por asociación, al sujeto hispanoamericano, en este caso el mexicano. Como resultado de la Guerra mexicano-estadounidense de 1846 –conflicto instigado por las ambiciones expansionistas estadounidenses y las provocaciones y controversias fronterizas–, México perdió más de la mitad de su territorio nacional. Entre los años 1819 y 1848, la naciente nación estadounidense inicia un proceso de consolidación de su hegemonía y poder político-territorial, que conllevó el ensanchamiento de sus fronteras territoriales y de su área de influencia económica. Durante el proceso de invasión y expolio de los territorios hispanos en América, tanto en México como en el Caribe, el mito de la 'leyenda negra' actuó como un recurso justificador. Más recientemente, dentro del marco de la actual presidencia de Donald Trump, es evidente un resurgimiento y reavivamiento de esta añejada hispanofobia en los controvertidos debates en torno a la educación bilingüe y la inmigración ilegal de latinos a los Estados Unidos, etc.

Este sentimiento antiespañol se estructuró, discursivamente, bajo la forma de una oposición dicotómica entre el *viejo régimen* imperial español y el *nuevo régimen* imperial estadounidense, inspirada grandemente en el mito de la ‘leyenda negra’. Propongo pensar la citada dicotomía hispano-anglosajona, promovida tanto por los ideólogos tempranos del expansionismo como por los escritores posteriores al ‘98, como una manifestación de eso que la lingüista e investigadora canadiense, Mary Louise Pratt, denominó como las ‘estrategias de inocencia’ o la retórica de la “anti-conquista”. Mientras las poderosas naciones-imperio, como Inglaterra y los Estados Unidos, proyectaban una imagen positiva de sus respectivas políticas imperialistas, como empresas pacíficas, civilizatorias, desinteresadas y altruistas, reiteraban al mismo tiempo su hegemonía política y económica sobre las naciones consideradas ‘menos avanzadas’. Esta doble función es evidente en la Proclama del General Miles a los habitantes de Puerto Rico de 1898, en cuyas breves líneas les asegura que “This is not a war of devastation”, mientras les pide lealtad y acatamiento a los principios y normas de orden que establecía la nueva administración militar estadounidense. La retórica eufemística de la ‘anti-conquista’ también se evidencia en el simple hecho de que la ocupación militar estadounidense de Puerto Rico es referida con frecuencia en los relatos imperialistas como ‘campana’ militar y nunca como ‘invasión’.

La oposición hispano-anglosajón sirvió como un tronco ideológico del cual se ramificaron toda una serie de dicotomías (catolicismo-protestantismo, monarquismo-liberalismo, oscurantismo-cientificismo, barbarie-civilización, etc.), que operaron en detrimento de los primeros y constituyeron una de las bases discursivas sobre las que se cimentaron la dominación colonial estadounidense de Puerto Rico, el perenne tutelaje político y económico, y la violenta campana de ‘americanización’ a los puertorriqueños, dirigida a socavar sus raíces culturales. También sirvió el propósito de perpetuar la imagen estereotipada del sujeto colonial, como uno incivilizado, dependiente, indolente e incapacitado para auto-gobernarse. Por causa del mestizaje cultural y ascendencia hispana/latina, y de la pobreza, subdesarrollo y trastornos históricos, culturales y psicológicos heredados tras siglos de coloniaje español, la sociedad puertorriqueña será descrita en los ‘textos imperialistas’ estadounidenses como una dócil, atrasada, indolente y derrotista, y, por consiguiente, incapacitada para el autogobierno y necesitada del tutelaje colonial y del paternalismo político de los Estados Unidos. De esta manera, el proceso de patologización de la sociedad puertorriqueña acarreado dentro de los ‘textos imperialistas’ proveyó un discurso legitimador del imperialismo ‘pediátrico’ y ‘tutorial’ de los Estados Unidos en Puerto Rico.

La perspectiva ‘imperial’ sobre la invasión estadounidense de Puerto Rico en 1898: los textos imperialistas estadounidenses

La Guerra de Independencia cubana (1895-1898), mejor conocida como la Guerra del ‘95, supuso un hito en la historia de los medios de comunicación al constituir el primer conflicto bélico que traspasó los límites del campo de batalla y los despachos diplomáticos para batirse en los medios de prensa escrita. Basta referir la guerra ‘mediática’ sin cuartel que se declaran William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, propietarios de los periódicos neoyorquinos *Journal* y *World*, respectivamente, por el dominio de la cobertura informativa de la Guerra del ‘98. Es dentro de este contexto que surge la prensa de corte amarillista. Esta ‘contienda mediática’ –que Arcadio Díaz Quiñones llamó la “guerra simbólica”– se intensificará a ambos lados del Atlántico en 1898 con la intervención militar de los Estados

Unidos en el conflicto hispano-cubano. Tal como ocurría en la ciudad de Nueva York, los periódicos de la Metrópoli española se valieron de aparatos “simbólicos” y retóricos muy similares para promover la superioridad del imperio español y consolidar el antiamericanismo entre los lectores españoles. Mientras los principales periódicos y semanarios neoyorquinos promovían el sentimiento nacionalista y la propaganda antiespañola entre sus lectores, la prensa conservadora española servía de vocero de los principios ideológicos del conservadurismo y tradicionalismo ‘canovista’ contra el carácter democrático-liberal de la nación anglosajona. Por esta razón, cualquier aproximación crítica al contexto bélico del ‘98 hace precisa una referencia al rol de los medios de comunicación estadounidenses, particularmente del periodismo y la literatura, como herramientas ideológicas del Estado.

La Guerra del ‘98 generó, dentro y fuera de los Estados Unidos, un flujo sin precedente de publicaciones (que cubrían una amplia gama de registros y estilos diversos), que para propósitos de esta investigación serán referidos como ‘textos imperialistas’. El Capítulo 2 aborda la función instrumental que cumplieron estos textos en la producción ‘simbólica’ destinada a consolidar el proyecto colonial y expansionista en las islas del Caribe y del Pacífico. La coyuntura del ‘98 presentó una oportuna ocasión a los Estados Unidos para ampliar su influencia económica y política en el Caribe y abrir nuevas vías comerciales al capital estadounidense. Como resultado, el gobierno de los Estados Unidos emprendió, el 25 de julio de 1898, la invasión y ocupación militar de Puerto Rico y se estableció como el poder hegemónico en la región. La ‘Isla del Encanto’, que no se encontraba en guerra contra España y que hacía menos de un año había firmado la ‘Carta Autonómica’, entró de esta manera dentro de los ambiciosos planes colonialistas y expansionistas de los Estados Unidos. Con base en lo anterior, algunas de las preguntas que sirvieron de punto de partida de mi reflexión e investigación pueden formularse así: ¿Cuál fue el impacto de los ‘textos imperialistas’ estadounidenses en los debates políticos, culturales e historiográficos posteriores en suelo puertorriqueño? ¿Cuáles fueron las principales preocupaciones e intereses de quienes escribieron sobre Puerto Rico a finales del siglo 19? ¿Qué clase de estrategias retóricas emplearon los autores para representar a Puerto Rico y los puertorriqueños? ¿Qué tipo de imagen estos libros presentan a su público destinatario? ¿Cómo se relacionaban estos textos con las diversas agendas que los Estados Unidos tenían para el recién adquirido territorio de Puerto Rico?

Es dentro de este contexto que emerge el amplio y heterogéneo catálogo de ‘textos imperialistas’ sobre Puerto Rico, algunos de los cuales serán estudiados en el Capítulo 2. A raíz de la invasión, llegan a la Isla muchos escritores estadounidenses (entre ellos corresponsales de guerra, periodistas, capitalistas, etc.), con el propósito de documentar el recién adquirido territorio e inscribirlo dentro del imaginario público estadounidense. La eventualidad del acontecer histórico del ‘98 en Puerto Rico estuvo en gran medida determinada, al menos en el aspecto mediático, por esta oleada de escritores estadounidenses, quienes ostentaban el poder representacional y epistémico del lenguaje; en este caso el inglés, la lengua imperial. Para propósito de esta investigación, agrupé los ‘textos imperialistas’ en dos grupos principales. El primero comprende las crónicas y los relatos sobre la “campana militar” de Puerto Rico. Estos textos se caracterizaron por su patrioterismo y chauvinismo exacerbado, y por su estigmatización y desprestigio del gobierno español y sus instituciones militares y religiosas. El discurso estigmatizante hacia España se complementó con los elogios al coraje de los regimientos de voluntarios, compuestos en su mayor parte

de soldados jóvenes e inexpertos, y al impecable suceso de la empresa expansionista y civilizatoria.

Como discuto a inicios del Capítulo 2, la coyuntura política del '98, sobre todo en el caso de la campaña militar en Puerto Rico –que fue caracterizada por muchos como un “picnic”, por causa de su corta duración y escasez de dramatismo bélico–, presentó condiciones oportunas para ensayar una suerte de teatro militarista de patriotismo y hacer partícipes a los ciudadanos estadounidenses del impulso militar y expansionista del emergente imperio, y de los asuntos políticos internacionales y domésticos de la nación. Partiendo de esta premisa inicio mi estudio abordando el rol político e ideológico que cumplió el sistema de educación pública estadounidense en la promoción del reclutamiento voluntario militar en las escuelas. De este proceso doctrinario formaron parte textos pedagógicos como *Uncle Sam's Secrets: A Story of National Affairs for the Youth of the Nation* (1897) y *Uncle Sam's Soldiers: A Story of the War with Spain* (1898), ambas de la autoría de Oscar Phelps Austin. Desde los centros de enseñanza se infundieron en la juventud estadounidense aquellos valores ciudadanos y nacionales en sintonía con la ideología patriótica e imperialista de la época. Austin construye en *Uncle Sam's Soldiers* una apología del sistema de reclutamiento militar, instruyendo a los jóvenes –como son los protagonistas, Daniel Patterson (Dan), un adolescente común de West Virginia, y su mejor amigo, Henry Wilkins– acerca de las peculiaridades de la carrera militar, mientras promueve el alistamiento como voluntarios en el servicio militar. De esta manera, *Uncle Sam's Soldiers* cumplió una función de adoctrinamiento y ejemplificación, al mismo tiempo que incitaba, por medio de los recursos narrativos, ese instinto de aventura que los jóvenes disfrutaban.

Además de los textos pedagógicos de Austin, en este proceso también participaron las muchas crónicas y artículos periodísticas sobre la “campaña militar” en Puerto Rico, escritas por los corresponsales de guerra estadounidenses para la prensa nacional. Entre éstas escogí los textos *Mr. Dooley in Peace and in War* (1898) de Finley Peter Dunne, *The Cuban and Porto Rican campaigns* (1898) de Richard Harding Davis, y *The Porto Rico To-Day* (1899) de Albert Gardner Robinson, que se caracterizan por su humorismo irónico y paródico. Escogí a estos escritores no sólo por su común infravaloración y menosprecio de los puertorriqueños, sino además por la posición privilegiada que ostentaron dos de ellos como testigos oculares del evento, tras haber acompañado a los primeros destacamentos militares estadounidense que arribaron en la isla, en calidad de corresponsales de guerra. No obstante, contrario a los escenarios más dramáticos, angustiosos y belicosos de las expediciones militares en Cuba y Filipinas, el éxito casi fulminante de la campaña militar en Puerto Rico terminó transformando este evento de gran trascendencia histórica –no sólo para el nación ‘invadida’ sino también para la ‘invasora’– en una instancia humorística o suerte de *comic relief* dentro del drama mediático del '98. Dada la brevedad y escasa beligerancia, a la ‘campaña militar’ en la isla se le restó importancia, e incluso llegó a considerársele como un “gran’ picnic an’ moonlight excursion” o “festive scene” (Dunne 22, 35); como un “successful military picnic”, “magnified field-day”, “sort of comic-opera war” (Davis 296); e incluso como una “opera bouffe” (Robinson 47). Esta representación dista mucho de las imágenes más icónicas de la guerra, en el sentido tradicional del término. Pretendo mostrar en este estudio cómo, bajo la apariencia inocente del humor, las citadas publicaciones de Davis, Dunne y Robinson ocultan la violencia de la invasión militar y del proyecto colonialista en Puerto Rico, así como sus efectos inmediatos sobre la sociedad y cultura puertorriqueñas. Esta perspectiva

reduccionista, estereotipada y humorística sobre la escena bélica en Puerto Rico, que estudio en detalle en el Capítulo 2, no sólo privó a Puerto Rico de una épica nacional –soslayando episodios significativos y dramáticos, como los combates ocurridos en Coamo y en las alturas del Asomante en Aibonito–, sino que también cumplió una función instrumental en la producción simbólica destinada a consolidar el proyecto colonial estadounidense en la isla.

El segundo grupo de ‘textos imperialistas’, agrupa aquellas publicaciones enfocadas en las ‘posibilidades’ materiales y económicas del nuevo territorio dentro del marco de la racionalidad moderna, que cumplían el propósito de atraer a futuros inversionistas, comerciantes y posibles turistas dedicados al *voyerismo* de lo natural, e incentivar y promover la economía y el intercambio comercial en la isla. Por medio de distintas estrategias retóricas y tropos literarios, como el *topos* o *locus* del ‘jardín tropical’, la naturaleza tropical puertorriqueña se transformó dentro de estos textos en un lugar de promesa y porvenir económico. Dentro de estos textos se encuentran diversos documentos e informes gubernamentales, entre ellos *Report on the Island of Porto Rico, its Population, Civil Government, Commerce, Industries, Productions, Roads, Tariff and Currency with Recommendations*, que el comisionado Henry K. Carroll sometió al Congreso en 1899, y *First Annual Report*, redactado en 1901 por Charles H. Allen, el primer gobernador civil de Puerto Rico bajo las disposiciones de la Ley Foraker. En las páginas de este último, Allen describe la prodigalidad de la naturaleza tropical como un paraíso, aunque uno claramente ‘económico’, cuyas riquezas naturales están ahí para que el “hombre” estadounidense las explote y capitalice.

Allen se sirve de un lenguaje más economicista que literario para describir el paisaje isleño. Su visión más pragmática de la naturaleza, asociada con la idea de progreso, difiere de la concepción que construyen para la misma fecha los novelistas ‘noventayochistas’ del naturaleza rural puertorriqueña, que se transforma en una suerte de arcadia mítica y preindustrial, anterior a la llegada contaminante del capitalismo industrial estadounidense. Por el contrario, los textos estadounidenses muestran una perspectiva más ‘pragmática’ y ‘utilitaria de la naturaleza isleña, que se percibe como paraíso, aunque como uno domesticable, aprehensible, y sobre todo mercadeable, conforme a los intereses capitalistas de los Estados Unidos en la época. Dentro de esta naturaleza exuberante y pródiga, el campesino puertorriqueño aparece representado como un ser indolente y carente de la voluntad, el interés comercial y la fuerza expansiva que caracteriza a los pueblos emprendedores e industriosos, como el estadounidense. Esta mirada otrificadora del puertorriqueño, que implicó una apropiación de la idea rousseauiana del “noble salvaje”, sirvió para cultivar y fomentar la falsa creencia de que los habitantes de la isla no eran aptos para gobernarse a sí mismos ni capaces de explotar las riquezas del país.

A pesar de las diferencias estilísticas y argumentales que encontramos en las representaciones ‘imperiales’ de la ocupación militar de Puerto Rico, la naturaleza isleña y sus habitantes, en última instancia estos textos no resultan tan diferentes ideológicamente. Si bien textos como los de Dunne y Robinson cuestionan y critican la invasión en sus aspectos más accidentales, nunca lo hacen en sus aspectos éticos y legales. Desde los textos anteriores a la invasión, escritos a mediados de 1880 por Fiske y Strong, hasta las publicaciones posteriores a 1898, escritas por Davis, Dunne y Robinson, la retórica estuvo adscrita a la ideología expansionista e imperialista de los Estados Unidos. Los textos citados comparten un mismo esquema ideológico, que insiste en la superioridad política, civil, moral y racial del pueblo anglosajón, y en la

generalizada desestimación de los territorios conquistados, sus habitantes y sus costumbres. Con estos dos capítulos iniciales, en definitiva, intento abrir un espacio de reflexión que posibilite una lectura dialéctica entre los ‘textos imperialistas’ estadounidenses y los textos producidos en la colonia por algunos miembros la élite cultural, a la que pertenecen los novelistas ‘noventayochistas’, Ramón Juliá Marín y José Pérez Losada, a quienes dedico los últimos dos capítulos.

La perspectiva ‘colonial’ sobre el ‘98 en Puerto Rico: un acercamiento crítico a las novelas ‘noventayochistas’ puertorriqueñas

Mi investigación sobre la “guerra simbólica” del ‘98 está inspirada en la lectura del libro *Cultura e imperialismo*, del crítico y teórico literario Edward Said. Para Said, el sistema de dominación imperial trasciende la esfera militarista y el campo de batalla, extendiendo su soberanía al universo de los símbolos, las imágenes y las representaciones colectivas, en donde con frecuencia se desdibujan las líneas entre la historia y la fábula. Este combate de ideas, formas, imágenes e imaginarios culturales, gestado en el marco de la guerra inter-imperial del ‘98, es nombrado por Arcadio Díaz Quiñones como la “guerra simbólica”. Este universo ‘representacional’ y ‘simbólico’ vinculado a la cultura, no está en cambio determinado por una sola autoridad monológica, sino que incorpora un complejo movimiento de respuesta en el que la cultura del colonizado interviene como un factor dialógico y de resistencia. Por esta razón, Said concibe la cultura no como un espacio pasivo y consagratorio, sino como “un auténtico campo de batalla” (*Cultura e imperialismo* 14). Al igual que otros teóricos postcoloniales, Said quiebra el monolitismo imperial y reposiciona el espacio social, político y cultural del colonizado como uno activo y político. Esto ocurre porque las prácticas artísticas (descriptivas y representacionales) y culturales son inseparables de su contexto de elaboración y coexisten, en un plano autónomo y relacional, con las esferas económicas, sociales y políticas. Una de la manifestaciones de esta respuesta o resistencia cultural al aparato representacional del imperio emerge desde la literatura de las colonias. Entre las formas culturales estudiadas, Said pone particular énfasis en el género literario de la novela, al que atribuye una “inmensa importancia en la formación de actitudes, referencias y experiencias imperiales” (13).

En *Cultura e imperialismo*, Said nos invita a considerar la experiencia del imperialismo como una compleja y multiforme. Siguiendo esta línea de pensamiento, me pareció interesante y necesario revisitar el ‘98 desde una perspectiva dialógica. Si bien la invasión de las fuerzas militares y económicas estadounidenses a Puerto Rico no produjo una contundente resistencia armada o civil de parte de los puertorriqueños, sí generó una considerable respuesta simbólico-cultural de la élite cultural letrada. Como indiqué anteriormente, esta investigación se centra en la producción novelística escrita en Puerto Rico en respuesta a la invasión y ocupación militar de los Estados Unidos en 1898. Abordar la coyuntura del ‘98, sin considerar la “experiencia cruzada” entre el imperio y la colonia, y la “interdependencia de los terrenos culturales en los cuales el colonizador y el colonizado coexisten y luchan unos con otros a través de sus proyecciones, sus geografías rivales, sus relatos, y sus historias” (24), resultaría una tarea incompleta, infructuosa y estéril. El contrapunto que establece Said entre estas dos fuerzas (imperial-colonial), queda establecido en este trabajo en su división interna en dos partes. La primera parte de la disertación, que comprende los capítulos 1 y 2, está dedicada a la perspectiva ‘imperial’ sobre los sucesos del ‘98 en Puerto Rico, partiendo desde sus antecedentes más inmediatos.

Seguidamente, la segunda parte, que abarca los dos capítulos restantes, se centra en la perspectiva ‘colonial’, principalmente en el contra-discurso cultural configurado en las novelas ‘noventayochistas’ puertorriqueñas, por autores casi olvidados en la actualidad, como Juliá Marín y Pérez Losada.

La Guerra del ‘98 ha sido típicamente representada como un conflicto bipartito –es decir, como uno esencialmente ‘inter-imperial’ o ‘inter-metropolitano’–, un acercamiento simplista y reduccionista que no captura la complejidad inherente al evento y que ha tendido a ensombrecer y relegar a un segundo plano el discurso contestatario producido en las colonias, sobre todo en Puerto Rico. La mirada infravalorativa que promueven los textos estadounidenses del ‘98 puertorriqueño, es contrastada dialécticamente en los últimos dos capítulos mediante el análisis de algunas novelas ‘noventayochistas’ puertorriqueñas, actualmente olvidadas, que presentan una perspectiva muy distinta de la invasión del ‘98 y de sus consecuencias políticas, sociales, culturales y psicológicas más inmediatas. Este cuerpo de novelas configura, cada una con sus propios matices y elementos ficcionales, una narrativa contestataria que se contraponen a los escritos imperialistas –tanto españoles como estadounidenses– que conformaron la “guerra simbólica” del ‘98. Contrario al triunfalismo chauvinista que promueven los medios estadounidenses, la élite cultural puertorriqueña desarrolla, a inicios del siglo 20, un discurso más trágico y victimizante del ‘98 en Puerto Rico, que los pensadores ‘treintistas’ sintetizan posteriormente con la noción paradigmática del “trauma del ‘98”.

La política de americanización en Puerto Rico y el desmantelamiento de la economía agrícola local a principios del siglo 20 a manos de los intereses capitalistas del azúcar, generaron una reacción de malestar entre los miembros del sector letrado y cultural puertorriqueño, cuya preocupación ideológica por la identidad nacional estaba ligada con los intereses y agendas político-culturales de la desplazada burguesía cafetalera decimonónica. Poco después de ponerse en vigor la Ley Foraker de 1900, los miembros de la élite letrada que habían visto inicialmente con una esperanza no exenta de cierto escepticismo la llegada de los estadounidenses, desarrollaron un discurso cultural y nacional de carácter hispanófilo y nostálgico, alineado con el ‘antiamericanismo’ conservador español del siglo 19 y del primer tercio del siglo 20. Dentro de este contexto irrumpen las olvidadas novelas ‘noventayochistas’ *Tierra adentro* y *La gleba* de Ramón Juliá Marín, y *La patulea* y *El manglar* José Pérez Losada, escritas entre 1906 y 1912, en las que, a mi juicio, se esbozan algunos de los principios ideológicos y ‘simbólicos’ del posterior pensamiento ‘treintista’ y del paradigma del ‘98 como una “penosa década”, “etapa de tránsitos y de traumas” (Manrique Cabrera 159). Con el fin de destacar con mayor relieve la perversidad del nuevo régimen imperial en Puerto Rico e insertarse en los procesos representacionales y simbólicos de la época, Juliá Marín y Pérez Losada recurrieron a un discurso idealizador del pasado colonial y la naturaleza rural isleña anterior al 1898, así como del orden social y económico de la hacienda señorial cafetalera pre-invasión.

Sobre la construcción mitificada y distorsionada del pasado rural puertorriqueño pre-invasión en las novelas ‘noventayochistas’

El proceso de invocación e idealización del pasado anterior a la invasión, realizado por la élite cultural puertorriqueña, forma parte de los mecanismos de respuesta que, según Said, son usados con frecuencia por los letrados de las colonias para hacer frente al discurso hegemónico imperial y promover sus ideologías, en

muchos casos, emancipadoras y antiimperialistas. Como en otras instancias citadas por Said, la élite cultural puertorriqueña vio la necesidad de proyectar su poder hacia atrás en el tiempo, hacia el período inmediatamente anterior al '98, como una manera de denunciar el proceso de americanización en las esferas de la producción económica y cultural, y de reivindicar la legitimidad de su causa. Los escritores puertorriqueños contemporáneos a la invasión, entre ellos Manuel Zeno Gandía, Matías González García y los propios Juliá Marín y Pérez Losada, conocían el poder movilizador de las imágenes y tradiciones construidas y conformada por recuerdos y evocaciones nostálgicas y mitificadoras. Evitando caer en lecturas superficiales, estereotipadas y conciliatorias sobre este corpus literario, mi lectura de las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada se propone analizar críticamente sus estrategias retóricas y construcciones simbólicas utilizadas, a raíz de la invasión del '98, para delimitar una autoconciencia nacional y proyectar desde la escritura una imagen colectiva, conciliadora y homogénea de la patria —que se representa como una 'gran familia' nacional—, frente a la violenta campaña de americanización cultural y económica, y a los acelerados cambios sociales y políticos, generados a partir de 1900 con la proclamación de la Ley Foraker.

En los primeros dos capítulos, discutí la función instrumental que cumplió el binomio hispano-anglosajón dentro del marco de la “guerra simbólica” del '98 entre España y los Estados Unidos. Como una respuesta al aparato representacional y simbólico del imperio, los novelistas ‘noventayochistas’ proceden, de manera consciente, a invertir el contenido semántico del citado binomio, por medio del cual lo anglosajón pasa a constituir el valor negativo, mientras los valores asociados al pasado hispano (religión, cultura e idioma) son reivindicados como los baluartes de la “puertorriqueñidad”. Como resultado de esta inversión semántica, la hacienda cafetalera tradicional y el viejo hacendado criollo cafetalero del siglo 19, entre los que se establece una equivalencia, adquieren en las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada, una generalizada dimensión poética, idealizada y sobre todo ‘trágica’. En estas tempranas narrativas del ‘trauma’ del '98, estudiadas en los Capítulos 3 y 4, la élite cultural escencializa la crisis económica de la burguesía cafetalera, que se transforma en una ‘tragedia’ y ‘pérdida’ colectiva y nacional. De esta manera, estos relatos, según señala Francés Negrón-Muntaner (*Boricua Pop*), resultan ser reproductivos, porque “validan a la comunidad lastimada” (35).

La invasión estadounidense ocurre en un momento en que Puerto Rico atravesaba por un proceso de transformación capitalista. Este escenario favoreció la consolidación de una emergente clase criolla propietaria o hacendada que fue adquiriendo gradualmente mayor influencia y poder en el marco político y económico de la colonia, y que no tardaría en manifestar su oposición a las limitaciones que imponía el control español del comercio para el desarrollo de su producción de mercancías. En vista de los reclamos, el gobierno metropolitano ejerció, inicialmente, una férrea represión a través del aparato de Estado, que pasará a los anales de la historia puertorriqueña como ‘el año terrible del '87’. No obstante, por causa de la apremiante situación del '98, España cede la autonomía a Puerto Rico, como un gesto desesperado por conservar sus últimas posesiones territoriales. A pesar de la tardía implantación de la autonomía en la isla, la Carta Autonómica es todavía hoy considerada por muchos como un documento fundacional en la historia política puertorriqueña. Esta idea pervive todavía dentro del imaginario de las redes sociales y medios de comunicación digitales. Basta ver la existencia de grupos sociales de Facebook, como ‘Movimiento de Reunificación con España’ y ‘Autonomía para Puerto

Rico', que en la actualidad proclaman, desde una posición hispanófila, absurdamente anacrónica y trasnochada, el afán quijotesco de devolver la isla de Puerto Rico a España, como una comunidad autónoma. Esta nostalgia y afán de retorno simbólico al período anterior a la invasión, es decir, al pasado colonial de Puerto Rico, evidencian la atadura atávica de dependencia colonial latente todavía entre la población puertorriqueña.

En realidad la Carta constituyó un documento colonial, que aseguraba el “mando superior” de la metrópoli española sobre las relaciones diplomáticas, las fuerzas armadas y la defensa del territorio. Si bien la Carta estableció un Consejo de Administración insular que aseguraba la participación criolla en los asuntos locales y potestad en materia de Gracia y Justicia, Gobernación, Hacienda y Fomento (Obras Públicas, Instrucción y Agricultura), sólo podían “tomar asiento” en el mismo aquellos criollos que poseyeran, con dos o más años de antelación, “una renta propia anual de 4,000 pesos” (Art. 6), y los propietarios que figurasen “en la lista de los 50 mayores contribuyentes por territorial, o en la de los 50 primeros por comercio, profesiones, industria y arte” (Art. 7). En otras palabras, el celebrado decreto que dispuso la implantación del Gobierno Autónomo en la isla sólo extendía sus derechos a una fracción minoritaria del país, compuesta por la emergente burguesía criolla (comerciantes, hacendados), vinculados por intereses comunes de carácter económico, social, cultural e histórico con la metrópoli española. La inmediata derogación del gobierno autónomo por el gobierno militar estadounidense en 1898 y la subsiguiente implantación de la Ley Foraker en 1900 representaron para la clase hacendada criolla un retroceso en términos de los poderes adquiridos con la ‘Carta Autónoma’ de 1897. Ambos eventos serán representados por los novelistas aquí estudiados como una violenta usurpación del dominio y poder, real y simbólico, de la burguesía criolla, particularmente la cafetalera.

Las nuevas estipulaciones de tarifas arancelarias instituidas por la Ley Foraker, conocidas como las ‘leyes de cabotaje’, desfavorecieron a los caficultores en la montaña, pero privilegiaron, en cambio, el comercio monopólico del azúcar en la costa. El gobernador Allen cumplió una labor efectiva en este sentido, utilizando su gobernación para fomentar el monopolio azucarero de las empresas estadounidenses, a las cuales estaba ligado por intereses económicos particulares. El resentimiento del Juliá Marín contra la derogación de la autonomía, las estipulaciones de la Ley Foraker y el proceso de sustitución del café por la caña de azúcar como cultivo principal del país, lo encarnan Juliá Marín y Pérez Losada en los diversos personajes ‘trágicos’ y ‘paternalistas’ de ex-hacendados cafetaleros que pueblan sus novelas, como don Atanasio y Antero Medina (*Tierra adentro*), Feliciano Matos (*La gleba*) y el padre de Enriqueta (*La patulea*), todos estos arruinados por causa del ‘98. Como respuesta a los discursos hegemónicos estadounidenses, estos novelistas construyen a principios del siglo 20 una iconografía de lo ‘autóctono’ y lo ‘puertorriqueño’, deudora del pasado colonial hispano, mediante la cual mitifican y esencializan el mundo señorial de las haciendas de finales del siglo 19, convirtiéndolo en emblema de la ‘puertorriqueñidad’. En las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada, la crisis y los intereses de la burguesía cafetalera se muestran en función de unos intereses comunes y colectivos, opuestos a los de la fuerza opresora y enemiga de los Estados Unidos.

Este proceso de evocación de valores y símbolos, mediante el cual se buscaba conferir un falso sentido de colectividad, conllevó en cambio la sobresimplificación de la compleja estructura social de la hacienda y el enmascaramiento de las injusticias

y desigualdades sociales existentes. La visión hegemónica y totalizante que construye el imaginario cultural-nacional puertorriqueño sobre el '98 –esa “teología del '98”, como la llamó Carlos Pabón en su libro *Nación Postmortem*– implicó el silenciamiento, la negación e incluso omisión de otras posturas o actitudes contrarias a los intereses de clase del sector hacendado, como las de la clase obrera campesina y las de un sector más tecnológico, progresista y especializado de la clase profesional criolla, compuesto por científicos agrícolas e ingenieros criollos. Si los primeros vieron la invasión estadounidense como una posible liberación de las represivas medidas anti-obreras impuestas por el sistema colonial español y los constantes maltratos de los patronos hacendados, peninsulares o criollos, los segundos la verán como un paso importante hacia la modernización e industrialización del país. A partir de la década del 80, el metarrelato del '98 será criticado y cuestionado por críticos literarios como José Luis González Arcadio Díaz Quiñones, Juan G. Gelpí, Ángel G. Quintero Rivera, Negrón-Muntaner, Rubén Ríos Ávila, Carlos Pabón y Luis Felipe Díaz, e historiadores como Laird W. Bergad y Fernando Picó.

Reapropiación y re-significación del paisaje cafetero pre-1898 en las novelas del escritor utuadeño, Ramón Juliá Marín

En la última década se ha visto un resurgimiento del café en el imaginario sociocultural y económico de Puerto Rico. Esta revalorización del café y de la hacienda cafetalera del siglo 19, está íntimamente conectada a diversos factores, que van desde la moda de los baristas y la cultura de los ‘coffee shops’, hasta las nuevas campañas turísticas y educativas, enfocadas en las antiguas haciendas cafetaleras de la región montañosa central, que promueven una recuperación y revalorización del paisaje cafetalero. Tómese por ejemplo el proyecto la nueva ‘Zona del Café’, iniciado en el 2008 por la Compañía de Turismo y compuesto por 10 haciendas cafetaleras certificadas por el Departamento de Agricultura, que promueve el agroturismo en los municipios cafetaleros de San Sebastián, Lares, Las Marías, Adjuntas, Jayuyas y Ponce. También cabe mencionar las campañas educativas, como el proyecto “Los Caminos del Café” desarrollado por Cafiescencia (una organización educativa privada sin fines de lucro), que promueve charlas dirigidas a los estudiantes y maestros de las escuelas del sistema público, tanto en la zona cafetalera como metropolitana. Este resurgimiento del cafetal como emblema nacional surge paralelamente a la crisis fiscal que afecta actualmente a Puerto Rico. En tiempos de inseguridad como los que se viven hoy en la Isla, en que vuelven a sentirse con particular intensidad los efectos y las limitaciones que impone el colonialismo económico y político estadounidense, se adopta nuevamente el paisaje cafetalero como símbolo patrimonial y autóctono ante los intereses económicos de los Estados Unidos en Puerto Rico.

Este proceso de reapropiación simbólica y mitificación del paisaje cafetalero y del mundo señorial de las antiguas haciendas decimonónicas, es iniciado muy temprano en el siglo 20 por los miembros de la élite cultural puertorriqueñas, entre los que se encuentra el novelista utuadeño Ramón Juliá Marín, cuyas novelas son estudiadas en el Capítulo 3. Durante estos años, en los que se pone en marcha una agresiva política de americanización y el monocultivo azucarero sustituye al café como principal producto de exportación nacional, el espacio simbólico de la hacienda cafetalera cumplió una función esencial en la creación de imaginarios identitarios, con los que se buscaba brindar a la sociedad puertorriqueña una razón de ser y un sentido de pertenencia, histórica y cultural. Con este propósito, Juliá Marín

reinventa en sus novelas *Tierra adentro* y *La gleba* el paisaje montañoso del interior de la isla, no sólo como un gesto de resistencia o respuesta al aparato simbólico y representacional del imperio, sino además como un modo de agenciarse una autorrepresentación que autorizara su hegemonía de clase y el control sobre las clases subalternas. La construcción de la hacienda cafetalera como un espacio de pugna, en que la vitalidad del capitalismo ausentista azucarero desplaza el ‘viejo orden’ paternalista y señorial (constituido por el sector cafetalero), produce en las novelas de Juliá Marín una imagen idealizada y mitificada del paisaje ‘preindustrial’ de la hacienda cafetalera, que se transforma en una suerte de *locus amoenus*, más justo e igualitario, y una imagen ennoblecida de la figura ‘trágica’ del paternal hacendado cafetalero.

La pugna hispano-anglosajona que discuto en los primeros dos capítulos se manifiesta dentro del imaginario colectivo y los discursos político-culturales puertorriqueños de la época en la oposición entre el café y el azúcar. Mientras el café representa la planta autóctona, el foráneo e imperial azúcar se transforma en las novelas de Juliá Marín en la planta “intrusa” (*La gleba* 30, 43) y “mala semilla” (*Tierra adentro* 92). Al momento de publicación de las novelas de Juliá Marín, la industria cafetalera se ‘criolliza’ y surge la noción de que producir café es un quehacer autóctono y un patrimonio colectivo, símbolo de la prosperidad agrícola del periodo pre-invasión. Esta reconstrucción del paisaje cafetalero, cimentada en la ideología e intereses económicos particulares de la élite criolla, es la que desarrolla Juliá Marín en sus novelas. De esta manera, el café y la caña, que habían coexistido y se habían desarrollado como principales productos de exportación durante el siglo 19, se convierten dentro de la literatura puertorriqueña en productos antagónicos y en bastiones ideológicos representativos de dos sistemas socio-económicos y políticos opuestos: a un lado, la economía de subsistencia precapitalista, representativa del mundo señorial de finales del siglo 19, y al otro, la industria capitalista azucarera de la costa, dominada por las empresas estadounidense. La pugna entre el café y el azúcar y sus respectivos medios de producción, anticipa por varias décadas el ensayo “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”, del antropólogo cubano Fernando Ortiz, publicado en 1940. Contrario al caso cubano, el tabaco fue favorecido, como un producto libre de arancel, en la estructura tarifaria colonial de los Estados Unidos, convirtiendo a muchos agricultores de las regiones montañosas de la isla al cultivo del tabaco entre 1900 y 1940. Mediante la nacionalización y polarización de los dos principales productos agrícolas del país, Juliá Marín consigue que la crisis del sector cafetalero trascienda la esfera socioeconómica, para convertirse en un conflicto de dimensiones políticas y nacionales que amenaza el patrimonio económico y cultural de toda la nación.

La caída del sector hacendado cafetalero, como grupo hegemónico e influyente en el plano económico-social de finales del siglo 19, se transpone a las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada a través de diversas estrategias narrativas, como son la construcción de la figura ‘trágica’ y protagónica del antiguo hacendado decimonónico (don Atanasio, Antero Medina y el padre de Enriqueta); la infructífera gestión de estos antiguos hacendados por restaurar su posición de poder y legitimar su herencia; la desgracia e impotencia de los descendientes “desheredados” de la clase hacendada (Roque y Tránsito, Luisa y Enriqueta) y los arquetipos ‘trágicos’ del *eros* femeninos (Faña y Tránsito, Luisa y Enriqueta); la idealización de la naturaleza rural y del pasado agrario pre-invasión; y, por último, el reacercamiento espiritual al pasado colonial hispano. Mediante estas estrategias narrativas, que en la mayoría

de los casos opacan las condiciones históricas y la precariedad de los desposeídos campesinos, estas novelas construyen un discurso ‘trágico’ y ‘victimizador’ de la clase social hacendada decimonónica, así como de la gesta redentorista acarreada por la élite cultural, con que se intentaban ‘subsana’ el “trauma” del ‘98.

El resquebrajamiento del viejo orden de la gran hacienda colonial y del mito de ‘la gran familia’ nacional puertorriqueña en las novelas de José Pérez Losada

Además de la construcción del relato idealizador de la hacienda cafetalera pre-invasión, que dentro del espacio narrativo de las novelas de Juliá Marín se transforma en un suerte de refugio simbólico, los novelistas ‘noventayochistas’ también recurrieron a la reescritura de la metáfora ‘familiar’ a través del emblema de la nación, como vehículo de reafirmación cultural e identitaria y de rescate de los valores asociados con la cultura señorial de la hacienda de finales del siglo 19. José Pérez Losada, un prestigioso periodista y escritor andaluz, llegado como inmigrante a Puerto Rico en 1895, es uno de los novelistas ‘noventayochistas’ que recurre, desde temprano en la primera década del siglo 20, a la configuración discursiva de constructos homogeneizadores como la ‘gran familia puertorriqueña’. A raíz de la invasión del ‘98, Pérez Losada se sumó al sector intelectual isleño que se propuso defender los perfiles del hispanismo puertorriqueño frente al peligro inminente que representaban los influjos culturales estadounidense. Sus novelas *La patulea* (1906) y *El manglar* (1907) formaron parte de este proyecto cultural. Dentro del esquema familia-nación que construyen sus novelas, Pérez Losada erige la configuración socioeconómica de la hacienda tradicional y a la figura dirigente y paternal del hacendado como bienes fundamentales de su nación soñada.

Frente a la amenaza de la presencia estadounidense, la esfera político liberal y cultural puertorriqueña comenzó a movilizar, entre 1904 y 1924, las metáforas totalizadoras de la ‘familia’ y la ‘casa’. Las metáforas de la ‘familia’ y el ‘hogar’, entre otras, se convierten en un asidero o artificio salvífico y mitificador frente al “trauma” del ‘98, y en un desesperado acto simbólico de recuperación de la ‘armonía’ social del mundo señorial de la hacienda *pre* ‘98 y del sistema de normas y de valores tradicionales y morales que lo regían. Pérez Losada sitúa en sus novelas los confines del *pre* ‘98 dentro del confort del entorno familiar y doméstico de la infancia de los miembros de la decaída burguesía cafetalera. En otras palabras, el período idílico de la infancia –“aquellos días venturosos” y “apacibles” (53, 40)– transcurre en un Puerto Rico colonial y preindustrial mitificado, anterior a la invasión, en que los hacendados cafetaleros y demás miembros de la burguesía decimonónica disfrutaban de mayores ingresos económicos y mejor status social. Esa idílica estampa familiar de la infancia, a la vez efímera e imperecedera, dentro del seno de la hacienda, se ve amenazada con las nuevas condiciones políticas y económicas impuestas a raíz de la invasión, que resultaron muy desfavorecedoras para la economía cafetalera.

Los políticos y empresarios estadounidenses centraron su interés económico en el establecimiento y desarrollo de las grandes centrales e industrias azucareras, que resultaban más rentables. Este reenfoque en el monocultivo azucarero requirió de la aprobación congresional. Con el fin de agilizar y legitimar los procedimientos de expropiación de grandes extensiones de tierra y la monopolización de la economía agraria puertorriqueña, el Congreso de los Estados Unidos redactó e instauró una serie de enmiendas y nuevas leyes fiscales, entre ellas la Ley de Rentas Internas del 31 de enero de 1901, conocida comúnmente como la ‘Ley Hollander’, que estableció tasas elevadas en la propiedad de tierras. La aprobación de esta ley, determinada en

gran medida por los intereses corporativos del azúcar, agravó aún más la precaria situación económica del sector agrícola puertorriqueño, que todavía se recuperaba de las cuantiosas pérdidas ocasionadas a la agricultura del país por el huracán San Ciriaco del 1899. Por causa de las tasas elevadas en la propiedad de tierras, muchos pequeños y medianos agricultores puertorriqueños se vieron obligados a poner sus tierras a producir, lo cual resultaba muy difícil, sino imposible, dado el ritmo y nivel de producción masivo que imponía la industrialización y el capitalismo, o en cambio a venderlas a precios inferiores al costo. En el proceso, la clase hacendada cafetalera fue gradualmente desplazada de su antiguo sitio social. Con el propósito de acentuar la crisis que sufre la clase hacendada por causa de la invasión del '98, Pérez Losada construye en sus novelas prototipos trágicos y fatídicos del núcleo familiar hacendado, desintegrado por causa del ingente proyecto de americanización puesto en marcha por la invasión. Dentro del discurso novelístico de Pérez Losada, mientras el espacio de la hacienda y la casa grande de la hacienda representan el hogar-nación, el hacendado paternalista cafetalero y el iletrado campesino agregado que labra sus tierras encarnan la dinámica paterno-filial dentro del esquema de la 'gran familia' nacional. Bajo el amparo de las metáforas de la 'familia' y el 'hogar', la élite política y cultural puertorriqueña enmascaró las tensiones raciales y la profunda desigualdad social y económica de la época, así como las insalvables fisuras y contradicciones ideológicas de su proyecto político y cultural.

El cuarto y último capítulo está dedicado al análisis de las novelas *La patulea* (1906) y *El manglar* (1907) de Pérez Losada, en cuyas páginas se reflejan los efectos de los procesos de expropiación de tierras agrícolas y de americanización económica en la sociedad puertorriqueña. Ambas novelas tratan sobre la difícil y traumática experiencia de desarraigo de la tierra natal y de las raíces históricas, culturales y nacional, que, según el novelista, contribuyó a minar la autoridad social y simbólica que tuvo en el pasado el hacendado y a socavar los cimientos de la economía señorial tradicional durante el primer lustro del siglo 20. Por medio del empleo de estrategias retóricas y narrativas, que no sólo transfiguran la realidad histórica y social del país, sino que están cargadas de un enorme peso ideológico, Pérez Losada aborda en sus novelas diversos temas de relevancia en la esfera política y cultural de la época, como eran el colapso de la economía cafetalera nacional, el proceso expropiatorio de tierras autorizado por el Congreso, y la querrela sobre la transferencia de tierras campesinas a los intereses económicos del capital ausentista azucarero.

Uno de los aspectos narrativos estudiados en estas novelas es la representación de la amenaza de desintegración del idilio agrícola, económico y político de la burguesía criolla de fines del siglo 19 tras los eventos del '98. En *La patulea*, este período idílico –“aquellos días venturosos” y “apacibles” (53, 40)– es invocado, y de paso mitificado, a través de las nostálgicas e idealizadas memorias de la infancia de personajes como Jorge Ibarra, Luisa y Enriqueta. Si bien estos personajes han decaído socialmente, conservan intacta su conciencia de clase social y el recuerdo vivo de su infancia 'idílica' entre las comodidades de la burguesía hacendada. Luego, prosigo con el estudio de la representación de la caída de la estructura física de la 'casa grande' del hacendado, padre de Enriqueta, dentro de *La patulea*. Interpreto la caída de la 'casa grande' como una representación del colapso del *habitus* de la hacienda tradicional decimonónica, de carácter señorial, ante la desvalorización del patrimonio material y simbólico del hacendado que impone las nuevas leyes fiscales y tarifarias estadounidenses. En último lugar, estudio el espacio central que ocupa el motivo del 'triángulo amoroso' en las novelas de Pérez Losada, como una estrategia

narrativa para abordar la intervención del advenedizo capitalista estadounidense en los asuntos económicos y políticos. En las novelas aparecen dos triángulo amoroso: el primero entre Jorge Ibarra, Luisa y Mr. Muller (un empresario rico y fetichista, con intereses canaleros en Panamá), y el segundo entre Antonio, Enriqueta y Mr. Dely, un despiadado agente del tesoro. En el último caso, el agente del fisco, Mr. William Dely aparece de improviso en las tierras del arruinado hacendado, padre de Enriqueta, en representación del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, con el propósito de expropiar sus tierras. Capitalizando sobre la precaria situación económica y de salud del anciano padre de Enriqueta, que lo pierde todo en el huracán San Ciriaco, el donjuanesco y hedonista personaje de Mr. Dely se propone seducir y poseer a Enriqueta, su objeto de deseo, con dinero y falsas promesas. Al igual que la aparición de Mr. Muller supuso el quebrantamiento del idilio infantil entre Jorge y Luisa, la llegada de Mr. Dely a las tierras del padre de Enriqueta echa al suelo el efímero idilio amoroso entre Antonio y Enriqueta –quienes encarnan una ideal alianza social, que raya en la utopía, entre el campesino humilde y trabajador y la familia hacendada– y las esperanzas de reconstrucción y restitución del orden social de la hacienda cafetalera cifradas en ellos.

El ‘triángulo amoroso’ entre Antonio, Luisa y Mr. Dely cumple varias funciones alegóricas dentro del texto. Por un lado, sirve como alegoría del resquebrajamiento de la estructura social de la hacienda cafetalera y del mito de ‘la gran familia puertorriqueña’. Por el otro, sirve como alegoría de la desigual alianza matrimonial y colonial entre los Estados Unidos y Puerto Rico, y también del expolio de tierras perpetrado en la colonia, por medio de las leyes fiscales adoptadas por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos en beneficio de los intereses económicos de las corporaciones azucareras extranjeras. En las novelas de Pérez Losada, la violencia de género sobre los cuerpos femeninos de Luisa y Enriqueta es indisociable del proyecto imperialista de conquista y colonización de la tierra agrícola de Puerto Rico. Sacando provecho de la precaria situación de Luisa y Enriqueta, la imperial figura del advenedizo termina poseyendo y colonizando el objeto del deseo por medio del sacramento matrimonial. Una vez son poseídas sexualmente y convertidas en ‘botín de guerra’, Luisa y Enriqueta terminan trágicamente abandonadas en la miseria.

Capítulo I

Los antecedentes del '98 y los rudimentos del discurso expansionista estadounidense (1880-1898)

1.0. Introducción

La intervención de los Estados Unidos en el conflicto armado entre Cuba y España de 1898 dejó una huella indeleble en la historia y la cultura contemporáneas del Caribe hispano. Desde muy temprano en el siglo 19 los Estados Unidos habían demostrado un gran interés por América Latina, en especial por la adquisición de la isla de Cuba. La doctrina Monroe, proclamada por el presidente James Monroe en su séptimo mensaje anual al Congreso en 1823, dejaba entrever sus aspiraciones hegemónicas y ponía sobre el tapete los intereses geopolíticos y económicos de la incipiente nación al declarar que “[...] the American continents, by the free and independent condition which they have assumed and maintain, are henceforth not to be considered as subjects for future colonization by any European powers” (Monroe, citado en Moore 1). De esta manera, la doctrina Monroe se convirtió en una piedra angular de la futura política exterior de los Estados Unidos. Otros ideólogos pioneros en la promoción de las aspiraciones expansionistas estadounidenses, algunos de los cuales serán estudiados más adelante en este capítulo, fueron los políticos, James G. Blaine (1830-1893), Henry Cabot Lodge (1850-1924) y Theodore Roosevelt Jr. (1858-1919); el científico y político, John William Burgess (1844-1931); el historiador y filósofo, John Fiske (1842-1901); el historiador y estratega naval, Alfred Thayer Mahan (1840-1914); y el teólogo y misionero protestante, Rev. Josiah Strong (1847-1916).

En este primer capítulo se estudian los rudimentos del discurso imperialista que suscitaron la intervención militar de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano del '98. Sobre todo, enfocaré en la construcción de la oposición binaria entre el 'viejo régimen' imperial español y el 'nuevo régimen' imperial estadounidense. A un lado del binomio se encuentra España, la nación 'tiránica', 'bárbara', 'preindustrial', 'monárquica' y 'tradicionalista'; al otro se encuentran los Estados Unidos, la nación 'pacifista', 'civilizada', 'industrial', 'liberal' y 'capitalista'. Mientras la primera es símbolo de lo pasado y lo caduco (i.e. pre-historia del '98), la segunda se erige como el emblema de la civilización moderna y del progreso a finales del siglo 19 (i.e. post-historia del '98). Como discutiré más adelante, este binarismo está inspirado en gran medida en el mito de la 'leyenda negra' antiespañola, que establece una dialéctica entre “imperios generadores” e “imperios depredadores”¹ (Vélez, Bueno). Esta construcción dialéctica se presenta de diversas formas, siempre en detrimento de España y de las instituciones (religiosas, políticas, económicas, etc.) que la representan. Otras formas en las que se presenta esta dialéctica dentro de los discursos imperialistas estadounidenses son las siguientes: civilización y barbarie, protestantismo y catolicismo, científicismo y oscurantismo, liberalismo y

¹ En su libro *Sobre la Leyenda Negra* (Madrid: Encuentro, 2014), Iván Vélez Cipriano guía su interpretación de la 'leyenda negra' a partir de la dialéctica entre “imperios generadores” e “imperios depredadores”. Esta interpretación Vélez Cipriano la acuña el filósofo español Gustavo Bueno Martínez, quien expone la mencionada dialéctica en su libro *España frente a Europa* (Barcelona: Alba Editorial, 1999). Más adelante explicaré a fondo esta dialéctica y su relación con la oposición que establece H. Spencer entre sociedades “industriales” y “preindustriales”.

monarquismo, anglosajón y hispano, entre otras. Analizaré la oposición hispano-anglosajona a través de los textos “Manifest destiny” (1885) del historiador John Fiske, y *Our Country: Its Possible Future and its Present Crisis* (1885) del Rev. Josiah Strong. Distingo estos dos ideólogos del expansionismo porque permiten captar, desde disciplinas distintas, algunos de los preceptos centrales bajo los cuales se elaboró y justificó la ideología expansionista estadounidense, como fueron la lógica del capitalismo y del progreso industrial, las pautas positivistas y evolucionistas, la obsesión con el ‘destino manifiesto’ y la predestinación histórica, el providencialismo y la infusión del determinismo científico y del protestantismo de corte calvinista.

El uso maniqueo de la oposición hispano/anglosajón devino en estas obras tempranas, escritas poco menos de dos décadas antes de los eventos del 1898, en una retórica de racismo y exclusión que sirvió para institucionalizar el tutelaje imperial en sus futuras posesiones territoriales y perpetuar una imagen estereotipada del sujeto colonial, como uno incivilizado e incapacitado para auto-gobernarse. Aunque Fiske y Strong ostentan una marcada influencia de las doctrinas del ‘darwinismo social’ y del ‘destino manifiesto’, ambos abordan el tema racial y nacional desde perspectivas distintas. Fiske valida la tesis de la superioridad política, civil y racial de la nación anglosajona desde la historiografía y la sociología política (i.e. los estudios sociológicos de Herbert Spencer). Strong, por su parte, lo hace desde las bases del “evangelismo social”, que identificó el progreso de los Estados Unidos en términos providenciales. Por último, cabe aclarar que el presente análisis se centra menos en los aspectos históricos que preludiaron el conflicto armado del ’98, que en los aspectos ‘discursivos’, ‘simbólicos’ y ‘representacionales’ (i.e. palabras, signos e imágenes) mediante los cuales las naciones poderosas, como Gran Bretaña y los Estados Unidos, promovieron y justificaron la política expansionista en la coyuntura económica mundial de finales del siglo 19. A continuación, examino cuáles fueron sus argumentos centrales, sus influencias filosóficas y culturales, sus fundamentos ontológicos y epistemológicos, y los tropos retóricos que conformaron el discurso imperial estadounidense desde 1880 hasta 1898.

1.1. John Fiske y el fundamento racial y étnico en la construcción de la política expansionista en la antesala de la invasión a Puerto Rico

En 1885, el historiador estadounidense John Fiske publicó en la edición de marzo de la revista *Harper’s New Monthly Magazine*, de la que fue un asiduo colaborador, un artículo titulado “Manifest destiny”. Este artículo había sido dictado previamente en la Institución Real de la Gran Bretaña en el mismo año. La importancia del artículo de Fiske radica en que manifiesta el desarrollo, aún embrionario, de la oposición ‘discursiva’ entre España y los Estados Unidos, que alcanza su punto culminante en 1898. Esta oposición se sustenta bajo la premisa de la doctrina del “destino manifiesto” –noción que da título al artículo de Fiske–, que planteaba que las civilizaciones anglosajonas (es decir, británicas y estadounidense) habían adquirido históricamente los factores sociales, morales y éticos (democracia, civilismo, liberalismo, federalismo, industrialismo, protestantismo), además de biológicos y raciales (descendencia teutónica) que los capacitaba, e incluso obligaba moralmente, a continuar a la cabeza del proceso civilizatorio y del desarrollo global. Mediante un discurso que integraba los últimos conocimientos científicos (e.g. las ciencias sociales de Comte y Spencer), con los aspectos ‘espirituales’ (protestantismo, calvinismo) y ‘materiales’ (económicos, tecnológicos, etc.) propios de la modernidad,

los Estados Unidos se erigen ‘simbólicamente’ como el poder salvífico del mundo moderno. Uno de los principales voceros de esta ideología es el propio Fiske, quien a lo largo de su artículo promueve la responsabilidad de los Estados Unidos de expandir su idioma, instituciones y tradiciones democráticas más allá de sus fronteras geográficas:

It is enough to point to the general conclusion that the work which the English race began when it colonized North America is destined to go on until every land on the earth's surface [...] shall become English in its language, in its traditions, and to a predominant extent in the blood of its people. (588)

En su afán imperialista, los ideólogos del expansionismo estadounidense de finales del siglo 19, echaron mano a un cúmulo de discursos y doctrinas geopolíticas (doctrina Monroe, destino manifiesto), religiosas (providencialismo) y científicas (determinismo, darwinismo social), todas ellas justificativas de la política expansionista y en virtud de las cuales se presentaba como lógica y necesaria la conquista de nuevos territorios para dispersar la riqueza ‘racial’ (teutónica, anglosajona) e ‘histórica’ de los Estados Unidos, enclavada hasta ese momento en la costa oriental del continente. Mediante una ‘simbiosis’ parcial entre los intereses (epistemológicos, ontológicos y hegemónicos) de la ciencia, la economía, la política y la religión, los ideólogos estadounidenses cimentaron las bases ideológicas de la política expansionista de los Estados Unidos. Sobre este particular, Fiske señala: “[...] it is pleasant to feel that the dispassionate contemplation of great masses of historical facts goes far toward confirming our faith in this ultimate triumph of good over evil” (590). Entiéndase por el ‘triumfo del bien’ las razas de origen teutónico (anglos y sajones), los intereses económicos capitalista, las naciones industriales, el credo protestante (de corte calvinista) y, sobre todo, el hombre blanco anglosajón, que describe el poeta inglés Rudyard Kipling en su poema “White Man’s Burden” (1899), imagen que se convirtió inmediatamente en un catalizador del discurso expansionista y militarista estadounidense. De esta manera, las naciones ‘benefactoras’ (“good”) construyen una imagen negativa de las naciones consideradas ‘enemigas’ o ‘malignas’ (“evil”), como lo era entonces España, las cuales son descritas como despóticas y reaccionarias (i.e. preindustriales, monárquicas, católicas, etc.).

En su artículo, Fiske estudia el desarrollo histórico de las sociedades occidentales, delineando una cronología de los procesos de desarrollo civilizatorios que construyeron la sociedad moderna, desde su inicial ‘fase militar’, hasta su culminación en los ‘procesos de integración política’. A lo largo del artículo, Fiske establece un contraste entre las condiciones propias del desarrollo civilizatorio —es decir, sus diferentes corrientes y rutas históricas, sus variados estilos y proyectos sociales, etc.— de los tres grupos étnicos esenciales: griego (heleno), romano y teutónico. Utilizando el razonamiento deductivo, Fiske concluye:

We saw how the Teutons —at least in Switzerland, England, and America— had succeeded best through the retention of local self-government combined with central representation. We saw how the Romans failed of ultimate success because by weakening self-government they weakened that community of interest which is essential to the permanence of a great political aggregate. (578)

Dadas estas condiciones históricas, Fiske advierte al lector estadounidense “that we ought to be glad that the Teutons came into the empire as masters rather than as subjects” (581). A nivel discursivo, aseveraciones del tipo antes citado abundan en los textos de Fiske y Strong, formando parte integral del arsenal retórico y político del Estado. Dada la capacidad de la prensa para la difusión de determinadas ideologías

y legitimación de nuevos modos de pensamiento, los principales periódicos (*The Journal*, *The Evening Post* y *The Herald*, etc.) y revistas (*Harper's New Monthly Magazine*, etc.) fueron instrumentales en la propagación y configuración de los intereses imperiales de la nación. En el próximo capítulo analizo en más detalle el rol instrumental de la prensa estadounidense en la diseminación de la ideología imperialista a finales del siglo 19.

Conviene indicar que la oposición desigual que establece Fiske entre 'teutones' ("Teutons") y 'romanos' ("Romans") es resultado del 'anti-romanismo' legado del proceso histórico de la Reforma protestante en Alemania, que dio inicio en el siglo 16. Algunos ideólogos del imperialismo estadounidense, como Fiske y Strong, adoptan el 'anti-romanismo' protestante como otro de los soportes ideológicos y legitimadores de su política expansionista, como también de la superioridad 'moral' del anglosajón y del protestantismo. Este tardío 'anti-romanismo' era cónsono con los ideales del pensamiento liberal-democrático estadounidense, claramente impregnado de un añejo sentimiento anti-hispano y anti-católico, heredado de las revoluciones anglosajona y francesa, que se intensificó en los umbrales de la guerra del '98. Otros de los tropos retóricos empleados por los ideólogos del expansionismo estadounidense fueron la 'utopía pre-hispánica' y el mito de la 'leyenda negra', ambos estudiados en este capítulo. En oposición a los progresos que, en materia de desarrollo político, social económico, cultural y moral, habían manifestado los Estados Unidos (epítome de la civilización moderna), España pasó a convertirse en símbolo del 'viejo orden' imperial, político y económico, en emblema del retraso civil y moral, de la ruina, la barbarie y la tiranía. Con esta breve exposición de los antecedentes del '98, intento señalar cómo la "guerra simbólica" (noción que acuñó el crítico Arcadio Díaz Quiñones) entre los imperios de España y de los Estados Unidos, estaba ya presente (aunque aún en estado embrionario) algunas décadas antes del '98.

Regresando al texto de Fiske, cabe indicar que su racionamiento se inscribe en la vertiente ideológica del 'darwinismo social', elaborada algunos años antes por el británico Herbert Spencer, que concebía el devenir histórico y el desarrollo de las naciones y las sociedades civiles como una constante pugna entre individuos o grupos humanos (etnias, naciones, clases sociales, etc.) por el control de los recursos naturales disponibles y, en última instancia, por el dominio absoluto de los pueblos considerados incivilizados. Una de las premisas que acoge Fiske de Spencer fue la diferenciación de carácter entre las sociedades "preindustriales" y las "industriales". Mientras las primeras resultan eminentemente 'guerreras' ("warlike") y antagónicas, las segundas, según Spencer, son inherentemente 'pacíficas' y dependientes de la cooperación entre las colectividades humanas (Giddens 23). Spencer acepta que las sociedades modernas aún se encuentran en una fase transitoria entre el militarismo y la industrialización, por lo que entiende que "a certain brutalization has to be maintained during our passing phase of civilization" (*Study of sociology* 190). No obstante, el deber de las naciones civilizadas e industrializadas debe encaminarse, siempre que sea posible, hacia la pacificación y el desarrollo civil de los territorios, considerados 'bárbaros' o incivilizados, y no hacia el antagonismo bélico²:

² En el libro *Introduction to the History of Civilization in England*, Henry Thomas Buckle aplica el mismo criterio 'spenceriano' a la sociedad industrial y civilizada de su natal Inglaterra: "But this at least we may safely say, that, in our country, a love of war is, as a national taste, utterly extinct. And this vast result has been effected, not by moral teaching, nor by the dictates of moral instinct; but by the simple fact, that in the progress of

In like manner, though war, by bringing about social consolidations, indirectly favours [*sic.*] industrial progress and all its civilizing consequences, yet the direct effect of war on industrial progress is repressive [...]; we cannot fail to see that persistent war is at variance not only with industrial development, but also with the higher intellectual developments that aid industry and are aided by it. (Spencer, *Study of sociology* 197)

Las ideas antes citadas de Spencer resuenan claramente en el texto de Fiske, como se evidencia en el siguiente pasaje:

Manifestly the development of industry is largely dependent upon the cessation or restriction of warfare; [...] or to use the popular terminology, which happens to coincide precisely with that of the doctrine of evolution, they become less *brutal* and more *humane*. (578)

Dentro de esta lógica, las naciones más industriales y pacifistas (“humane”, “civilized”), como Gran Bretaña y los Estados Unidos, deben domeñar por los medios necesarios a las naciones menos industrializadas y liberales (“brutal”, “warlike”, “barbaric”), como España. Como apunta Fiske: “Thus we may foresee in general how, by the gradual concentration of physical power into the hands of the most pacific communities, we may finally succeed in rendering warfare illegal all over the globe” (589-590). En el caso particular del imperio español, el discurso imperial estadounidense arremetió contra todas las instituciones o aspectos históricos que lo representaban; la Iglesia Católica Romana (particularmente, la Inquisición), su herencia romana, su milicia, su pasado colonial, y su legado histórico y genealógico.

El carácter ‘brutal’ y ‘despótico’ que destaca Fiske de los romanos y su historia militar –“a deliberate immoral policy of aggression” (579)–, no tardará en asociarse directamente con España, dado el amplio legado racial e histórico entre las dos naciones, que comenzó con la conquista de la península ibérica por el emperador romano, César Augusto. De acuerdo con Fiske: “Obviously the permanent peace of the world can be secured only through the gradual concentration of the predominant military strength into the hands of the most pacific communities” (579). El carácter racional y pacífico del militarismo estadounidense es exaltado, por ejemplo, en la proclama de ocupación del General Nelson A. Miles (1898), que explicaba los propósitos de la invasión a Puerto Rico en los siguientes términos: “This is not a war of devastation, but one to give to all within the control of its military and naval forces the advantages and blessings of the enlightened civilization” (302). De esta manera, las últimas posesiones coloniales de España (entre ellas, Puerto Rico) caerían también víctimas por asociación del imperialismo ‘filantrópico’ y ‘redentorista’ de los Estados Unidos a finales del siglo 19.

Con los fundamentos científicos (determinismo, darwinismo social) y religiosos (providencialismo) como las bases legitimadoras de la política expansionista de los Estados Unidos de finales del siglo 19, sólo restaba el fundamento militar, que lo suministraría el almirante estadounidense Alfred Thayer Mahan, posiblemente uno de los escritores más prolíficos e influyentes del periodo. En su libro *The interest of America in Sea Power, Present and Future*, publicado en 1897, Mahan impulsa el expansionismo político, económico y militar en aras de consolidar la hegemonía del incipiente imperio en América:

Whether they will or not, Americans must now begin to look outward. The growing production of the country demands it. [...] The position of the United States, between

civilization there have been formed certain classes of society, which have an interest in the preservation of peace, and whose united authority is sufficient to control those other classes whose interest lies in the prosecution of war” (114).

the two Old Worlds and the two great oceans, makes the same claim, which will soon be strengthened by the creation of the new link joining the Atlantic and Pacific. (21-22)

Según la doctrina naval de Mahan, la consolidación del nuevo poder imperial necesitaba del dominio absoluto de los mares contiguos al área de interés de la nación; en este caso, los Estados Unidos. Mahan aborda en detalle su tesis en el libro *The Influence of Sea Power Upon History: 1660-1783*, publicado en 1890, en que el autor destaca la influencia de las colonias en el dominio imperial de los mares: “Such colonies the United States has not and is not likely to have” (83). Ocho años antes de la guerra contra España, Mahan ya hace explícita la necesidad de apropiación colonial, particularmente de las islas aledañas al territorio estadounidense, en aras de las ambiciones imperialistas de la incipiente nación. En palabras de Mahan:

Having therefore no foreign establishments, either colonial or military, the ships of war of the United States, in war, will be like land birds, unable to fly far from their own shores. To provide resting-places for them, where they can coal and repair, would be one of the first duties of a government proposing to itself the development of the power of the nation at sea. (*Influence* 83)

Dentro de la doctrina ‘mahaniana’, el Caribe se torna imprescindible para la consolidación del nuevo poder imperial estadounidense en el Continente, principalmente como enclaves de abastecimiento (“*resting-places*”) para las tropas. Es importante anotar que la obsesión del expansionismo estadounidense con las islas caribeñas es muy anterior a las propuestas de Mahan. La misma se manifiesta en publicaciones de la primera mitad del siglo 19, cuando los primeros colonos de origen europeo apenas habían comenzado la conquista de los territorios al oeste y al sur de lo que habían sido las ‘Trece Colonias’. Tan temprano como en 1837, en pleno auge expansionista hacia el oeste y el Golfo de México, el escritor austriaco nacionalizado estadounidense, Francis Joseph Grund (*The Americans in Their Moral, Social, and Political Relations*, 1837), escribe sobre las islas del Caribe:

Like every other commercial nation, the Americans will have their colonies, and revive the history of England in the new world. When the continent shall be settled, they will conquer and subdue the nearest islands, to which their naval genius will invite them; and having succeeded in that, they may venture themselves on the neighbouring continent. (411-12)

En razón de la prematura etapa en que se encontraba la nación estadounidense en el proceso de expansión territorial, Grund entendía que la idea podía considerarse absurda en el momento: “At present the idea is too distant to excite the least apprehensions, and it may perhaps be considered preposterous” (411). Sin embargo, Grund no duda de la naturaleza emprendedora y expansiva del hombre anglosajón, a quien la frontera territorial no contendrá en su empresa migratoria y expansionista: “[...] but then no people ever had such a passion for emigration and expansion; and it is therefore not to be supposed that the sea will arrest their progress (411).

Regresando a los umbrales del ‘98, el discurso expansionista estadounidense estaba encaminado ya desde 1895 a intervenir militarmente en los asuntos de Cuba. Sobre la particular importancia militar de Puerto Rico, en defensa de los intereses estadounidenses en la isla de Cuba, el propio Mahan explica:

Puerto Rico, considered militarily, is to Cuba [...], and to our Pacific coast, what Malta is, or may be, to Egypt and the beyond [...]. It would be extremely difficult for a European state to sustain operations in the eastern Mediterranean with a British fleet at Malta. Similarly, it would be very difficult for a transatlantic state to maintain operations in the western Caribbean with a United States fleet based upon Puerto Rico and the adjacent islands. (*Lessons* 29)

Las recomendaciones de Mahan no caerían en oídos sordos. Como discutiré en más detalle en el próximo capítulo, Puerto Rico estaba destinado desde temprano a jugar un rol central en los futuros planes expansionistas de los Estados Unidos en América Latina. Por el momento, baste con indicar que a partir del '98 Puerto Rico termina convertido en uno de los “*resting-places*” de las flotas militares estadounidenses, tal como lo propuso Mahan, sirviendo de base central de abastecimiento de combustible y de información, así como de campo de práctica y de alojamiento de las tropas, en las futuras aventuras imperialistas en todo el continente³.

Como he intentado demostrar, en estos años que anteceden los eventos del '98, se establecen los principios políticos y morales del discurso legitimador del intervencionismo estadounidense en Cuba y Puerto Rico, que compete a este estudio. Este modelo de pensamiento utilizado por Fiske y Strong, entre otros, rindió frutos durante la coyuntura histórica del “reparto mundial” dirigida por las potencias industrializadas a la cabeza del modo de producción capitalista. En este momento, “el desarrollo tecnológico acelera y confirma el optimismo de la *modernidad* de la expansión ilimitada, la destrucción voraz y avasalladora de lo viejo y la construcción de lo nuevo bajo el mando de los grandes empresarios” (Silva Gotay, *Protestantismo* 99). El texto de Fiske nos muestra el desarrollo, aún embrionario, de esta oposición ‘discursiva’ entre España y Estados Unidos, que alcanzó su punto culminante en el 1898. En relación al imperialismo europeo en América, Fiske distingue entre las naciones latinas (i.e. Francia, España) y las anglosajonas, “each representing antagonistic theories of how political life ought to be conducted” (584). De esta manera, Fiske esbozó un motivo central en el imaginario de la construcción del orden hegemónico estadounidense en la coyuntura histórica del '98. Me refiero a la imagen del imperio español, como símbolo del ‘pasado’ (“*old régime*”), en oposición con la del incipiente imperio estadounidense, como símbolo del ‘futuro’ y el ‘provenir’ (“*new régime*”).

La superioridad de la civilización anglosajona se defendió bajo el cobijo de la ‘autoridad’ de las diversas instituciones del saber, como fueron la historiografía, la teología y la biología, e incluso la lingüística. Este acercamiento lingüístico lo encontramos en el libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber, publicado entre los años 1904 y 1905.

[...] Now it is unmistakable that even in the German word *Beruf*, and perhaps still more clearly in the English *calling*, a religious conception, that of a task set by God, is at least suggested. The more emphasis is put upon the word in a concrete case, the more evident is the connotation. And if we trace the history of the word through the civilized

³ La importancia militar y estratégica de Puerto Rico en los planes de dominación geopolítica de los Estados Unidos desde el 1898 hasta finales del siglo 20 es una realidad histórica innegable. Evidencia de esto es el papel clave que jugaron las bases militares de Puerto Rico en las ocupaciones militares de Haití y la República Dominicana en los años 1915 y 1917, respectivamente. Otro aspecto histórico poco resaltado es la importancia que tuvo la zona militarizada de Vieques como escenario de práctica para las maniobras militares anfibia que luego serían usadas en el desembarco en Normandía, durante la Segunda Guerra Mundial. En 1954, las bases militares de Puerto Rico jugaron un rol importante en la desestabilización del gobierno guatemalteco. También lo hicieron durante la ocupación estadounidense de la República Dominicana en 1965. Por último, durante los años '80 la administración Reagan militarizó aún más la isla, en preparación para varias intervenciones militares en la región, como fueron por ejemplo las operaciones anticomunistas encubiertas contra el gobierno sandinista en Nicaragua.

languages, it appears that neither the predominantly Catholic peoples nor those of classical antiquity have possessed any expression of similar connotation for what we know as a calling (in the sense of a life-task, a definite field in which to work), while one has existed for all predominantly Protestant peoples.

Like the meaning of the word, the idea is new, a product of the Reformation. This may be assumed as generally known. [...] The conception of the calling thus brings out that central dogma of all Protestant denominations which the Catholic division of ethical precepts into *praecepta* y *consilia* discards. [...] (Weber 39-40)

El sociólogo y economista alemán ratifica, de manera consciente o inconsciente, los prejuicios del ‘anti-romanismo’ y anti-catolicismo, que encontramos en los textos de Fiske y Strong. Cabe aclarar que Weber está pensando, específicamente, en las facciones del catolicismo en Alemania. En cambio, en los textos de Fiske y Strong, como eventualmente en los textos imperiales estadounidenses del ‘98, el anti-romanismo y anti-catolicismo desembocará en una propaganda anti-españolista. Este sentimiento “anti-hispano” será contestado en las novelas puertorriqueñas escritas en los años que siguieron a la invasión del ‘98, estudiadas en los capítulos 3 y 4. La élite intelectual criolla, vinculada a los intereses de la moribunda clase hacendada, impugnó este ataque ‘simbólico’ contra el patrimonio cultural hispano mediante “un acercamiento espiritual a España, justamente como reacción defensiva frente a la política desnaturalizadora del nuevo régimen” (González, *Literatura* 188).

1.2. Rev. Josiah Strong y la teología del expansionismo estadounidense y la evangelización protestante del mundo caribeño

John Fiske no fue el único defensor y divulgador de la autoproclamada superioridad anglosajona y de su responsabilidad (histórica, política y moral) de civilizar a las demás naciones del mundo. Los teólogos protestantes alimentaban también la ideología justificadora del ‘destino manifiesto’, que se fundamentaba en la idea de que los Estados Unidos, como nación protestante de instituciones liberales y democráticas, era la expresión máxima del desarrollo de la historia humana, por lo cual tenía la responsabilidad de preparar el mundo para la culminación de esta historia. El representante máximo de esta ‘teología imperialista’ lo fue el Secretario General de la Sociedad de Misiones de la Iglesia Congregacional en el oeste de los Estados Unidos, el misionero protestante Rev. Josiah Strong. Strong es uno de los primeros que cimienta la dicotomía entre el ‘reaccionismo’ y ‘tradicionalismo’ hispano y el ‘progresismo’, ‘industrialismo’ y ‘mercantilismo’ anglosajón; diferenciación que se fundamenta sobre bases raciales, biológicas e históricas, relegando otros aspectos más básicos, como los culturales y geográficos. Strong pertenecía al sector de la derecha estadounidense, de lo que se llamó “evangelio social”, que identificó el progreso de los Estados Unidos en términos providenciales. El providencialismo religioso e imperialista formó parte del arsenal retórico e ideológico de la doctrina del ‘destino manifiesto’, con la que los Estados Unidos intentó legitimar, e incluso fomentar, las adquisiciones territoriales desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico. El expansionismo de la nación estadounidense por el mundo adquiere así una cualidad redentora, como misión evangelizadora y civilizadora.

En 1886, Strong publicó su libro *Our Country, Its Possible Future and Its Present Crisis*. En el capítulo XIII, titulado “The Anglo-Saxon and the World’s Future”, Strong establece la dicotomía entre la España ‘reaccionaria’ y los Estados Unidos ‘progresista’, a partir de una *mélange* de influencias, desde la cultura religiosa providencialista y la doctrina del ‘destino manifiesto’, hasta el

determinismo biológico y el darwinismo social. Según Strong, la raza anglosajona es poseedora de dos grandes 'ideas', estrechamente relacionadas no sólo entre sí, sino con los grandes procesos históricos y económicos de finales del siglo 19: la "libertad civil" y la "pureza espiritual cristiana". Ambas "ideas" proceden de la ascendencia germánica del anglosajón: la primera, de su genio político; la segunda, de los ideales luteranos de la Reforma. Sirviéndose del razonamiento deductivo (especialmente del silogismo) y del discurso providencial, Strong deduce lo siguiente:

It is not necessary to argue to those for whom I write that the two great needs of mankind [...], are, first, a *pure spiritual* Christianity, and, second, *civil liberty*. [...] It follows, then, that the Anglo-Saxon, as the great representative of these two ideas, the depository of these two greatest blessings, sustains peculiar relations to the world's future, is divinely commissioned to be, in a peculiar sense, his brother's keeper. (*Our Country* 161)

La idea de la supremacía del anglosajón se vio reforzada cuando prominentes figuras de los Estados Unidos, entre ellos Fiske y Strong, percibieron que, debido a su ascendencia anglosajona, los estadounidenses eran herederos del genio político de los antiguos pueblos teutónicos. Por los anglosajones circulaba la sangre 'teutona', de lo que se deduce que los estadounidenses estaban dotados de ciertas cualidades cardinales en los tiempos del 'reparto mundial', período caracterizado por una intensa expansión colonial en la que las potencias mundiales salen a dominar enormes extensiones territoriales, dando origen a grandes imperios coloniales, como Gran Bretaña, Alemania y Francia. La aceptación de la ascendencia racial germánica tendrá consecuencias futuras en la elaboración de la ideología de la supremacía racial 'blanca' de los Estados Unidos. En 1900, el Senador Republicano, Albert J. Beveridge, ofrece un discurso al Congreso, titulado "In Support of an American Empire" en el que resuenan las premisas de Strong:

We will not renounce our part in the mission of our race, trustee, under God, of the civilization of the world. And we will move forward to our work, not howling out regrets like slaves whipped to their burdens but with gratitude for a task worthy of our strength and thanksgiving to Almighty God that He has marked us as His chosen people, henceforth to lead in the regeneration of the world.

[...] It is elemental. It is racial. God has not been preparing the English-speaking and Teutonic peoples for a thousand years for nothing but vain and idle self-contemplation and self-admiration. [...] We are trustees of the world's progress, guardians of its righteous peace. (Beveridge, citado en Little 53)

Otra cualidad del anglosajón que resalta Strong en su libro es su 'capacidad productiva de capital': "*money-making power*—a power of increasing importance in the widening commerce of the world's future" (*Our Country* 173). Por último, destaca su innato 'instinto colonizador' —"*instinct or genius for colonizing*" (173): "His unequalled energy, his indomitable perseverance, and his personal independence, made him a pioneer. He excels all others in pushing his way into new countries" (173). No obstante, esta 'capacidad productiva de capital' ("*money-making power*") del estadounidense no sólo deriva del legado racial germano, sino también de la doctrina metódica del protestantismo de corte calvinista, particularmente en su ética del trabajo.

La relación entre el "espíritu capitalista" y la doctrina protestante, ya evidente en los escritos de Strong, es estudiada a profundidad por el economista y sociólogo alemán Max Weber, en el libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905). Weber no limitó su análisis del capitalismo moderno a la interpretación exclusiva de las condiciones económicas (como Karl Marx), sino que

ahondó también en la ‘superestructura’ religiosa subyacente: específicamente, en la ética protestante calvinista. Para propósitos del presente análisis, el término ‘superestructura’ es aplicado a partir del binomio ‘infraestructura–superestructura’ propuesto por la teoría marxista y consiste en las instituciones políticas que nos organizan socialmente: entiéndase el Estado y sus instituciones legales, políticas (educación, seguridad) y civiles (ideologías, tradiciones, credos religiosos, rituales, etc.). Aunque el luteranismo dio un impulso inicial al concepto misional de la ‘profesión’ como designio divino, será el calvinismo, según Weber, el que culmina la organización racional moderna del capitalismo europeo que quiebra con el tradicionalismo católico (Weber 16). El protestantismo de corte calvinista legitimó la actitud de búsqueda de riqueza como un mandato divino (no para todos, sino para los ‘elegidos’) y, simultáneamente, destiló argumentaciones ‘racionales’ para disciplinar a los trabajadores para el control productivo (Barrera, Sanclemente 17). Entre las cualidades que Weber destaca del protestantismo calvinista están el compromiso sistemático a una vocación, basado en el trabajo arduo, la frugalidad, la búsqueda de una recompensa material (que luego es reinvertida y recapitalizada) y la autodisciplina. Dado que estas cualidades son esencialmente las mismas que se precisan para alcanzar el éxito comercial dentro de la nueva economía capitalista, Weber teorizó una relación de causalidad existente entre ambas.

Weber establece las diferencias fundamentales entre católicos y protestante, especialmente en lo que respecta a su postura delante de la vida industrial, basado en el estudio y las estadísticas de Martin Offenbacher:

The Catholic is quieter, having less of the acquisitive impulse; he prefers a life of the greatest possible security, even though it may bring the chance of gaining honour [*sic.*] and riches. The proverb says jokingly, ‘either eat well or sleep well’. In the present case the Protestant prefers to eat well, the Catholic to sleep undisturbed. (Offenbacher, citado por Weber 8)

Dos de los principales obstáculos (ambos intrínsecamente relacionados) que afrontó y censuró el “espíritu capitalista” fueron, por un lado, ‘el idealismo ascético’ del catolicismo hacia el trabajo –“those (real or imagined) ascetic ideals of the Catholic way of life” (Weber 7)–, cuyo mote es ‘ganar lo necesario para seguir viviendo’ –“the attainment of the goods necessary to meet personal needs” (27); y, por el otro, el “tradicionalismo” asociado con esa actitud ascética. En palabras de Weber: “The most important opponent with which the spirit of capitalism, in the sense of a definite standard of life claiming ethical sanction, has had to struggle, was the type of attitude and reaction to new situations which we may designate as traditionalism” (23). La orientación ascética despoja al trabajo de toda búsqueda explícita o implícita de reconocimiento (lucro) en el ‘objeto’ (producto, producción) por parte del ‘sujeto’ (productor). Muchos ideólogos estadounidenses se valieron de dicha concepción, fundada en preceptos errados, para censurar a España y al catolicismo y poner en marcha una campaña de descrédito y demonización del régimen colonial español, muy a tono con los preceptos de la ‘leyenda negra’.

En su estudio, Weber propone que el protestantismo manifestó, desde sus inicios, una singular inclinación hacia el “racionalismo económico”, que el economista y sociólogo alemán describe como “greatly interested in the enjoyment of life”, “absorbed in worldly economic life”, “materialistic joy of living” (8, 9). El catolicismo, en cambio, fomenta un ‘distanciamiento del mundo’ –“otherworldliness” (Weber 9)–; es decir, un cariz ascético, un desapego de los bienes terrenales, que se tradujo en su menor participación en la esfera industrial moderna y,

consiguientemente, en su menor desarrollo económico. El calvinismo descubre un designio divino en la acumulación de la riqueza material producida a través del trabajo ‘profesional’. El “espíritu del capitalismo” consiste precisamente en la ‘búsqueda del lucro’ y su reproducción (capital) mediante el ejercicio de una ‘profesión’, obteniendo de ella “una ganancia legítima” (Barrera, Sanclemente 17). Según Weber, una personalidad histórica que tipificó esta mentalidad fue Benjamín Franklin, cuyo padre era un recalcitrante calvinista (19). Como uno de los ‘Padres Fundadores’ de los Estados Unidos, Franklin nos brinda el perfil de la cultura y del *ethos* económico capitalista estadounidense que aquí nos interesan, que se cimentan en la persecución continua de ganancia, en la equivalencia entre tiempo/crédito y dinero, y en la promoción de valores tales como la puntualidad, el espíritu comercial e industrioso, y la producción e inversión del capital.

En los textos imperiales escritos en Puerto Rico a partir del ’98, estos valores asociados con las civilizaciones anglosajonas, antes referidos –como son la ‘capacidad productiva de capital’, el ‘emprendimiento industrial’, el ‘impulso adquisitivo’, entre otros–, serán contrapuestos al carácter ‘indolente’, ‘infantilizado’ y ‘resignado’ del campesino puertorriqueño. Esta oposición constituyó la base sobre la que se cimentó la dominación colonial, el tutelaje político y el proceso cultural de ‘americanización’, y que determinaron la supuesta incapacidad del pueblo puertorriqueño para su autogobierno. Bajo estos supuestos subyace la diferenciación entre los Estados Unidos y España, exaltándose el triunfo definitivo de las fuerzas modernas, cívicas y liberales (debo añadir, protestantes) que representaba la primera, contra los dañinos remanentes del monarquismo y del catolicismo encarnados por la segunda. El sujeto colonial puertorriqueño de finales del siglo 19 –al igual que el indígena durante la Conquista, en el siglo 15–, seguirá siendo sujeto al tutelaje colonial y visto como un ser inferior e incivilizado, una suerte de ‘noble salvaje’, el cual debe ser civilizado por medio de un proceso gradual de incorporación a los nuevos hábitos capitalistas y actitudes cívicas y liberales de los Estados Unidos.

Weber articula el conflicto en término de una oposición entre dos posturas o nociones económicas: por un lado, la “satisfacción de lo necesario” (“*satisfaction of needs*”), asociada al ascetismo católico y el tradicionalismo económico (“*economic traditionalism*”); por el otro, el ‘impulso adquisitivo’ inherente al protestantismo y al capitalismo (“*capitalistic acquisition*”). O como señala Weber en sus propias palabras: “[...] the supposed conflict between other-worldliness, asceticism, and ecclesiastical piety on the one side, and participation in capitalistic acquisition on the other [...]”⁴ (9). La oposición que plantean Strong y Weber entre la cosmovisión ‘tradicionalista’, ‘preindustrial’ y ‘precapitalista’ (asociada al catolicismo y a España) y una más ‘moderna’, ‘industrial’ y ‘capitalista’ (asociada al protestantismo y al capitalismo estadounidense, en lo concerniente a la adquisición de riquezas, la ética del trabajo y el racionalismo económico), resulta apropiada para abordar el análisis de la retórica imperial estadounidense en los umbrales del 1898. Este es sólo uno de

⁴ “Sombart, in his discussions of the genesis of capitalism, has distinguished between the *satisfaction of needs* and *acquisition* as the two great leading principles in economic history. In the former case the attainment of the goods necessary to meet personal needs, in the latter a struggle for profit free from the limits set by needs, have been the ends controlling the form and direction of economic activity. What he calls the economy of needs seems at first glance to be identical with what is here described as economic *traditionalism*” (Weber 27, *énfasis mío*).

los argumentos discursivos que blande los Estados Unidos en su cruzada “simbólica” contra España. Los fundamentos de esta oposición –entendida desde posturas radicalmente distintas– se encuentran presentes en los textos estadounidenses sobre Puerto Rico y en las novelas ‘noventayochistas’ puertorriqueñas aquí estudiadas.

Un ejemplo de esta mentalidad o conducta ‘tradicionalista’ que encaró el “espíritu capitalista” –que en la coyuntura del ’98, se asoció con el régimen (monárquico y católico) español– se evidencia, según Weber, en la economía agrícola. Tanto en la Europa de Weber, como en el Caribe del ’98, la mentalidad del capitalismo moderno –entiéndase, la necesidad de aumentar la capacidad del trabajo y, por consiguiente, de las ganancias–, presentó un escollo con la mentalidad ‘tradicionalista’ del obrero, quien vivían de una economía de subsistencia. El sistema económico que encontraron los estadounidenses en Puerto Rico tras la invasión del ’98, entonces una economía señorial de hacienda, colisionó con los intereses capitalistas e industriales del nuevo régimen. Desde la perspectiva de los nuevos intereses capitalistas, la economía de subsistencia (como la sostenida por el antiguo régimen español en la colonia) promueve precisamente esa “satisfacción de lo necesario” (del ascetismo católico) que discute Weber, que resulta radicalmente opuesta al ‘impulso adquisitivo’ e ‘industrial’ que fomenta el capitalismo.

Wherever modern capitalism has begun its work of increasing the productivity of human labour [*sic.*] by increasing its intensity, it has encountered the immensely stubborn resistance of this leading trait of pre-capitalistic labour [*sic.*]. And to-day it encounters it the more, the more backward (from a capitalistic point of view) the labouring [*sic.*] forces are with which it has to deal. (Weber 24)

Sirviéndose del discurso maniqueo, característico de la retórica imperial, pensadores como Weber y Strong contraponen cualidades como el ‘afán de lucro’ y la ‘industrialidad’ (valores esenciales del capitalismo industrial y vinculados con lo anglosajón), con el ‘ascetismo’, ‘terquedad’ y ‘retraso’ (precapitalista, preindustrial), asociados con el catolicismo y, en general, con el colonialismo hispano. No olvidemos que los argumentos del Rev. Strong están motivados por un resentimiento centenario hacia el catolicismo y la ideología (religiosa, política y económica) que éste simbolizaba. Sobre las razones de esta animosidad, el historiador puertorriqueño Samuel Silva Gotay indica: “La Iglesia Católica constituía un peligro especial, según el Dr. Strong, debido a su negación de los principios constitucionales y de las tradiciones políticas de la democracia liberal norteamericana” (*Protestantismo* 59). Dicho de otro modo, el protestantismo se presentaba como una alternativa religiosa reformista y liberal frente al conservadurismo (en términos políticos, económicos y cívicos) del catolicismo del momento, “pues promovía la vigencia de nociones tales como la democracia, la justicia social, la libertad y el cumplimiento estricto de un código ético que la intelectualidad reformista consideraba pertinente a las reformas que propugnaba para la nación” (Fonseca Ariza 18).

Influenciado por la teología imperialista, Strong asocia lo ‘latino’ (especialmente lo español) con el catolicismo o el romanismo (“*Romanism*”). Para Strong el carácter y la actitud de la doctrina de la Iglesia Católica Romana es hostil, e incluso una amenaza directa, a las libertades constitucionales de los Estados Unidos. Principios como la ‘libertad de credo’ (“*liberty of conscience*”), la ‘libertad de expresión y de prensa’ (“*free speech and a free press*”), la ‘libertad de enseñanza y derecho a la educación’ (“*free schools*”) forman parte integral del discurso ideológico estadounidense. Cuando libertades esenciales como éstas son coartadas, el hombre frecuentemente degenera en licencioso y escéptico, transformándose en una presa

fácil de las ‘propagandas peligrosas’: “Apostate Catholics are swelling our most dangerous classes. Unaccustomed to think for themselves, and having thrown off authority, they become the easy victims of socialists or nihilists, or any other wild and dangerous propagandists” (Strong, *Our Country* 56-57)

Strong era de la creencia, compartida por Fiske y otros ideólogos de la época, que Dios estaba en todas partes, en guerra continua contra la avaricia y el egoísmo. Era la responsabilidad de las naciones ‘cristianas’ (entiéndase, anglosajonas y protestantes) batallar contra el egoísmo y la tiranía de las naciones no protestantes, como era el caso de España, sin escatimar el uso de la fuerza militar, en los casos en que fuera imprescindible. Esta idea no sólo evidencia cierto maquiavelismo tardío, sino que también revalida la teoría de la “guerra justa” (es decir, la idea de la guerra como un recurso instrumental del Estado), defendida antes por teólogos (i.e. Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, etc.) y filósofos (i.e. Immanuel Kant, Georg W. F. Hegel, etc.), entre otros. Otro de los defensores de esta idea fue John Fiske, a quien discutí antes, para quien no existen ‘guerras inútiles’ (“useless wars”) siempre que las mismas sean combatidas “in the direct interest of peace, and the victory so dearly purchased and so humanely used was an earnest of future peace and happiness for the world” (586).

En las cercanías del ’98, había pocas dudas en la mente de los ideólogos y clérigos apologistas de la guerra y del expansionismo estadounidenses de que la acción militar contra la “tiranía” del régimen español (y del catolicismo) era un uso juicioso y ‘justo’ de la fuerza. Como indiqué antes, el alegato religioso en defensa de la guerra contra España que venía del clero protestante, era en parte el resultado de un intenso sentimiento anti-católico (o anti-romanismo) heredado de la Reforma protestante del siglo 16. En 1898, Strong entendía que era el deber ‘moral’ y ‘civil’ de los estadounidenses intervenir en el Caribe hispano, ya que el “cristianismo corrupto” profesado a través de siglos por España había dejado prácticamente ‘sin religión’ a las colonias de Cuba y Puerto Rico. “It goes without saying”, concluye Strong, “that our missionary expansion should keep step with our political expansion” (“The Preacher” 488).

The establishment of religious liberty in our new dependencies and in Cuba greatly enlarges the opportunity of the Gospel; and the fact that the failure of a corrupt Christianity has left Cuba and Porto Rico practically religiousless [*sic.*] renders peculiarly wide and attractive this door of opportunity, whose threshold is at our very feet. It goes without saying, or at least without arguing, that our missionary expansion should keep step with our political expansion [...] (Strong, “The Preacher” 488)

La cita precedente evidencia una de las muchas incongruencias presentes en los discursos expansionistas de finales del siglo 19. En este caso, la contradicción surge del principio histórico de la separación de Iglesia y Estado, una de las nociones liberales defendidas por el protestantismo. Esta separación resulta, en cambio, muy difícil de sostener en la práctica, dado que ambas instituciones (Iglesia y Estado) son parte integral de la ‘superestructura’ al servicio del poder, del Estado y de la ideología dominante (*status quo*). Como indica Silva Gotay:

[...] aun tomando en cuenta la autonomía de los fundamentos puramente religiosos del movimiento misionero y sus objetivos, hay que aceptar que, históricamente, éste engranaba a la perfección con la cultura expansionista que iba generalizándose en los sectores militares, políticos y económicos de la vida norteamericana en esas últimas dos décadas del siglo (*Protestantismo* 75)

Strong inicia el capítulo XI, titulado “The Influence of Early Settlers”, citando al médico y escritor estadounidense Oliver Wendell Holmes, quien al preguntársele

que ‘cuándo la instrucción de un niño debía comenzar’ (“*when the training of a child should begin*”) respondió: “A hundred years before he is born” (citado en Strong, *Our Country* 144). Strong agrega “Not only *should* it begin then, it *does*; for inheritance [...], is the great conservative influence which perpetuates national characteristics, and preserves the identity of races” (144, *énfasis del autor*). Sirviéndose de la autoridad de Holmes en materia de educación, Strong plantea sus ideas entorno al legado y el patrimonio heredado por las naciones a través de sus primeros pobladores. El axioma establece el arribo de los primeros colonos (“*settlers*”) a la región nororiental de lo que hoy es Estados Unidos como el punto de partida del proceso de desarrollo de la nación estadounidense. Al poner el énfasis en los colonizadores, Strong anula los aportes de los aborígenes americanos al patrimonio nacional y cultural de los Estados Unidos. Sobre las consecuencias de los primeros colonizadores en las respectivas naciones, Strong explica:

What is the difference between the Anglo-Saxon race and the Spanish race? What is the difference between Massachusetts and Virginia⁵? It is the difference between the Pilgrim and the cavalier. [...] Religiously, morally, socially, commercially, in enterprise and spirit, they differ to-day pretty much as their founders differed generations ago. It is true of [...] nation as of the herb, that its seed is in itself, after its kind. (*Our Country* 144)

A partir de estas oposiciones binarias, Strong establece la supremacía de los anglosajones y del protestantismo evangélico sobre los latinos y el catolicismo romano. Tras la posesión estadounidense de Puerto Rico en '98 estas ideas serán transferidas a la isla. Del citado comentario de Strong se infiere la inferioridad intelectual, religiosa, moral, social y comercial de las colonias hispanas y de sus habitantes, resultado de la pobreza del legado y del patrimonio cultural, racial e histórico heredados de España y del catolicismo romano. Sólo la asimilación de las razas y de las naciones inferiores a los Estados Unidos (como era Puerto Rico) puede salvarlas de la feroz competencia que dominaba el mercado mundial finales del siglo 19: “Nothing can save the inferior race but a ready and pliant assimilation” (Strong, *Our Country* 175). Sin embargo, Strong no ve en esto un problema. Por suerte para los países ‘subdesarrollados’ y las razas ‘incivilizadas’ del mundo, dice Strong: “God, with infinite wisdom and skill, is training the Anglo-Saxon race will move down upon Mexico, down upon Central and South America, out upon the islands of the sea, over Africa and beyond” (175). Como he intentado probar, la suerte de Puerto Rico estaba echada desde antes del '98. La explosión del Maine brindó a los Estados Unidos la excusa perfecta para emprender una guerra desigual contra España, que llevó a la adquisición de Puerto Rico como ‘botín de guerra’. A partir del '98, los ideólogos estadounidenses (i.e. corresponsales, escritores, economistas, políticos, misioneros protestantes, etc.) que llegaron a Puerto Rico se dedicaron a escribir sobre las particularidades de la recién adquirida posesión colonial del Caribe, formando parte de un largo y no del todo exitoso proceso de ‘americanización’ y tutelaje político que aún hoy sigue vigente.

⁵ “It is further undoubted that capitalism remained far less developed in some of the neighbouring [*sic.*] colonies, the late Southern States of the United States of America [i.e. Virginia], in spite of the fact that these latter were founded by large capitalists for business motive, while the New England colonies [i.e. Massachusetts] were founded by preachers and seminary graduates with the help of small bourgeois, craftsmen and yeomen, for religious reasons” (Weber 20).

1.3. El resurgimiento de la 'leyenda negra' y el sentimiento anti-español en los discursos imperiales estadounidenses en los umbrales del '98

Los textos de John Fiske y Josiah Strong, discutidos antes, evidencian el reiterado prejuicio 'antiespañol' al que, desde el siglo 16, han recurrido las naciones poderosas, como Francia, Holanda, Inglaterra, Alemania y, más recientemente, los Estados Unidos, para reclamar los crímenes monstruosos cometidos en el continente americano por los conquistadores españoles. De esta manera, la "maliciosa propaganda" (Lipschütz) o "feroz campaña adversa" (Retamar), conocida como la 'leyenda negra', cumplió en apariencia un carácter denunciatorio de las atrocidades atribuidas al imperio español. En cambio, tras una indagación histórica se corrobora la hipocresía y la "tonta simplificación" (Retamar 11) que constituye esa generalizada creencia. Como indica Roberto Fernández Retamar, serían las burguesías de las metrópolis poderosas las que crearon y difundieron la 'leyenda negra' antiespañola, "naturalmente que no en beneficio de los pueblos martirizados, a los que ellas mismas someterían a martirio no menos cruel, sino en beneficio de sus rapaces intereses" (7). De esta manera, la "leyenda negra" constituyó una plataforma idónea sobre la cual las diversas potencias imperiales proyectaron y legitimaron sus nuevas empresas coloniales. Según Laurette Sejourné, la 'leyenda negra' "desempeña un papel pernicioso en este vasto drama" –colonial e imperial–, porque "sustrae la ocupación de América a la perspectiva universal, a la cual pertenece puesto que la colonización constituye el pecado mortal de toda Europa" (8). Esto fue posible por el hecho de que el mito de la 'leyenda negra' se cimentó en la falsa creencia de que las cualidades históricas negativas que presenta España (i.e. fanatismo, superstición, procedimientos inquisitoriales, persecución religiosa y política, entre otras) "sólo se dieron en España y sólo estuvieron representados por los españoles" (Juderías 92).

Algunos académicos latinoamericanistas y anticolonialistas, como los críticos cubanos Fernando Ortiz y Roberto Fernández Retamar, y el filólogo chileno Alejandro Lipschütz, se dieron a la tarea de "rechazar ese escamoteo" (Retamar 6) con un doble propósito. Por un lado, buscaban ubicar la ocupación española del continente americano dentro de la perspectiva universal; más específicamente, dentro de un proceso histórico más amplio y abarcador: "la aparición y consolidación del capitalismo" (Le Riverend 4). Por el otro, buscaban develar la maquinaria ideológica y propagandística que subyace bajo el uso de la 'leyenda negra' dentro de los discursos imperiales internacionales. En las palabras de Fernando Ortiz:

[...] la negrura de su humanísima inhumanidad no fue exclusiva de España, ni más tenebrosa que la de todos los otros genocidios y sojuzgamientos de unas gentes por otras [...] cuando los infrenados afanes de poder y codicia entenebrecen las conciencias aunque encubran con alardes de fatalismo ideológico, destinos manifiestos, predestinación naturales o servicios a Dios. (146)

Mediante un simple juego retórico, Ortiz equipara las premisas ideológicas de la 'leyenda negra' con las del 'destino manifiesto', el determinismo científico y el providencialismo; todas herramientas ideológicas de la retórica imperialista y, más específicamente, de la perpetua pugna inter-imperial por el control hegemónico de los recursos y los territorios del mundo.

En su ensayo "Contra la leyenda negra", Fernández Retamar resalta la función que cumple la "leyenda negra" desde el siglo 16, como "una hábil arma ideológica en la lucha intermetropolitana que acompaña al capitalismo" (7). Según indica el crítico cubano, la 'perniciosa' leyenda fue forjada y difundida por los

imperios contendores para “ocultar” y “exculpar” la violencia de la civilización burguesa capitalista. De esta manera, los grandes imperios coloniales arrojaron la responsabilidad sobre “*una nación*, España, que en el siglo XVI era la más poderosa de la tierra y cuyo sitio, por ello, aspiraban a ocupar, y finalmente ocuparon otras metrópolis, entonces incipientes, confabuladas todas contra España” (Retamar 7, *énfasis del autor*). Este aspecto ideológico de la ‘leyenda negra’ también ha sido discutido por diversos autores españoles, quienes tomaron conciencia crítica de la hispanofobia que pretendía desacreditar los valores hispánicos. Entre ellos destaco la obra *La leyenda negra y la verdad histórica* (1914) de Julián Judería y Loyot (quien acuña por primera vez el término ‘leyenda negra’ en 1913) y, más recientemente, las obras *España frente a Europa* (1999) de Gustavo Bueno Martínez y *Sobre la Leyenda Negra* (2014) de Iván Cipriano Vélez. Dentro del marco de “conspiraciones globales” (Silverblatt), “intrigas globales” (Torruella) o “lucha[s] intermetropolitana” (Fernández Retamar), la nación española y las instituciones que la representaban sirvieron de contraparte a las virtudes cívicas y modernas que presumían los imperios más industrializados. Esta oposición dialéctica sirvió a los poderosos imperios industrializados, como Gran Bretaña, Francia, y, eventualmente, los Estados Unidos, para proyectar globalmente su política imperial expansionista, delante de una escamoteada ‘representación’ (discursiva, simbólica) del imperio español. Al servirse de la ‘leyenda negra’, los imperios industrializados aspiraban a ennoblecer sus respectivas políticas imperiales y coloniales (principalmente sus principios de libre mercado y comercio), presentándolas como un modelo ‘moderno’, ‘filantrópico’ y ‘alterno’ ante las demás naciones. Esta ‘estrategia de inocencia’ –que Mary Louise Pratt llamó la retórica de la “anti-conquista”–, así como la ideología que encierra, estarán muy presente en los discursos imperiales de los Estados Unidos que estudio en este trabajo.

La retórica de la “anti-conquista” (“*anti-conquest*”), según la define Pratt, es la manera en que la ‘mirada imperial’ se encubre bajo una ilusión de inocencia y benevolencia, al mismo tiempo que afirma su hegemonía. El concepto de “anti-conquista” es discutido en el libro *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, en que la lingüista e investigadora canadiense realiza un estudio de la literatura de viaje y expediciones, dentro del marco histórico de los procesos de expansión económica y política del continente europeo que surgen a partir del siglo 18, en los territorios del Caribe, América del Sur y África. Desde las tempranas empresas coloniales registradas en el *Diario* de Cristóbal Colón, el acto de apropiación y representación del ‘resto del mundo’ acarreado por los imperios occidentales ha sido el producto de una ‘construcción’, mediada y condicionada por lo que Pratt refiere como la ‘mirada imperial’; “the vast, discontinuous, and overdetermined history of imperial meaning-making” (Pratt 4). Como hicieran las ‘crónicas’ y ‘cartas de relación’ en el siglo 16, a partir de 1750 la literatura de viaje y exploración, inspirada por las ideologías humanitarias y racionalistas que predominaron en Europa a fines del siglo 18, tendrá una función instrumental similar como aparato de codificación y legitimación del proyecto de expansionismo económico y político de Europa hacia ‘el resto del mundo’; entiéndase por esto último, ‘las partes no europeas del mundo’ (Pratt 4). Por medio de la lectura detallada de los diversos textos, Pratt desmonta sus estrategias discursivas, develando la ideología imperialista que ocultan estos escritos, en apariencia neutrales, científicos o sentimentales.

Las transformaciones históricas en la conciencia europea, sobre todo en lo que concierne a los procesos (i.e. políticos, económicos, militares) de apropiación de los territorios ‘no europeos’, generaron a su vez cambios en las prácticas y estrategias discursivas que inspiran y legitiman, política e ideológicamente, la empresa expansionista. De acuerdo con Pratt, en el año 1735 acontecen dos eventos que cambiarán el curso de la historia del colonialismo. El primero fue la publicación de *Systema Naturae*, del naturalista sueco Carl Linneo, que modelaba un ambicioso sistema de clasificación destinado a la categorización de todas las formas vegetales del planeta, conocidas o desconocidas para los occidentales. El segundo sería el lanzamiento de la primera gran expedición científica de Europa, encabezada por el naturalista francés Charles de la Condamine, que buscaba determinar si la Tierra era perfectamente esférica en los polos. En palabras de Pratt, “these two events, and their coincidence, suggest important dimensions of change in European elites’ understandings of themselves and their relations to the rest of the globe” (16). Según su tesis, en este momento da inicio la segunda fase de expansionismo europeo, resultado del surgimiento de una nueva “conciencia planetaria” (“*planetary consciousness*”), que prefigura la ‘globalización’, y el desarrollo de las ciencias naturales.

Una de las estrategias discursivas características de esta nueva etapa de expansionismo europeo es precisamente la “anti-conquista”, recurso mediante el cual los representantes de los poderes coloniales buscaban proyectar su inocencia, altruismo o buenas intenciones, al mismo tiempo que reafirmaban su hegemonía y superioridad económica, tecnológica, cultural y racial: “the strategies of representation whereby European bourgeois subjects seek to secure their innocence in the same moment as they assert European hegemony” (Pratt 7). El prefijo de oposición (“anti”) acentúa la contradicción inherente en los discursos de los viajeros europeos dieciochescos; la “anti-conquista” es, en última instancia, un concepto paradójico que se anula a sí mismo, ilustrando, de manera clara y precisa, cómo la mirada pasiva e inocente que lanza el paseante imperialista, conlleva siempre un afán de apropiación y posesión inseparable del imperialismo ideológico eurocéntrico. El discurso de la “anti-conquista” no sólo devuelve a la figura del viajero occidental dieciochesco su cualidad ‘adánica’ –ya presente siglos antes en los escritos de Colón–, sino que también devuelve al paisaje explorado su cualidad ‘edénica’, como ‘paraíso’ o ‘jardín’ para ser nominalizado y poseído. Movidado por el afán científico y clasificatorio del naturalismo, el protagonista en los relatos de la “anti-conquista”, ‘aquel cuyos ojos imperiales pasivamente contemplan y poseen’ –“he whose imperial eyes passively look out and possess” (Pratt 7)–, construye a su alrededor paisajes simbólicos, cargados de sentimentalismo, donde la dominación europea nunca es cuestionada. Este nuevo sujeto europeo –que Pratt llama ‘veedor’ u ‘observador’ (“*seeing-man*”) y cuyo prototipo principal fue Alexander von Humboldt–, comienza a internarse en el interior de los territorios americanos y africanos, abriendo en su camino, consciente o inconscientemente, una brecha de entrada al imperialismo y los intereses capitalistas. Desde entonces, el expansionismo occidental en los territorios de América y África no se articula más como “conquista” –en el sentido de ‘imposición’ y ‘explotación’–, sino como ‘exploración’ científica o trama sentimental (Pratt 39).

Esta oposición binaria, característica del discurso maniqueo del imperialismo, significó para las principales naciones industriales, como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, una ventajosa herramienta discursivas en los tiempos del ‘reparto

mundial', también conocidos como la 'era del imperialismo'. Estos años de ingente crecimiento industrial, se caracterizaron por una intensa expansión del capitalismo hacia nuevos territorios, en búsqueda de recursos naturales y materias primas. A través de este binarismo, las naciones poderosas realzaron y legitimaron sus respectivas 'expediciones' expansionistas e imperiales (en apariencias, más civilizadas, inocentes, benévolas y pacíficas), en contraste con una visión deformada de la 'conquista' hispana, epítome de la barbarie colonial. En *Writing Violence on the Northern Frontier*, José Rabasa analiza la forma en que esta estrategia fue utilizada, como propaganda antiespañola, por los panfletistas protestantes franceses durante las 'guerras de religión', que se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo 16 en Europa. De la misma forma, fue utilizada en tiempos más recientes, durante el periodo de expansión del capitalismo industrial (entre 1848 y 1870), por naciones industriales como Inglaterra y los Estados Unidos, que hacían alarde de su crecimiento industrial y económico, además de sus virtudes cívicas y altruistas, en contraposición con la imagen deformada, 'racializada' y 'otrificada' (Greer, Mignolo, Quilligan; Silverblatt) de una España supersticiosa, bárbara, monárquica, retrógrada, y, por consiguiente, opuesta a los principios de la moderna civilización occidental capitalista. El historiador francés, Pierre Chaunu supo capturar esta binomio en las siguientes palabras: "La *Conquista*, à nos yeux, c'est sans doute ce qui s'oppose le mieux à la *conquête*" [The *Conquista*, according to our view, is without doubt that which best opposes the *conquête*] (Chaunu, citado en Rabasa 228).

Como Pratt indica con acierto: "Only through a guilty act of conquest (invasion) can the innocent act of the anti-conquest (seeing) be carried out" (66). Sirviéndose de "estrategias de inocencia" ("*strategies of innocence*"), que buscaban suplantar la violencia que caracterizó el discurso colonial (de los siglos 16 al 18) con una retórica más benigna, el 'veedor' occidental declara su inocencia frente a las conquistas precedentes. "The term "anti-conquest" was chosen because, as I argue, in travel and exploration writings these strategies of innocence are constituted in relation to older imperial rhetorics of conquest associated with the absolutist era" (Pratt 7). De esta forma, el concepto de "anti-conquista" establece un quiebre entre los 'antiguos' paradigmas coloniales –esencialmente aquellos instaurados por los colonizadores españoles en América, caracterizados por sus signos imperiales de esclavitud, intolerancia religiosa, apropiación territorial y destrucción–, y las 'nuevas' formas de 'apropiación' (i.e. civilizadas, humanas e inocentes) que emergen a mediados del siglo 18. Como discutiré a continuación, este binarismo o quiebre epistemológico y discursivo que genera la retórica de la "anti-conquista", en oposición con la 'conquista' –cuyo inicio Pratt ubica a mediados del siglo 18–, se acentuó durante la conjetura histórica del '98, en los umbrales de la intervención militar estadounidense en el conflicto hispano-cubano. Dentro del discurso expansionista y capitalista que emerge en los Estados Unidos a finales de siglo 19, España y el catolicismo se convirtieron en anatemas de la ideología de progreso que inspiraba al entonces incipiente imperio norteamericano.

1.4. La patologización del mal y la barbarie del colonialismo español en los textos 'imperialistas' sobre Puerto Rico

En las secciones anteriores discutí cómo el discurso imperial estadounidense del '98 se cimentó sobre una serie de oposiciones binarias entre el imperialismo español (como agente destructivo y restrictivo) y el estadounidense (como agente

constructivo y libertador). Un ejemplo de esta dicotomía lo encontramos en el libro *The New America and the Far East* (1907), de George Waldo Browne. Influenciado por la ‘hispanofobia’ característica en los discursos estadounidenses de la época, Browne establece un claroscuro discursivo dentro del cual el “*old régime*” español es símbolo del declive, ocaso o crepúsculo histórico-económico de las colonias hispanas, mientras que el “*new régime*” estadounidense lo es de su ascenso, amanecer o despertar en el mundo moderno. Esta misma dicotomía la encontraremos en casi todos los textos imperiales estadounidenses aquí mencionados, si bien no siempre se presenta con el mismo tratamiento retórico del lenguaje que encontramos en Browne, quien además de historiador era poeta y novelista. En los textos anteriores al ’98, esta dicotomía aparece ya delineada en los textos de los pensadores anti-católicos estadounidenses John William Draper, Andrew Dickson White y Josiah Strong. A partir del ’98, el sentimiento antiespañol continuará vigente en textos como *The Story of Beautiful Porto Rico* (1898) de Charles H. Rector, *Political Development of Porto Rico* (1905) de Edward S. Wilson, *Puerto Rico and its resources* (1899) de Frederick A. Ober, *Our Islands and Their People as Seen with Camera and Pencil* (1899) de José de Olivares, y *The History of Puerto Rico* (1903) de Rudolph Adams Van Middeldyk, por citar sólo algunos ejemplos. En contraste, los novelistas ‘noventayochistas’ puertorriqueños, inspirados por un sentimiento ‘hispanófilo’, invertirán esta dicotomía. En sus novelas, que serán discutadas en los siguientes capítulos, los autores lanzan una mirada nostálgica sobre el “viejo régimen” hispano, transformando el “nuevo régimen” estadounidense, en cambio, en el depositario de todos los males. Para novelistas como Ramón Juliá Marín y José Pérez Losada, el ’98 marcó una ruptura en la historia nacional, que conceptualizo más adelante en el binomio *pre* y *post* ’98.

La hispanofobia del discurso nacionalista estadounidense establece un binarismo que se puede visualizar en la siguiente manera:

“old régime” español	“new régime” estadounidenses
tradicionalista, reaccionario	moderno, progresista
preindustrial, precapitalista	industrial, capitalista
tiránico, violento	civilizado, pacífico
católico, dogmático	protestante, liberal
obscurantista, supersticioso	racionalista, científicista

Resulta curioso que José Rabasa ofrece un binarismo similar para definir el enfoque francés sobre el colonialismo, particularmente en lo que concierne a la retórica de la “anti-conquista” que utilizaron franceses y británicos en defensa de la fallida expedición de colonización francesa de la Florida. El caso de Francia resulta interesante, pues muestra una de las bases de la tradición anti-española entre las potencias occidentales: el conflicto religioso entre católicos y protestantes. Los relatos de los crímenes de la España católica contra la población indígena americana, que con minuciosos detalles denunció Bartolomé de las Casas, fueron un terreno fértil para las posteriores acusaciones de los protestantes europeos, permitiendo que la ‘leyenda negra’ ganara un nuevo impulso durante la segunda mitad del siglo 16 dentro del clima político de las ‘guerras de religión’ francesas entre católicos y protestantes calvinistas (conocidos como ‘hugonotes’).

En 1564, los ‘hugonotes’ franceses consiguen establecer una colonia francesa en la Florida. El asentamiento de colonos protestantes planteaba una amenaza para el control hispano-católico sobre el estrecho de la Florida, por lo que los españoles masacraron a los colonos franceses un año después, fundando en su lugar la ciudad

de San Agustín. Rabasa resalta el impacto que los relatos de los panfletistas franceses sobre la fallida colonización de la Florida tendrían en el transcurso del expansionismo occidental, principalmente como arma ideológica. Como señala Rabasa, los panfletistas protestantes franceses fijaron la atención en los horrores de la Inquisición española y la crueldad de la conquista y la evangelización española de las poblaciones indígenas americanas (233). Los relatos de los panfletistas protestantes no se detienen en documentar las atrocidades de los españoles en América, inspirados en gran medida en los relatos de Las Casas, sino que incluso identifican a los indígenas americanos y a los “hugonotes” franceses como las víctimas del “terror” español (Rabasa 233). Ya desde el siglo 16, la ‘leyenda negra’ antiespañola está enardecida por la hostil propaganda protestante contra la Iglesia Católica. No obstante, esta hostilidad no se cimenta exclusivamente sobre las bases religiosas. Dentro de los discursos socio-científicos modernistas de finales del siglo 19, el resultado general de la influencia política del catolicismo en los asuntos del Estado había sido perjudicial a la civilización moderna y sus ideales de progreso. En el siglo 19, época de grandes progresos tecnológicos y científicos, se intensifica la conflictiva relación entre la ciencia y la religión (más concretamente, el catolicismo). Esta incompatibilidad entre la ciencia y la religión contribuirá en gran parte a la revivificación de la ‘leyenda negra’ a partir del siglo 19, como lo reflejan las obras *History of the conflict between religion and science* (1874) de John William Draper, y *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom* (1896), de Andrew Dickson White, entre otras.

El tono de prejuicio antiespañol en la interpretación histórica continuó presente en los discursos imperiales estadounidenses del '98. Según indica el historiador estadounidense Arthur Herman: “El problema de los historiadores no consistía en explicar por qué Europa había logrado la primacía, sino por qué los demás habían fracasado o decaído” (47). Con el propósito de explicar el atraso civilizatorio de las colonias hispanas en América –debido a la falta de integración al mercado externo y de desarrollo científico propio, etc.–, los ideólogos del imperialismo estadounidense recurrieron a diversas disciplinas, teorías y doctrinas (teológicas, científicas e historicistas), apelando a un cúmulo de causas, que iban desde las diferencias climáticas y geográficas, la inferioridad racial y la degeneración fisiológica, hasta las diferencias en la psicología colectiva y el papel de las creencias religiosas y culturales en los territorios. Las tesis religiosas, científicas y raciales antes discutidas, con las cuales se buscaban argumentos irrefutables que probaran la hostilidad del catolicismo hacia las colonias americanas y la racionalidad moderna occidental y, más específicamente, que sustentaran la superioridad (racial y política) de los pueblos anglosajones sobre los latinos, no serían el único camino para desacreditar al imperio español.

Antes de concluir este capítulo, quiero examinar otra variante de la ‘leyenda negra’, que resultó muy adecuada a los intereses expansionistas estadounidenses. Me refiero al “elemento ‘patológico o delincuente’ –concepto que acuño de Alejandro Lipschütz– del colonialismo español. Como indica Lipschütz, la participación del mismo en la conquista española de América contribuyó a determinar hasta cierto grado el carácter de la colonización y también a confeccionar la leyenda negra antiespañola (Lipschütz, *Marx* 170). Este “elemento patológico o delincuente” ya había sido denunciado antes, entre otros, por Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*) en el siglo 16: “[...] estos conquistadores y capitanes, cuando aca vienen, no buscan los soldados de mejor conciencia, ni conocidos, sino los

primeros que topan o les parece que mejor les ayudarán a robar y saquear [...]” (Oviedo, citado en Lipschütz, *Marx* 173). Los relatos de los crímenes cometidos por los conquistadores españoles contra las poblaciones nativas (indígenas o criollas) de las colonias, acabaron siendo una plataforma idónea para justificar la intervención militarista de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano del '98 y, poco tiempo después, en Puerto Rico. Si en las primeras crónicas de Indias los españoles se habían presentado como los salvadores de los dóciles y hospitalarios tainos delante de la barbarie de los invasores caribes, ahora los estadounidenses harán un procedimiento algo similar: construir una imagen de sí mismos como ‘redentores’ y ‘libertadores’ de los apacibles y hospitalarios puertorriqueños (representados como ‘nobles salvajes’) ante la barbarie del colonialismo español.

La mayoría de los textos imperialistas estadounidenses sobre Puerto Rico, escritos durante las primeras décadas de soberanía estadounidense, poseen algún capítulo dedicado a tratar aspectos específicos de la historia puertorriqueña. En general, el enfoque historiográfico de los autores se centra esencialmente en los siguientes aspectos de su pasado colonial hispano: el descubrimiento de la isla de Puerto Rico (1493), como parte del segundo viaje de Colón; la posterior exploración y colonización de la isla por Juan Ponce de León, primer gobernador de la isla (1508); la fundación de la población de Caparra (1509); y sobre todos se destaca el prematuro exterminio de la población indígena nativa, que ya para el 1520 había sido diezmada casi en su totalidad, por causa de las injusticias y abusos cometidos por los colonizadores contra los indígenas (forzados a trabajar en las minas y en la construcción de fortalezas) y de la exposición a las enfermedades traídas por los marineros europeos.

Si tomamos en consideración que tras su descubrimiento en 1493, Puerto Rico quedó prácticamente abandonado por quince años hasta la llegada de Ponce de León en 1508 –quien la abandonaría en 1521, para partir en una expedición para colonizar la Florida, de la que nunca regresaría–, el periodo histórico que abarcan estos relatos estadounidenses es relativamente corto, con la excepción de las obras historiográficas de Rudolph Adams Van Middeldyk (*The History of Puerto Rico*) y Paul G Miller (*Historia de Puerto Rico*), entre otras. El reiterado interés de los escritores estadounidenses en el pasado colonial de Puerto Rico tiene muchas aristas, aunque la principal causa radica en la justificación de la invasión militarista estadounidense y de la imposición del régimen colonial que todavía sigue vigente en la isla más de un siglo después. Como indica Díaz Quiñonez, en relación a las “publicaciones imperiales” estadounidenses del '98: “el relato de la crueldad de la dominación española, [...] era condición y premisa para otorgar validez a la intervención norteamericana” (227).

El discurso sobre la historia y la identidad nacional puertorriqueña quedaba de esta manera impregnado del sentimiento anti-hispano y anti-católico heredado de las revoluciones anglosajona y francesa, que discutimos al inicio del capítulo. Ya desde el '98 hasta bien entrado el siglo 20, la ‘utopía pre-hispánica’ y la ‘leyenda negra’ antiespañola fueron dos tropos discursivos muy empleados por los ideólogos del imperialismo estadounidense como ‘hábil armas ideológicas’ en la “guerra simbólica” contra el imperio español. Con el propósito de demonizar al imperio español, los autores proceden a contrastar la simplicidad e inocencia de la sociedad indígena precolombina (teñida de idealismo) –eso que llamo ‘utopía prehispánica’–, con la barbarie y la tiranía características del colonialismo español, haciendo particular énfasis en las bases patológicas de esta conducta. Esta conjunción entre la

‘utopía pre-hispánica’ y la ‘leyenda negra’ antiespañola debe considerarse como una de las manifestaciones de la ‘estrategia de inocencia’ o de la retórica de la “anti-conquista” (Pratt) que discutí anteriormente. La dialéctica entre el periodo pre-hispánico (es decir, la representación de la naturaleza ‘paradisiaca’ y de la sociedad ‘apacible’ de los pueblos prehispánicos caribeños) y el periodo colonial hispano, cimentada en la ‘idealización’ del primero y en la ‘demonización’ del segundo, forma parte integral de los relatos ‘imperialistas’ estadounidenses aquí discutidos.

Un ejemplo lo ofrece el libro *Our Islands and Their People as Seen with Camera and Pencil* (1899), escrito por el californiano José de Olivares y complementado con las fotografías de Walter B. Townsend. Como indica Lanny Thompson en su estudio del mencionado libro de Olivares: “[...] el autor presenta el período precolombino como un verdadero paraíso en la tierra y exalta los aspectos negativos de la conquista español, particularmente la guerra en contra de los indios, su esclavitud y su destrucción como pueblo” (19). La persistencia de la ‘utopía prehispanica’ como tropo discursivo es evidente en la descripción que realiza Olivares de los modos de vida de las sociedades indígenas precolombinas en la región del Caribe. En las palabras de Olivares:

These people were gentle and exceedingly hospitable in disposition. They possessed very rude and imperfect ideas of a divinity, and yet their daily life was a living example of nearly all the essential virtues of Christianity. [...] Their government was the simplest form of a pure democracy [...] They were a peaceable people, and knew practically nothing about war. (266-67)

Tras describir de manera sucinta el modo de vida (pacífico y virtuoso) de los tainos previo a la llegada de los españoles, que según Olivares “reads like a romance of fairy land” (267), el autor procede a insertar su antinomia representada por el colonialismo español, mancillando el cuadro idílico que, apenas unas oraciones antes, había pintado de la sociedad taina: “Into this earthly paradise the Spaniards came with murder in their hearts and the breath of destruction in their nostrils” (Olivares 267). Bajo el comando de Juan Ponce de León, a quien Olivares refiere como “a humane monster, whose name should be execrated throughout all future ages” (267): “[...] Spaniards committed all their crimes fuel to his insatiate greed; and [...] had also “civilized” the native by murdering nearly the entire population of men, women and children” (267).

Ante la imposibilidad de documentar visualmente la violencia del periodo colonial, las fotografías de Townsend substituyen ‘simbólicamente’ esta ausencia en el texto de Olivares, asociando la colonización y la dominación española con la pobreza humana que captura, de forma selectiva, el lente fotográfico imperial. En estas fotografías ‘imperiales’ abundan, entre otras cosas, “los niños con los vientres hinchados por las lombrices” y “las pobrísimas casa” (Díaz Quiñonez 216), que Olivares y Townsend buscan no sólo en las regiones montañosas campesinas, sino también en las periferias de las principales ciudades, particularmente de San Juan. Este énfasis en la ‘precariedad’ y ‘patología’ de las clases bajas sirvió como instrumento sancionador del imperialismo ‘benefactor’, “pediátrico y tutorial” (Thompson) estadounidense, convirtiendo simultáneamente a los españoles en los tiránicos ‘victimarios’ y a los ‘nobles salvajes’ puertorriqueños en sus ‘víctimas’ indefensas y desamparadas. Una vez propuesta la perversidad ‘patológica’ del colonialismo hispano en las colonias, la retórica de la “anti-conquista” emerge oportunamente en el discurso de Olivares, mostrando la empresa imperial y ‘civilizatoria’ estadounidense bajo una luz positiva. La presencia estadounidense en

Puerto Rico pierde el carácter de ‘conquista’ y adquiere, en cambio, la cualidad de gesta libertadora. “A large majority of the native population of Porto Rico welcomed the Americans with the most extravagant demonstrations of joy, regarding them as deliverers come to set them free from Spanish tyranny and intolerance” (Olivares 269).

En la cita anterior de Olivares se advierten claramente visos del discurso ‘singularizante’ y ‘prejuiciado’ de la ‘leyenda negra’ antiespañola. Y digo ‘prejuiciado’ no porque las denuncias de los excesos cometidos por las autoridades coloniales españolas carezcan de fundamentos históricos que las sustenten, sino porque éstas recaen en el discurso ‘singularizante’ de la ‘leyenda negra’ y carecen de una perspectiva global (Sejourné); es decir, ‘particularizan’ el contexto del imperialismo hispano y lo convierten en paradigma del mal y en ‘antinomia’ de la civilización, del racionalismo moderno y del capitalismo globalizado. De esta manera operan las ‘estrategias de inocencia’ y la retórica de la “anti-conquista” que discute Pratt, cuando se las aplica al contexto del ’98 puertorriqueño. Sobre este fondo oscuro diversos imperios proyectaron las luces y los ideales de la civilización moderna, al mismo tiempo que declaraban su hegemonía política y económica. En contraposición con la imagen ‘otrificada’ y antagonizada del imperialismo español, las naciones poderosas como los Estados Unidos proyectaron una imagen favorecedora, desinteresada y filántropa de sus respectivas políticas imperialistas. Esta estrategia imperialista es evidente en el texto de Olivares, tal como se evidencia en la cita siguiente:

Suddenly the current of history has separated them from Spain, one of the most illiberal and tyrannical of governments, and has joined them to the United States for the future, which we believe is leading mankind forward along the most liberal lines known among men. (Olivares 197)

Otros autores estadounidenses recurrirán a una representación del pasado colonial español similar a la de Olivares, e igualmente inspirada en los prejuicios de la ‘leyenda negra’. Entre ellos destaco a Edward S. Wilson, autor del libro *Political Development of Porto Rico* (1905), quien tras denunciar la codicia del oro, el sistema esclavista de las encomiendas y, por supuesto, el precipitado exterminio de los indígenas a manos del tiránico colonizador, concluye: “So, this beautiful island of untold possibilities began its new career under the tutelage of Spain, whose ideas of civilization were so blighted by rapacity and murder, that whoever came under its sway felt the hand of a ruthless tyranny” (Wilson 11). Otro autor que enfatiza “the fearful slaughter made by the Spaniards” y que tiñe el periodo colonial español de las visiones negativas apegadas al concepto de la ‘leyenda negra’ es George Waldo Browne, en su libro *The New America and the Far East* (1907). En referencia al pasado colonial de Puerto Rico, Browne expresa: “So rapidly did this people decline under the harsh treatment of the Spanish, as the result of their battles with the invaders, diseases that came to them as one of the “gifts” of civilisation [*sic.*], labour [*sic.*] to which they were unfit [...]” (1376). Autores como Olivares, Wilson y Browne, entre otros, se ampararon en la retórica de la “anti-conquista” y de la ‘leyenda negra’ para exaltar la imposición del nuevo régimen imperial estadounidense no como “conquista”, sino como gesta redentorista. En palabras de Browne: “But the days of war are happily over for Porto Rico [...]. In fact, this island has been most fortunate, in this respect, from the close of the Spanish massacre of the natives to the present day” (1419-20).

Por razones de herencia racial, cultural e histórica, la representación ‘patologizante’ del colonialismo español habrá también de transferirse, por asociación, al sujeto colonial puertorriqueño. En el libro *The History of Puerto Rico* (1903), considerado la primera obra de envergadura sobre la historiografía puertorriqueña escrita en la lengua del nuevo imperio, Rudolph Adams Van Middeldyk describe la isla de Puerto Rico como una suerte de espacio de ‘reclusión’ de la malignidad y del detrito social de la decadente metrópolis: “Puerto Rico, notwithstanding its advantages of soil and situation, was considered for the space of three centuries only as a fit place of banishment (a presidio) for the malefactors of the mother country” (Middeldyk 146). Dentro de los discursos imperiales estadounidenses, la rectificación de los aspectos negativos y los defectos heredados tras siglos bajo el yugo del despotismo monárquico español será una de las primeras dificultades que confrontará el nuevo régimen en los territorios adquiridos después de concluida la guerra del ’98. Como indica Wilson, en referencia a la sociedad puertorriqueña: “Great, indeed, is the problem of the United States to divert the logic of centuries to a happy conclusion. Here are three races commingled, to which are added paupers, criminals, and reckless adventurers” (12).

Los aspectos negativos heredados no sólo atañerán al aspecto racial, sino también a sus prácticas sociales y culturales de los puertorriqueños, sobre todo aquellas de la clase popular campesina, cuya aparente laxitud moral es considerada por momentos de una inmoralidad y primitivismo casi rayante en la ilegalidad, conforme las normas morales y sociales estadounidenses. Entre estos males se encontraban la indolencia y la incultura de los campesinos –quienes según Browne conservan “the same childlike innocence of belief” (1385) de los indios pre-hispanos–, los altos niveles de analfabetismo, la inadecuada infraestructura sanitaria en las viviendas, los vicios (ron, barajas, baile, etc.), la superstición religiosa y el concubinato, etc. Cabe mencionar que en la mayoría de los textos imperialistas estadounidenses la clase social dominante está representada (textual y visualmente) en el español blanco, mientras que la burguesía criolla, que había incrementado su influencia en las últimas décadas del siglo 19, permanece casi totalmente ausente. Esta ‘omisión’ instrumentalizada y la reacción que generó entre los escritores ‘noventayochistas’ se estudia en los últimos dos capítulos. El alto índice de precariedad, arcaísmo y angustia social entre el campesinado iletrado –grupo social dentro del cual se busca en muchas ocasiones generalizar la totalidad de la población puertorriqueña–, sumado a la ausencia discursiva de las clases criollas hacendadas y letradas, cumplirá un propósito instrumental dentro de los discursos imperiales estadounidenses, pues sirvió para acentuar la benevolencia de los estadounidenses delante del despotismo colonial español, al mismo tiempo que evidenciaba la incapacidad de los puertorriqueños para el auto-gobierno y, por consiguiente, ratificaba la necesidad del ‘tutelaje’ político de los Estados Unidos en Puerto Rico.

Capítulo II

Los ‘americanos’ y sus ‘textos imperialistas’: la “guerra simbólica” y representacional en torno a la invasión de Puerto Rico en 1898

2.0. Introducción

La Guerra de Independencia de Cuba, que se desarrolló entre 1895 y 1898⁶, atrajo la atención de la opinión pública estadounidense como lo hicieron pocos acontecimientos históricos del siglo 19. Hubo una cobertura ‘mediática’ sin precedentes (si bien una muy parcial, prejuiciada y sensacionalista) de la lucha por la independencia de los rebeldes cubanos, que sirvió de preámbulo al conflicto armado del ’98 entre España y los Estados Unidos. La política proteccionista dictada en 1891 generó malestar entre la burguesía criolla cubana, que ya tenía establecido comercio con los Estados Unidos. El “arancel proteccionista de 1891” (también conocido como “arancel Cánovas”), aprobado por el gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo, buscaba impulsar el comercio y las inversiones peninsulares en las islas, así como fomentar el desarrollo de las industrias siderúrgica, metalúrgica y textil nacionales. Para conseguir esto, el gobierno conservador resguarda su inestable economía nacional detrás de fuertes barreras arancelarias, que entre otras medidas gravan con mayores aranceles los productos extranjeros e impiden las importaciones de textiles de otros países (Avilés Farré *et al.*). Si tomamos en cuenta las inversiones millonarias que tenían los capitalistas estadounidenses en Cuba durante la primera mitad de la década de 1890, principalmente en el comercio azucarero, no debe sorprender el interés y la suspicacia que despertó la insurgencia cubana de 1895 dentro del ámbito político de los Estados Unidos.

Es dentro de este ambiente de tensiones económicas e imperiales que emerge el ambiente insurreccional en Cuba contra las autoridades coloniales españolas, instigado desde lejos por los intereses políticos y económicos estadounidenses. Tras siglos de callado resentimiento, el 24 de febrero de 1895 detona la insurgencia popular cubana (conocida como la Guerra del ’95) con el ‘Grito de Baire’. En los primeros meses de 1895 aumenta notoriamente la presión del Congreso de los Estados Unidos, instando que el presidente Stephen Grover Cleveland interviniera más directa y decididamente a favor de los cubanos. En abril de 1895, se pone en marcha un plan pacificador de la isla de Cuba, conocido como la ‘Nota’ de Olney, redactado por el entonces secretario de Estado, Richard Olney. Con esta iniciativa, el gobierno de Washington buscaba, en colaboración con el de Madrid, una solución que pudiera satisfacer a ambas partes contendientes, ofreciéndose como mediador en el conflicto cubano. La ‘Nota’ de Olney es de suma importancia no sólo porque destaca la importancia de la guerra insurreccional de Cuba, sino porque, por primera vez, se alude a la posibilidad de una intervención militar estadounidense en la isla

⁶ La Guerra de Independencia cubana es la culminación de los tres conflictos revolucionarios ocurridos en Cuba contra las fuerzas coloniales españolas. El primero de estos conflictos lo fue la Guerra de los Diez Años (1868-1878), también conocida como Guerra Grande, seguido por la ‘Guerra Chiquita’ (1879-1880), que precedió la Guerra de Independencia cubana. Para información más detallada sobre los procesos revolucionarios en Cuba, consúltese los libros *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill, NC: U of North Carolina P, 1999) de Ada Ferrer, y *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba* (Chapel Hill, NC: U of North Carolina P, 2005) de Lillian Guerra.

caribeña. A pesar de constituir una oferta de mediación, amigable en su forma externa, la ‘Nota’ de Olney no estaba exenta de veladas amenazas. La misma restituye el propósito original de la doctrina ‘monroísta’ de 1823, estableciendo el derecho de los Estados Unidos para intervenir en cualquier acto de agresión efectuado por las potencias europeas en los asuntos internos de los países del hemisferio americano⁷. Dadas las circunstancias militares y económicas y las concernientes a la política internacional que entonces concurren en el conflicto cubano, la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos de España no fue bien recibida por el gobierno de Cánovas del Castillo, que rehusó aceptar la mediación ofrecida.

La Guerra del ‘95 supuso un hito en la historia de la comunicación al constituir el primer conflicto bélico que traspasó los límites del campo de batalla y los despachos diplomáticos para batirse en los medios de prensa escrita. Esta “contienda mediática” –o “guerra simbólica”, como la llama Arcadio Díaz Quiñones– se intensificará en 1898 con la intervención militar de los Estados Unidos en el conflicto. A un lado del conflicto ‘simbólico’, los principales periódicos y semanarios neoyorquinos de la época (como el *Harper’s Weekly*, *New York Sun*, *New York Journal*, *New York Herald*, etc.), convertidos en un campo alterno de batalla (ideológico y comercial), incitan las pasiones del público estadounidense y promueven una feroz propaganda antiespañola, tiñendo con toques sensacionalistas los eventos más sonados del conflicto, como fueron el incidente del vapor filibustero *Alliance*⁸ ocurrido el 8 de marzo de 1895, el nombramiento de Valeriano Weyler y Nicolau “The Butcher”⁹ como Capitán General de Cuba, el 10 febrero de 1896, y

⁷ Esto es evidente cuando Olney, advierte que entre los círculos políticos e intelectuales ya hay quienes insisten “that intervention to terminate the conflict is the immediate and imperative duty of the United States” (Olney citado en Chadwick, 456). El rechazo español a la validez de la ‘Nota de Olney’ de 1895 surge del temor ante una posible intervención estadounidense en el conflicto hispano-cubano sustentada bajo los supuestos del ‘monroísmo’: “[...] la prensa peninsular claramente percibe como amenaza para las posesiones españolas del Caribe este fortalecimiento del secular afán ‘monroísta’ de ver el hemisferio americano liberado de todo colonialismo europeo” (Hilton 131).

⁸ Uno de los primeros acontecimientos mediáticos que instigaron la indignación patrioter estadounidense fue el incidente menor en que se vio involucrado el balandro estadounidense *Alliance*, un vapor filibustero que había entrado en aguas cubanas cargado de tropas rebeldes y municiones para los insurgentes (Tone 74-75). El 8 de marzo de 1895, el vapor *Alliance* fue interceptado por el buque militar español *Conde de Venadito*, que disparó algunas salvas de advertencia desde una distancia considerable de la costa cubana. Este suceso menor y sin efecto alguno para la embarcación estadounidense, que una semana después desembarcaría a los hombres y las armas en las costas de Cuba, fue inflamado por la prensa sensacionalista estadounidense, que condenó la agresión española como una afrenta contra la bandera estadounidense, generando una gran animosidad contra España (Wisn 71).

⁹ El entonces Presidente del Consejo de Ministros y máximo exponente del conservadurismo español, Antonio Cánovas del Castillo, no se amilanó ante la insurgencia del pueblo cubano y optó por medidas radicales. A raíz de las sucesivas victorias atribuidas a los grupos insurgentes, Cánovas destituye al entonces Capitán General de Cuba, Arsenio Martínez Campos, y nombra en su lugar a Valeriano Weyler y Nicolau, a quien la prensa estadounidense apodó “The Butcher”. Sus órdenes eran sencillas: contener la insurrección cubana por los medios necesarios. El nombramiento de Weyler se convirtió de inmediato en la comidilla de la prensa sensacionalista neoyorquina, que no tardó en transformarlo en el villano del drama mediático que se estaba desarrollando, al atribuirle el epíteto “The

sobre todos la destrucción del *USS Maine*¹⁰ en el puerto de la Habana, el 15 de febrero de 1898.

Al otro flanco de la “guerra simbólica”, la prensa conservadora española fomentaba los principios ideológicos del conservadurismo y tradicionalismo ‘canovista’ contra el carácter democrático-liberal de la nación anglosajona. Tal como ocurría en Nueva York, los periódicos de la Metrópoli española se valieron de aparatos “simbólicos” y retóricos similares para fomentar la superioridad del imperio español y consolidar el ‘antiamericanismo’ en la sociedad española. En el caso de la prensa española, el célebre periodista Mariano de Cavia marcaría la pauta de discurso antiamericano de la época, estableciendo la contraposición entre los españoles y los estadounidenses a partir del antagonismo entre el “honor” de los primeros y el “dinero” o “materialismo” de los segundos (Fernández de Miguel 71). Por su parte, las publicaciones periodísticas en Madrid, como *El Heraldo*, emulando las publicaciones neoyorquinas, sostendrían una general postura patrioterica en torno a la guerra en Cuba, en este caso, postulando las doctrinas políticas defendidas por los Presidentes de los Consejos de Ministros, Cánovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta. Como indica Daniel Fernández de Miguel, en su estudio sobre los orígenes del “antiamericanismo” español: “La hostilidad hacia el país del *Tío Sam* sirvió en esta coyuntura para crear consenso social y político, una de las funciones típicas del antiamericanismo” (72).

El discurso ‘antiestadounidense’ español acogería un binarismo racial y cultural, análogo en principios al utilizado por los discursos ‘anti-españolistas’ en la prensa estadounidense, aunque con su lógica semántica invertida. Mediante este binarismo el conservadurismo buscaba dos propósitos principales: por un lado,

Butcher” con el que pasara a la historia. Con el propósito de desacreditar a las autoridades españolas, que son representadas como tiránicas delante de la opinión pública estadounidense, la prensa sensacionalista no tardará en apelar al interminable legado de la ‘leyenda negra’: “Weyler was regarded as the very incarnation of Spanish cruelty” (Wisn 203). El gobierno estadounidense aprovechó el interés, la indignación y la disposición filibustera que la prensa neoyorquina había incitado entre sus lectores, y decidió apoyar directamente a los insurgentes cubanos, suministrándoles armas y víveres.

¹⁰ A partir de la ‘oportuna’ explosión y hundimiento del acorazado *USS Maine* en el puerto de La Habana, el 15 de febrero de 1898, la atención de los medios se vuelca, irremediabilmente, sobre la pugna entre las tropas militares estadounidenses y españolas. El incidente del *Maine* proveyó el pretexto idóneo para la intervención de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano. El 17 de febrero de 1898, el *New York Journal* y el *New York World*, propiedad de William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, respectivamente, se declaran una guerra ‘mediática’ sin cuartel por el dominio de la cobertura informativa del hundimiento del *USS Maine* (Tone 316), que daría inicio a una larga trama de intrigas y especulaciones en torno al suceso, que el *New York World* sintetizó en la lapidaria frase “Remember the Maine, to Hell with Spain”. Tomará cerca de ocho décadas para que se disipe la nube sensacionalista que envolvía el hundimiento del *USS Maine*. En 1976, el almirante Hyman George Rickover, asesor del Presidente James Carter, publicó el libro *How the Battleship Maine was destroyed*, en que concluye que “[...] in all probability, the *Maine* was destroyed by an accident which occurred inside the ship”, concluyendo que “There is no evidence that a mine destroyed the *Maine*” (91, 104). El impacto que tuvo el hundimiento del *Maine* en las masas populares estadounidenses también es evidente en la copiosa cantidad de objetos de *memorabilia* que se produjeron y de expresiones culturales (sobre todo canciones populares) que se compusieron inspiradas en la ocasión, entre éstas la canción “My Sweetheart was a Sailor on the Maine” (Oldfield 49).

contraponer y resaltar la raza latina o hispánica frente a la anglosajona; por el otro, contrastar dos sistemas ideológicos-políticos antagónicos: “el republicano y el monárquico” (Fernández de Miguel 38). Mientras los estadounidenses buscaban ganarse la simpatía de los habitantes de las antiguas colonias hispanas mediante la fomentación del odio hacia España, los españoles lo hacían promoviendo, en cambio, el sentimiento antiestadounidense. Entre los estereotipos y clichés que el tradicionalismo y el catolicismo conservador español habían desarrollado durante el siglo 19 para interpretar la política del “Coloso del Norte”, sobre todo respecto a los países latinoamericanos, se destacan los siguientes: la “vulgaridad” y la “ignorancia”, asociados al ciudadano estadounidense; la “hipocresía” política, evidente en la doble moral entre la democracia ‘interior’ y la política ‘externa’ de poder imperial; el “protestantismo” o, por el contrario, el “ateísmo”, consecuencia del proceso de secularización de la sociedad capitalista; la “juventud” o “infantilismo” de la naciente nación, cuando se la compara con la larga trayectoria de las naciones europeas; la “rudeza” y la “violencia” del expansionismo estadounidense, que tras la conquista de la ‘frontera’ del Oeste buscaba seguir su onda expansiva hacia el Caribe y el Pacífico; y por último el “materialismo” y la superficialidad, asociado también al sistema económico capitalista (Fernández de Miguel 64).

Contrario al prejuicio ‘antiespañol’ en los discursos estadounidenses, teñido con claros matices raciales, el prejuicio ‘antiestadounidense’ en España tendría más que ver con lo que esta nación simbolizaba en relación con la modernidad. El ingente desarrollo económico y demográfico que ostentó la nación norteamericana durante el último tercio del siglo 19, la convirtió “en un modelo situado casi en el polo opuesto a lo que los sectores sociales conservadores españoles consideraban deseable para su propio país y para el mundo” (Fernández de Miguel 14). De esta manera, los Estados Unidos pasó a encarnar dentro de los discursos conservadores españoles todos los males y peligros atribuidos a la vida moderna –epitomizada en la sociedad de consumo estadounidense– que abarcaban desde la laxitud moral de la sociedad y los valores liberales (i.e. libertad religiosa, libre mercado, emancipación de la mujer, etc.) que fomentaba el aparato político, hasta el multiculturalismo y el maquinismo.

La política de ‘americanización’ institucionalizada en Puerto Rico y el desmantelamiento de la economía agrícola local a principios del siglo 20 a manos de los intereses capitalistas del azúcar, generaron una reacción de malestar entre diversos miembros del sector letrado y cultural puertorriqueño, estrechamente ligados a la clase terrateniente o hacendada puertorriqueña y a sus herederos. Poco después de ponerse en vigor la ‘Ley Foraker’ de 1900, esta élite letrada que había visto inicialmente con una esperanza no exenta de cierto escepticismo la llegada de los ‘americanos’, desarrolló un discurso cultural anti-americanista, de carácter hispanófilo, maniqueo y polarizado, muy similar al del conservadurismo español y con un común enemigo: los Estados Unidos. Con el fin de destacar, con mayor relieve, la perversidad del nuevo régimen imperial en la isla, e insertarse en los debates ‘simbólicos’ del momento, el discurso cultural puertorriqueño recurrió, por un lado, a la idealización (consciente o inconsciente) de nuestro pasado anterior al 1898 y, por el otro, al silenciamiento de otras voces, experiencias, memorias e historias del ‘98 puertorriqueño, principalmente de las mujeres, las clases populares, los negros y la comunidad *queer*. Dentro de este contexto emergen las olvidadas novelas ‘noventayochistas’ aquí estudiadas, que constituyeron uno de los cimientos ideológicos y ‘simbólicos’ del posterior pensamiento ‘treintista’ y del paradigma del

'98 como una "penosa década", "etapa de tránsitos y de traumas" (Manrique Cabrera 159).

Por esta razón, cualquier acercamiento crítico al contexto bélico del '98 hace precisa una referencia al rol de los medios de comunicación, particularmente del periodismo y la literatura, como herramientas de transmisión entre la opinión pública de los valores de la ideología de los grupos dominantes; es decir, como 'medios' productores y reproductores de ideología a partir de construcciones simbólicas. En el caso de los Estados Unidos, el gobierno aprovechó el interés, la indignación y la disposición filibustera que la prensa neoyorquina había incitado entre sus lectores, y decidió apoyar a los insurgentes cubanos. La oleada expansionista, que el gobierno estadounidense, asistido por la prensa escrita, enmascaraba bajo pretensiones democráticas y filantrópicas, era incontrolable. La oportunidad que se presentaba para extender el área de influencia económica y política en el Caribe y abrir nuevas vías comerciales al capital estadounidense fue un factor disuasorio. De esta manera, la guerra del '98 dio paso a una 'nueva era' de hegemonía política y económica de los Estados Unidos en el Caribe hispano. Como consecuencia, la isla de Puerto Rico, que no se encontraba en guerra contra España y que hacía menos de un año había firmado la 'Carta Autonómica', entra dentro de los planes colonialistas y expansionistas estadounidenses. El 25 de julio de 1898, Puerto Rico es invadido y ocupado militarmente por las tropas estadounidenses. Después de terminado el escenario bélico, Puerto Rico pasa a ser un 'botín de guerra'.

Durante los años que siguieron a la invasión, arriban a Puerto Rico muchos escritores estadounidenses, entre ellos corresponsales de guerra, periodistas, cronistas, etc., acompañados de fotógrafos y artistas gráficos, con el propósito de documentar el recién adquirido territorio e inscribirlo dentro del imaginario público estadounidense. Esta oleada de escritores que arriba a la isla responde tanto a agendas partidistas, ideológicas y económicas, como a intereses puramente personales y profesionales. No debe olvidarse el lucrativo mercado del libro y la prensa generado por la cobertura de la guerra hispano-cubano del '95 y la ulterior intervención militarista de los Estados Unidos del '98. Durante esos años emergen en los medios de comunicación escenas 'épicas' (como la explosión del *Maine* o la batalla de las Lomas de San Juan, etc.) y figuras casi 'míticas' (como el coronel Theodore Roosevelt y la legendaria brigada de los *Rough Riders*, o el general Weyler y Nicolau, apodado "the Butcher", etc.), que capturaron la atención de los lectores. Estas publicaciones cumplieron una función instrumental en la producción simbólica destinada a consolidar el proyecto colonial estadounidense en Puerto Rico como una empresa civilizadora.

Dentro de ese furor mediático emerge el amplio y heterogéneo catálogo de 'textos imperialistas' sobre Puerto Rico, algunos de los cuales serán estudiados aquí. Entre los diversos géneros y registros que comprende este *corpus* de textos se encuentran informes o reportes oficiales (e.g. *First Annual Report* de Charles H. Allen y *Report on the Island of Porto Rico* de Henry K. Carroll, etc.), crónicas históricas de la invasión (e.g. *The '98 Campaign of the 6th Massachusetts, U. S. V.* de Frank E. Edwards y *Troop "C" in Service* de Anthony Fiala, etc.), evaluaciones del estado de Puerto Rico y su potencial económico (e.g. *Puerto Rico and Its Resources* de Frederick A. Ober y *Puerto Rico: Its Conditions and Possibilities* de William Dinwiddie, etc.), textos de carácter descriptivo e informativo sobre el panorama histórico-cultural general de la isla (e.g. *The Story of Beautiful Porto Rico* de Charles H. Rector y *Our Island and Their People* de José de Olivares, *The New America and*

the Far East: A Picturesque and Historic Description of These Islands and Peoples de George Waldo Browne, etc.), textos pedagógicos e históricos (e.g. *Uncle Sam's Soldiers* de Oscar Phelps Austin y *The History of Puerto Rico* de Rudolph A. Van Middeldyk, etc.), libros de viaje y guías turísticas, entre otros.

Estas 'publicaciones imperiales' combinan efectivamente la mirada 'patologizante' y 'demonizante' del pasado colonial español con la representación 'idealizante' y 'exotizante' del nuevo territorio caribeño. En muchas de estas publicaciones se destacan los relatos de la crueldad del régimen español, que legitimaban ante la opinión pública y académica la intervención estadounidense en el Caribe bajo pretextos providenciales, históricos, filantrópicos y humanitarios. Muchos de estos relatos 'difamadores' se basaron en viejos prejuicios occidentales estudiados en el capítulo anterior, como fueron la hispanofobia, y el anti-romanismo y anti-catolicismo, inspirados en el mito de la 'leyenda negra' antiespañola. Por otra parte, también resaltan en estos 'textos imperialistas' los relatos sobre las 'posibilidades' materiales y económicas del nuevo territorio dentro del marco de la racionalidad moderna, que cumplían el propósito de atraer futuros inversionistas, comerciantes y turistas dedicados al *voyerismo* de lo natural. La naturaleza tropical puertorriqueña se transforma en un lugar de promesa y porvenir económico. Estos textos imperialistas rechazan deliberadamente el pasado español y, en cambio, dirigen la mirada hacia el futuro, que los autores ubican en el proyecto modernizante estadounidense ligado con la implantación del capitalismo, la explotación de los recursos naturales mediante la industrialización (esencialmente del monocultivo azucarero) y el turismo.

Los prejuicios antiespañoles y anti-católicos marcaron negativamente los discursos imperiales estadounidenses sobre la historia y la identidad nacional puertorriqueña. La visión optimista e idealizante sobre la prodigalidad de la naturaleza puertorriqueña se desluce frente al alto índice de precariedad social y al marcado deterioro de las condiciones de vida entre la población. La indolencia e ignorancia del campesinado, los altos niveles de analfabetismo, la inadecuada infraestructura sanitaria en las viviendas rurales, los vicios sociales, la superstición religiosa y el concubinato, entre otros males sociales, serán presentados en estos 'textos imperiales' como evidencias irrefutables de las deficiencias de la administración española en la colonia. El énfasis depositado en las precariedades y carencias de los puertorriqueños, así como en sus deficiencias hereditarias, que contrasta con la lisonja de sus prometedoras exuberancias naturales, sirvió para confirmar la incapacidad de los isleños para autogobernarse y buscar soluciones a sus propios problemas sociales. La rectificación de los aspectos negativos de la sociedad puertorriqueña, heredados tras siglos de coloniaje español, se convertirá en uno de los acicates del imperialismo 'filantrópico' y 'redentorista' de los Estados Unidos.

En 1900 se aprueba la Ley Foraker y se establece el gobierno civil en la isla, que ratificaba la incapacidad de los puertorriqueños para el autogobierno. Algunos de los 'textos imperialistas' anteriores al 1900 (e.g. *Our Islands and Their People* de Olivares, publicado en 1899, etc.) contribuyeron a allanar el camino para su instauración, mediante el desplazamiento simbólico de la 'autoridad patriarcal' puertorriqueña, que dentro de los discursos culturales de la élite criolla de finales del siglo 19 encarnaba la figura del hacendado. La 'omisión' instrumentalizada de la clase dirigente criolla reforzó la correlación negativa entre la civilización española y el pueblo puertorriqueño, que es 'esencializado' en el campesinado iletrado. La

ausencia discursiva de las clases dominantes criollas medias o altas en estas publicaciones creó un ‘vacío’ simbólico propicio para la entrada de la autoridad gubernamental estadounidense. Por medio de “la subestimación simbólica del padre” (Thompson 43) se legitimó el tutelaje político de la nueva autoridad patriarcal estadounidense sobre la colonia. Este tema será estudiado en el siguiente capítulo que aborda las novelas *Tierra adentro* (1911) y *La gleba* (1912), de Ramón Juliá Marín.

El presente capítulo guarda una íntima relación con el capítulo anterior, enfocado en los rudimentos del discurso imperialista que suscitaron la intervención militar de los Estados Unidos. Mi análisis del ’98 busca ampliar el concepto de “guerra simbólica” propuesto por Díaz Quiñones (*El arte de bregar*), que resulta muy útil para abordar las “tramas narrativas” del ’98. Este concepto es esencial para entender el complejo sistema de representación usado por los medios estadounidenses para narrar e ilustrar los conflictos bélicos en las últimas colonias españolas y legitimar ante el público los intereses económicos y políticos que los motivaban. En la primera sección procedo a indagar sobre las incidencias políticas e históricas que motivaron la expedición militar del ’98 en Puerto Rico. Mi enfoque se basa en el estudio del rol político e ideológico que cumplió el sistema de educación estadounidense en la promoción del reclutamiento voluntario militar en las escuelas, a través de publicaciones exitosas en ventas como *Uncle Sam's Secrets: A Story of National Affairs for the Youth of the Nation* (1897) y *Uncle Sam's Soldiers: A Story of the War with Spain* (1898), de Oscar Phelps Austin. Además, discuto cómo la coyuntura política del ’98, sobre todo en Puerto Rico, presentó condiciones oportunas para ensayar una suerte de teatro militarista de patriotismo y hacer partícipes a los ciudadanos estadounidenses del expansionismo imperialista, en marcha desde el siglo 19, mediante la incorporación ciudadana –muy calculada y oportuna– en los asuntos políticos internacionales y domésticos de la nación. Junto con los textos pedagógicos *Uncle Sam's Secrets* y *Uncle Sam's Soldiers* de Austin, participan en este proceso los textos periodísticos de Richard Harding Davis, Finley Peter Dunne y Albert Gardner Robinson, con cuyo estudio concluye el presente capítulo.

De la amplia literatura escrita por los estadounidenses, seleccioné algunos textos escritos por Davis, Dunne y Robinson, que a mi juicio son representativos del relato imperial del ’98 en Puerto Rico, así como del carácter y los ideales imperialistas y colonialistas del discurso estadounidense de la época sobre la isla. Las últimas dos secciones del capítulo se centran en la mirada algo distanciada, despreciativa y reduccionista desde la cual los escritores estudiados interpretan, relatan y representan las incidencias del ’98 en la isla ‘invadida’, su ‘botín’ territorial. Primeramente, realizo una lectura crítica del texto *The Cuban and Porto Rican campaigns* (1898) de Davis, centrándome en la infravaloración en la representación del conflicto militar promovida por los medios de prensa estadounidenses. Concluye el capítulo con el análisis del humorismo y la crítica satírica en la representación de la campaña militar del ’98 en Puerto Rico realizadas por Dunne y Robinson, en las obras *Mr. Dooley in Peace and in War* (1898) y *The Porto Rico To-Day* (1899), respectivamente.

El presente capítulo, como el anterior, abre un espacio de reflexión que posibilita una lectura dialéctica entre los ‘textos imperialistas’ estadounidenses y los textos literarios producidos al mismo tiempo en la isla por los novelistas ‘noventayochistas’ puertorriqueños, específicamente José Pérez Losada y Ramón Juliá Marín, a quienes dedico los próximos dos últimos capítulos. Esta mirada

dialéctica que propongo entre los textos imperialistas y las novelas puertorriqueñas escritas en las primeras dos décadas del siglo 20, nos permiten acceder a una perspectiva diferente del '98, ya no caracterizada por el desapego y desprecio del advenedizo 'imperialista', sino desde la óptica de la clase letrada criolla de finales del siglo 19, una muchas veces estereotipada y distorsionada por prejuicios de clase, 'traumas' y vanas nostalgias hispanófilas.

2.1. Puerto Rico como “teatro de guerra”; la representación de la campaña militar del '98 en *Uncle Sam's Soldiers* de Oscar Phelps Austin

En una carta al Presidente Theodore Roosevelt, fechada el 27 de julio de 1898, el Secretario de Estado, John Hay, declara que el conflicto armado contra España ha sido una “espléndida pequeña guerra”: “It has been a splendid little war” (Thayer 337). Esta infravaloración en la representación del conflicto militar, promovida en gran medida por los medios de prensa estadounidenses, cumplió una función central dentro de los discursos políticos, dentro y fuera de los Estados Unidos. Por un lado, sirvió el propósito de enaltecer la imagen del emergente imperio (filantrópico, progresista y moderno) estadounidense y acentuar su arrollador poderío militar y su moderna tecnología militarista. Por el otro, sirvió para cimentar la imagen de la nación civilizada y próspera, en contraste con el despotismo reaccionario del imperio español. En el capítulo anterior, discutí como esta oposición binaria es producto del sentimiento antiespañol y anti-católico que germinó en los Estados Unidos a partir de 1880. También es el resultado de la reapropiación discursiva de la vieja “leyenda negra” dentro de los discursos políticos e imperiales de la época. La campaña de demonización impulsada por los Estados Unidos contra España, se asentó en las bases del supuesto atraso económico, político y científico, del fanatismo religioso, de la crueldad del pasado colonial y del trato negligente de sus colonias.

Los efectos del desprestigio de España repercutieron, con mayor intensidad, sobre los discursos estadounidenses en torno a las nuevas posesiones territoriales del Caribe y del Pacífico que arrebataron al imperio español. Dentro del discurso imperialista estadounidense, el atraso político y económico, y la precaria situación social en que se hallaban las últimas colonias españolas en las postrimerías del siglo 19, justificaron la inmediata intervención 'filantrópica' y 'providencial' de los Estados Unidos. En un discurso presidencial que data del 16 de febrero de 1899, William McKinley así lo atestigua: “The Philippines, like Cuba and Porto Rico, were entrusted to our hands by the war, and to the great trust, under the providence of God and in the name of human progress and civilization, we are committed” (186-87). De igual manera, el tutelaje político de los Estados Unidos sobre Puerto Rico, estaría justificado por el hecho de la isla haber permanecido por quinientos años bajo el coloniaje español; una realidad colonial irrefutable que Henry K. Carroll llamó “the wrongs of centuries” (56). Dentro de su lógica imperialista, la presunta incapacidad de los puertorriqueños para el autogobierno es sintomática de legado del colonialismo español y de la herencia racial y cultural española: “[...] the supposed “incapacity” of Puerto Ricans for self-government was invoked as a reason, usually accompanied with observations upon the corrupt nature of politics under Spanish rule” (Lewis 56).

Como en todo debate, también hubo una vertiente anti-imperialista, opositora de la política imperial de McKinley¹¹, que cuestionaban el intervencionismo de los Estados Unidos en el Caribe (Cuba y Puerto Rico) y los esfuerzos heroicos del General Nelson A. Miles. Esta vertiente anti-imperialista enfocaba en la indiferencia de los habitantes de las colonias, la desigualdad de las fuerzas militares españolas, los riesgos que acarrearía la anexión de territorios como Puerto Rico, con un clima amenazante y un idioma y religión distintos, y los problemas éticos que acarrearía la empresa expansionista en general. De la misma forma, la prensa neoyorquina se escindió en dos posturas ideológicas opuestas, al menos en apariencia. Por un lado, estaba la prensa pro-intervencionista y pro-expansionista, como el *World* de Pulitzer y el *Journal* de Hearts, entre los que existía una singular rivalidad, pero cuya común retórica patriotería y sensacionalista era, en cambio, cónsona con las ideas políticas de McKinley y del partido republicano. Por el otro, estaban periódicos como el *Evening Post* (dirigido por Edwin Lawrence Godkin), y el *New York Herald* (dirigido por James Gordon Bennett, Jr.) que se destacaban por su periodismo más tradicional, su aparente neutralidad y su común reproche al nuevo sensacionalismo que infiltraba la prensa. No obstante, la retórica exuberante sobre las apabullantes victorias navales de la armada norteamericana y la euforia patriótica por los triunfos en ultramar, terminarían convenciendo a muchos políticos y lectores a afiliarse a la vertiente imperialista.

Como discutiré a continuación, comentarios reduccionistas como el antes citado del Secretario de Estado, John Hay, sobre la guerra del '98, fueron aplicados con mayor encono al caso particular de la expedición militar del '98 en Puerto Rico. Si Hay refiere el contexto de la guerra contra España, en términos generales, como una “splendid little war”, en el caso particular de Puerto Rico, Richard Harding Davis lo describe como un “successful military picnic”. Entre otros apelativos infravalorativos usados para describir la campaña militar en Puerto Rico destacan

¹¹ Un caso similar ocurrió en los umbrales del ‘desastre del '98’ en España, que entonces estaba escindida ideológicamente entre los seguidores de Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros y máximo exponente del conservadurismo español, y los regeneracionistas liberales que rechazan el tradicionalismo ‘canovista’. La injerencia de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano del '95, generaría un debate ideológico dentro del suelo español. La postura ideológica delante del apabullante desarrollo del imperialismo estadounidense se escindió en dos facciones principales: el “antiamericanismo” y el “filoamericanismo”. Los sectores republicanos y de liberalismo más progresista manifestaron una postura más benigna ante los Estados Unidos, motivada por los ideales democráticos y liberales de la nación anglosajona que despreciaban los conservadores. Los regeneracionistas españoles comprendieron el sentido de la crisis española e intentaron acercarse a los valores asociados a la sociedad estadounidense, pero la recalcitrante derecha conservadora se opondría, esencialmente en repudio a sus preceptos políticos (republicanismo, federalismo, liberalismo), económicos (capitalismo) y religiosos (protestantismo); en resumen, a los valores del *American way of life*. Por un lado, la oposición del conservadurismo español a la influencia *yanqui* se hacía en defensa de la “unidad católica” y de los valores de la “Hispanidad”, representados por la Iglesia católica y la monarquía; por el otro, se hacía como “reacción contra la prepotencia y los estereotipos despectivos que se estaban elaborando por el lado opuesto” (Fernández de Miguel 16-17). De esta manera, el gobierno de España se apostaba ‘discursivamente’ delante de los Estados Unidos, como parte de la “guerra simbólica” que se desarrollaba en el terreno de los imaginarios simbólicos, a la par con ‘la otra guerra’ que se peleaba, corporalmente, en terreno cubano.

“a magnified field-day”, “a sort of comic-opera war”, “*fête de fleurs*” (Davis 296), y otros menos figurativos, como “insignificant skirmish”¹² (Rector 18), entre otros. Para entender el tipo de cobertura mediática que recibió la invasión de Puerto Rico, baste citar brevemente dos artículos de *The New York Times*, titulados “The Capture of Arroyo: Amusing Experiences of the Gloucester’s Men in a Small Town in Puerto Rico” y “The Comic Side of War”, publicados el 19 y el 21 de agosto de 1898, respectivamente. El humor de los artículos periodísticos es notable desde el título. Ambos artículos resaltan el matiz algo inofensivo de la campaña militar en Puerto Rico, cuya caracterización casi raya en lo ridículo. Mientras “The Comic Side of War” compara las incidencias de la guerra del ’98 con la ‘*opera-bouffé*’ de Johann Strauss Jr., *Der lustige Krieg (La guerra divertida)*, “The Capture of Arroyo” describe, desde la perspectiva del *USS Gloucester*, la noche previa al desembarco de las tropas estadounidenses en el pueblo de Arroyo, en donde al día siguiente ya había sido enarbolada la bandera de los Estados Unidos:

Standing guard ten hours a day against a mythical enemy in time becomes monotonous. [...] But the Spaniards took a mean revenge on us. During the hours of darkness they sneaked down to the beach in batches of two or three and fired harmless and timid shots at the *Gloucester*, only succeeding in disturbing our sleep. (“The Capture of Arroyo”, *The New York Time*, Aug. 19, 1898)

Por supuesto, la interpretación generalizada de la invasión de Puerto Rico en términos tan poco atractivos y reduccionistas, no satisfizo a los generales militares, como tampoco a los acérrimos defensores de la política imperialista. Para todos ellos, el éxito fulminante de la expedición en Puerto Rico se debió, casi exclusivamente, a la organización minuciosa de los generales (como Miles) y a la disciplina de sus tropas: “Si había sido un “*picnic*” la invasión se debía al genio militar de sus organizadores” (Picó, 1898 66). La tendencia de restarle méritos a la colaboración puertorriqueña en la campaña militar del ’98 –evidente en los escritos del General Miles, Anthony Fiala, Frank E. Edwards y Richard Harding Davis, entre otros–, no sólo acentuaba el “impecable” desempeño militar de las tropas y los generales estadounidenses, sino que borraba cualquier constancia de que se hubieran contraído deudas políticas con los puertorriqueños.

En contraste con el escenario más amargo, angustioso y beligerante de la expedición militar en Santiago de Cuba, el éxito fulminante de la invasión militar en Puerto Rico necesitó de una explicación convincente, que no sólo satisficiera el discurso ideológico del imperialismo estadounidense (cuyos rudimentos discutimos en el capítulo anterior), sino que también satisficiera el discurso sensacionalista de la prensa estadounidense. Este contraste entre la beligerancia del cubano y la pasividad del puertorriqueño, representado en la ‘guerra’ de Santiago (Cuba) y las esporádicas ‘escaramuzas’ –“insignificant skirmish”, les llamó Charles H. Rector (18)– en suelo puertorriqueño, resultó ser fatal, pues relegó la campaña militar del ’98 en Puerto Rico, en términos de difusión y atención dispensada, a la páginas secundarias del drama mediático y sensacionalista del ’98. Aún hoy día se sigue insistiendo en este contraste. En su libro *War Games: Richard Harding Davis and the New Imperialism* (2003), John Seelye indica: “The invasion of Puerto Rico worked like a well-oiled, finely adjusted machine, compared with the creaking and cumbersome operation in Cuba” (307). Este desenlace impecable de la campaña

¹² “Indeed even the bloodiest and more drawn-out battles have rarely been classified as anything other than heavy skirmishes” (Dávila-Cox 97).

militar al “número dos”¹³ no sólo ya se pronosticaba, sino que fue capitalizado por el gobierno de los Estados Unidos, como instrumento ideológico de la política expansionista y del partido republicano, encabezado por el Presidente William McKinley.

El historiador y sacerdote jesuita Fernando Picó ofrece una mirada a “contrapelo” (aplicando el concepto benjaminiano) de la historia del '98 en Puerto Rico, en su libro *1898: La guerra después de la guerra*. Según indica Picó, la coyuntura política estadounidense del '98 presentó condiciones oportunas para ensayar una suerte de teatro militarista de patriotismo y hacer partícipes a los ciudadanos del expansionismo imperialista que estaba en marcha desde el siglo 19. De las lecciones aprendidas durante la guerra del '98 se construye en 1901, bajo la administración del Presidente Theodore Roosevelt, el U.S. Army War College, fundado por el Secretario de Guerra, Elihu Root. La Guerra del '98 les enseñó que la incipiente nación aún no estaba cabalmente preparada para la movilización de sus fuerzas en apoyo de los objetivos de seguridad nacional, conforme lo exigía su proyecto de expansión imperialista. “The war, brief as it was [...] served to delineate the nature of the Marine Corps’ mission in the rapidly expanding navy and in the defense of America’s colonial possessions” (Shulimson 43). Sobre este particular, el General Miles comenta en sus memorias: “The threatened war with Spain turned the attention of our people to our military necessities and the need of a stronger physical force for the nation” (268). Esta carencia de una fuerza militar nacional fiable sobre el terreno servirá como pretexto justificador para la promoción de campañas de reclutamiento masivas y para la inversión cuantiosa de capital para el desarrollo tecnológico militarista.

El uso de voluntarios para la campaña en Puerto Rico era también cónsono con las necesidades políticas del presidente William McKinley y del Partido Republicano en el poder. Como indica Picó: “Alimentada por la prensa amarilla, la popularidad de la guerra generaba demandas de participación ciudadana en los triunfos que se esperaba cosechar” (1898 53). El propio General Miles ofrece en sus memorias un panorama del ambiente entusiasta y de ferviente patriotismo que reinada entre la juventud estadounidense: “When the call for volunteers was made the enthusiasm was intense, and recruiting stations were crowded” (270). Cuando la caída de Santiago de Cuba parecía inevitable:

[...] la campaña militar en Puerto Rico se presentaba como una fácil y corta, justo lo necesario para colmar las expectativas de participación y gloria de los regimientos estatales. Los jóvenes voluntarios, criados con cuentos de glorias de la Guerra Civil, buscaban la oportunidad de emular a sus padres veteranos. Pero la guerra terminaba y la mayoría de ellos no había tenido ocasión de combatir. (Picó, 1898 53)

Para entender el sorpresivo auge de los jóvenes voluntarios en las filas de inscripción militar, hay que primero tomar en consideración la importante labor ideológica que tuvo la difusión de textos educativos en la preparación de los futuros jóvenes aspirantes a voluntarios del ejército estadounidense y en la diseminación de la ideología imperialista. Uno de los textos pedagógicos difundidos por la Comisión de Educación con el propósito de instruir a los jóvenes (en edad adolescente) sobre los asuntos nacionales se titula *Uncle Sam’s Soldiers: A Story of the War with Spain* (1898), de Oscar Phelps Austin. El título sirve de corolario al libro *Uncle Sam’s*

¹³ Como indica Fernando Picó en su estudio histórico sobre el '98 en Puerto Rico, el “número 2” era el “eufemismo preferido del alto mando militar para referirse a Puerto Rico” (1898 46).

Secrets (1987), publicado por el autor un año antes con igual éxito. *Uncle Sam's Soldiers* fue editado por el entonces Comisionado de Educación, William T. Harris, y publicado como parte de la serie de libros educativos *Appleton's Home Reading Books*. De esta manera, el libro de Austin se inserta dentro del movimiento de reforma educativa ocurrido en los Estados Unidos a finales del siglo 19 y principios del siglo 20. El propósito de esta serie de libros educativos era extender la educación del aula escolar al espacio del hogar, y fomentar así el hábito de la auto-educación entre la juventud estadounidense.

Fue sobre todo en los centros de enseñanza donde la educación infundió en la juventud estadounidense ciertos valores ciudadanos, como eran el servicio al Estado y el orgullo nacional, etc., claramente en sintonía con la ideología patriótica e imperialista imperante. Usando como material de documentación e inspiración las rebeliones insurgentes en las últimas colonial españolas (que se desarrollaron simultáneamente en las islas de Cuba y Filipinas), el popular furor filibustero cubano entre los estadounidense y la tensión política entre los Estados Unidos y España, Austin construye en *Uncle Sam's Soldiers* una apología del sistema de reclutamiento militar, instruyendo a los jóvenes adolescentes –como el protagonista, Daniel Patterson (Dan)– sobre las peculiaridades de la carrera militar, mientras fomenta el alistamiento como voluntarios en el servicio militar. Sobre el propósito del libro, el propio autor explica en el “Prefacio”: “The purpose of this story is, like that of its predecessor, instruction, though in this particular case the intention is to instruct in a single feature of national affairs—modern military methods” (“Preface” xiii).

Uncle Sam's Soldiers posee una estructura narrativa muy simple, instructiva, al mismo tiempo que amena. Esta combinación entre el placer de la lectura y el aprendizaje sea quizás la clave, pedagógica e ideológica, del libro. La obra inicia con una conversación entre el protagonista, Daniel Patterson (Dan), un adolescente común de West Virginia, y su mejor amigo, Henry Wilkins, sobre los rumores de la guerra contra España. Al momento de esta conversación, el acorazado *USS Maine* ya ha zarpado hacia la Habana, Cuba. El primer capítulo culmina con la entrada del padrastro de Dan, quien le anuncia sobre la destrucción del *Maine*, suceso histórico que obtuvo una cobertura mediática sin precedentes. De aquí en adelante, el lector se adentra en el complejo mundo militar, a través de las conversaciones entre Dan y su tío Samuel Patterson, las peripecias de su viaje por tren “*en route*” a Washington y, finalmente, su desembarco como soldado raso en Cuba. A través de las numerosas interacciones de Dan, Austin ofrece a los lectores adolescentes (a quienes está dirigido el texto) información didáctica sobre los métodos de guerra, el proceso de reclutamiento, los avances en la tecnología militarista, los tipos de armamento y vestuario militar, los servicios médicos ofrecidos, los diferentes departamentos y responsabilidades militares, etc. Tras rendir servicio en Cuba, Dan es enviado a tomar parte de la invasión militar de Puerto Rico. La obra concluye con el regreso de Dan a su hogar en los Estados Unidos, en donde recibe una carta de Henry, quien también se había enlistado como soldado, en la que describe a su amigo su experiencia en el campo de batalla en Manila (Filipinas), en donde rindió servicios como voluntario.

El capítulo 26 narra la experiencia de Dan en Puerto Rico. El pronto servilismo de los puertorriqueños, que recibían con efusivos gritos de “Vivan Americanos, Puerto Rico Americano” (Austin 328) a las tropas estadounidenses, despierta en Dan una cierta aprensión, que no tarda en expresar a su tío:

“A curious war this, uncle,” said Dan.

“Wait and see, Dan,” replied Mr. Patterson; “Puerto Rico will not be surrendered without some bloodshed. There are strong positions in the mountains and well-prepared fortifications yet to be considered.” (327)

Aunque en *Uncle Sam’s Soldiers* las incidencias de la campaña militar en Puerto Rico adquieren un tono belicoso y dramático, la realidad es que no pasa de un breve ensayo de guerra. En el momento más tenso del relato, en que el guía puertorriqueño que acompaña a la tropa indica a Dan “Now you will see some fighting”, llega la orden oficial del armisticio. A su regreso a los Estados Unidos, los únicos signos visibles de la guerra en el cuerpo de Dan eran “the thick layers of Cuban and Puerto Rican tan with which his cheeks were covered” (Austin 332).

En *Uncle Sam’s Soldiers*, la invasión de Puerto Rico parece ofrecer el nivel preciso de acción bélica, sin poner nunca en riesgo real la seguridad de los soldados. Como indique anteriormente, la utilización de tropas inexpertas de ciudadanos voluntarios en la campaña militar de Puerto Rico era congruente con los intereses políticos del Presidente McKinley y del gobierno en turno. Si bien la participación ciudadana en los asuntos nacionales, sobre todo en dentro del drama bélico, era una movida política potencialmente favorable, también era una arriesgada, por lo que debía prevenirse, por todos los medios posibles, que se viera mancillada con las realidades propias de la guerra. Como indiqué antes, el propósito era dar a los ciudadanos voluntarios la ilusión de la experiencia bélica sin sus consecuencias y, en el proceso, dar cierta presencia y reconocimiento a los ciudadanos en los asuntos nacionales, que se dirimen y deciden en Washington.

Como un primer paso preventivo para disminuir las posibles contingencias por causa de la escases de entrenamiento y preparación militar de muchos de los voluntarios alistados, el General Miles decide que “no llevaría a Puerto Rico ningún hombre que hubiera participado en la campaña de Oriente” (Picó, 1898 52), por causa de los estragos y numerosas bajas que la fiebre amarilla había ocasionado entre las tropas estadounidenses durante la expedición cubana. Como indica Picó:

Un alto número de bajas entre los soldados voluntarios indudablemente habría de arrostrar complicaciones políticas para el Congreso, tratándose de un año de elecciones. Miles tendría que depender más del número de sus tropas que de su calidad, así como del equipo militar. Había que evitar confrontaciones directas con las fuerzas españolas. (1898 54)

Dada la escasez de experiencia y entrenamiento militar de las tropas, habría que confiar más en la ventaja numérica de las mismas, que en su calidad y bravura.

La búsqueda de un lugar de desembarco que evitara, sino dilatara, cualquier confrontación directa con las fuerzas españolas influyó al momento de decidir la costa de Guánica, y no la de Fajardo como se tenía previsto, como el lugar de desembarco de las tropas norteamericanas en la isla. La justificación más repetida para este súbito cambio es que el General Miles entendía que si el proyectado desembarco por Fajardo, por causa de la cobertura mediática de la Guerra del '98, había llegado a ser de conocimiento de Washington, por consiguiente, también era conocido por los españoles (Picó, 1898 54). El propio General Miles comenta al respecto:

As all cablegrams concerning our landing-place [Point Fajardo] had passes through foreign cables, and it was important to deceive the enemy [...], the question of successfully disembarking the command became a serious one. [...] So much publicity had been given the enterprise that I decided to do what the enemy least expected, and

instead of going to or making a demonstration as Point Fajardo, I decided to go direct to Guánica. (Miles 297)

No obstante, Picó propone otra posible –y más plausible– causa para el súbito cambio en el lugar de desembarco de las tropas estadounidenses. Según indica el historiador, “una invasión por Guánica tendría la ventaja de retardar el enfrentamiento entre las tropas españolas y las norteamericanas y esto permitiría que las tropas voluntarias del General Miles desarrollaran alguna confianza en sus habilidades de campaña” (1898 55). También, por la cercanía de Guánica a la ciudad señorial de Ponce, entonces el municipio más poblado del país, así como uno de los centros de mayor vitalidad económica, política y cultural en la isla, el desembarco por la costa sur permitía ocupar uno de los flancos más importantes en un plazo corto de tiempo. Este súbito cambio en los planes de desembarco fue criticado por varios estrategas navales, entre ellos los capitanes Francis J. Higginson y Alfred Thayer Mahan¹⁴. Por último, se esperaba el apoyo incondicional de los criollos de los municipios aledaños, de quienes era conocido su desafecto al régimen español. Todas estas previsiones fueron correctas y la entrada de las tropas por Guánica se hizo sin mayores problemas. El General Miles estaba muy consciente de la animosidad de un sector del país hacia los españoles y la encausa, estratégicamente, a favor de la empresa militar:

Before landing I was aware of the fact that there existed considerable disaffection among the people in the southern portion of the island, and as our force was so much inferior to the Spanish I deemed it advisable, if possible, to encourage this feeling, and also to impress the people of the island with the good intentions of the American forces. (299)

El éxito abrumador de la Guerra del '98 repercutió favorablemente en los discursos políticos de la época. En este aspecto la prensa estadounidense jugó un rol central, moldeando la opinión pública en temas ‘sensibles’ como el intervencionismo, el imperialismo y el expansionismo. La siguiente sección se centra en Richard Harding Davis, uno de los periodistas que promueve los valores imperialistas y que busca enaltecer la participación de las tropas estadounidenses ante los ojos de sus detractores. Durante la guerra del '98, algunos corresponsales de guerra, como Stephen Crane y Richard Harding Davis, se dieron a la tarea de elogiar los esfuerzos ‘heroicos’ de los generales militares y de los regimientos de voluntarios, entre ellos la participación de los jinetes del 1° Regimiento de Caballería de Voluntarios, popularmente conocido como los *Rough Riders*. Davis supo tomar los aspectos menos épicos y gloriosos de la guerra (i.e. la corta duración y el reducido número de bajas en ambos bandos) que otros usaron para desacreditar la empresa militarista expansionista, y teñirlos de sensacionalismo, en esta ocasión con una distinta finalidad: encumbrar la labor militar y promover los ‘valores’ nacionalistas e imperialistas estadounidenses, dentro y fuera de sus fronteras nacionales. Los discursos políticos de la época también se sirvieron de maniobras retóricas similares. Por ejemplo, en un discurso pronunciado el 21 de octubre de 1898, a dos meses de

¹⁴ En una carta a John Davis Long, entonces Secretario de la Armada de los Estados Unidos bajo la administración de McKinley, Mahan comenta: “The Porto Rico landing I once told you, at Guanica, and the initiation of operations there, appears to me a military stupidity so great, that I can account for only by a kind of obsession to vanity, to do a singular and unexpected thing” (Trask 355).

concluida la guerra, William McKinley, entonces presidente de los Estados Unidos, proclama en tono triunfal:

We have been through a war which lasted only a little more than one hundred days, a war happily not on our own, but on distant shores. And in that short period we sent our boys—and your contribution was among them—seven thousand miles by sea. And yet in that short period we have achieved a victory which will be memorable in history. There has been nothing like it recorded in military annals. (146)

2.2. Richard Harding Davis y el discurso reduccionista en torno a la campaña militar en Puerto Rico

En la mañana del 25 de julio del 1898, desembarca la expedición a bordo del *USS Gloucester*, capitaneado por el Almirante Richard Wainwright, por las costas de Guánica. Las fuerzas navales de los Regimientos de Voluntarios de Infantería del 6to de *Illinois* y del 6to de *Massachusetts*, comandadas por el General Nelson A. Miles, asistieron en la empresa, suprimiendo con eficacia la notoriamente inferior resistencia española. Uno de los corresponsales de guerra presentes en este momento decisivo en la historia puertorriqueña fue el novelista y periodista estadounidense Richard Harding Davis, figura en quien se centra la presente sección. La eventualidad del acontecer histórico del '98 en Puerto Rico estaría, en gran medida, determinada por los escritores estadounidenses que, como el propio Davis, ostentaban el poder representacional y epistémico del lenguaje; en este caso el inglés, la lengua imperial. Como indica Héctor Jaimes, al ejercer el poder de la representación a través del lenguaje, “quien escribe [...] traza líneas, fija categorías, documenta fechas y establece hipótesis; en fin, quien escribe el pasado es quien le da valor y quien lo hace trascender” (Jaimes 41).

Como discutiré a continuación, los relatos en torno a la expedición militar del '98 en Puerto Rico, escritos por los cronistas estadounidenses, se caracterizan por su generalizado discurso reduccionista, despreciativo y, por momentos, humorístico. La campaña militar en Puerto Rico duró apenas diecinueve días y dejó el saldo de tres soldados estadounidenses muertos y unos cuarenta heridos (Dávila-Cox 96). Por causa de la brevedad y escasa beligerancia del conflicto armado, a lo que se suman otros muchos factores (i.e. desconocimiento y tergiversación de la realidad histórico-social puertorriqueña, la censura de los medios en la isla, etc.), el discurso oficial estadounidense privó a la isla de su épica de guerra, como antes lo había hecho la oficialidad española. Dentro de estos relatos se silencian episodios más significativos y dramáticos, como los combates ocurridos en Coamo y en las alturas del Asomante en Aibonito, soslayados por la tesis del “splendid little war”. Incluso cuando los autores estadounidenses exaltan la valentía de la resistencia armada española —lo cual es sólo una maniobra retórica con el propósito de auto-enaltecer las propias tropas bisoñas estadounidenses—, en la mayoría de los casos destacan solamente la labor de los soldados españoles, omitiendo de esta manera la colaboración activa de los voluntarios puertorriqueños en ambos frentes de batalla.

La misma maniobra discursiva de omisión y desagrado de la labor de los “voluntarios” puertorriqueños en las filas de defensa, la están realizando las autoridades españolas al otro flanco del “combate simbólico”. Tras la muerte del historiador puertorriqueño Cayetano Coll y Toste (1850-1930) se publican algunas obras inéditas, entre las que se encuentra un sucinto libro de fácil lectura, titulado *La invasión americana en Puerto Rico* (1974). En el mismo, Coll y Toste compila varios artículos publicados en periódicos sobre la invasión de 1898, suceso histórico

que el autor tuvo la oportunidad de experimentar en carne propia. En sus líneas iniciales, Coll y Toste, impulsado por de “los fueros de la verdad histórica”, plantea que su propósito es el de esclarecer los ataques injustos al pueblo, sobre todo los que atañen al “indiferentismo” del “Cuerpo de Voluntarios” de Puerto Rico “contra el invasor anglosajón” (9). El afán esclarecedor del libro surge como respuesta a “un folleto infamatorio” o “librejo” (como lo llama despectivamente el historiador), escrito por el oficial militar español, el comandante Julio Cervera Baviera. En el infamante folleto publicado en 1898, titulado “La defensa militar de Puerto Rico”, Cervera arremete contra los “voluntarios” puertorriqueños, por un lado, reprochando “injustamente” la actitud ‘indiferente’ que adoptó el pueblo puertorriqueño delante de las tropas estadounidenses que ocuparon el país en 1898 y, por el otro, responsabilizando a los puertorriqueños de las desgracias de la colonia.

Coll y Toste sintetiza las causas del “indiferentismo” de los puertorriqueños como sintomático del desinterés de la metrópoli en el fortalecimiento de las lealtades y los sentimientos patrios de “los hijos del país”, y del espíritu restrictivo y opresor de la administración colonial española; es decir, del malestar social, de la creciente desconfianza hacia la metrópoli, del desbordamiento de frustraciones colectivas contenidas a lo largo de siglos. El cuadro que describe Coll y Toste de la campaña militar de Puerto Rico dista mucho del “*fête des fleurs*”, muchos menos del “field-day” o “picnic” que describen las fuentes estadounidenses. El relato de Coll y Toste sobre la invasión de San Juan se tiñe de tonos grises, que contrastan con las sutilezas gráciles de los relatos estadounidenses:

El ataque nos cogió durmiendo. Nadie se lo esperaba. [...] Cuando empezaron los disparos de cañones. ¡Qué triste realidad! [...]

La ciudad entera a los pocos instantes estaba en pie. Las familias de las calles altas abandonaban sus hogares y corrían a refugiarse detrás de la muralla de la Marina y otros emprendían su triste peregrinación hacia Santurce y Río Piedras. [...] Soplaban ráfagas de muerte. La barahúnda era estruendosa entre los fugitivos, y todos se alejaban rápidamente de la atacada urbe. [...] Con los sonidos secos de un terrible cañoneo, se mezclaban estallidos de bombas y semejaban el rompimiento de carretadas de cristales arrojados en un abismo. Cruzaban el aire gritos y llamadas de las gentes. (40)

Coll y Toste no sólo inyecta dramatismo al conflicto bélico, ausente en los relatos estadounidenses, sino que restituye el heroísmo, a menudo abnegado, de los civiles y soldados ‘voluntarios’ puertorriqueños.

En la guerra del '98 se dio una lucha sin cuartel por el monopolio de la legitimidad, en que las islas caribeñas constituyen un epicentro de confrontación imperialistas. Ostentando un mayor poder de representación, así como una mayor presencia pública y capacidad de control sobre los medios de difusión masiva (impresión), los imperios esgrimen sus prejuicios en sus respectivas prensas nacionales y relegan la colonia (escenario mismo del conflicto imperial) y a los sujetos coloniales (los verdaderos damnificados) a un lugar secundario y supletorio dentro del discurso político-militar. El espacio desigual que ocupó Puerto Rico dentro de esta “contienda entre imperios” o “guerras de palabras”, como les llama Díaz Quiñóniz (213), es evidente en la censura de los medios puertorriqueños durante la coyuntura del '98. Durante estos años, varios periodistas fueron encarcelados y multados, entre ellos, Félix Matos Bernier y Manuel Fernández Juncos (Girón 47). Los discursos imperialistas que publican españoles y estadounidense sobre Puerto Rico, sus recursos naturales y portentos económicos y sus habitantes, se corresponden con los intereses hegemónicos de las respectivas metrópolis.

El lugar de las colonias dentro de este conflicto imperial bipartita, esa tercera voz que quiebra el binomio hispano-estadounidense, si bien no destacó por causa de la censura –tanto de la impuesta prematuramente por las autoridades militares estadounidenses en la isla de Puerto Rico tras la invasión, como de la impuesta antes por las autoridades españolas–, estaba produciendo una respuesta cultural a los ataques “simbólicos” y discursivos que publicaban las plumas españolas y estadounidenses y que cuestionaban la madurez cultural del país, sus lealtades y el carácter moral de la sociedad puertorriqueña delante del suceso histórico del '98. Como es de esperarse, esta respuesta proviene del sector letrado puertorriqueño, cuyos miembros están afiliados emocionalmente con la clase hacendada, de la que son descendientes directos o simplemente adoptan como emblema de los valores señoriales y paternalistas del hacendado. Los crónicas del '98 de Cayetano Coll y Toste, el General Ángel Rivero y Esteban López Giménez, y las novelas ‘noventayochistas’ aquí estudiadas, son sólo algunos ejemplos del frente “simbólico” criollo que confronta con la escritura las imputaciones desmedidas y descontextualizadas y los relatos desacertados, tergiversados, silenciados, y marcadamente prejuiciados que escriben las autoridades imperiales, españolas y estadounidenses, sobre la isla.

El escritor Richard Harding Davis, quien es conocido sobre todo por su actividad como corresponsal de guerra, fue una figura influyente en los medios de comunicación durante el '98 e impulsador de la prensa amarillista o sensacionalista. Davis es uno de los que intenta reivindicar a las tropas estadounidenses de la generalizada desvalorización, subestimación, e incluso reduccionismo (en términos militares) con que se caracterizó ‘mediáticamente’ la campaña militar de Puerto Rico; un discurso reduccionista y despreciativo que, por otra parte, el propio Davis contribuyó en gran medida a difundir. Fue precisamente Davis quien acuña en sus publicaciones de prensa términos reduccionistas e infravalorativos, tales como “magnified field-day”, “successful military picnic”, “comic-opera war”, “*fête de fleurs*”, entre otros, para describir las incidencias de la invasión militar en Puerto Rico. En su libro *The Cuban and Porto Rican campaigns* (1898), Davis ataca la trivialización de la campaña militar en Puerto Rico, por considerarla injusta y desfavorecedora, tanto para los soldados estadounidenses estacionados en la isla, en su mayoría voluntarios inexpertos, como para los ciudadanos que residen en los Estados Unidos:

[...] the Porto Rican campaign was regarded as something in the way of a successful military picnic, a sort of comic-opera war, a magnified field-day at Van Cortlandt Park. This point of view hardly fair, either to the army in Porto Rico or to the people at home. It cheated the latter of their just right to feel proud. (296)

A pesar de que el propósito de Davis es enmendar el aura de desestimación y menosprecio generalizado que acompaña la campaña militar de Puerto Rico, el autor al mismo tiempo lo fomenta, no sólo en su tratamiento discursivo del acontecimiento, sino también en la desigual atención dispensada al caso de Puerto Rico en comparación al de Cuba. Esto es evidente en el libro de Davis que, contrario a como sugiere el título, dedica apenas el último de los ocho capítulos (titulado “The Porto Rican Campaign”) al caso puertorriqueño. Davis se empeña en considerar la campaña militar en Puerto Rico un éxito rotundo, aunque al mismo tiempo admite que “the campaign was nipped by peace almost before it could show its strength” (303). La exaltación discursiva de las autoridades militares y también de la soldadesca ciudadana que participó en las tropas como voluntarios, Davis la lleva a

cabo mediante diferentes estrategias retóricas, que repercuten, en la mayoría de los casos, en detrimento de la sociedad puertorriqueña.

Como indiqué antes, la reiterada disparidad con que se contrastaban la escena beligerante de Santiago, Cuba, con la más neutral de Puerto Rico, resultó ser fatal en cuanto a cobertura y difusión mediática se refiere, pues redujo la invasión militar del '98 en Puerto Rico –suceso de trascendencia histórica, no sólo para la nación ‘invadida’, sino también la ‘invasora’–, a una instancia humorística, a una suerte de *comic relief* dentro del intenso drama del '98 escenificado en Cuba y en las Filipinas. Para entender el grado de desigualdad presente en la comparación del '98 en el caso de Cuba y Puerto Rico, y también el deslucimiento discursivo que sufrió este último como resultado, citaré a continuación dos relatos militares sobre los acontecimientos del '98. El primero describe, con gran dramatismo, la experiencia de Theodore Roosevelt como soldado en el campo de batalla de Santiago, Cuba. El segundo, escrito por Davis, describe en un lenguaje cargado de humor la campaña militar en Puerto Rico. Ambos relatos buscan resaltar la encomiable labor del ejército estadounidense; el primero lo hace destacando el coraje de las tropas en el campo de batalla, mientras el segundo, a falta del elemento bélico y beligerante que confieran dramatismo al relato, destaca en cambio el encomiable aspecto estratégico y operacional de los generales militares estadounidenses.

En la crónica del '98 titulada *The Rough Riders* (1899), Roosevelt describe su experiencia en la batalla en Santiago, Cuba, al mando del famoso regimiento de caballería, en los siguientes términos:

[...] The lofty and beautiful mountains hemmed in the Santiago plain, making it an amphitheater for the battle.

Immediately our guns opened, and at the report clouds of white smoke hung on the ridge crest. For a minute or two there was no response. Wood and I were sitting together, and Wood remarked to me that he wished our brigade could be moved somewhere else, for we were directly in line of any return fire aimed by the Spaniards at the battery. Hardly had he spoken when there was a peculiar whistling, singing sound in the air, and immediately afterward the noise of something exploding over our heads. It was shrapnel from the Spanish batteries. [...] Immediately afterward a second shot came which burst directly above us; and then a third. From the second shell one of the shrapnel bullets dropped on my wrist, breaking my skin [...] The same shell wounded four of my regiment [...], on losing his leg by a great fragment of shell. Another shell exploded right in the middle of the Cubans, killing and wounding a good many, while the remainder scattered like guinea-hens. (117-8)

Cuando se contraponen el escenario militar de Santiago de Cuba con el de Puerto Rico emergen las desigualdades en el tratamiento retórico al abordar estos eventos, que a pesar de su proximidad geográfica tendrán resultados tan opuestos en las dos islas caribeñas. A continuación citaré un fragmento en que Davis establece una comparación entre los eventos ocurridos en Cuba y Puerto Rico. Davis establece un contraste entre la beligerancia del pueblo cubano y el indiferentismo y derrotismo del pueblo puertorriqueño, mas no con el propósito de minimizar la intervención militar. Al contrario, Davis aprovecha la brevedad del conflicto, la limitada acción bélica y la escases de bajas, para resaltar la impecabilidad de los estrategias militares que salvaguardó las vidas de los jóvenes voluntarios y previno mayores desgracias. La labor impecable de las tropas bisoñas se engrandece aún más cuando Davis añade que ésta ocurrió “in spite of the fact that the regiments engaged, with but three exceptions, were composed of volunteers” (303).

In comparison to the Santiago nightmare, the Porto Rican campaign was a *fête de fleurs* [...]

Porto Rico was a picnic because the commanding generals would not permit the enemy to make it otherwise. The Spaniards were willing to make it another nightmare—they were just as ready to kill in Porto Rico as in Cuba—but our commanding General in Porto Rico was able to prevent their doing so. A performance of any sort always appears the most easy when we see it well done by an expert [...] Anyone who has seen a really great matador face a bull in a bull-ring has certainly thought that the man had gained his reputation easily. [...] The reason the Spanish bull gored our men in Cuba and failed to touch them in Porto Rico was entirely due to the fact that Miles was an expert matador [...]

This is not saying that it was not a picnic, but explain why it was so. A general who can make an affair of letting blood so amusing to his men that they regard it as a picnic is an excellent general. (Davis 296-305)

Sirviéndose de estrategias de inocencia propias de la retórica de la “anti-conquista”, Davis construye la imagen del imperio benévolo, que no viene en son de conquista sino en actitud desinteresada, redentorista e intervencionista. Esta representación idealizada de las finalidades de la invasión militar en Puerto Rico, está ya presente en una proclama emitida por el General Miles a su llegada junto a las fuerzas invasoras estadounidenses a la isla, en la que anunciaba la llegada de una nueva soberanía que le brindaría a Puerto Rico los bienes y la prosperidad que acompañan la libertad y los valores de la civilización moderna:

[...] We have not come to make war upon the people of a country that for centuries has been oppressed, but, on the contrary, to bring protection, not only to yourselves but to your property, to promote your prosperity and bestow upon you the immunities and blessings of the liberal institutions of our government. [...]

This is not a war of devastation, but one to give to all within the control of its military and naval forces the advantage and blessings of enlightened civilization. (Miles 301-302)

Davis construye una apología de la invasión militar estadounidense en un registro similar al del General Miles, aunque es evidente en su prosa el uso de dispositivos retóricos y poéticos más elaborados que, como novelista, Davis dominaba a la perfección. Resaltando la integridad de las tropas estadounidenses durante la invasión a la isla, Davis comenta: “They played the conquerors with tact, with power, and like gentlemen. They recognized the rights of others and they forced others to recognized their rights” (329).

It was the new step on the floor and the new face at the door. The son and heir was coming fast, blues-shirted, sunburned, girded with glistening cartridges. He was sweeping before him the past traces of a fallen Empire; the sons of the young Republic were tearing down the royal crowns and the double castles over the city halls, opening the iron doors of the city jails and raising the flag of the new Empire over the land of the sugar-cane and the palm. (353)

La reducción de Puerto Rico a dos de sus mercancías (“the sugar-cane and the palm”) es lo menos relevante en el fragmento citado. Puerto Rico es reducido a su potencial económico e industrial, tanto en la producción industrial del azúcar —el oro blanco— como en el mercado turístico. La referencia a la “palma” no es gratuita, sino que es parte del imaginario turístico que, durante estos mismo años, se está construyendo en torno a la isla Puerto Rico; esa “isla-paraiso”, convertida en el ‘objeto de deseo’ de los promotores industriales y turísticos. Este tema y otros relacionados serán estudiados en los capítulos 4 y 5. De mayor interés resulta el manejo de las imágenes con que Davis, con su característico patriotismo y anti-españolismo, describe la caída

del viejo régimen monárquico español y la llegada de la libertad y del progreso de la nación anglosajona, representados en la recién izada bandera. Cabe aclarar que las mismas “iron doors of the city jails” que se abrieron para liberar a los activistas y disidentes del viejo régimen español, estaban dispuestas para castigar cualquier gesto de disidencia contra el nuevo régimen imperial estadounidense. Según el propio Davis, entre las ordenanzas que tuvo que implantar el General James H. Wilson, quien fue nombrado gobernador militar de la ciudad de Ponce tras ser firmado el armisticio, debía “set free political prisoners” y “arrest and lock up political offenders against the new régime” (331).

Un último aspecto que me interesa destacar del relato de Davis es la notable ausencia de reconocimiento hacia el desempeño y la labor de los soldados voluntarios puertorriqueños¹⁵, como también de otros sectores de la sociedad, que asistieron a las tropas estadounidenses como lenguas y guías, entre otras contribuciones que hicieron la labor de los estrategas militares mucho más simple y exitosa¹⁶. Su atención se centra, en cambio, en el carácter ‘derrotista’ del puertorriqueño, quien lanza flores y encomios al invasor (Davis 356) y, según Davis, sufre de lo que llamó, paródicamente, un “surrender habit” (309). Este ‘hábito de rendirse’ se convierte en un motivo paródico dentro del relato. Como también harán Finley Peter Dunne y Albert Gardner Robinson, a quienes estudiaré a continuación, el humor viene a reemplazar en el relato de Davis la escasez de tensión dramática del escenario bélico en Puerto Rico. Un ejemplo es la descripción de la toma casi carnavalesca de Ponce, que a finales del siglo 19 era una de las principales ciudades y centro económico, cultural e intelectual del área sureña. Según indica Davis: “The city of Ponce [...] surrendered officially and unofficially on four separate occasions. It was possessed of the surrender habit in a most aggravated form” (309). De manera jocosa, Davis indica que uno de los mayores riesgos a los que se exponía un soldado estadounidense en Ponce era tener que lidiar a cada momento con la ‘rendición incondicional’ de los ponceños: “Indeed, for anyone in uniform it was most unsafe to enter the town at any time, unless he came prepared to accept its unconditional surrender” (309).

En un intento por realzar la impecabilidad de las maniobras militares en Puerto Rico y el acatamiento preciso de las órdenes, por parte de los soldados bisoños de las brigadas de “voluntarios”, Davis despeja las dudas sobre cualquier elemento ‘externo’ que hubiera podido contribuir en la inmaculada toma de Puerto Rico como “botín de guerra”. Davis compara la precisión de la campaña militar Puerto Rico con las movidas de un diestro ajedrecista: “The army in Porto Rico advances with the

¹⁵ Ejemplo de esta colaboración activa son las pequeñas guerrillas ‘anti-españolas’ compuestas por puertorriqueños, que pelearon durante las operaciones militares contra las tropas españolas bajo el mando de Pedro María Descartes, quien en combate causó la muerte de un miembro de la Guardia Civil española. Del lado español destacaron puertorriqueños como Ángel Rivero Méndez, Capitán de Artillería del ejército español, a quien se le atribuye haber lanzado el primer disparo contra los Estados Unidos en Puerto Rico. Por supuesto, las autoridades estadounidenses no deseaban destacar el coraje de los recién conquistados, sino la hospitalidad y docilidad con la que recibieron los valores del nuevo régimen.

¹⁶ Esta actitud de colaboración (sino al menos de neutralidad) de los puertorriqueños no sólo brindó un sentido de confianza y seguridad a las tropas estadounidenses, sino que también persuadió a los españoles de que no podrían retener la isla (Picó, 1898 64). Según indica Picó, el éxito de la invasión militar en Puerto Rico se deberá más al concurso de los criollos y a la debilidad de las fuerzas españolas, que al empuje del ejército federal (1898 65).

precision of a set of chessmen; [...] its generals [...] never missed a point nor needlessly lost a man” (303). Las causas geográficas o climatológicas, las contingencias y azares de los combates, ni la cooperación y asistencia de los habitantes ocupan espacio en la retórica de Davis:

[...] The courage of the men is not under discussion now; what we are considering here is a comparison of good generalship with bad, and the American reader, for his own satisfaction, should not belittle a clean-cut scientific campaign by calling it a picnic. [...] An eye-witness of both campaigns must feel convinced that the great success of the one in Porto Rico was not due to climatic advantages and the co-operation of the natives, but to good management and good generalship. (Davis 296-305).

Al fin de cuentas, que la campaña militar en Puerto Rico haya sido o no un “picnic” poco importa. El éxito de la empresa había sido rotundo. La inevitabilidad del destino de Puerto Rico —que había sido anticipada por Francis J. Grund en 1837, cuando profetiza que los estadounidenses “will conquer and subdue the nearest islands, to which their naval genius will invite them” (411-412), y eventualmente será sugerido por el almirante Mahan a finales del siglo 19— es reiterada por Davis en las últimas páginas del libro *The Cuban and Porto Rican campaigns*. En el párrafo de cierre, que cito a continuación, se devela la ‘mirada imperial’ de Davis y la afirmación de la hegemonía y superioridad del imperio estadounidense, que hasta ese momento Davis había mitigado mediante las ‘estrategias de inocencias’ propias de la retórica de la “anti-conquista”:

Peace came with Porto Rico occupied by our troops and with the Porto Ricans blessing our flags, which must never leave the island. It is a beautiful island, smiling with plenty and content. It will bring us nothing but is for good, and it came to us willingly with open arms. But had it been otherwise, it would have come to us. The course of empire to-day takes its way to all points of the compass—not only to the West. If it move always as smoothly, as honorably, and as victoriously as it did in Porto Rico, our army and our people need ask for no higher measure of success. (360)

Como la mayoría de los ‘textos imperialistas’ aquí estudiados, la victoria de los Estados Unidos en el ’98 es sólo la manifestación de lo inevitable, de un destino histórico inescapable, hasta podría decirse que otra muestra fehaciente de la retórica del ‘Destino Manifiesto’. Como indica John Seeley en referencia al expansionismo estadounidense del ’98: “It was a version of Manifest Destiny, that imperial ideology which had been associated with the western frontier and which would transform the Monroe Doctrine into an expansionist rationale, and in 1898 Richard Harding Davis was its champion” (308).

2.3. El humorismo y la crítica satírica en la representación de la campaña militar en Puerto Rico en los artículos periodísticos de Finley Peter Dunne y Albert Gardner Robinson

“We went to Porto Rico expecting battles. We arrived there and were invited to receptions. It was a somewhat incongruous situation, with a side which savored of the opera bouffe.” (47)

Albert Gardner Robinson, *The Porto Rico To-Day*

El humorista y escritor estadounidense de origen irlandés, Finley Peter Dunne, publicó en 1898 el libro *Mr. Dooley in Peace and in War*, una compilación de artículos de sátira política escritos durante la Guerra hispano-estadounidense, momento histórico en el que los Estados Unidos experimenta un intenso furor patrioter y nacionalista. A través de sus columnas satíricas, Dunne presenta una

visión crítica sobre el conflicto armado contra España y la política exterior de los Estados Unidos, particularmente en lo concerniente a las recién adquiridas colonias y al ampuloso expansionismo *yanqui*. Como señala Jacques Barzun en el Prefacio (o “Foreword”) a la edición del 2001: “The United States was waging the Spanish-American War in a frenzy of jingoism. The popular mind, overheated by the press, was all for expansion and empire [...] Mr. Dooley scanned the scene with a critical eye and derisive words” (ix). Sirviéndose de la sátira política, Dunne efectúa una crítica mordaz de la forma en que algunos medios de prensa y políticos estadounidenses sacaron provecho de la crisis del ’98. Ya entre 1890 y 1914, ese periodo que el economista neo-marxista egipcio Samir Amin llamó el primer “belle époque” del imperialismo –“the period of globalised domination by financial monopoly capital [...] of concentration and globalisation” (Amin 4, 5)–, la relación entre el capital financiero y el negocio de la guerra era ya una realidad que acompañaba a los modernos imperios industriales, entre ellos el embrionario imperio estadounidense.

Mr. Dooley in Peace and in War fue un éxito de ventas, vendiendo sobre 100,000 copias al año de su publicación. La popularidad de Mr. Dooley se debió, entre otras razones, al rol social, político y económico que habían jugado, y jugaban entonces, los inmigrantes irlandeses en Chicago. Dunne fue hijo de inmigrantes irlandeses, lo que explica el perfil y la riqueza lingüística de su ficticio narrador y protagonista del libro: el cantinero irlandés, Martin J. Dooley. El dialecto afectado del personaje de Mr. Dooley, cuya primera columna de prensa aparece publicada en 1893, es el de un irlandés que ha vivido unas cuantas décadas en los Estados Unidos, y cuya forma de hablar (o pronunciación vernácula) ha sido enriquecida por la influencia del argot de la región. Otra razón para su popularidad fue, sin dudas, el éxito publicitario masivo que constituyó la guerra del ’98 para la imprenta estadounidense. No se debe olvidar que, al igual que la política partidista, la prensa ‘impresa’ también fue uno de los mayores beneficiarios del negocio de la guerra. Dunne, un conocido panegirista de Richard Harding Davis, criticó de forma satírica la conciencia capitalista y oportunista de la prensa sensacionalista. La admiración que profesa Dunne por Davis resulta, en cambio, algo paradójica. Por un lado, Dunne enmascarado bajo Mr. Dooley cuestiona crudamente el fenómeno del sensacionalismo informativo y su influencia sobre la política nacional y exterior de los Estados Unidos. Por el otro, en cambio, rinde tributo a Davis, uno de los escritores más influyentes e importantes de esta lucrativa industria sensacionalista, cuyos artículos periodísticos contribuyeron grandemente con la carrera política de Theodore Roosevelt y la propagación del mito de los “Rough Riders”, y también con la promoción de los valores imperialistas y expansionistas de la nación.

En la breve columna satírica titulada “On General Miles’s Moonlight Excursion”, compilada en su libro *Mr. Dooley in Peace and in War*, Dunne satiriza la invasión de Puerto Rico en 1898. En la misma, Mr. Dooley explica la valiente osadía del General Miles a su amigo e interlocutor, Mr. Hennessy. Contrario a lo que esperaríamos de un relato de guerra –es decir, la tensión dramática propia de los conflictos bélicos–, la invasión de Puerto Rico se desarrolla en una atmósfera de festividad, jolgorio y alegría, que Mr. Dooley refiere como “this festive scene” (35). De esta manera, Dunne se apropia del discurso de los que tildaban de “picnic” la violenta invasión militar a Puerto Rico. El estado de placidez y quietud que evocan frases como “gran’ picnic an’ moonlight excursion in Porthor Ricky”, o “Th’ r-rest iv th’ avenin’ was spint in dancin’, music, an’ boat-r-ridin’; an’ an inj’yable time was

had”, no sólo inyectan humor al relato, por su incongruencia e incompatibilidad con el relato de guerra tradicional, sino que también desarticulan la propaganda de los medios de prensa de Estados Unidos contra España, en muchos de los casos de naturaleza sensacionalista.

A continuación cito casi en su totalidad la columna “General Miles’s Moonlight Excursion” de Dunne, con el propósito de mejor ilustra la representación humorística e irónica que realiza el escritor del desembarco de las tropas estadounidenses en Puerto Rico al mando del General Miles.

“Dear, oh, dear” said Mr. Dooley, “I’d give five dollar—an’ I’d kill a man fr three— if I was out iv this Sixth Wa-ard to-night, an’ down with Gin’ral Miles’ gran’ picnic an’ moonlight excursion in Porther Ricky. ’Tis no comfort in bein’ a cow’rd whin ye think iv thim br-rave la-ads *facin’ death be suffication in bokays an’ dyin’ iv waltzin’ with th’ pretty girls iv Porther Ricky.* [...]

“I’d hate to tell ye iv th’ thriles iv th’ expedition, Hinnissy. Whin th’ picnic got as far as Punch, on th’ southern coast iv Porther Ricky, Gin’ral Miles gazes out, an’ says he, ‘This looks like a good place to hang th’ hammicks, an’ have lunch,’ says he. ‘Forward, brave men,’ says he, ‘where ye see me di’mons sparkle,’ says he. ‘Forward, an’ plant th’ crokay ar-rches iv our beloved counthry,’ he says. An’ in they wint, like inthrepid warryors that they ar-re. [...] *Th’ r-rest iv th’ avenin’ was spint in dancin’, music, an’ boat-r-ridin’; an’ an inj’yable time was had.*

“Th’ next day th’ army moved on Punch; an’ Gin’ral Miles marched into th’ ill-fated city, preceded be *flower-girls sthrewin’ r-roses an’ gerenyums befure him.* [...]

“*They’ll kill him with kindness* if he don’t look out,” said Mr. Hennessy.

“I dinnaw about that,” said Mr. Dooley; “but I know this, that there’s th’ makin’ iv gr’reat statemen in Porther Ricky. A proud people that can switch as quick as thim la-ads have nawthin’ to larn in th’ way iv what Hogan calls th’ signs iv gover’mint, even fr’m th’ Supreme Court.” (Dunne 22-24, *énfasis mío*)

Con el tono satírico que lo caracteriza, Mr. Dooley indica algunos de los mayores riesgos que el General Miles y sus soldados enfrentaron en la campaña militar en Puerto Rico, entre los que destacan el esquivar los racimos de flores que las niñas puertorriqueñas les lanzaban, la exuberancia de la comida, la música y el baile de la región, y la aniquilante amabilidad con que fueron agasajados a su llegada. Este tipo de humor está presente en el relato Davis, discutido en la sección anterior, por ejemplo, en su descripción del recibimiento de las tropas estadounidenses en Ponce, algo anticlimático por la apresurada sumisión y servilismo de los ciudadanos ponceanos: “Indeed, for anyone in uniform it was most unsafe to enter the town at any time, unless he came prepared to accept its unconditional surrender” (Davis 309). Con igual dosis de humor e ironía, Mr. Dooley hace referencia a esta escena y otras similares, resaltando la recepción algo carnavalesca que dieron las masas populares a las tropas invasoras, así como la actitud derrotista y acomodaticia de la clase dirigente del país ante la ocupación militar. La representación del carácter derrotista y acomodaticio de la sociedad puertorriqueña, que en el artículo “The Porto Rican Campaign” Davis prescribió paródicamente como un “surrender habit” (309), reaparece de esta manera en el artículo “On General Miles’s Moonlight Excursion” de Dunne. En la escena que citaré a continuación, Mr. Dooley relata un encuentro entre el General Miles y una delegación de prominentes figuras de la política pública local, que plasma el atribuido “surrender habit” de los puertorriqueños:

“We come,” says th’ chairman iv th’ comity, ‘fr to offer ye,’ he says, ‘th’ r-run iv th’ town,’ he says. ‘We have held out,’ he says, ‘as long as we cud,’ he says. ‘But,’ he says, ‘they’s a

limit to human endurance,' he says. 'We can withstand ye no longer,' he says. 'We surrinder. Take us prisoners, an rayceive us into ye'er glorious an' well-fed raypublic,' he says. 'Br-rave men,' says Gin'ral Miles, 'I congratulate ye,' he says, 'on th' heeroism iv yer definse,' he says. 'Ye stuck manfully to yer colors, whatever they ar-re,' he says. 'I on'y wondher that ye waited f'r me to come befure surrindrhin,' he says. 'I don't know how th' Union'll fell about it, but that's no business iv mine,' he says. (Dunne 23)

Esta dosis de humor y mordacidad con que Mr. Dooley tiñe su opinión sobre la campaña militar en Puerto Rico, no serán privativas de la pluma de Dunne. Albert Gardner Robinson, quien viajó a Puerto Rico como corresponsal de guerra en el '98, utiliza una retórica muy similar en su libro *The Porto Rico To-Day: Pen Pictures of the People and the Country*, publicado en 1899. Entre los meses de agosto y octubre de 1898, Robinson es enviado a Puerto Rico en calidad de corresponsal de guerra del periódico *The Evening Post* de Nueva York. *The Porto Rico To-Day* no es la única aportación del autor a la vasta literatura imperialista estadounidense publicada en los años que siguieron al '98. Robinson publicó otros trabajos sobre las nuevas posesiones coloniales involucradas en el conflicto del '98, entre los que destacan *The Philippines: the War and the People. A Record of Personal Observations and Experiences* (1901), *Cuba and the Intervention* (1905), y *Cuba, Old and New* (1915). Durante su estadía en Puerto Rico, en donde permaneció hasta un poco después de firmarse el armisticio a mediados de octubre, Robinson acompañó a uno de los primeros destacamentos militares estadounidense en la isla. Durante estos meses Robinson recorre la isla, ocasión que le permite entrar en contacto con soldados de los dos frentes, guías e intérpretes puertorriqueños, y civiles locales, tanto criollos como españoles. *The Porto Rico To-Day* es, en suma, una compilación de estas experiencias e interacciones con civiles y militares.

Según describe el autor, el propósito del libro era mostrar un panorama general de la isla y su gente, así como de las posibilidades comerciales que ofrecía la nueva posesión territorial a los estadounidenses ("Prefatory Note"). Por esta razón, el autor combina una variedad de temas y registros, que van desde la crónica militar y la guía turística, hasta el tratado económico y el manual de ciencia militar, todos temas de gran interés entre los lectores estadounidenses. En las primeras páginas notamos, en cambio, que eran otras las motivaciones iniciales del joven corresponsal de guerra. La férrea competencia entre los principales periódicos neoyorquinos, generada a raíz del conflicto del '98, obligó a las editoriales a diversificarse, emergiendo así la figura del 'corresponsal de guerra', que acompañaba las tropas a las islas del Caribe y del Pacífico, asumiendo los riesgos de la empresa, para capturar el drama bélico que se desarrollaba en las últimas colonias hispanas. De esta manera, competía a los corresponsales buscar esos instantes dramáticos y heroicos y capturarlos en la escritura o el lente fotográfico, para luego convertirlos en atrayentes artículos de prensa que aumentarían las ventas de los diarios o semanarios. A nivel más personal, muchos corresponsales anhelaban adquirir en el proceso algo más que la notoriedad dentro del competitivo ámbito de la prensa escrita; también habían quienes anhelaban ganar una cierta 'aura' de masculinidad y heroísmo, o en las palabras de Robinson: "to ascertain the measure of their resources in the matter of personal heroism" (78). Por desgracia para Robinson, la campaña militar en Puerto Rico no le brindará el contexto militar más favorable para conseguir esas "opportunities for more interesting and more important news-matter" (199) ni esa porción de "personal heroism" (78) que anhelaba. Para Robinson: "The whole experience was one of potential, rather than actual adventure,

but, as I have said, the Porto Rican campaign was not rich in opportunities for real adventures, particularly for newspaper correspondents” (92).

Los dos capítulos iniciales, titulados “Preparations for the Campaign” y “Life on a Troop-Ship”, capturan el entusiasmo, la emoción y la expectación inicial de Robinson tras ser designado uno de los corresponsales encargados de cubrir la ocupación militar de Puerto Rico. Al inicio del relato, la prioridad principal de Robinson como corresponsal será determinar las maneras más efectivas de capturar los eventos relevantes y de mayor interés popular.

An army of trained journalist and news-seekers was on the alert for possible clues that would guide them and their papers in the formation of plans for obtaining those accounts which must be furnished to their readers, and without which the journal would lose prestige as a source of the earliest and most accurate information. (4)

A pesar del afán periodístico que motivaba inicialmente a Robinson, el corresponsal expresa sus dudas sobre si la campaña militar en Puerto Rico le proporcionará el material dramático (i.e. esas espectaculares y atrayentes historias del campo de batalla) que demanda la prensa neoyorquina y los lectores. Robinson entiende desde temprano que la expedición militar en Puerto Rico “was a matter of less real moment, and was a much smaller affair, than the invasion of Cuba” (4). Como discutimos antes, la campaña militar en Puerto Rico, siempre que se la compara con la de Cuba, sufre una devaluación inmediata que la coloca en un lugar secundario y supletorio dentro del drama mediático del '98. Esta búsqueda de “opportunities for real adventures” (92) no tardará Robinson en verla malograda, por causa de las condiciones particulares del contexto socioeconómico, militar y político que encuentra tras su arribo a Puerto Rico. Más que una épica militar, *The Porto Rico of To-day* narra la frustrada búsqueda de ‘aventura’ del autor y su incapacidad de capturar esa historia cautivante que satisficiera la curiosidad de los lectores, habituados al sensacionalismo de la prensa neoyorquina.

Desde las primeras páginas, los elementos dramáticos necesarios para construir una historia cautivante están ausentes en el relato de Robinson. Las mayores amenazas que enfrentan las tropas estadounidenses no provienen, según el autor, de las tropas españolas activas en Puerto Rico, menos aún de una posible resistencia civil de los puertorriqueños contra las tropas invasoras. Por el contrario, los mayores riesgos los presentan las inclemencias del tiempo y la exuberante topografía y geografía de la isla. Antes del desembarco, el primer gran enemigo de las tropas en el relato de Robinson serán los oleajes y las corrientes marítimas: “While we were doubtless wholly safe from any interference from Spanish or any other foreign vessels, we were not equally safe from the dangers of the sea, against which more careful and more ample provisions might and should have been made” (13). Una vez en tierra, el mayor peligro que enfrentan las tropas en la isla será el desnivel y los despeñaderos que encuentran en la región montañosa. Para demostrar el espíritu humorístico e irónico de Robinson, cito a continuación una jocosa anécdota relatada en el Capítulo VI, titulado “A Night in the Saddle”, en la que un ‘emprendedor’ soldado estadounidense compra un caballo con la intención de entrar cabalgando, heroicamente, en la ciudad capital de San Juan:

One venturesome spirit bought a horse and rode out gallantly with the purpose of entering San Juan at a time when the enterprise presented a somewhat doubtful outcome. He returned confessing, very honestly, that he got “rattled” when within a few miles of the city. He would really have been far more safe in entering it than in riding back over the mountains. Aside from the risk of danger to life and limb which lay in

carriage journeys over Porto Rican highways, my own opportunities for courting death or capture at the hands of the enemy were limited to a nocturnal expedition beyond our outposts, for the purpose of assisting in bringing in some Spanish prisoners who were anxious to be captured. They stood in greater fear of their compatriots than of their nominal enemies. (79)

Aparte de los factores naturales y geográficos antes mencionados, las tropas estadounidenses representaban una mayor y más directa amenaza para su propia seguridad (i.e. la posibilidad de bajas por fuego amigo) que cualquier enemigo externo. Durante la travesía hacia Puerto Rico, la embarcación “Decatur H. Miller” en que viajaba Robinson ignoró una orden de alto emitida por altoparlante y disparos de advertencia (con bengalas) desde barcos militares estadounidense estacionados en las aguas caribeñas, en la que se le solicitaba detenerse e identificarse. Por suerte para los soldados a bordo la situación no pasó a mayores, aunque se les advirtió: “I hadn’t known that transports were coming, I should have filled you full of holes for not stopping when we fires. As for Spaniards, you need not to afraid of them. There is nothing on this coast that dare cross our lines, or even go outside the harbor” (23). Esta anécdota resulta ser una de las pocas instancias dentro del relato de Robinson en que las tropas estadounidenses enfrentan un riesgo real a sus vidas. El tono irónico y humorístico es una de las características más sobresalientes del relato del ’98 de Robinson. Incluso los relatos esporádicos de enfrentamientos armados entre las tropas españolas y estadounidenses conservan las cualidades humorísticas y sardónicas que caracterizan la prosa de Robinson.

Desde la frustrada perspectiva de Robinson, la situación ‘un tanto incongruente’ de la campaña militar en Puerto Rico es más digna de un libreto de una ‘ópera bufa’ que de un relato de guerra. En palabras de Robinson: “We went to Porto Rico expecting battles. We arrived there and were invited to receptions. It was a somewhat incongruous situation, with a side which savored of the opera bouffe” (48). Este tipo de analogía, devaluadora e irónica, era común en la prensa neoyorquina, como es evidente en el antes citado artículo de *The New York Time*, titulado “The Comic Side of War”, en que se compara las incidencias de la guerra del ’98 en Puerto Rico con la ‘*opera-bouffe*’ de Johann Strauss Jr., *Der lustige Krieg* (*La guerra divertida*). El resultado es un relato de guerra carente de todos los aspectos dramáticos propios de este tipo de narraciones. La falta de tensión dramática necesaria para escribir una historia que compita con los grandes relatos provenientes de Cuba y las Filipinas, Robinson la compensará con situaciones un tanto absurdas, malentendidos lingüísticos y confusiones¹⁷, todos elementos más propios de una ‘comedia de situaciones’ o, en palabras de Robinson, de una ‘*opera-bouffe*’ (48) o “semi-comedy” (230).

En el Capítulo V, titulado “Into the Coffee District”, Robinson describe su paseo por la carretera de Yauco a Guánica, que conduce al escenario de la primera “batalla” acontecida en Puerto Rico. El tono con que Robinson refiere los bajos

¹⁷ Entre los recursos humorísticos que destacan en el relato de Robinson, se encuentran: (a) los extravíos y los desatinos de las tropas estadounidenses en la búsqueda de los desertores españoles por la región montañosa; (b) los problemas de comunicación y/o las constantes confusiones lingüísticas de los interpretes (quienes, por ejemplo, confunden el significado de las palabras “*too*” y “*very*”, generando una ocurrente y constante confusión en torno a las distancias transitadas); (c) las falsas alarmas de los soldados estadounidense, entre otros.

niveles de “energetic warfare” (es decir, tensión dramática) y de víctimas (“casualty list”) confiere a la escena un aire más festivo que dramático.

The road from Yauco to Guanica takes one immediately past the scene of the first “battle” on Porto Rican soil. [...] A high brick wall [...] formed the Spanish defence, from which point of vantage they exchanged a few leaden compliments with the American soldiery of General Henry’s command which was posted on the hill beyond. After a few hours of no very energetic warfare, during which a small casualty list was made upon both sides, the Spaniards withdrew to make room for a deputation of the prominent citizens of Yauco, who extended a warm hand of welcome to the invaders, and declared it their pleasure to become part of the American people. This episode ended the war in the immediate vicinity, and the so-called “battle” wound up with a reception. (66-67)

Este tipo de “batalla”, que el autor desestima inmediatamente con el uso de las comillas altas que sirven una clara intención irónica, no provee a Robinson con los niveles de acción, de tensión dramática y de riesgo personal que se precisan para escribir una crónica de guerra cautivante, ni con un escenario que le dispense cierto aire heroico y esforzado.

El Capítulo VI “A Night in the Saddle”, relata la ocupación de Ponce, de la que apenas resaltan unos escasos e insignificantes enfrentamientos o “trifling engagements” (78). El humor y la ironía no serán los únicos recursos retóricos usados por Robinson para compensar la falta de acción y dramatismo de la campaña militar en suelo puertorriqueño; también la exótica naturaleza de la isla servirá el propósito de contrarrestar esta falta de acción. La deslumbrante belleza del entorno natural y montañoso llega incluso a opacar por momentos la descripción de la batalla. En otras palabras, el escenario cobra en ocasiones mayor relieve que el suceso mismo que se narra: la historia principal es relegada a un segundo plano, mientras el escenario de fondo ocupa el primero.

The Porto Rican campaign was decidedly lacking in opportunities for newspaper correspondents to ascertain the measure of their resources in the matter of personal heroism. During the days which followed the occupation of Ponce, a few trifling engagements took place in the immediate vicinity of the city. The “firing-line” was reached by a pleasant drive over an admirable road which traversed a region full of delight and interest to the nature-lover. These engagements were duly attended by a few correspondents, and there is no doubt that all maintained a due and proper degree of placidity and serenity under the ordeal of facing bullets which were flying principally in directions other than that of their particular position. One or two did hear the whistle of Mauser bullets. (Robinson 78)

Además de con las riquezas naturales de la isla, Robinson compensa la falta de material dramático con los recursos literarios, principalmente de humor e ironía. Una escena en que la comicidad reemplaza el dramatismo es la expedición militar al pueblo de Adjunta, localizado en la zona montañoso de la isla. Contrario a lo que se podría pensar, esta expedición militar no busca someter las tropas españolas, menos aún defender a los indefensos puertorriqueños de los soldados españoles. Esta particular expedición tiene como finalidad rescatar un grupo de soldados españoles desertores –que Robinson refiere irónicamente como “the willing prisoners of the conquering nation” (82)–, que prefieren ser apresados y escoltados por los militares estadounidenses que enfrentar la posible represalia de los puertorriqueños: “They stood in greater fear of their compatriots than of their nominal enemies” (79). La deslucida imagen que ofrece Robinson de las tropas españolas levanta dudas sobre el éxito militar de la operación y el esfuerzo heroico de las tropas bisoñas estacionadas en la isla, ambas declaraciones respaldadas por Davis. Ante la prevista falta de

aventuras, lo único que la expedición a Adjunta augura al resignado corresponsal es “at least a pleasant ride into the country, and the possibility of a novel experience” (81). Contrario a Davis, Robinson no confiere el mayor crédito a las operaciones militares en Puerto Rico. Tan siquiera considera el acontecimiento una ‘guerra real’ –“none of it was a real war” (208)–, por causa del ínfimo número de víctimas (“casualty list”) en el conflicto¹⁸. “The admission is humiliating, but it is the truth. [...]” (198), concluye Robinson, a quien no le resulta fácil conciliarse con la declaración.

Además de los discursos pomposos que acompañaron la invasión del ’98, Robinson cuestiona esa “exaggerated idea of the extent of Spain’s crimes” (210) que tienen los estadounidenses sobre el pasado colonial español en Puerto Rico; un territorio que, hasta hacía muy poco, era casi completamente desconocido para la mayoría de los estadounidenses.

What everybody believes must be true” is a sweeping preposition. [...] One of the things which “everybody believes” is that Spanish domination is Porto Rico, like Spanish rule elsewhere, came little short of being intolerable. Americans have heard much of misrule, oppression, cruelty, and burdensome taxation. We have heard so much of it, and have heard so little in contradiction, that we have come to a general acceptance of almost anything that might be said in condemnation of the Spanish Government in Porto Rico and elsewhere. (209)

En la cita anterior se evidencia la enorme influencia que la retórica en favor de la expansión imperialista y capitalista, promovida por los medios masivos de comunicación, ejercía sobre los ciudadanos. Como discutí antes, esta “idea exagerada” sobre la opresión española en las Antillas fue difundida no sólo por la prensa escrita, sino por los centros de enseñanza públicos de los Estados Unidos. Uno de los textos pedagógicos difundidos por la Comisión de Educación que ayudó a fomentar el sentimiento antiespañol y patriotero entre la juventud estadounidense lo fue *Uncle Sam’s Soldiers* (1898), de Oscar Phelps Austin. Esta manera “exagerada”, prejuiciada y maniquea de pensar las relaciones políticas y económicas entre España y los Estados Unidos, que Robinson cuestiona en su artículo, está montada sobre viejos prejuicios raciales, religiosos y políticos contra los españoles; en otras palabras, la inspiran en gran medida dos mitos cardinales, discutidos en la capítulo anterior: la ‘utopía pre-hispánica’ y el mito de la ‘leyenda negra’ antiespañola.

Aunque Robinson deja claro que no se plantea ofrecer “any apologies or any whitewashing process” (209) del gobierno colonial español, advierte a los lectores estadounidenses sobre la posibilidad de que hayan sido engañados o mal informados por los medios de prensa y los políticos sobre el alcance de los crímenes cometidos por los españoles “in Porto Rico and elsewhere” (209). En palabras de Robinson: “[I]t is possible that we have been misled into a exaggerated idea of the extent of Spain’s crimes” (209-10). Los relatos de los crímenes cometidos por el gobierno español contra las poblaciones de las colonias –esa representación ‘patologizante’ del colonialismo español que examiné en el Capítulo 1–, sirvieron de plataforma para la legitimación del intervencionismo estadounidense, primero en el conflicto hispano-

¹⁸ “Our military operations, in camp or in field, have brought us little credit excepting that which lies in the fact that we won. Of military skill, of able strategy, of well-conceived and well-executed plan, we have little to boast. [...]” (198); “But none of it was a real war, as we understand the term from such experiences as the Civil War [...] In a three week’s campaign, during which a dozen engagements were reported, our total casualties amounted to three men killed, and four officers and thirty-six men wounded.” (208)

cubano del '98 y, poco tiempo después, en la isla de Puerto Rico. El cuestionamiento de Robinson hacia el mito de la 'leyenda negra' antiespañola, también formulado por la crítica postcolonial latinoamericana (i.e. Fernando Ortiz, Roberto Fernández Retamar, Alejandro Lipschütz, etc.), rebate de esta manera una de las principales premisas justificadoras de la intervención de los Estados Unidos en el conflicto del '98.

A pesar del tono más crítico del texto de Robinson, este se adscribe dentro de la ideología expansionista del imperio estadounidense que promueven todos los escritores estudiados en este capítulo. Dunne y Robinson satirizan la empresa expansionista e incluso la cuestionan en sus aspectos más accidentales, pero nunca en los éticos. A pesar de las marcadas diferencias estilísticas y argumentales respecto a la guerra del '98, en última instancia las apologías de Davis y de Austin a las tropas bisoñas y los generales en *The Cuban and Porto Rican campaigns* y *Uncle Sam's Soldiers: A Story of the War with Spain*, la crítica satírica de Dunne al General Miles en *Mr. Dooley in Peace and in War*, y la ironía y el humorismo de Robinson en *The Porto Rico To-Day*, no son tan diferentes ideológicamente. Todos ellos presentan una común desestimación de la sociedad puertorriqueña (que es representada como una indiferente, derrotista y acomodaticia) y sancionan, implícita o explícitamente, la inevitabilidad del ingente imperialismo estadounidense y su pulsión expansionista.

Capítulo III

La hispanofilia y la reconstrucción de la hacienda cafetalera pre '98 en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba* de Ramón Juliá Marín

3.0. Introducción

En su libro *Anglophilia: Deference, Devotion, and Antebellum America* (2008), Elisa Tamarkin estudia el sentimiento anglófilo que aflora en los Estados Unidos como resabio de la Guerra Civil estadounidense. Durante el siglo 19, muchos ciudadanos vuelven su mirada hacia el periodo anterior a la Guerra Civil, conocido en la historiografía estadounidense como *antebellum*. En el proceso, el pasado se reconstruye y mitifica, transformándose en el asidero de viejas nostalgias. Como indica Tamarkin, la afición de los Estados Unidos hacia Inglaterra y los aspectos simbólicos y rituales asociados con lo inglés (i.e. la monarquía) estuvo íntimamente ligada al desarrollo de su identidad y cultura nacional. Tamarkin examina diferentes aspectos y manifestaciones de la anglofilia estadounidense, cuyos vestigios todavía persisten hoy en sus expresiones artísticas y culturales. Según la autora, la anglofilia surge como un mecanismo para hacer frente a la nueva realidad social, pues ofrecía a los ciudadanos un sentido de estabilidad y de pertenencia, especialmente a quienes experimentaron la independencia del imperio británico como 'pérdida' ("*phenomenon of loss*") o 'ruptura'. "Looking back from beyond independence, Americans remembered their experience of empire as an elegiac fantasy of rank, stability, and paternal authority [...]" (Tamarkin xxviii). Esta 'nostalgia imperial' se manifestó de diversas maneras a lo largo del siglo 19. Mientras en los sectores populares se manifestó en la actitud reverencial hacia la monarquía británica, en la esfera intelectual y académica se manifestó en la devoción al archivo histórico y en el proyecto de difusión y preservación de los anales de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Este proyecto historiográfico fue llevado a cabo por George Bancroft y otros 'historiadores románticos' "who turn to Revolutionary War not for patriotic continuities but for occasions to worry over wreckage and loss" (Tamarkin 89). El desarrollo de la historiografía durante el siglo 19 posibilitó el surgimiento de relatos 'progresivos' y alternativos a los metarrelatos nacionales, y restituyeron el carácter 'aurático' y 'simbólico' del pasado dominio británico.

Este reaceramiento nostálgico al pasado imperial no es un rasgo exclusivo de la cultura estadounidense. En el caso de Puerto Rico, esta 'nostalgia imperial' se manifestó en la tendencia cultural hacia un 'reaceramiento espiritual' a España y una consolidación y afianzamiento definitivos de la identidad hispánica. Rememorar el pasado hispano anterior a los eventos del '98, que marcaron la ruptura política definitiva entre la colonia y la metrópoli española, constituyó una marcada tendencia en la literatura puertorriqueña de las primeras décadas del siglo 20, como respuesta a la invasión estadounidense y a la abusiva política imperial del nuevo régimen. Esta nostalgia de carácter hispanófilo es parte integral del imaginario que construyen las novelas *La patulea* (1906) y *El manglar* (1907) de José Pérez Losada, y *Tierra adentro* (1911) y *La gleba* (1912) de Ramón Juliá Marín, que analizo en los próximos dos capítulos. La hispanofilia ha emergido dentro del imaginario cultural puertorriqueño en diversos momentos determinantes de su historia nacional, entre los que destacan la campaña militar de 1898, la depresión económica de los '30 y los actos conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento a principios de los

'90. En el contexto de la actual crisis fiscal, los remanentes de esta nostalgia hispanófila resurgen nuevamente como gesto de frustración y protesta ante las arbitrariedades del colonialismo estadounidense, sobre todo, la reciente imposición de una "Junta Fiscal", nombrada por el presidente Barack Obama, con poder plenario sobre las finanzas de Puerto Rico. La situación actual de Puerto Rico reiteran la violencia del colonialismo estadounidense y del sempiterno paternalismo y tutelaje impuesto sobre la colonia. A manera de contextualización histórica, ofrezco un recuento cronológico esquemático de algunas coyunturas que estuvieron marcadas por un reavivamiento hispanófilo dentro de los discursos culturales y político-partidistas en Puerto Rico.

Tres décadas después del cambio de soberanía emerge la Generación del '30, el primer movimiento intelectual puertorriqueño que se constituye bajo el dominio estadounidense, entre cuyas filas destacan los intelectuales Antonio S. Pedreira, Tomás Blanco y Francisco Manrique Cabrera, entre otros. Estos autores conforman una determinada práctica discursiva, que Arcadio Díaz Quiñones refiere como el "gran relato totalizante de fundación de una nacionalidad" (*Memoria rota* 28). El discurso cultural de la élite está constituido por ejes simbólicos significativos, como son la hispanofilia, el idioma español, y la idealización de la hacienda decimonónica y del orden social anterior a la invasión del '98. Esta generación de pensadores surge dentro del convulso contexto social, económico y político de los años '30, marcado a nivel mundial por la Gran Depresión de 1929, y a nivel nacional por la crisis del azúcar y las huelgas obreras y estudiantiles. La profunda inestabilidad socio-política de los '30 resultó ser un terreno fértil para la elaboración de cuestionamientos sobre el colonialismo estadounidense en Puerto Rico. La obsesión de los pensadores 'treintistas' con la identidad nacional es sintomática del "trauma" del '98, que desde su perspectiva había truncado el "crescendo casi victorioso" (Manrique Cabrera 160) al que iba encaminado la nación a fines del siglo 19, tras la firma de la Carta Autonómica en 1897. De esta forma, el metarrelato del '98 producido por los letrados 'treintistas' establece "un final y un comienzo" (Pedreira 146) en el devenir histórico del país; una fisura o discontinuidad histórica con respecto al desarrollo de los siglos precedentes, esbozada ya ligeramente en las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada.

El '98 será definido por los 'treintistas' con una gama de epítetos negativos, tales como "síncope", "salto inesperado", "caída", "injerto" y "discontinuidad" (Pedreira¹⁹); "sesgo violento", "desquiciamiento", "catástrofe" y "yugulación" (Blanco²⁰); "desgarrón espiritual" y "violento desgarre histórico" (Manrique Cabrera), entre otros. No obstante, entre todos, el concepto paradigmático y definidor de los eventos del '98 será el del "trauma", propuesto por Francisco Manrique Cabrera. En su libro *Historia de la literatura puertorriqueña* (1956), Manrique Cabrera define el '98 como un "violento desgarre histórico consumado sin la intervención nuestra"

¹⁹ "En 1898 nos encontró instalando a nuestro pueblo a la sombra de una carta autonómica que apenas llegamos a implantar. En los momentos en que íbamos a iniciarnos en una nueva vida política la guerra hispanoamericana malogró el intento y nuestro natural desarrollo sufrió un síncope" (*Insularismo* 75); "Somos una generación fronteriza, batida entre un final y un comienzo [...]" (*Insularismo* 146).

²⁰ "Puerto Rico sufrió un sesgo violento en su formación política; una ilógica revolución, impuesta desde afuera, en su economía; un desquiciamiento en su trayectoria histórica. [...] Aquella isla encallada en el cruce de corrientes opuestas es hoy, de modo nuevo, frontera en disputa, campo de tensión" (Blanco, "La isla de Puerto Rico" 224-225).

(152). Esta abrupta ‘discontinuidad’ escinde la historia nacional entre un ‘antes’ y un ‘después’ del ’98, o citando las palabras de Pedreira, en “un final y un comienzo” (146). En las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada este “violento desgarre histórico” lo encarna la transición de una economía cafetalera ‘tradicional’ a una azucarera, moderna, capitalista e industrial. Con el propósito de exponer dialécticamente esta ‘disrupción histórica’ entre dos órdenes imperiales, con culturas, idiomas y credos distintos, y sistemas socioeconómicos –uno más rústico y preindustrial, el otro mecanizado e industrial– con velocidades y ritmos de producción diferentes, propongo los siguientes conceptos opuestos: *pre* ’98 y *post* ’98. Mientras los escritores ‘imperialistas’ estadounidenses lanzan sobre el Puerto Rico de finales del siglo 19 una mirada optimista y pragmática hacia el futuro, los novelistas ‘noventayochistas’ puertorriqueños en cambio devuelven su mirada nostálgica e idealizante hacia el pasado pre-invasión y pre-capitalista que el “exótico” estadounidense ha venido a destruir.

El *pre* ’98 comprende los años desde 1880 a 1898, años marcados por hitos de profundo simbolismo, entre los que destacan el desarrollo del autonomismo y su culminación ‘triumfal’ con la firma de la Carta Autonómica (1897), el ascenso de la clase hacendada criolla y la ‘época dorada’ del monocultivo cafetalero en la montaña. El *post* ’98, en cambio, congrega los ‘traumáticos’ eventos puestos en marcha por la invasión estadounidense, como fueron la implantación de la ‘Ley Foraker’ de 1900 y la ‘Ley Hollander’ de 1901, la caída económica del sector cafetalero y el ascenso de la industria azucarera, dominada por el capital absentista estadounidense. El binomio *pre* y *post* ’98 sirve para resaltar con mayor claridad la tensión ‘dialéctica’ entre dos miradas y concepciones hegemónicas distintas sobre el pasado, el presente y el futuro político y económico de Puerto Rico en los albores del siglo 20. Estos dos grupos hegemónicos antagónicos lo constituyen, por un lado, el moribundo sector cafetalero compuesto por la clase hacendada y, por el otro, las poderosas corporaciones azucareras extranjeras. En el Capítulo 1 discutí la función instrumental que cumplió el binomio hispano-anglosajón dentro del marco de la “guerra simbólica” entre España y los Estados Unidos de finales del siglo 19. Como una respuesta simbólica, los novelistas ‘noventayochistas’ efectúan un viraje de los términos, mediante el cual lo anglosajón pasa ahora a constituir el valor negativo, mientras los valores hispanos (religión, cultura e idioma) representan los baluartes de la “puertorriqueñidad”. Como resultado de esta inversión semántica, la hacienda cafetalera y el viejo hacendado criollo del siglo 19, entre los que se establece una equivalencia, adquieren en las novelas de Juliá Marín, que estudio en este capítulo, una generalizada dimensión poética, idealizada y sobre todo ‘trágica’.

En la década de los ’90 resurge con particular insistencia la pugna hispano-anglosajona dentro del imaginario colectivo y los discursos político-culturales del país. Los ’90 inician en Puerto Rico en el marco de tres magnos eventos de alcance mundial, que contribuyeron a la proyección exterior de la isla: la Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y la Gran Regata Colón, ambas celebradas en el Viejo San Juan en el año 1992, y la Exposición Universal de Sevilla del mismo año, en que Puerto Rico exhibe un millonario pabellón nacional. Estos eventos hicieron inevitable el debate y la reflexión sobre el ’98, la herencia hispana y la política colonial de los Estados Unidos en Puerto Rico, que estaba cerca de cumplir su centenario. En este contexto, que enmarca los últimos años de la gobernación del Lic. Rafael Hernández Colón, los discursos hispanófilos inspirados en el discurso ‘treintista’, del cual Pedreira fue la voz principal, recobran una inusitada fuerza.

Para contrarrestar los discursos asimilacionistas del partido estadista opositor (sobre todo en lo referente al idioma), Hernández Colón retoma los conceptos de identidad nacional y de puertorriqueñidad basados en la recuperación de ciertos valores tradicionales, entre ellos el hispanismo, el catolicismo y la lengua española.

Como antes en los '30, el idioma y el bilingüismo vuelven a convertirse en los '90 en dos de los ejes centrales de los debates culturales y político-partidistas entre el Partido Popular Democrático (PPD) y el Partido Nuevo Progresista (PNP). Esta pugna lingüística se evidencia en las controvertidas actas decretadas por los partidos políticos principales de Puerto Rico sobre el idioma oficial. La Ley #4 del 5 de abril de 1991, firmada por Hernández Colón, establece el español como el idioma oficial de Puerto Rico, derogando la 'Ley sobre las Lenguas Oficiales' (*Official Languages Act*) del 21 de febrero de 1902, que había sido impuesta por los poderes estadounidenses y que decretaba el inglés y el español como idiomas oficiales del gobierno. Por esta iniciativa de afirmación de la lengua española y de los valores hispanos, Hernández Colón recibe ese mismo año el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Los 500 años de hispanidad se convirtieron en el signo cultural más emblemático de la administración de Hernández Colón y sirvieron como catalizador del movimiento político-partidista de reavivamiento hispanófilo.

En 1992, el gobernador sucesor, el Dr. Pedro Rosselló González, impone una política asimilacionista que promueve la anexión definitiva a los Estados Unidos, como una ofensiva cultural pro-anexionista frente al acentuado hispanismo que caracterizó al gobierno de Hernández Colón. A menos de dos años de firmarse la Ley #4, el Dr. Rosselló González la deroga mediante la legislación de la Ley del 5 de enero de 1993, que restablece el español y el inglés como los idiomas oficiales del gobierno de Puerto Rico. El bilingüismo es parte esa "acción pendularia" (75) de la personalidad puertorriqueña, que, según Pedreira, se encuentra "transeúnte" desde el '98 entre dos estilos de vida opuestos. Esta ley generó el repudio de diversos grupos que reclamaban, entre gritos de protesta, la preeminencia del español como única lengua oficial. La campaña a favor del bilingüismo fue uno de los recursos mediante los que el PNP impondría la 'anglofilia' como un instrumento político-partidista y sólido bastión ideológico frente a la 'hispanofilia' estadolibrista del PPD. En otras palabras, como respuesta a la hispanofilia nostálgica que reverdece en estos años, el gobierno del Dr. Rosselló González antepone la anglofilia esperanzadora y modernizante de los primeros estadistas republicanos surgidos en el contexto del '98.

A la luz de la actual crisis fiscal que atraviesa Puerto Rico han resurgido en meses recientes por las redes sociales de Facebook diversos grupos mediáticos con un marcado carácter hispanófilo. Grupos como 'Movimiento de Reunificación con España' y 'Autonomía para Puerto Rico' constituyen un 'eterno retorno' a esa "guerra simbólica" en torno al '98 puertorriqueño que, como indica Díaz Quiñones, "no ha cesado aún" (*El arte* 227). Si bien estos movimientos son minoritarios, con apenas unos miles de seguidores en las redes sociales, evidencian, por un lado, la pervivencia del '98 en la realidad contemporánea puertorriqueña y, por el otro, la atadura atávica de dependencia colonial aún latente. En momentos de crisis e inestabilidad como los que se viven actualmente en Puerto Rico, vuelve a resurgir en sus imaginarios culturales la hispanofilia como asidero o elemento constitutivo de una identidad nacional puertorriqueña entroncada en la cultura hispánica. El "trauma" del '98 generó una escisión de lealtades que, como evidencian las redes sociales contemporáneas, todavía sufrimos en Puerto Rico. Desde el '98 hasta el

presente, la “nave al garete” (*Insularismo*) de la nación puertorriqueña ha oscilado históricamente, por así decirlo, entre la Escala hispanófila y la Caribdis anglófila.

El propósito de los siguientes capítulos es mostrar una síntesis explicativa y crítica de la construcción discursiva e ideológica que llevó a cabo la élite cultural puertorriqueña como reacción, consciente o inconsciente, a los discursos hegemónicos estadounidenses y a la presencia político-económica de los Estados Unidos en Puerto Rico. Los novelistas ‘noventayochistas’ que estudio a continuación configuran, de diversas maneras, una narrativa contestataria y de resistencia cultural frente a los ataques ‘simbólicos’ y materiales del Gobierno de Washington. Como respuesta a los discursos hegemónicos estadounidenses, los miembros de la élite criolla construyen en las primeras décadas del siglo 20 una iconografía de lo ‘autóctono’ y lo ‘puertorriqueño’, deudora del pasado hispano, mediante la cual mitifican y esencializan el mundo señorial de las haciendas de finales del siglo 19 como epítome de la ‘puertorriqueñidad’. De esta manera, los letrados criollos reinventan el paisaje montañoso del interior de la isla, no sólo como un gesto de resistencia o respuesta al aparato ‘simbólico’ y ‘representacional’ del imperio, sino como un modo de agenciarse una autorrepresentación que autorizara su hegemonía de clase y el control sobre las clases subalternas. La región cafetalera de la montaña –esa ‘tierra adentro’ que da título a la novela de Juliá Marín– se convierte en uno de los espacios de contención entre los intereses capitalistas de las corporaciones azucareras estadounidenses, y los intereses autonomistas de la clase hacendada criolla, particularmente de su sector cafetalero, que tras los sucesos del ’98 pierde su poder económico, social y simbólico. Mientras los discursos estadounidenses miran con desdén la herencia hispana y centran su mirada en el ‘futuro’ económico (el *post* ’98), los novelistas ‘noventayochistas’ se acercan a España y vuelcan su mirada hacia el ‘pasado’ anterior a la invasión estadounidense (el *pre* ’98).

Según Tomás Blanco, la precipitada y ‘traumática’ transición de una estructura socioeconómica señorial de haciendas a una economía capitalista de tipo industrial que experimentó la isla a principios del siglo 20, alteró irreversiblemente el “ritmo” más armonioso, “pausado” y “evolutivo” del comercio a finales del siglo 19²¹ (*Prontuario* 138). Con la llegada del nuevo régimen colonial, la principal cosecha de exportación del país, el café, es reemplazada por el monocultivo de caña de azúcar. Los valles costaneros comienzan a cubrirse con el cultivo del ‘oro blanco’, cuya producción se concentraba en cuatro grandes ‘centrales’ azucareras, controladas por las grandes corporaciones ausentistas; la Fajardo Sugar Company, la South Porto Rico Sugar, la Central Aguirre y la United Porto Rico Sugar Co. Durante este proceso de ingente industrialización agrícola, la burguesía criolla hacendada es gradualmente desplazada de su antiguo sitio social. El “terrible pulpo de la central” (*La gleba* 30) no sólo arrebató al antiguo hacendado su patrimonio ‘material’ (i.e. sus tierras de cultivo, su capital monetario, etc.), sino también el ‘simbólico’ (i.e. su posición social, su ‘habitus’, etc.). Como resultado, en las primeras décadas del siglo 20 comienza a gestarse en la literatura nacional una imagen ‘trágica’ del hacendado

²¹ “Probablemente el siglo XIX fue para nosotros una transición hacia otra economía más mecanizada y de mayor rendimiento; pero su ritmo pausado, evolutivo, permitía ir reajustando las condiciones locales al par que aumentaba el comercio exterior y el movimiento mercantil agrícola-industrial. Ese ritmo y esa armonía entre el progreso del comercio exterior y el bienestar interior quedó roto al implantarse en Puerto Rico la dominación estadounidense” (Blanco, *Prontuario* 138).

decimonónico, que repercute a principios de la década del '30 en la construcción del mito del “trauma” del '98. Las novelas de Juliá Marín ensayan un proyecto nacional, todavía en estado embrionario, cimentado en la nostalgia hispanófila y en la exaltación de unos valores culturales y modos de vida y ordenamiento social asociados a la clase hacendada decimonónica, desplazada del poder económico y político como resultado de la invasión del '98²². Como portavoz de la clase propietaria desplazada, Juliá Marín sostuvo una postura crítica hacia el proceso de sustitución del café por la caña de azúcar como cultivo principal del país. Esta mudanza acarrearía, desde la ideología del autor, no sólo la ruina de la antigua clase hacendada, sino también de la economía nacional.

Uno de los aspectos que estudio del discurso novelístico de Juliá Marín es la representación ‘trágica’ del antiguo hacendado cafetalero después del '98. Propongo que mediante la construcción de la figura ‘trágica’ y protagónica del antiguo hacendado decimonónico, Juliá Marín se agencia un medio de contestar y subsanar la omisión instrumentada o ‘vacío’ simbólico de la clase dirigente criolla dentro de los discursos imperialistas del '98 sobre la isla. Otro aspecto que discuto es la construcción de la hacienda cafetalera como un espacio de pugna, en que la vitalidad del capitalismo ausentista azucarero desplaza el “viejo orden” paternalista y señorial constituido por el sector cafetalero. Todo esto produce dentro de las novelas una imagen idealizada y mitificada del espacio preindustrial de la hacienda cafetalera, que se transforma en una suerte de *locus amoenus*, más justo e igualitario. El espacio semántico de la hacienda, como indica Luis Felipe Díaz, cumplió en estos años una función fundamental en lo que concierne a la creación de “mitemas” o imaginarios identitarios (culturales y políticos) capaces de brindarle a la sociedad puertorriqueña “una razón de ser y de pertenencia en la historia bajo la tutela de un gran poder y saber patriarcales” (*La na(rra)ción* 36).

Hablar del '98 puertorriqueño resulta siempre dificultoso, pues significó algo distinto para los diferentes sectores de la población. La noción ‘victimizante’ y ‘trágica’ del *post* '98 que construyen los novelistas ‘noventayochistas’ responde a los intereses históricos e ideológicos particulares de la clase hacendada y no a los intereses de la clase obrero-campesina puertorriqueña ni a los del sector tecnológico, progresista y especializado de la clase profesional criolla. Lo mismo ocurre con la interpretación idealizante de la realidad social de la hacienda *pre* '98. Por ejemplo, los miembros del mencionado sector profesional, compuesto por científicos agrícolas e ingenieros criollos, beneficiarios directos de la pujanza azucarera de las primeras décadas del siglo 20, “no coincidieron la americanización como un proceso opresivo o una ruptura” (Nazario Velasco 39), como lo hicieron los novelistas ‘noventayochistas’ y, más adelante, los pensadores ‘treintistas’. “Los norteamericanos de sus relatos no fueron soldados ni los gobernantes, sino botánicos y los geólogos, que vinieron al país a investigar y enseñar, y algunos empresarios del agro” (Nazario Velasco 39).

Esto resulta ser problemático, en tanto que la perspectiva ‘traumática’ de la élite cultural sobre el '98 es escencializada y reificada, transformada en ‘tragedia’ y ‘pérdida’ colectiva y nacional. La construcción del imaginario cultural-nacional

²² El proyecto cultural de identidad nacional acarreado por la Generación del '30 estará igualmente ligado a la crisis de los hacendados decimonónicos, de quienes los escritores ‘treintistas’ son herederos directos o indirectos, ya fuera por lazos de consanguinidad o afinidad ideológica. Este argumento es presentado por los críticos José Luis González, Ángel G. Quintero Rivera y Juan G. Gelpí, entre otros.

puertorriqueño implicó de esta manera el silenciamiento u omisión de otras posturas o actitudes contrarias a los intereses de clase del sector hacendado. Otra perspectiva silenciada es la de la clase obrera campesina, que guardaba un añejo resentimiento contra las represivas medidas anti-obreras impuestas por el sistema colonial español durante las últimas décadas del siglo 19 y los maltratos de los patronos hacendados, peninsulares o criollos. Para mucho de estos campesinos, la llegada de las tropas estadounidenses y el momentáneo ‘vacío de poder’ producido en la montaña durante los primeros meses de transición, representaron una oportuna ocasión para un ajuste de cuentas (González, *El país* 33). Entre los que así lo vieron se encuentran las ‘partidas sediciosas’, conocidas popularmente como los ‘tiznados’, que durante los meses que siguieron a la invasión se lanzaron al asalto de las haciendas de los peninsulares del interior montañoso, cuando la región no contaba con la presencia de la Guardia Civil española que salvaguardaba los intereses de los hacendados. Las acciones de represalia de estos grupos armados campesinos son desestimadas y deslegitimadas por Juliá Marín en *Tierra adentro*. Mediante un proceso de ‘bandolerización’ de las partidas sediciosas, similar al acarreado por la prensa estadounidense, los miembros de las partidas son representados en la novela como enemigos de los intereses de los hacendados y, por consiguiente, convertidos en traidores de la nación o, más precisamente, del concepto de nación manejado por la élite cultural a la que pertenece el escritor utuadeño.

El marco histórico que utilizo para analizar el desarrollo cafetalero en Puerto Rico, se basa principalmente en las investigaciones más relevantes sobre el tema publicadas a partir de la década de 1980. La región montañoso sería la última de las fronteras agrarias en abrirse en la isla. La efímera ‘época de oro’ cafetalera, en que la montaña del interior se convirtió en el eje de la vida económica puertorriqueña a finales del siglo 19, es sublimada en las novelas ‘noventayochistas’ que se estudian en los próximos capítulos. El proyecto revisionista acarreado en las últimas décadas por los historiadores puertorriqueños, ofrece al crítico literario una herramienta muy útil para abordar la representación novelística de la realidad socioeconómica del sector hacendado durante el proceso de consolidación de la economía agraria exportadora de café. El análisis literario complementado con el estudio historiográfico permite acceder a una perspectiva muy distinta del mundo cafetalero, que contrasta grandemente con la representación idealizada que construyen Juliá Marín y otros escritores puertorriqueños de la época. Como discutiré a continuación, el auge del café en las zonas elevadas de la cordillera central, que cimentó el dominio de los hacendados y comerciantes cafetaleros del siglo 19, terminó redundando en el empobrecimiento de los pequeños agricultores criollos y en el empeoramiento de las condiciones de vida del humilde campesino ‘desposeído’ e iletrado.

3.1. El replanteamiento del ’98 desde la perspectiva del escritor utuadeño Ramón Juliá Marín

La década del 1850 marca el nacimiento de la economía cafetalera en las montañas del interior de Puerto Rico, cuyo desarrollo alcanza su punto de máximo crecimiento a partir del 1880. La crisis del azúcar en la década de 1870, estimulada entre otras causas por la abolición de la esclavitud en 1873 y las guerras tarifarias entre España y Estados Unidos, suscita una coyuntura favorable que promueve la gradual movilización del crédito de los llanos costaneros hacia la montaña del interior, contribuyendo al despegue definitivo de la economía cafetalera. Además, la crisis de los cultivos cafetaleros en Cuba, Jamaica y Brasil en la segunda mitad del

siglo 19 incentivaron el desarrollo de la industria en otras regiones del mundo. En el caso de Cuba, la primera guerra de independencia (conocida como la ‘Guerra de los diez años’) provocó la destrucción de los cafetales cubanos por los insurgentes o mambises. Esta crisis abrió inicialmente el mercado cubano y metropolitano al café puertorriqueño, y posteriormente lo haría con otros mercados extranjeros. El municipio de Utuado, localizado en la región montañosa central, era entonces una zona ideal y atractiva, por sus terrenos fértiles y baratos, su idóneo clima y apropiada localidad, y la mano de obra barata. Hacía allí marchan campesinos criollos, esclavos libertos y una oleada de inmigrantes europeos (catalanes, mallorquines, canarios, asturianos, andaluces, corsos y otros), creando todo el entramado multiétnico que caracterizó la región cafetalera de la cordillera. Estos inmigrantes aventajan a los criollos en conocimiento de alfabetización y prácticas comerciales y de contabilidad, reduciendo a un plano secundario la participación de los locales en la economía regional. El continuo crecimiento económico y poblacional de Utuado iniciado en 1880 convirtió a los propietarios de las haciendas cafetaleras, entonces dominadas por una minoría extranjera, en una clase de poder político, económico y social en la región. Dichas condiciones promueven el desarrollo de una rica vida social y del “elegante y culto Utuado hispanizado de fines de siglo” (Picó, *Libertad* 16).

Ramón Juliá Marín nació en 1878, en Utuado, entonces uno de los enclaves principales de la industria cafetalera del siglo 19. Son pocos los datos que se conservan de su infancia. En 1892 la vida de escritor utuadeño se vincula indisolublemente al quehacer periodístico y literario, inicialmente como poeta, cuando ingresa en la tipografía de Don Américo Blasco. En estos años, Juliá Marín funda el gabinete de lectura ‘La Aurora de Borinquen’, un foro de lectura de textos subversivos “en el que los participantes ventilaban ideas políticas claramente antiespañolas” (Feliú Matilla, “Comentario Crítico”, en *Tierra adentro* 131). Este foro tendrá un rol determinante en la formación cultural, política e ideológica del joven Juliá Marín. A sus 20 años, Juliá Marín es testigo de la llegada de las tropas estadounidenses y de la debacle de la industria del café en la región del interior montañoso central. Estos dos eventos redefinen los preceptos ideológicos del escritor utuadeño e inspiran las tramas de sus novelas *Tierra adentro* y *La gleba*. Como muchos intelectuales puertorriqueños, Juliá Marín acoge inicialmente los eventos del ’98 con un grado de optimismo. No obstante, este optimismo pronto se vería enfrentado con la dura realidad imperial de la política exterior estadounidense.

La ‘era dorada’ de la economía cafetalera utuadeña comienza a decaer a partir del 1897. El 3 de agosto de 1898, Utuado es ocupado por las tropas comandadas por el general Roy Stone. Con el cambio de soberanía, la industria cafetalera que había florecido en la montaña durante los últimos años del régimen español fue reemplazada por el monocultivo industrial de la caña de azúcar, controlado por las grandes centrales del capital ausentista. Para completar el cuadro, los efectos del huracán San Ciriaco, que azotó a la isla en 1899, agravaron las condiciones sociales y económicas en la región montañosa. Dentro de este contexto histórico, algunos sectores de la élite puertorriqueña desencantados con las falsas promesas de libertad y prosperidad, entre cuyas filas se encuentra Eugenio María de Hostos y el propio Juliá Marín, construyen un discurso nacional-cultural en que la hispanofilia jugaría un papel central:

En el ideario del patriciado criollo, España fue reconcebida y glorificada, y Puerto Rico fue definido como un apéndice cultural de la Madre Patria, pues de ello dependía que la

Antilla pudiese mantener una identidad diferencia dentro de la marea anglosajona y protestante que según ellos se avecinaba. (Lugo Amador 195)

La temprana ideología anticolonialista que Juliá Marín exhibe en sus primeros esbozos periodísticos contra el régimen español, será redirigida en sus novelas con mayor denuesto contra la política económica del nuevo régimen.

La nostalgia de carácter hispanófilo es evidente en *Tierra adentro* en la escena del diálogo entre don Hermógenes Sotomayor, mayordomo de una hacienda en la comarca y arquetipo del personaje ‘noble’, y Felipe Rojas, uno de los comisionados para la emigración a las islas Hawaii, esa “nueva plaga” (68) que se cernía sobre los montes. El personaje de Rojas, que “a fuerza de tanto blasonar de americano, se olvidaba de que era puertorriqueño” (68), encarna esa clase social acomodaticia y antipatriótica que medra de la crisis del ’98 y que antagoniza con la clase hacendada criolla. En el punto más álgido de la conversación, don Hermógenes responde a un desconcertado Rojas: “Los americanos serán todo lo bueno que se quiera allá en su país; en Puerto Rico están resultando peores que los españoles, peorísimos, ¡qué tiene que ver! Vengan los españoles toda la vida” (73). La postura hispanófila del novelista se explicita aún más en la escena de la fiesta campesina en casa de Celso Andújar, el gran villano de la historia. Entre bailes típicos y peleas de gallos emerge la música “dulce y melancólica” de unas décimas campesinas, “que habla[ban] de nostalgias, de recuerdos y esperanzas” (80) y “[d]el perdido sosiego” (84) de los tiempos bajo el imperio español. Cito a continuación algunos de sus versos:

[...] ¡Patria! la triste mirada / vuelves atrás dulcemente / y la tiranía del presente / supera a la tiranía / que ayer conjurar solía / la voz del tiple, doliente. // Gobernaba el español / antes que el americano / y en el suelo borincano / era más alegre el sol [...]” (83)
// “Acuérdate borinqueño, pálido de la montaña, / que la despótica España / fue mejor con el isleño [...]” (*Tierra adentro* 88)

En 1900, el Congreso de los Estados Unidos aprueba la ‘Ley Foraker’ que establece en la isla el primer gobierno civil bajo el nuevo régimen. Este documento ‘fundacional’ de la política colonial de los Estados Unidos en la isla sirvió de transición entre un protectorado temporero (encaminado al desarrollo político, comercial y económico la isla) y la política colonialista aún imperante, que no garantiza a los puertorriqueños los mismos derechos constitucionales que les corresponden como ciudadanos estadounidenses. La implantación de la Ley Foraker representó para la clase hacendada un retroceso en términos de los poderes adquiridos con la ‘Carta Autonómica’ de 1897. También lo representaron las estipulaciones de tarifas arancelarias, conocidas como las ‘leyes de cabotaje’, que desfavorecen a los caficultores en la montaña, pero privilegian, en cambio, el comercio monopólico del azúcar en la costa. El resentimiento contra las estipulaciones de la Ley Foraker lo encarnan en las novelas de Juliá Marín los diversos personajes ‘trágicos’ de ex-hacendados cafetaleros arruinados, entre ellos don Atanasio, Antero Medina en *Tierra adentro* y Feliciano Matos en *La gleba*.

En la escena del asesinato del ex-hacendado Antero Medina, el perro que lo acompañaba, cuyo nombre es “Chucho” (en alusión a su raza impura y su carácter medroso), aparece en escena ansioso, “atisbando el sendero como receloso de un mal encuentro” (*Tierra adentro* 105). “Chucho” teme a los perros de Celso Andújar, el vil cacique del barrio, que “en distintas ocasiones le habían zurrado de lo lindo, acometiéndole todos juntos” (105). Entre todos ellos, “al que más odiaba era a Foraker, un perrazo berrendo, llegado de la ciudad, que había hecho amistad con sus

enemigos” (105). Mientras “Chucho”, un “perro” sato, dócil y cobarde –“Chucho no era partidario de la pelea” (105)– que encarna los temores del indefenso campesinado ‘agregado’ que buscaba protección en “la heredad del amo” (105), la “jauría” de perros de Andújar encarna las ambiciones de la facción antagónica a los intereses de la clase hacendada criolla. Como ocurre con los otros personajes ‘nobles’ en *Tierra adentro*, el desenlace “trágico” de Antero es inminente²³. Antero es asesinado por “una bala de fusil [que] le había atravesado el cráneo” (106), disparada por miembros de la partida sediciosa bajo órdenes de Andújar, mientras el indefenso Chucho “se alejaba camino arriba a todo correr” (106). Mientras los héroes “trágicos” y “quijotescos”, como don Atanasio, mueren por causa del desgaste corporal alegórico del decaimiento socioeconómico de la clase cafetalera, un hombre de ideas como Antero sucumbe con su cráneo “atravesado” y desprestigiado tras su muerte por causa de las calumnias de Andújar

Otro personaje que encarna la desilusión de la clase hacendada criolla frente a las condiciones económicas y sociales propiciadas por el nuevo régimen colonial, es el también ex-hacendado cafetalero, Feliciano Matos. Como antes don Atanasio en *Tierra adentro*, Matos encarna en *La gleba* al noble hacendado paternalista que, después del ’98, “no le quedó más que el respeto y la consideración de viejos amigos, como él, arruinados, a despecho de la prosperidad reinante” (*La gleba* 32). Las “melancólicas remembranzas” que guardaba Matos de la ‘idílica’ y “poética” hacienda *pre* ’98, se “hicieron trizas” frente a “las amargas realidades” del nuevo régimen colonial: “ni patrimonio, ni sosiego, ni familia; todo había fracasado, según él, por el advenimiento de la libertad, de aquella libertad traída en buques de guerra para echársela encima a las tradiciones y costumbres boricuenses [...]” (*La gleba* 124-125)

Tras la invasión del ’98 se impuso en la isla una economía agrícola, en un inicio azucarera, manejadas por los capitales ausentistas que desplazan a los antiguos hacendados, en quienes estaba depositada la esperanza de hegemonía del poder en la colonia. Juliá Marín y otros escritores puertorriqueños comienzan a organizar las mediaciones discursivas conducentes a la recuperación simbólica del imaginario de la hacienda señorial decimonónica. Dentro del discurso novelístico del escritor utuadeño, este proceso de recuperación implicó una añoranza de retorno a ese Puerto Rico *pre* ’98, todavía una posesión española, en que el paisaje montañoso cafetalero y el mundo hacendado devienen instrumentos de afirmación de la ‘alteridad’ frente a los discursos imperialistas y los procesos de americanización del pueblo puertorriqueño, durante las primeras dos décadas del siglo 20. La construcción discursiva de la hacienda cafetalera como espacio ‘autónomo’ y unitario, y también como símbolo y reducto de la ‘puertorriqueñidad’, implicó la reducción de la compleja y diversa realidad de la hacienda decimonónica, caracterizada por la estratificación social y la multiétnicidad, etc. Asimismo, otras realidades y perspectivas serán transformadas o trastocadas de algún modo, incluso silenciadas, dentro del imaginario nacional que construye la élite cultural puertorriqueña a

²³ En las últimas páginas, estos personajes ‘trágicos’ caerán todos en la desgracia: don Atanasio termina enloquecido y sus hijas violadas por los miembros de las partidas sediciosas; Antero es asesinado y desprestigiado tras su muerte por causa de las calumnias de Andújar, quien lo acusa de pertenecer a las partidas; y don Hermógenes termina siendo amenazado de muerte por causa del asesinato de Valentín, un miembro de la partida de Juanchón, a quien el mayordomo, sin saberlo, hirió de muerte de un disparo cuando defendía las tierras de la hacienda de un fallido ataque nocturno perpetrado por los ‘tiznados’.

inicios del siglo 20. A pesar de la poca importancia atribuida por los académicos, las novelas de Juliá Marín formaron parte integral de este proyecto cultural de reconstrucción de la ‘comunidad imaginada’ de la nación puertorriqueña, promovido posteriormente por los ‘treintistas’ y resignificado por los discursos populistas del muñocismo (1938-1948).

Las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*, publicadas en los años 1911 y 1912, respectivamente, permanecieron olvidadas por casi un siglo. Han sido reseñadas mayormente como una unidad o conjunto, dada la continuidad temática entre las dos novelas. *Tierra adentro* transcurre entre los meses de febrero y diciembre de 1899 y narra el ambiente de incertidumbre, caos y revanchismo que experimentó la región montañosa cafetalera durante el periodo de transición que sigue a la invasión del '98. Por su parte, *La gleba* transcurre casi una década después de los sucesos narrados en *Tierra Adentro* (cerca de 1907) y describe el proceso de adaptación del campesino al nuevo entorno mecanizado de la central azucarera. En esta novela reaparecen algunos de los personajes centrales de *Tierra adentro*, como Roque y su hermana Tránsito, y además se relatan a modo de recapitulación algunos de los acontecimientos más destacados de la primera novela. El desconocimiento de estas dos novelas se debió a varios factores. Uno de ellos fue la escasez de publicaciones y estudios críticos disponibles. A la dificultad de acceder a los textos deben añadirse otros factores que también contribuyeron a su olvido, como fueron la prematura muerte del autor a sus 39 años y el generalizado prejuicio de los críticos, quienes han tendido a eclipsar las novelas de Juliá Marín y otros novelistas bajo la sombra canónica de Manuel Zeno Gandía.

El libro *La novela en Puerto Rico*, de Carmen Gómez Tejera, publicado en 1947, contiene uno de los acercamientos críticos más tempranos a la obra novelística de Juliá Marín. La labor investigativa de Gómez Tejera se ve afectada, en cambio, por la escasez de publicaciones disponibles, limitándose a reseñar en muy breves líneas la segunda novela *La gleba*, pues según confiesa la propia autora no tuvo acceso al texto de *Tierra adentro*. Algunos años antes, Enrique A. Laguerre publica un ensayo sucinto sobre el escritor utuadeño, titulado “Un novelista olvidado: Ramón Juliá Marín”. En el libro *Historia de la literatura puertorriqueña* (1965), Francisco Manrique Cabrera ofrece también un comentario crítico, si bien muy limitado y esquemático, sobre las dos novelas de Juliá Marín. José Luis González dedica un análisis más amplio de estas novelas en su libro *Literatura y sociedad en Puerto Rico*, publicado en 1976, en el que resalta la actitud de protesta del novelista utuadeño. No obstante, González es muy crítico tanto de la visión parcializada y limitada que presenta Juliá Marín de la realidad sociocultural y económica de la época, como de la hispanofilia que se advierte en sus novelas. Según González, lo que está ausente en las novelas de Juliá Marín es un independentismo “que no aceptara el coloniaje “ni con España ni con los Estados Unidos”” (*Literatura* 205).

No es hasta principios del presente siglo que se publican algunos estudios críticos más completos sobre la obra de Juliá Marín. Entre ellos destacan el libro *¡He llorado tantas veces al recordar el río de mi pueblo! Notas sobre la vida y obra periodística de Ramón Juliá Marín* (2012), de Rubén Maldonado Jiménez, y las nuevas reediciones de las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*, publicadas en el 2006 por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico y comentadas por Fernando Feliú Matilla. Uno de los propósitos de esta investigación es precisamente ampliar el limitado catálogo de estudios críticos sobre las novelas de Juliá Marín y Pérez Losada, cuya revisión y relectura considero indispensable en el contexto de la actual

crisis fiscal. Siguiendo un modelo inspirado, en gran parte, en las reflexiones de Edward Said en su libro *Cultura e imperialismo*, me propongo estudiar algunos textos desconocidos de la producción novelística 'noventayochista' puertorriqueña, no sólo por su calidad estética, sino porque representan un "auténtico campo de batalla", en que pugnan la ideología imperialista de los Estados Unidos y las voces de resistencia y oposición de la élite cultural puertorriqueña contra el imperialismo.

3.2. La idealización y mitificación del paisaje montañoso cafetalero pre '98 en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*

En las postrimerías del siglo 19, la economía puertorriqueña se había adentrado en el modelo económico capitalista. La economía agraria de subsistencia comienza a perder terreno a mediados del siglo 19 ante el desarrollo de una agricultura destinada a abastecer los mercados en el exterior (exportación de azúcar, café y tabaco). De esta manera, Puerto Rico entra formalmente en una etapa capitalista estando aún bajo el dominio español, en la medida en que las actividades comerciales, destinadas al mercado exterior y doméstico, prosperan en las zonas urbanas y rurales. A partir del 1897, el panorama económico cafetalero se torna desfavorable, por lo que los hacendados depositan su confianza en el nuevo régimen político, esperando que su producto fuera privilegiado en el mercado estadounidense, uno de los principales consumidores de café a nivel mundial. Los políticos y empresarios estadounidenses, en cambio, no demostraron un gran interés y concentraron sus esfuerzos en la industria azucarera, que resultaba más rentable. El marcado crecimiento en la demanda del azúcar requirió que los antiguos conucos, ingenios azucareros y trapiches, con una escala de producción limitada, fueran reemplazados por las grandes centrales azucareras modernas. También requirió que las transnacionales azucareras tomaran posesión de grandes extensiones de tierras para satisfacer la demanda. En el proceso, las centrales azucareras estadounidenses fueron desterrando gradualmente al campesino pobre de sus tierras, dado que la economía agrícola y el crédito se trasladan de la montaña cafetalera hacia la costa azucarera, devaluando las tierras de cultivo de la región:

La crisis sume a la montaña en el letargo. La gente emigra, y, a la vanguardia del progreso están los hijos profesionales de la élite, que se desplazan hacia los centros urbanos de la costa. Hay quienes marchan, buscando fortuna como en otros siglos, a las tierras de promisión de Hawaii y Arizona. (Picó, *Amargo café* 36-37)

Este estado de letargo y desolación en la montaña, agravado por las corrientes migratorias de los puertorriqueños hacia los cañaverales de la costa o de Hawái, conforma parte del material temático de las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*.

La apreciación del impacto inmediato de la invasión estadounidense en la vida puertorriqueña milita, según Fernando Picó, entre dos tipos de imágenes "ingenuas" del Puerto Rico anterior al '98. Una de estas visiones postula un Puerto Rico "pacífico, próspero y unido" antes de la invasión, mientras la otra promueve la imagen de un Puerto Rico en que "reinaba el atraso, la intolerancia y la opresión antes de que "llegaran los americanos"" (Picó, 1898 11). De cualquier manera, ambas imágenes promueven acepciones moralizantes y simplistas, así como un relato homogeneizador del pasado colectivo nacional. En este cruce de "visiones" sobre el pre '98, la más 'prosaica' e hispanofóbica está expresada con mayor plenitud en los textos imperialistas estadounidenses, mientras que la más 'poética' e hispanófila la exponen los miembros de la élite cultural (i.e. José de Diego, Luis Lloréns Torres, entre otros), quienes fungieron como portavoces y herederos ideológicos del sector

hacendado, desplazado y marginado por la nueva metrópoli. Esta percepción dicotómica y algo desproblematizada del Puerto Rico *pre* y *post* '98, que continuó vigente en los discursos culturales del '30, es conceptualizada por el crítico Luis Felipe Díaz como una “pugna entre el placer del pasado y el malestar del presente” que impone la cultura norteamericana: “A partir de esa pugna entre el placer del pasado y el malestar del presente se nos crea una impresión muy profunda y arquetípica de dos tiempos (fuerzas) muy adversos [...]” (*Modernidad* 49). Esta imagen plácida del *pre* '98, como un mundo de deleite y felicidad campesina, que contrasta con el malestar social del *post* '98, se construye en las novelas de Juliá Marín mediante la mitificación y poetización del paisaje rural puertorriqueño y el marcado contraste entre el cafetal ‘apacible’ y ‘autóctono’, y el cañaveral ‘infernial’ y ‘exótico’.

En el libro *The Plantation in the Postslavery Imagination*, Elizabeth Christine Russ concibe el espacio de la plantación no sólo como una entidad física, sino como un tropo ideológico y psicológico dentro del imaginario cultural caribeño. Esta noción es útil para abordar el telurismo que permea mucha de la literatura puertorriqueña de finales del siglo 19 y principios del 20, desde Luis Llorens Torres hasta Enrique A. Laguerre, en cuyas obras la ‘tierra’, muchas veces idealizada hasta la mitificación, se convierte en uno de sus fundamentos ideológicos. Cabe aclarar que el ‘telurismo’ característico de la literatura producida en estos años por la élite cultural no responde precisamente “a una desinteresada y lírica sensibilidad” inspirada por las bellezas de nuestro paisaje tropical, “sino a una añoranza muy concreta y muy histórica de la tierra pérdida, y no de la tierra entendida como símbolo ni como metáfora, sino como medio de producción material cuya propiedad pasó a manos extrañas” (González, *El país* 35). Los novelistas ‘noventayochistas’ puertorriqueños confieren, de forma consciente y deliberada, una dimensión ética y moralizante a la naturaleza *pre* '98, que contrasta con el materialismo y utilitarismo del capitalismo agrario azucarero *post* '98. Esta dimensión ética de la naturaleza la encontramos también en la poesía, como es el caso del poema titulado “Redención” de José Gautier Benítez, una de las figuras centrales del romanticismo poético puertorriqueño: “Todo es en ti voluptuoso y leve, / dulce, apacible, halagador y tierno, / y tu mundo moral su encanto debe / al dulce influjo de tu mundo externo”. La “timidez poética” y la plasticidad que Pedreira critica en un poeta lírico como José Gautier Benítez (*Insularismo* 55-58), y que el naturalismo literario se proponían curiosamente superar, se trasluce, en cambio, en las descripciones bucólicas y poéticas de la naturaleza isleña realizadas por algunos novelistas naturalistas, entre ellos José Elías Levi, Ramón Juliá Marín, José Pérez Losada, Matías González García y otros.

Las novelas de Juliá Marín establecen un marcado contraste entre el pasado *pre* '98, representado en la belleza poética y exuberante del paisaje montañoso cafetalero, y los campos desolados, antiestéticos y más ‘prosaicos’²⁴ del presente *post* '98. Su concepción del *pre* '98 comprende no sólo una peculiar topografía paternalista (Gelpí), sino todo un sistema de ordenamiento social y de valores precapitalista asociados con la antigua hacienda cafetalera, que se presumen más justos y

²⁴ Utilizo el adjetivo ‘prosaico’ en oposición a ‘poético’. El mundo azucarero es representando como uno falto de idealidad o de elevación moral, como uno vulgar o mundano, vinculado con lo material. Esta imagen ‘deslucida’ y ‘prosaica’ del *post* '98 se opone a la imagen ‘agradable’ y ‘poética’ del *pre* '98.

solidarios con las clases subalternas. Juliá Marín transforma la montaña cafetalera en un paraíso preindustrial perdido y la ‘época dorada del café’ en una ‘edad de oro’ mítica, similar a la evocada por Hesiodo, Platón y Ovidio, en que amos y peones vivían en aparente armonía. Según el ‘mito de las edades’ de Ovidio, la ‘edad de oro’ que emerge después de la creación del hombre, cuando Saturno aún gobernaba el cielo, se caracterizaba por la inocencia, la armonía entre los hombres y la abundancia en los campos²⁵. Saturno es eventualmente lanzado a las tinieblas del Tártaro y Júpiter se convirtió en el amo del mundo, dando lugar a las siguientes tres ‘edades’ (plata, bronce y hierro), en las que el carácter moral de los hombres se irá gradualmente degenerando y corrompiendo²⁶: “En ella desaparecieron la honradez, la verdad y la justicia, sustituidas por el engaño, la injusticia y la violencia” (Ovidio 19). Esta interpretación mítica del desarrollo de la humanidad no dista mucho de la manera en que algunos miembros de la élite cultural puertorriqueña concibieron la transición política del régimen español al estadounidense. Tómese como ejemplo la novela *Nueva Vida* (1910), de José Elías Levis, otro escritor ‘noventayochista’ olvidado por las generaciones posteriores. Levis describe el *pre* ’98 como “un tiempo en que la alegría estallaba en todas partes” y en que el hombre “generoso”, “tranquilo” y “humilde”, gozaba del “eterno verdor” de la isla tropical; es decir, un Puerto Rico todavía no hollado por el egoísmo de los invasores del Norte.

Nunca había presenciado el hombre de la tierra una tan grande situación de inquietud. Hubo un tiempo en que la alegría estallaba en todas partes con las canciones de los hijos de las montañas, la fe religiosa batía sobre los cafetos, los cañaverales y el verbo de navidad llenaba el rancho del campesino. Y era la muchedumbre ignara la que partía su lecho y su humilde pan con los viajeros; testigo de una primavera eterna, amando el sol que jamás negaba su luz, en presencia de eterno verdor y de eterno azul como si aquellos colores de la naturaleza se reflejasen en su alma para hacerle generoso, tranquilo, resignado a su humildad y su pobreza.

Y de pronto todo se había acabado. Los hombres del Norte llegaban en son de guerra, atronando con su artillería, agitando sus banderas bajo el dosel de una tierra bendita” (Levis 193)

Al igual que Levis, Juliá Marín concibe el *pre* ’98 puertorriqueño como una suerte de ‘arcadia’ mítica destruida por los ‘traumático’ eventos del ’98, considerados por el novelista como un retroceso para el país, en términos políticos, morales y materiales: “[...] con la caída del viejo poder, se iniciaba el derrumbe de la colonia humilde y hospitalaria, con anulación completa de la bondad que fue peculiar, otros días, del hombre nacido en la pequeña isla ajena a las brutalidades de la guerra” (*Tierra adentro* 9). La hacienda cafetalera decimonónica se convierte, de esta manera, en depositario de nostalgias e idealizaciones. Desde la perspectiva ‘trágica’ del hacendado, Juliá Marín elabora una apología del pasado esplendor del Utuado

²⁵ “En esta época no existían las guerras, ni el temor ni el castigo; las ciudades no necesitaban murallas; [...] La tierra, por sí misma, daba al hombre sus frutos. Corrían ríos de leche y de néctar, y la miel colgaba permanentemente de las encinas. En fin, una primavera eterna se extendía sobre el mundo” (Ovidio 19).

²⁶ “Ni el amigo pudo ya confiar en el amigo, ni el hermano en el hermano, ni el esposo en la esposa. La tierra, que hasta entonces era una y común para todos, como el aire y el sol, fue dividida por lindes y fronteras, pues la insensata pasión de poseer se apoderó del hombre. Y ya no se contentó este con forzar los campos con el arado y obtener las cosechas, sino que penetró en las entrañas de la tierra y le robó sus tesoros, el oro y el hierro, con los que fabricó armas mortíferas. La guerra se hizo entonces dueña del universo” (Ovidio 19, 20).

señorial, siempre apelando al sentimentalismo y a la evocación nostálgica del “recuerdo, siempre doloroso, de días mejores” (63). Los personajes de los antiguos hacendados y sus descendientes rememoran, en numerosas ocasiones, el ‘glorioso’ y ‘poético’ pasado de la hacienda utuadeña, que contrasta con la miseria, la desolación y la inseguridad reinante en los campos, sumidos en la violencia rural de las ‘partidas sediciosas’, también conocidas como los ‘tiznados’ o ‘come-vacas’. Por ejemplo, el personaje de Tránsito, una de las hijas ‘desheredadas’ de don Atanasio violadas por los ‘tiznados’ en las últimas páginas de *Tierra adentro*, recuerda desde su mísera vivienda los felices años de su infancia en “el hogar paterno, dulce y apacible en la quietud serena del campo”, y “el río, el otro río, más poético y murmurador que el que contemplaba ahora” (*La gleba* 21). Evocaciones de este tipo emblemizan ese binomio entre “placer” y “malestar” que mencioné anteriormente. Los eventos del ’98 no sólo marcan en estas novelas la disrupción histórica del nuevo momento con respecto al inmediato pasado, sino también marcan la caída social de la burguesía criolla, que se revela en la degradación del *modus vivendis* o ‘habitus’ de la familia hacendada; es decir, en la pérdida de lujos y comodidades materiales y de respetabilidad y status social.

La perspectiva de Juliá Marín sobre el ’98 puertorriqueño está teñida del matiz hispanófilo, tradicionalista y ‘traumático’, que es característico de la temprana expresión anti-cañera en la literatura puertorriqueña de las primeras tres décadas del siglo 20. En las novelas de Juliá Marín la culpa del descalabro de la economía agraria cafetalera y del ambiente de revanchismo y de violencia rural que aqueja a la región montañosa recae casi exclusivamente sobre los estadounidenses. Como dice Ramona a Roque, el ‘expatriado’ hijo de don Atanasio, recién regresado de Hawái a las antiguas tierras de su padre, en las primeras páginas de *La gleba*: “[...] este barrio que se ha puesto maldito y miserable desde que las tierras cambiaron de dueño. Ahora es gente extraña toda la que aquí vive; no hay libre para andar nada más que el camino [...] y los pobres estamos condenados a vivir sin lumbre” (39). A pesar de la fecundidad de los terrenos, “los predios estaban asolados, porque los moradores huían precipitadamente hacia la ciudad, en busca del sosiego que no existía ya en los campos, desde la guerra que trajo por consecuencia la invasión de los americanos [...]” (*Tierra adentro* 9, 10). Una de las formas que asumió la crítica del desarrollo del industrialismo agrario azucarero *post* ’98 sería la añoranza e idealización del pasado cafetalero *pre* ’98, que implicó la reconstrucción del pasado colonial hispano tardío, en relación con las configuraciones sociales del paisaje cafetalero. Según apunta Picó:

El deseo de retornar a una época anterior a la que marcó la economía azucarera centralista llevó a algunos a postular un pasado idílico: un país floreciente, no hollado por los invasores, que producía una gran variedad de alimentos en pequeñas fincas y que bullía con el esfuerzo de miles de artesanos independientes. (1989 21)

La fragilidad e ilusoriedad de este anhelo de retorno simbólico se hace bien patente cuando se consideran a fondo las realidades y los efectos adversos del auge cafetalero sobre la población campesina y el ecosistema de la región montañosa del país, todo lo cual es omitido o, en sus formas más sutiles, enmascarado en estas novelas entre retóricas interpretativas, nostálgicas y elusivas.

La conceptualización de la ‘edad dorada’ cafetalera del siglo 19 en la región de Utuado-Jayuya como un patrimonio económico netamente nacional y emblemático de la ‘puertorriqueñidad’, implicó por un lado la sobresimplificación de la compleja estructura social dentro de la hacienda, en la que se contraponen intereses muy

distintos, y por el otro el enmascaramiento de las injusticias y desigualdades sociales existentes, a través de valores y símbolos que confieren un falso sentimiento de colectividad. Como resultado, los intereses del sector hacendado cafetalero se presentan en función de un interés común o conjunto de intereses colectivos, opuestos a los de la fuerza opresora y enemiga de los Estados Unidos. Esta manipulación retórica oculta muchos de los problemas de fondo sobre los que se erigió la ‘época dorada’ cafetalera, como fueron la estratificación social y la migración del capital económico a la metrópoli española: “Muchas de las ganancias obtenidas en el auge del café, por lo tanto, no resultarían de beneficio permanente para la zona montañosa” (Picó, *Libertad* 159). El periodo de auge cafetalero también coincidió con un aumento en las muertes por anemia y tuberculosis. La tasa de mortalidad en el campesinado asciende durante las décadas de 1850 y 1860, cuando el cultivo del ‘oro negro’ cafetalero cobra un ritmo de crecimiento ascendente. Además del impacto social y en la salud del campesinado (al que redujo al estado de dependencia y miseria), se ignoran los efectos negativos que la intensificación del monocultivo cafetalero tuvo sobre los recursos naturales de la montaña y el balance ecológico de la región, que surgen como resultado de la sobrepesca y la contaminación de las quebradas, así como de la tala excesiva y/o la sustitución de árboles, que repercutió negativamente sobre el ecosistema aviario. La sobreestimación y masificación del cultivo del café para la década de 1880 acarrió el descuido del cultivo de frutos menores y de la cría de ganado, que no sólo afectó la dieta del campesino desposeído, sino que creó una dependencia, todavía vigente, en la importación de alimentos del exterior.

El desarrollo de la crítica anti-cañera en la literatura nacional, muchas veces ruralista y campesinista, implicó de esta manera un proceso de descontextualización y ahistorización de las relaciones económicas y comerciales que, ya desde temprano en el siglo 19, ligaban a Puerto Rico con los Estados Unidos²⁷. En las novelas de Juliá Marín, la presencia militar de los Estados Unidos emerge descontextualizada, casi como una súbita aparición en el paisaje puertorriqueño del ’98. La trama no alude a los nexos económicos que ligan la economía de la isla, entonces colonia española, con los Estados Unidos, que durante gran parte del siglo 19 permaneció entre los principales socios económicos de Puerto Rico. Cuando los estadounidenses invaden la isla en 1898, las relaciones comerciales y financieras entre ambos países existían ya por casi un siglo. De hecho, el gran ‘Coloso del Norte’ se había convertido en el modelo político y económico de los liberales puertorriqueños decimonónicos. Las interpretaciones parcializadas acerca del ’98, como son sugerir que la invasión se dio en una suerte de vacío y que la élite letrada criolla no tuvo previsión alguna de la misma, continuaron guiando los discursos dominantes sobre la cultura nacional en los ’30.

El estado de miseria en los montes tampoco era a finales del siglo 19, como sugieren las novelas, una de esas muchas novedades causadas por la invasión estadounidense: “El encarecimiento de los artículos de primera necesidad y la

²⁷ “Estados Unidos obtuvo una posición privilegiada en sus relaciones económicas con Puerto Rico una vez éstas se legalizaron a comienzos de siglo; para 1830 Estados Unidos era la principal fuente de importaciones (27%) y el principal mercado para las exportaciones puertorriqueñas (49%). Aunque España logró reemplazar a Estados Unidos económicamente a través de la imposición de tarifas, este último permaneció entre los principales socios económicos de Puerto Rico” (Meléndez 21).

escasez de dinero eran la orden del día en 1898. Pero esto no era una novedad, sino la última de las expresiones de viejos problemas” (Rodríguez Centeno 161). El campesinado enfermizo y mísero era una realidad anterior a la invasión y el advenimiento de la industrialización, como evidencian los relatos del médico militar estadounidense Bailey K. Ashford, y de los literatos puertorriqueños Nemesio R. Canales (“Nuestros jíbaros”) y Manuel Zeno Gandía (*La charca*), entre otros. Para acentuar la crítica hacia el nuevo régimen, Juliá Marín adopta la hispanofilia de la élite cultural de finales del siglo 19²⁸, arraigada a los vestigios de un coloniaje antes reprochado a España y ahora adoptado como defensa ante el nuevo régimen colonialista de los Estados Unidos. Este proceso implicó una negociación ‘cultural’ con el pasado colonial español. En otras palabras, el novelista utuadeño procede, de manera consciente o inconsciente, a tender ese “velo de piadoso olvido”²⁹, como le llama González, sobre las iniquidades del régimen colonial español, algunas tan reciente como en 1849 y 1878, en que fueron implementados medidas coercitivas como la ‘libretas de jornaleros’ y el ‘componte’, respectivamente.

Mediante la nostálgica remembranza e idealización –cabría también añadir, deformación y enmascaramiento– de los años del auge cafetalero, Juliá Marín construye una imagen del mundo de la hacienda *pre* ’98 como espacio armonioso, en el que se conservaban intactos los lazos paternos o personales entre el hacendado y los campesinos. Este *locus amoenus* cafetalero sucumbe ante la penetración de las formas individualistas y capitalistas de producción y distribución de bienes instauradas por los Estados Unidos: “No se veían por ningún lado, como antes, los magníficos sembrados, ni se escuchaba el relincho de los caballos ni el mugir de los bueyes que pastaran antes en los cercados, libres de cuatrereros y desjarretadores” (*Tierra adentro* 62). Resulta curioso, sin embargo, que *La charca* de Zeno Gandía, escrita unos 15 años antes que *Tierra adentro* y cuya trama se desarrolla en pleno auge de la economía cafetalera, muestra bajo una luz muy distinta, marcadamente desfavorable, la situación económica y social dentro del mundo cafetalero. El cafetal zenogandiano evidencia el contraste entre la creciente riqueza de los hacendados cafetaleros, esa nueva burguesía rural, y la pobreza extrema de la gente que laboraba en los cafetales. *La charca* fue publicada en 1894, es decir, es una novela *pre*-invasión, por lo que la representación del cafetal todavía no había sido influida con la ideología anti-cañera y anti-yanqui posterior al ’98. La inmediatez histórica de *La charca* con la realidad descrita y el lenguaje ‘objetivo’ y preciso, característico del naturalismo literario, se traducen en una representación menos idílica y poética del espacio cafetalero, que es descrito como “una tumba de vivos”: “El hambre imperaba y la vida apenas si alentaba de la misérrima limosna de un banano. Sí, aquello era una tumba de vivos” (Zeno Gandía 22). El cafetal en *La charca* es un espacio profundamente deteriorado, en que impera la explotación de los propietarios, la

²⁸ Este “sentimiento hispanófilo”, que acarrea consigo la mentalidad colonial ingénita del nacionalismo cultural de finales del siglo 19 principios del 20 (i.e. José de Diego, Luis Lloréns Torres, Salvador Brau, etc.), es reiterado en 1934 por Antonio S. Pedreira, cuando declara que “Nosotros fuimos y seguimos siendo culturalmente una colonia hispana” (26).

²⁹ “Muchos intelectuales puertorriqueños, patriotas sinceros los más de ellos, han tenido sobre las iniquidades del régimen colonial español un velo de piadoso olvido. A la explicación de tal actitud concurren varias razones. Por una parte, la idealización consciente o inconsciente de nuestro pasado anterior al 1898 sirve para destacar con mayor relieve la perversidad del régimen norteamericano en la isla” (González, *Literatura y sociedad* 175).

inmoralidad (vicios, concubinato, etc.), la violencia y el profundo deterioro de los individuos. La visión patologizante del mundo ‘enfermo’ de las montañas cafetaleras que describe *La charca* se transforma a partir del ’98 en una mirada más ‘aséptica’, idealizada, nostálgica y ‘poética’ de la vida señorial de la hacienda decimonónica.

Como reacción contra los proyectos de industrialización y de americanización de la isla a principio de siglo 20, los novelistas ‘noventayochistas’ renuevan la noción de la montaña benéfica, que devino en mito literario y en espacio simbólico de resistencia a la invasión del capital extranjerizante. Las novelas *Tierra adentro* y *La gleba* evidencian este proceso de reapropiación, reconstrucción y resemantización del espacio e imaginario cafetaleros. Contrario a *La Charca*, las novelas de Juliá Marín son textos de la *post*-invasión, en los que nuevas realidades, vicisitudes y enemigos pueblan el paisaje cafetalero. El entorno montañoso del interior es ahora uno invadido por la industrialización (i.e. las grandes centrales azucareras) y el progreso (i.e. la construcción de carreteras, los automóviles, las modas exóticas, etc.), y asediado por la violencia rural de las partidas sediciosas o ‘tiznados’. La transformación ‘simbólica’ del paisaje rural montañoso, realizada por los novelistas ‘noventayochistas’, fue instrumental para la construcción de una apología de la estructura social *pre* ’98, dentro de un contexto en que la clase hacendada criolla pierde el poder frente a los intereses capitalistas estadounidenses. La visión lírica del paisaje cafetalero, configurado de manera paradisiaca e idílica, es inseparable de la ideología de clase y del proyecto nacional-cultural de la élite intelectual que representan los novelistas aquí estudiados.

3.3. La construcción del personaje ‘trágico’ del hacendado cafetalero en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*

Como dueños de los medios de producción, los hacendados constituían en la coyuntura política y económica del ’98 la clase antagonica al interés imperialista en la inversión para la producción. Por esta razón, la política colonial durante los primeros años de la ocupación fue dirigida claramente al quebrantamiento de su hegemonía de clase (Quintero Rivera, *Puerto Rico* 22). Uno de los primeros pasos para conseguirlo fue la omisión instrumentalizada de la clase dirigente criolla, capacitada para dirigir políticamente al país, dentro de los textos imperialistas estadounidenses, publicados entre 1898 a 1920. Estos textos se enfocaban, con particular énfasis, en los aspectos sociales más negativos y desfavorables, exotizando y esencializando al colectivo puertorriqueño en el campesinado pobre e iletrado. Como indiqué en el capítulo anterior, en muchos textos imperialistas no aparecen representados los miembros de la clase élite criolla –un acto que constituye una clara deslegitimación de su ‘autoridad patriarcal’– ni tampoco los de una clase media puertorriqueña capacitada para tomar las riendas del gobierno de la isla, tras su ruptura definitiva con el orden colonial español. La ausencia o subestimación ‘simbólica’ de la figura patriarcal del propietario criollo, quien ocupa dentro del espacio social un lugar intermedio entre la clase dominante peninsular y las clases subalternas criollas, cumplió varios propósitos: por un lado sirvió para reforzar la disparidad social entre españoles y puertorriqueños, y por el otro sirvió como principio legitimador del proyecto expansionista anglosajón y de la nueva autoridad patriarcal de los Estados Unidos en la colonia.

Este ‘vacío’ es contestado en las novelas de Juliá Marín mediante la construcción de una imagen ‘trágica’ del hacendado cafetalero, benevolente y paternalista, cuya tragedia ocupa un lugar protagónico, como motor narrativo y

dramático del relato. De esta manera, propongo interpretar la ‘tragicidad’ en la representación del hacendado cafetalero, como una estrategia de reversión de ese ‘vacío’ simbólico y discursivo al que habían sido sometidos los miembros de la clase dirigente criolla dentro de los relatos hegemónicos estadounidenses. La trama de *Tierra adentro* se desarrolla entre los meses de febrero y diciembre de 1899, cuando la economía cafetalera colapsa y es desplazada por el monopolio estadounidense de la industria azucarera. La decadencia del mundo cafetalero está encarnada en la figura anquilosada de don Atanasio, un viejo hacendado cafetalero “sexagenario” y “abotagado por la anemia” (*Tierra adentro* 9), que cae víctima de “la historia de pillaje, que había comenzado con el traspaso de la Colonia” (8). *Tierra adentro* inicia con la maldición que lanza don Atanasio a Juanchón, cabecilla de la partida de ‘tiznados’, después que éstos robaron por la fuerza “todo el café, producto de aquella cosecha raquílica que tan en descubierto con sus créditos había dejado a la mayor parte de los cafeteros de la comarca” (7). “Mala muerte tengas, granuja; que así, por la fuerza, te llevas los ahorros de una familia honrada, dejándola en la mayor miseria. ¡Mala muerte tengas!” (7). Escenas como éstas representan el choque entre dos facciones antagónicas: la pequeña industria cafetalera *pre* ’98 en crisis, representada en don Atanasio y Antero Medina, y “el monstruo” de la central azucarera *post* ’98, que encarnan Celso Andújar y los “tiznados”. Como portavoz de la clase propietaria desplazada, Juliá Marín sostuvo una postura crítica hacia el proceso de sustitución del café por la caña de azúcar como cultivo principal del país. Esta forma de pensar será compartida por otros escritores, como Pérez Losada y Laguerre. Dentro de la ideología del autor utuadeño, esta mudanza acarrearía no sólo la ruina de la antigua hacienda cafetalera y su *modus vivendis*, sino también del patrimonio económico e histórico del país.

Por causa del “trauma” o “violento desgarre histórico” acaecido en el ’98, los personajes de *Tierra adentro* y *La gleba* están organizados en dos grupos sociales antagónicos, claramente diferenciados entre ‘buenos’ y ‘malos’. El primer grupo lo componen los miembros, honrados y nobles, de la moribunda estirpe de hacendados cafetaleros, representados por los personajes de don Atanasio y su familia, Antero Medina y don Hermógenes Sotomayor. El “rústico noblote” de don Atanasio es la manifestación histórica de esta clase social que vio resquebrajarse el orden social, legal y político que, durante los últimos años del dominio español, había protegido sus intereses económicos y de clase. Asimismo sus herederos inmediatos, sus hijas Faña y Tránsito y su hijo Roque, encarnan aquella generación que vivió la época de prosperidad del café entre las comodidades propias de la hacienda y que tras la invasión del ’98 quedaría desheredada, sin su patrimonio familiar. El segundo grupo lo componen los miembros de los sectores sociales antagónicos a los intereses de la clase hacendada, quienes movidos por causas diversas, que van desde la necesidad y la venganza personal hasta el interés de lucro personal o de ascenso social, rivalizan contra los hacendados y prosperan o lucran por causa del vacío de poder ocasionado por la invasión estadounidense. Este grupo social que medra del caos social y político, y que está vinculado con los intereses azucareros, está integrado principalmente por campesinos desaprensivos y corrompidos, como Celso Andújar, que encarna al jíbaro de riqueza ascendente, y otros como Juanchón y Valentín, miembros de las partidas sediciosas, que encarnan al jornalero vengativo y anti-españolista.

Este conflicto entre los intereses económicos de la moribunda clase hacendada cafetalera y los de los “*trusts*” azucareros estadounidenses, se observa

también en la pugna entre el café y la caña, que está en el centro de las novelas de Juliá Marín. Después del 1905, en los umbrales de la Primera Guerra Mundial, comienza a experimentarse una paulatina recuperación económica de los sectores cafetaleros, tras la debacle que experimenta a finales del siglo 19. En estos años, en los que salen publicadas *Tierra adentro* y *La gleba*, la industria cafetalera procede a ‘criollizarse’, estableciendo un contraste notable con la industria azucarera de la costa, dominada por empresas estadounidenses: “Así surgirá la noción de que producir café es una actividad tradicional autóctona y símbolo del criollismo” (Picó, *Amargo café* 38). Con frecuencia se ha tendido a considerar el café como un cultivo tradicional de la región montañosa central de Puerto Rico. Incluso se ha diseminado “una imagen folklórica de la perdida edad dorada del café en la que el jíbaro cantaba casi constantemente y vivía en armonía con la naturaleza circundante” (Picó, “Deshumanización” 187). Esta imagen nostálgica de la campiña cafetalera *pre* ’98, en cuyos “recodos se perdía el eco de las coplas campesinas, saturadas, de esa dulce poesía de las églogas virgilianas” (*La gleba* 173), es evocada por Juliá Marín en sus novelas. No obstante, el café no vino a prevalecer como el principal cultivo del centro-este de la isla sino hasta la segunda mitad del siglo 19, y lo consiguió “a costa de la subordinación económica del jíbaro” (Picó, “Deshumanización” 187).

El café y la caña que habían coexistido y se habían desarrollado como principales productos de exportación durante el siglo 19, a partir del ’98 pasan a convertirse dentro de la literatura en productos antagónicos y en bastiones ideológicos representativos de sistemas económicos y de organizaciones sociales y políticas distintos: a un lado, la economía agraria de subsistencia precapitalista (entonces ‘criollizada’), representativa del mundo señorial de la hacienda de finales del siglo 19, y al otro, la economía industrial capitalista del siglo 20, emblemática del imperialismo estadounidense. La dicotomía entre el café y la azúcar, basada en la pugna nacional entre los capitales cafetaleros y azucareros, resulta ser tan pertinente como algo inexacta y basada en estereotipos e intereses de clase particulares de la élite criolla. No tan sólo el capital cafetalero no era netamente puertorriqueño, pues en un inicio era una industria controlada predominantemente por inmigrantes, sino que el capital azucarero, al menos hasta los primeros años después de la invasión, tampoco era netamente estadounidense¹⁷. La caña se había estado cultivando en Puerto Rico desde el siglo 16. Es decir, la pugna más que al ‘producto’ apela a los medios de ‘producción’ industrializados a finales del siglo 19.

En oposición con el café ‘autóctono’, enaltecido como símbolo de la prosperidad del periodo de la pre-invasión y como patrimonio y “riqueza positiva de todos” (*La gleba* 44), la ‘imperial’ caña de azúcar es boicoteada, desdeñada y tachada de “intrusa” (30, 43) y “mala semilla” (*Tierra adentro* 92), y procede a exotizarse y demonizarse: “la caña exótica desterrando al café de su región nativa” (*La gleba* 30). De esta manera, los productos agrícolas encarnan simbólicamente el antagonismo y resentimiento del sector cafetalero hacia el capitalismo agrario azucarero. Los procesos de nacionalización y polarización de los dos principales productos agrícolas hacen que el conflicto o pugna entre el café y el azúcar trascienda y deje de ser tan

¹⁷ “La identidad nacional del capital azucarero, de por sí compleja, se complicaba más por los esquemas corporativos y administrativos de las centrales. [...] La central Canóvanas, por ejemplo, se fundó en 1879 por intereses españoles y estadounidenses, poco después la adquirió una firma británica, en 1908 pasó a manos de una corporación hispano criolla, y en 1925 a la Fajardo Sugar” (Nazario Velasco 27).

sólo un problema socioeconómico para convertirse en uno político y nacional. Desde esta perspectiva, el robo a don Atanasio perpetrado por la partida sediciosa adquiere una nueva dimensión que trasciende el plano personal e individual para entrar en la esfera de los intereses colectivos y atentar contra la seguridad social y el patrimonio económico de toda la nación.

La escamoteada autoridad 'paternalista' de don Atanasio, representada en su avejentado y "abotagado" cuerpo, lo incapacita para defender su honor y el de su "familia honrada" (*Tierra adentro* 7) ante el ataque de los asaltantes, lo cual contribuye a reforzar la imagen trágica y frágil del hacendado. "¡Ah, si el viejo Atanasio hubiese tenido la robustez de los treinta años, qué buena lección le hubiera dado a aquellos vagabundos!" (8). El debilitamiento físico de la paternal figura del hacendado, a "quien más de un centenar de personas del barrio le debía la vida" (10), es alegórico del decaimiento del antiguo sistema paternalista de los hacendados decimonónicos, que ha perdido su autoridad y, por consiguiente, los mecanismo de protección de su propiedad y su 'gran familia', tanto la nuclear y biológica (clase hacendada) como la extendida (campesinos agregados). Esta relación metonímica entre 'cuerpo' y 'sociedad', aparece ya esbozada en la novela *Garduña* de Zeno Gandía, escrita en 1890, aunque publicada en 1896. En el caso de *Garduña*, el decaimiento social lo encarna el personaje principal, don Tirso Molina, un antiguo hacendado acaudalado que intenta, desde su lecho de muerte, legar su herencia a Casilda, su hija ilegítima. A través de personajes como Tirso o don Atanasio los novelistas no sólo ponen en relieve la decadencia de la (siempre amenazada) clase propietaria criolla, sino también la de sus 'desheredados' herederos, como son Casilda (en *Garduña*) o Roque y Tránsito (en *La gleba*), entre otros. En estas novelas "desheredar" implica no sólo la pérdida material, sino el menoscabo o la caída social. Si bien el cambio de soberanía y las incertidumbres en torno a la concesión crediticia y al futuro político de la isla habían asestado un duro golpe al pujante mundo cafetalero de finales de siglo, serán las 'partidas sediciosas' de los años '98-'99 las que impactan más directamente a los hacendados que producían, elaboraban y consignaban el café para embarque.

Para entender las profundas implicaciones que tiene el robo perpetrado por los miembros de la partida sediciosa a don Atanasio, es importante contextualizar la situación en que se encuentra la montaña a finales del siglo 19. La guerra del '98 en Puerto Rico no terminó con el armisticio y la eventual firma del Tratado de Paris, el 10 de diciembre de 1898. El estudio histórico realizado por Fernando Picó en su libro *1898: La guerra después de la guerra* da cuenta de las guerras internas y las tensiones que se vivieron en Puerto Rico tras concluir el conflicto armado. Durante el corto periodo que duró la campaña militar en Puerto Rico, iniciada el 25 de julio de 1898, se organizaron grupos o "partidas" auxiliares de puertorriqueños que asistieron a las tropas invasoras como guías a cambio de suministros. "Autorizadas o no por los norteamericanos, bandas de jinetes armados estuvieron acosando las fuerzas españolas y auxiliando las tropas de Miles hasta el armisticio del 12 de agosto" (Picó, 1898 89). En este momento surgen los primeros brotes de violencia popular contra los españoles y sus propiedades "como revancha por los muchos años de mal gobierno español" (96). Después de firmarse el armisticio en agosto del mismo año, estas partidas, organizadas inicialmente para propósitos militares, se desbandan y dan lugar al fenómeno de las partidas nocturnas, conocidas como las "partidas sediciosas" o "tiznados". Entre las filas de estas cuadrillas o partidas campesinas que asaltaban las propiedades y los propietarios de las haciendas

cafetaleras se encontraban pequeños agricultores y campesinos jornaleros, precisamente dos de los grupos sociales más afectados por el auge cafetalero.

En las escasas noticias sobre las partidas que aparecen en las publicaciones estadounidenses, los facciosos son caracterizados como bandidos, “según el modelo del Lejano Oeste, importado por los norteamericanos” (Picó, 1898 146). Este proceso de ‘bandolerización’ de las partidas se utilizó como justificación para la prolongación del régimen militar. Además, sirvió para cimentar la identificación del nuevo régimen con la visión paternalista y proteccionista de los discursos imperiales. Al definir el problema como uno de ley y orden, “haciendo abstracción de la crisis económica, del hambre, la miseria y de la historia previa de conflictos sociales en el área montañosa”, la tarea de los nuevos gobernantes quedaba definida en términos de “la erradicación de los maleantes que amenazaban la tranquilidad pública” (146). El libro *The New America and the Far East: A Picturesque and Historic Description of These Lands and People* (1901), de George Waldo Browne, es uno de los pocos textos imperialistas que hacen referencia a las partidas sediciosas. Browne describe el clima de revanchismo, inseguridad y violencia rural que encontró durante un paseo por la región cafetalera montañosa, que refiere como “the Black Hand region”:

We did not see a house for miles, but ever and anon a ruined plantation, the buildings burned by some Porto Rican labourer aroused against his employer during the recent trouble, was to be seen. These reminded us that we are entering the heart of the “Black Hand” region, which gained this unenviable name from the frequency of raids made against its inhabitants by an offended laboring class. (1394-95)

Entre los meses de septiembre y octubre del '98, el blanco favorito de estas partidas fue la hacienda cafetalera de algún peninsular en un barrio aislado de la cordillera. Estos ataques están inspirados por un marcado carácter revanchista y anti-españolista. Las partidas afectaron las cosechas cafetaleras de diversos modos, tanto en términos materiales (ya fuera mediante el robo del café o la quema de las tiendas de rayas, almacenes u otras edificaciones dentro de la hacienda) como psicológicos (sembrando el terror entre los hacendados de la región)³⁰. Entre los actos subversivos hubo saqueos de provisiones e incendios de las propiedades de los hacendados, agresiones corporales contra estos últimos y sus familiares, e inclusive asesinatos y violaciones de mujeres, que quedaron grabadas en la memoria a través de la tradición oral. *Tierra adentro* inicia con el robo del café cometido por Juanchón, el jefe de la partida, contra el hacendado cafetalero don Atanasio y su “familia honrada” (7). Ya desde el inicio, el novelista destaca la impotencia de la ‘víctima’ y la impunidad de los ‘victimarios’, que revelan la construcción de un *pathos* discursivo, caracterizado por la tragicidad y la victimización del hacendado cafetalero.

La escena ocurría una noche de febrero [de 1899], fría y oscura como elegida al fin para el robo a mano armada, en una de las más ricas regiones cafetaleras de Otuaio [Utuaio], cerca de la pintoresca ciudad que efervecía entonces en lo más agitado del simulacro de guerra, con gran contentamiento de los sediciosos y honda pesadumbre de las personas honradas.

[...]

A la vera del camino abierto a lo largo de la cordillera [...] corría el cristalino [río] Caonillas, cuyo estruendo borboteo ahogó más de una vez los ayes de las víctimas sacrificadas en el silencio de la noche para satisfacer odiosas venganzas.

[...]

³⁰ “Al momento de retirarse proferían amenazas y conminando a los dueños peninsulares a que regresaran a España o abandonasen la finca” (Picó, 1898 99).

Las últimas palabras del viejo Atanasio obtuvieron una respuesta estúpida de Juanchón, en donde iba envuelta la insolencia del valentón contra el débil adversario que no puede contestar el insulto con la puñalada. (9, 10)

En el pasaje antes citado, Juliá Marín efectúa un proceso de ‘bandolerización’, criminalización y deslegitimación de las partidas –cuyos miembros son reducidos a “crápula del barrio, una recua de holgazanes a quienes les gustaba vivir del sudor del prójimo” (8)–, similar al efectuado años antes por la prensa estadounidense. Esta práctica no es, en cambio, novedosa en ámbito local. En los umbrales de la invasión del ’98, el hambre y la insatisfacción ya proliferaban en los campos. A partir de mediados del siglo 19, tuvieron lugar continuas muestras de insubordinación, resistencia y protestas entre los trabajadores campesinos, especialmente por causa del deterioro en las condiciones laborales y de vida en la ruralía. Temiendo los efectos negativos que los rumores de insurrección pudieran tener sobre la consecución del crédito extranjero en la isla, el entonces influyente sector liberal-autonomista criollo sería el primero en apanar estos rumores, insistiendo en elaborar la ilusión o fachada de orden público. Carentes del acceso a los medios de comunicación que disfrutaban la élite política y las clases propietarias (peninsular y criolla), el reclamo de los campesinos contra las medidas coercitivas impuestas a lo largo del siglo 19 por la metrópoli española –que entre otras cosas ilegalizaban las huelgas obreras y conferían a los patronos numerosas arbitrariedades sobre sus trabajadores– fue deslegitimado y silenciado en la prensa oficialista.

Esta campaña de desprestigio y deslegitimación contra los grupos populares o campesinos que de alguna manera trasgredían, directa o indirectamente, los intereses hegemónicos de las clases dominantes y los grupos de poder es aplicada incluso a grupos campesinos más pacíficos y religiosos, dedicados al fomento de los valores sociales y culturales tradicionales, entre ellos el matrimonio y el catolicismo. Tal es el caso en la novela *El manglar* de Pérez Losada, que se estudiará en el siguiente capítulo, en la que los miembros del Movimiento Mesiánico Hermanos Cheo son descritos como “un séquito grotesco de jíbaros ignorantes” (158) y su líder como un “grosero embaucador” y “loco-dios” (159). En 1898, cuando la nueva metrópoli colonizadora comenzó a dismantelar la sociedad de ‘la gran familia’ para instrumentar su cultura estadounidense, emergen diversos movimientos religiosos populares de resistencia en la ruralía, que buscan consolidar un catolicismo simple y accesible para los campesinos, como reacción a la expansión del protestantismo en la zona rural montañosa de la isla. Entre ellos se encuentran la Madre Elenita de Jesús y los mencionados Hermanos Cheo quienes predicaban un catolicismo simple y natural, que buscaba darle un sentido, un valor religioso a la sociedad campesina en crisis. Esta gesta de resistencia cultural y afirmación de los valores cristianos realizada por los movimientos de catolicismo popular en Puerto Rico, desmienten el supuesto ‘indiferentismo’ que según muchos letrados de la época caracterizaba a la sociedad rural. No obstante, el movimiento Cheo es crudamente difamado y vilipendiado por Pérez Losada, a pesar de que su defensa del catolicismo ‘místico’ y devoto, y de la estructura familiar tradicional del campesinado es cónsona con las ideas del novelista, al menos en lo que respecta a la conservación de los viejos patrimonios, entre los que se encontraba el catolicismo. El movimiento Cheo, aunque defensor del catolicismo, representa un desafío del campesinado a la autoridad institucional, en este caso de la Iglesia (Roman 58). La actitud despreciativa de los novelistas Juliá Marín y Pérez Losada hacia los movimientos campesinos, tanto armados (los ‘tiznados’) como religiosos (los ‘Cheos’), radica en viejos conflictos de

clase social (en cuanto ratifican la dicotomía entre elite y pueblo) y en la dislocación social generada por el cambio de soberanía.

Durante el periodo de octubre de 1898 a febrero de 1899, los hacendados buscaron reafirmar y consolidar su dominio sobre su mano de obra y restablecer el viejo orden rural en la montaña, que incluía retornar al antiguo sistema de remuneración salarial en vales o fichas redimibles sólo en las tiendas de raya de las haciendas que desfavorecía a los jornaleros. Son precisamente estas prácticas opresivas, representadas en los símbolos de dominación, como eran los registros en los libros de cuentas y las tiendas de rayas de las haciendas, las que las partidas sediciosas buscaban destruir, física y simbólicamente, a través de los incendios y saqueos de las propiedades. “La quema de la tienda no sólo constituía una venganza, sino que en ocasiones también representaban, mejor que cualquier otro símbolo, la esperada liberación del régimen socioeconómico previo” (Picó, 1898 124). La prensa local y estadounidense no mostró inicialmente interés alguno por las partidas. No fue hasta bastante entrado en noviembre de 1898 que algunos diarios y corresponsales de los Estados Unidos comenzaron a prestarle atención al nivel de violencia en el campo puertorriqueño, ante los insistentes reclamos de los hacendados españoles y criollos, que presionaban a los militares para que actuaran en defensa de sus intereses amenazados, y sobre todo las reiteradas peticiones de hombres de negocios estadounidenses radicados en Puerto Rico “para que sus corresponsales en los Estados Unidos ventilaran el asunto en la prensa de allá (140).

Muchos de los campesinos arrestados por actividades consideradas subversivas en Utuado y en otras regiones cafetaleras no estaban relacionados con grupos políticos de los sectores hegemónicos, es decir, “no tenía[n] una vinculación directa comprobables con actividades políticas nacionales” (Picó, 1898 37). No obstante, el alegato sobre la falta de motivación política de sus actos no significa que no que subyacen causas sociales de fondo que si bien no justifican la violencia rural, al menos explican sus orígenes. Al igual que hicieran los medios estadounidenses, Juliá Marín reduce el problema a uno de ley y orden, abstrayendo de sus relatos la historia previa de conflictos sociales en el área montañosa y sus realidades sociales menos ‘poéticas’ y ‘placenteras’, como eran la crisis económica, la miseria, y el resentimiento del campesinado hacia las formas de explotación económica de las décadas previas. La campaña de difamación y descrédito contra las partidas, de la cual forma parte *Tierra adentro*, resultó ser un éxito. Las ‘partidas’ no sólo fueron perseguidas y eliminadas del paisaje rural, sino también del imaginario colectivo, tanto así que hoy en día se desconocen casi por completo en el país. Dentro del drama social del ’98, las partidas constituyeron no sólo “un elocuente testimonio del choque de mentalidades propiciado por la invasión” (207) sino, lo que es más importante, representaron un desafío del campesinado al viejo orden español, que los había sometido al régimen de la libreta y al endeudamiento de las tiendas de raya, instrumentos coercitivos de la clase dominante que facilitaron la centralización de la mano de obra en la montaña e hicieron posible la ‘época de oro’ del café en Puerto Rico.

El sino fatal y trágico del viejo Atanasio alcanza su punto máximo en las últimas páginas de *Tierra adentro*, en las que reaparece encerrado en una cárcel-hospicio, completamente enloquecido, enviudado (su esposa Comba muere de pena), y con su “noble familia” quebrantada. Si la llegada de los estadounidenses marca el final de una época de prosperidad para los hacendados cafetaleros, la disolución de

la familia de Don Atanasio hace patente el descalabro social y económico de esta clase social venida a menos, sin poder económico, y sin control sobre su destino. En el caso de *Guarduña*, don Tirso pierde trágicamente toda la heredad que correspondía en derecho a Casilda, quien termina, como todos los arquetipos del *eros* femenino, deshonrada y abandonada. El mito de 'la gran familia puertorriqueña', estudiado en el siguiente capítulo, es irrealizable dentro del marco social que esbozan estas novelas. La disolución de la familia hacendada de don Atanasio está representada de dos maneras: la violación de sus hijas Tránsito y Faña por los miembros de la partida y el destierro de su único hijo varón, Roque, hacia los cañaverales de Hawái, como consecuencia directa del monopolio azucarero. Roque reaparecerá en *La gleba*, recién llegado a Puerto Rico desde Hawái, enfermo, envilecido, 'desheredado' e incapacitado para trabajar la tierra. Como ocurre antes con Casilda en *Guarduña*, las tierras que correspondían a Roque como herencia, tras la muerte de su padre, don Atanasio, han sido usurpadas por Andújar para el monocultivo de la caña. De esta manera, *La gleba* cierra el ciclo de violencia y tragedia iniciado en *Tierra adentro* con el robo a la casa de don Atanasio. El desarrollo capitalista de la industria azucarera en Puerto Rico propina de esta manera su estocada mortal a don Atanasio y su núcleo familiar y, sobre todo, a los valores culturales, morales y generacionales asociados con la clase hacendada cafetalera de finales del siglo 19.

Capítulo IV

El discurso económico del capitalismo estadounidense y la ruptura del discurso patriarcal y paternalista puertorriqueño

4.0 Introducción

En 1936, el líder nacionalista puertorriqueño, Pedro Albizu Campos, denuncia la “arrogancia tonta” del imperialismo yanqui al “pretender guiar en el orden espiritual a una nación cuya alma se ha forjado en el más puro cristianismo” (61). Esa “arrogancia tonta” la constituye el proyecto de americanización religioso, socio-cultural y económico de Puerto Rico. Albizu Campos cataloga esta política imperialista como “[u]n asalto estúpido [...] dirigido contra nuestro orden social cristiano en un esfuerzo brutal para disolver la estructura de nuestra familia y destruir la moralidad de una raza hidalga” (61). Nótese en las citas precedentes la relación causal entre ‘orden social’ y ‘estructura familiar’ que establecen, cuyas raíces se encuentran en la cultura patriarcal y paternalista de la doctrina social de la Iglesia católica. En estos años, la figura de Luis Muñoz Marín, fundador del Partido Popular Democrático, enarbola un discurso político configurado dentro de unas concepciones familiares, paternalistas y pseudo-religiosas (mesianismo político) muy similares. Muñoz Marín será uno de los últimos defensores de la metáfora nacional de ‘la gran familia puertorriqueña’. Los discursos muñocistas proyectan esa añoranza y nostalgia por la ausencia ‘simbólica’ de una figura paterna rectora y prefiguran la imagen reparadora del padre ‘ausente’ en torno a la figura del patriarca Muñoz Marín. Hago referencia a estos discursos políticos porque su retórica cristiana, paternalista e hispanófila, es emblemática de una búsqueda de cohesión social y de pertenencia frente a la agresión cultural estadounidense, en la que se integran diferentes sectores sociales del país. Es dentro de esta coyuntura política, social y cultural que los pensadores ‘treintistas’ sintetizan con vigor la noción paradigmática del “trauma” que, por tradición, se ha adjudicado al 1898. La ‘nave al garete’ de la nación puertorriqueña, imagen con que Antonio S. Pedreira (*Insularismo*) describe el estado de naufragio e incertidumbre cultural, político y económico de Puerto Rico tras la invasión del ’98, encuentra asidero en la España tradicional, católica y monárquica; esa España idealizada que, en palabras de Juan A. Silén, “representaba la fiesta de la lengua, la familia patriarcal, la religión católica, el machismo, la virginidad, los viejos patrimonios y los viejos apellidos [...]” (120-121). Este proyecto cultural de la década del 30 aparece ya esbozado en las novelas ‘noventayochistas’ estudiadas en este trabajo.

Como bastión de defensa frente a “la avalancha del exotismo invasor” (*La patulea* 29), es decir, la imposición del ‘*American way of life*’, las elites culturales recurrieron a diferentes estrategias retóricas y simbólicas, como fueron la idealización del espacio de la hacienda cafetalera *pre* ’98, convertido ahora en refugio o *locus amoenus*, y el ennoblecimiento de la figura ‘trágica’ del paternal hacendado en las novelas *Tierra adentro* y *El manglar* de Ramón Juliá Marín, estudiadas en el capítulo anterior. Con el mismo propósito, los letrados puertorriqueños también recurrieron a la reescritura de la metáfora ‘familiar’ a través del emblema de la nación, como vehículo de reafirmación cultural e identitaria y de rescate de los valores asociados con la cultura señorial de la hacienda de finales del siglo 19. El mito de la unidad de ‘la gran familia puertorriqueña’ del canon literario patriarcal de principios del siglo 20, representó un intento de legitimación e imposición de un

orden totalizante, cónsono con los intereses o reclamos de un grupo hegemónico (es decir, la élite intelectual) sobre el resto de la población. El discurso político liberal del Partido Unión de Puerto Rico, entre 1904 y 1924, movilizó inicialmente la metáfora nacional de la familia. Eventualmente la Generación del '30 hereda esta consigna fraternal de principios del siglo 20 y conceptualiza su representación simbólica e ideológica, como una reacción frente a la injerencia de los Estados Unidos en la región, la campaña de americanización de las instituciones del país y el individualismo, desarraigo social y desapego a las tradiciones que promueven los discursos económicos y religiosos estadounidenses. El metarrelato de 'la gran familia', promovido por los pensadores 'treintistas' y resignificado por los discursos del populismo muñocista y del nacionalismo albizuista, circunscribe la imagen sacralizada y jerarquizada de la familia (cimentada en una cultura de respeto y deferencia hacia una autoridad paternalista) al ámbito de lo nacional. Las metáforas de la 'familia' y el 'hogar', entre otras, se convierten en un asidero o artilugio salvífico y mitificador frente al "trauma" del '98, y en un desesperado acto simbólico de recuperación de la 'armonía' social del mundo señorial de la hacienda *pre* '98 y del sistema de normas y de valores tradicionales y morales que lo regían, aspectos que se contemplan a través del lente deformante, mitificador e idealizante de la nostalgia. No obstante, bajo el manto sagrado de la unión familiar se disimulan las diferencias y tensiones raciales y sociales, los conflictos de intereses entre los diferentes grupos sociales y las fisuras ideológicas del discurso paternalista promovido por la élite cultural del país.

Desde 1898, el protestantismo participó activamente en la campaña de americanización de los "viejos patrimonios" antes citados por Silén, encarnados, entre otros símbolos, en el catolicismo y en la "familia patriarcal"; entiéndase por esto último, el antiguo sistema patriarcal, señorial y jerárquico de la hacienda decimonónica, que la elite cultural busca rescatar 'simbólicamente'. Al momento de la invasión, la hegemonía del clero católico y de los hacendados constituía un escollo para los intereses expansionistas y capitalistas de los Estados Unidos, por lo que la política colonial de los primeros años estuvo dirigida a quebrantarla. Esta tarea no resultó compleja, ya que para finales del siglo 19 los cimientos de la autoridad de la Iglesia católica y de la hacienda señorial sobre la subalternidad campesina ya estaban debilitados, como lo prueban las múltiples manifestaciones de desconfianza y sublevación popular contra el control peninsular, entre éstas la revuelta esclava de 1812, el Grito de Lares de 1868 y las 'partidas sediciosas' o 'tiznados' de 1898-99. Dos formas en las que los estadounidenses atentaron contra la hegemonía del hacendado fueron la derogación de la Carta Autonómica, decretada menos de un año antes de la invasión, y la erradicación 'simbólica' de la clase dirigente y hacendada criolla dentro de los relatos imperialistas que se publican sobre las nuevas posesiones territoriales. Ambos procesos (estudiados en el capítulo anterior) cumplieron el propósito de validar ante la opinión pública estadounidense la tesis sobre la incapacidad de los puertorriqueños para su autogobierno, que decidió la instauración del tutelaje colonial del nuevo régimen en Puerto Rico. Mediante la conjunción de factores religiosos, económicos y políticos que viabilizan la empresa colonial de los Estados Unidos, el advenedizo capitalista usurpa la autoridad simbólica del hacendado criollo de finales del siglo 19.

En este capítulo estudio las novelas *La patulea* (1906) y *El manglar* (1907) de José Pérez Losada, en cuyas páginas se representan diversos aspectos del proyecto de americanización en Puerto Rico (por ejemplo, el proceso de expropiación de tierras

por parte del Estado y la campaña de evangelización protestante, etc.) y cómo éstos contribuyeron, por un lado, a desarraigar al puertorriqueño de los fundamentos de su identidad cultural y nacional y, por el otro, a minar la autoridad ‘simbólica’ del hacendado y socavar los cimientos de la economía señorial tradicional durante el primer lustro del siglo 20. Pérez Losada fue un prestigioso periodista y escritor andaluz, llegado como inmigrante a Puerto Rico en 1895. A partir de 1898, Pérez Losada se sumó al sector intelectual isleño que se propuso defender los perfiles del hispanismo puertorriqueño frente al peligro inminente que representaban los influjos culturales estadounidense. Sus novelas *La patulea* y *El manglar* forman parte de este proyecto cultural. Usando como escenarios narrativos la ciudad capital de San Juan, las peregrinaciones de las principales advocaciones marianas en Puerto Rico (la Monserrate y la Providencia), y la devastación y miseria del sector cafetalero tras el paso del huracán San Ciriaco, Pérez Losada representa en un tono cronista e irónico la rivalidad entre católicos y protestantes, los abusos del colonialismo yanqui, el desenraizamiento y desapego del pueblo a las tradiciones, y la falta de compromiso social e indiferentismo político del campesinado. La crisis de la Iglesia católica a finales del siglo 19 concurre con la crisis de la sociedad de ‘la gran familia puertorriqueña’, debido, en parte, a la inmanencia del catolicismo en la sociedad tradicional (Zayas Micheli 80). Esta relación simbiótica entre los principios teológicos del catolicismo y el orden social jerárquico y paternalista de la hacienda tradicional emerge a finales del siglo 16, momento histórico en que se reporta la aparición de la Virgen de la Monserrate en la región de Hormigueros, uno de los escenarios protagónicos de la primera novela de Pérez Losada.

El derrumbe de las jerarquías sociales que rigieron la hacienda no sólo dio origen a una nueva concepción de la identidad individual, sino también desarrolló nuevas lealtades y desplazó la figura de autoridad del hacendado al capitalista estadounidense. El modelo económico de la hacienda cafetalera ya no encajaba con los intereses capitalistas de la nueva metrópoli. Es por esto que la política económica de los primeros gobernadores estadounidenses fue dirigida al establecimiento y desarrollo de las grandes industrias del azúcar y, en menor grado, del tabaco. Este reenfoque en el monocultivo azucarero requirió que las transnacionales estadounidenses tomaran posesión de grandes extensiones de tierras. Para agilizar “el brutal mandato de expropiación” (*La patulea* 173), el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos adoptó leyes fiscales, como la Ley de Rentas Internas del 31 de enero de 1901 (conocida comúnmente por la ‘Ley Hollander’), que establecieron tasas elevadas en la propiedad de tierras, obligando a sus dueños a ponerlas a producir o venderlas a precios inferiores al costo. El acrecentamiento de los espacios de monocultivo azucarero requirió de una mayor fuerza trabajadora, lo que implicó unos cambios y desplazamientos radicales en la estructura social, en los modos de vida y valores, y en los sistemas de labranza que regían dentro de las plantaciones. En el proceso, la clase hacendada cafetalera decimonónica será gradualmente desplazada de su antiguo sitio social. Las tierras y el control de la agricultura cambian de manos; la economía agraria del país es monopolizada por los intereses del capital ausentista azucarero.

En este capítulo estudio la representación de la amenaza de desintegración del idilio agrícola, económico y político de la burguesía criolla de fines del siglo 19 tras los eventos del ’98. Este período idílico –“aquellos días venturosos” y “apacibles” (53, 40)– es rememorado por Pérez Losada a través de las nostálgicas e idealizadas memorias de la infancia de los personajes de Jorge Ibarra y Luisa. Además estudio el

problema de la desposesión de tierras que sufren algunos viejos agricultores, en su mayoría caficultores, a principios del siglo 20. En *La patulea* el ‘mito de la desposesión’ lo encarnan los personajes de Enriqueta, “la muchacha más rica de la comarca” (163), y su anciano padre, un honrado hacendado cafetalero. La ‘tragicidad’ y melancolía del padre de Enriqueta, “noble figura patricia” (159) y “generoso protector” (152), es análoga a la de otros personajes hacendados, como don Atanasio en *Tierra adentro*, todos representantes de la arruinada burguesía cafetalera. En 1899, un año después de la invasión estadounidense, Puerto Rico sufrió el embate del huracán más destructivo de su historia, San Ciriaco, que arrasó con la zona cafetalera del país, destruyendo las cosechas y las esperanzas de recuperación de los hacendados, quienes todavía no se habían repuesto de la caída económica de la industria cafetalera de 1897. El paso del huracán San Ciriaco ocupó un lugar central en el imaginario histórico y literario puertorriqueño durante las primeras décadas del siglo, como es evidente en las novelas *Estercolero* (1901), *La patulea* (1906) y *Tierra adentro* (1911), de José Elías Levis, José Pérez Losada y Ramón Juliá Marín, respectivamente. Bajo la metáfora del “*simoun*, ese vendaval de los desiertos que todo lo aniquila” (*La patulea* 57), Pérez Losada asocia la entrada de las tropas y del huracán, y el consecuente proceso de expropiación de tierras, como los factores determinantes de la debacle cafetalera. El paso de estos tres ‘huracanes’ (militar, meteorológico y económico) sobre las tierras del padre de Enriqueta destruye el patrimonio material y simbólico de la hacienda familiar-nacional. Uno de los aspectos que analizo es la caída de la estructura física de la ‘casa grande’ y su significancia simbólica dentro de la novela, como uno de los elementos centrales del ‘*habitus* de clase’ del hacendado.

Sobre este fondo social e histórico, luego estudio los factores políticos que promueven la aparición de los temas del ‘triángulo amoroso’ y del ‘divorcio’ dentro de la trama, ambos alegóricos del imperialismo estadounidense y de las desiguales relaciones coloniales entre los Estados Unidos y Puerto Rico. Estos dos temas están vinculados directamente con los motivos de ‘la gran familia’ y del ‘matrimonio’ entre naciones (en este caso, la institucionalización forzada de las relaciones coloniales entre los Estados Unidos y Puerto Rico). Mi estudio sobre la representación de los ‘triángulos amorosos’ en las novelas *La patulea* y *El manglar* se divide en dos partes. Comienzo mi estudio analizando el conflictivo triángulo amoroso entre Jorge Ibarra, Luisa y Mr. Muller (capitalista rico), que propongo como una alegoría del proceso inicial de colonización militar y política. La subsecuente colonización económica y expropiación de tierras agrícolas la representa el otro tríptico de personajes, conformado por Antonio, Enriqueta y Mr. Dely (agente del fisco). Sacando provecho de la precaria situación de la familia de Enriqueta, que lo pierde todo en el huracán, aparece en escena el donjuanesco y cínico Mr. William Dely, el agente del tesoro, que busca seducir a la joven hacendada (encarnación del *tellus Mater*) con dinero y falsas promesas. La violencia sobre los cuerpos femeninos de Luisa y Enriqueta (como proyección del cuerpo social y político de la colonia) es indisociable del proyecto imperialista de conquista y colonización de la tierra agrícola de Puerto Rico.

Concluyo el capítulo echando una mirada sobre la construcción del imaginario (textual y visual) que los textos imperialistas estadounidenses realizan sobre Puerto Rico y sus habitantes. Mi interés reside particularmente en las convergencias y divergencias en las representaciones de la prodigalidad de la naturaleza puertorriqueña y del precario estado social del campesinado, realizadas por los escritores estadounidenses y los puertorriqueños. Un punto en común en estas

representaciones es la relación de causalidad que establecen entre la abundancia natural y la estrechez material y de carácter del campesinado, fundamentada principalmente en las ideas del positivismo y del determinismo geográfico. Por último, estudio la manera en que las novelas de Pérez Losada, como también harán las de Juliá Marín, elaboran una crítica del estado de olvido y desplazamiento 'simbólico' al que se ve sometida la burguesía criolla a principios del siglo 20, por causa de la mirada inferiorizante, homogeneizante y exotizante que lanzan los escritores y fotógrafos estadounidenses sobre Puerto Rico.

4.1. La construcción discursiva de Puerto Rico como un 'paraíso' comercial y su función en el proceso de desarrollo del emporio azucarero en la isla

Durante el gobierno militar de los primeros años (1898-1900) se mantuvieron en vigencia en Puerto Rico muchas de las leyes y ordenanzas municipales bajo la colonia española, entre ellas las tarifas coloniales sobre las importaciones que entraban a la isla. Estas ordenanzas se conservaron temporalmente con el único propósito de asegurar el mantenimiento del orden público en el territorio invadido y garantizar la continuidad de los ingresos, en apoyo y sostenimiento del gobierno militar provisional. No obstante, como secuela a la destrucción del huracán San Ciriaco de 1899, en los años siguientes se aprueban, sin mediar consulta al pueblo ni al liderato puertorriqueño, dos leyes o actas que determinaron las nuevas reglas mediante las cuales la isla sería gobernada 'civilmente', cimentando los principios de la política colonial estadounidense aún vigentes en nuestros días. Ambas leyes generaron malestar entre sectores de la elite política y agraria puertorriqueña. La primera de éstas fue la 'Ley Foraker' (oficialmente nombrada como 'Ley Orgánica de 1900'), propuesta por el senador de Ohio, Joseph Benson Foraker, y aprobada por el Congreso de los Estados Unidos el 12 de abril de 1900, bajo la presidencia de William McKinley. La 'Ley Foraker' establece el gobierno civil en Puerto Rico³¹ y las nuevas pautas políticas, comerciales y económicas con los Estados Unidos. La misma se estableció en función de las necesidades y los intereses de las corporaciones y los inversionistas estadounidenses. Entre las medidas que establece están las 'leyes de cabotaje' del Artículo 9 que regulan (todavía hoy) el tráfico comercial entre Puerto Rico y los Estados Unidos, obligando al uso de barcos de matrícula estadounidenses. Era preciso controlar los puertos para facilitar el transporte del azúcar a las refinерías en la costa este de Estados Unidos. Al mismo tiempo, los *trusts* azucareros se beneficiaban con las ganancias generadas por el flete de los barcos. Además el Artículo 11 de la 'Ley Foraker' estableció el dólar estadounidense como la moneda de curso legal, y estipuló un canje forzoso y desventajoso para los propietarios y agricultores criollos con respecto a la moneda que circulaba bajo España. Mediante la deslegalización de la moneda puertorriqueña, el peso isleño, que tenía entonces un valor global similar al dólar estadounidense, pasó a valer sólo 60 centavos. Esta súbita devaluación monetaria significó para los puertorriqueños la pérdida, de la

³¹ El Consejo Ejecutivo estaba compuesto por once personas, nombradas por el Presidente de los Estados Unidos, de los cuales sólo cinco eran puertorriqueños, con los restantes seis miembros estadounidenses representando siempre la mayoría. "It vested absolute power in a governor appointed by the president of the United States. There would be an elected, thirty-five-member House of Delegates, but its decisions were subject to veto by either the governor or Congress" (Kinzer 91-92).

noche a la mañana, de un 40 por ciento de sus ahorros (Denis 29). De esta manera, la economía de Puerto Rico quedó, desde muy temprano, atada a los aranceles y al mercado capitalista del imperio.

El Presidente William McKinley nombra a Charles Herbert Allen como el primer gobernador civil de Puerto Rico bajo las disposiciones de la 'Ley Foraker'. La gobernación de Allen, cuyo mandato duró apenas un año, se dio en circunstancias difíciles, a raíz del tormentoso clima político que reinaba en la Isla, los problemas ocasionados por la ocupación militar y el descontento generalizado con la imposición de la 'Ley Foraker'. Tras cumplido el primer año de su gobernación, Allen escribe un 'informe' sobre la situación de Puerto Rico, titulado *First Annual Report*, en el que aborda temas diversos, que van desde datos históricos y descriptivos sobre Puerto Rico y su geografía, hasta consideraciones sobre sus posibilidades industriales y turísticas. Con este último propósito en mente, Allen se sirve de un lenguaje florido y figurativo, acorde con la retórica del imperialismo, para describir el estado paradisíaco de la naturaleza tropical, con el que buscaba fomentar las iniciativas de inversión y explotación industrial de los numerosos recursos naturales.

Porto Rico, the loveliest island washed by the ocean's waves [...] Clothed in perennial verdure, the surface of hill and dale presents to the eye an ever-delightful picture of tropical beauty. The lights and shadows of the landscape [...] never weary the eye, alike of the tourist and the natives. (Allen 28)

El mito del 'paraíso' como metáfora del Caribe ha permeado el imaginario occidental desde las primeras incursiones coloniales en el territorio americano hasta la actualidad. La construcción de las islas caribeñas (principalmente las Antillas hispanas, francesas y británicas) como espacios paradisíacos y el afianzamiento del tropo con la ideología imperialista y la industria del turismo masivo ha sido estudiado en las últimas décadas. El tropo de la 'isla paraíso' fue una de las figuras retóricas que esgrimió el discurso expansionista y económico estadounidense con respecto a las islas de Cuba y Puerto Rico, durante y después de terminada la guerra del '98. En el caso de Puerto Rico, la representación del recién adquirido territorio como un 'objeto de deseo' sirvió un doble propósito; por un lado, impulsar la inversión de capital en la isla del Caribe y estimular de esta forma su desarrollo económico, industrial e infraestructural; por el otro, convertir a la isla tropical en un paraje turístico exótico, atractivo y seductor, tanto para el turista más aventurero y proactivo como para el más sedentario y reflexivo. Ese deseo latente de posesión y penetración colonial es uno de los rasgos que la sensación erótica y "hedonista" (usando el concepto propuesto por Mimi Sheller) propiciará en el imaginario imperial occidental sobre las islas del Caribe. Pérez Losada representa los excesos y hartazgos del 'hedonismo' imperial sobre Puerto Rico, mediante el fetichismo del personaje Mr. Dely con el cuerpo femenino de la hacendosa criolla Enriqueta. En cambio, la invención de las islas caribeñas y de sus paisajes naturales, como espacios paradisíacos, no la instauró el discurso imperialista estadounidense. Como explica José Rabasa, "[l]a invención de la naturaleza como tópico literario, tan caro a los románticos, encuentra en Colón una de sus primeras expresiones" (93).

El *topos* o *locus* del 'jardín tropical' es aplicado por Allen a Puerto Rico sólo en la medida en que sustrae aquellos elementos que lo contradicen o deslucen. Entre éstos se encuentran, por ejemplo, los fenómenos meteorológicos, causados por los constantes ciclones y huracanes. Por causa de su localización en el trópico, la actividad ciclónica en la isla ocasiona un impacto negativo significativo en la industria agrícola y el turismo. Consciente de ello, Allen recurre a ciertos malabares

retóricos para atenuar la realidad meteorológica de la región en la descripción que ofrece en la sección titulada “General Characteristics”. Con respecto a la actividad ciclónica en la isla, Allen explica: “It is true that hurricanes sometimes visit us and bring death and devastation in their tracks, but these occurrences happen on an average once in a lifetime” (29). Allen resta importancia al detalle sobre el índice promedio de actividad ciclónica, dada la supuesta alta ‘improbabilidad’ de que tales condiciones se presenten. Con el propósito de dulcificar la carga semántica negativa de las palabras ‘muerte’ y ‘devastación’, Allen procede de inmediato a reemplazar la imagen del cielo tempestuoso y ‘lloroso’ (“weeping”), evocando, en cambio, una más plácida y agradable, como lo es la radiante sonrisa de un niño: “But no matter how violent the downpours they never last very long, and run off rapidly; and the skies, which were weeping copiously at noon, long before sunset, like children’s faces, are smiling brightly again, as if there had never been a cloud above the horizon” (Allen 29). A través del uso de metáforas e imágenes apacibles, Allen restituye la serenidad y placidez que caracterizan (y tornan deseables) al paisaje edénico del nuevo territorio ‘no incorporado’ de Puerto Rico. El uso de metáforas relacionadas con la infancia en referencia al cielo de la isla y sus habitantes no es fortuito, sino que es una de las estrategias de subestimación simbólica que legitimó el ‘tutelaje’ en la isla por parte de la nueva autoridad patriarcal estadounidense.

Las evidentes inexactitudes del *First Annual Report* no deben tomarse ligeramente, pues éstas nos informan mucho sobre la imprecisión y cuestionabilidad de los argumentos planteados, las intenciones discursivas y los intereses económicos del autor, sus niveles de prejuicio hacia los puertorriqueños, además de reflejar el desconocimiento generalizado que existía entre los estadounidenses sobre el recién adquirido territorio caribeño. La improbable ‘ocurrencia’ de que un huracán desastroso entrara en la isla –que según Allen ocurre “on an average once in a lifetime” (29)– se había presentado apenas dos años antes de redactado el informe, cuando el huracán San Ciriaco, considerado el más destructivo de la historia de Puerto Rico, azotó la isla el 8 de agosto de 1899, causando la muerte de miles de personas y destrozando a su paso la agricultura, especialmente los cultivos de café. Según indica el ingeniero ambiental Ferdinand Quiñones, quien fue hidrólogo del Water Resources Division del U.S. Geological Survey, los datos históricos establecen que desde 1502 hasta el 1989, cerca de 107 huracanes o tormentas tropicales afectaron directa o indirectamente a Puerto Rico (Quiñones 165; Salivia 385). El informe del gobernador Allen sobre los efectos del huracán San Ciriaco manifiesta un notable distanciamiento emocional hacia la trágica realidad que vivió el pueblo puertorriqueño, sobre todo el campesino y el cultivador de café. Al relatar el paso del huracán por la isla, Allen pone su énfasis no tanto en la crisis y los estragos dejados tras su paso, sino en la pronta asistencia brindada por el Gobierno de los Estados Unidos a los damnificados, que aclara “were based upon kindly and charitable motives”³² (22). A raíz de la emergencia del huracán, se presentó el momento adecuado para exhibir las ‘bondades’ y mostrar las ‘conveniencias’ del nuevo régimen político.

³² “The terrible effects of the hurricane of August, 1899, which had caused great devastation, loss of life and property, and general distress in the island, were fast disappearing. Something like 32,000,000 pounds of rations had been distributed by the Army during the ten months succeeding the hurricane [...]” (Allen 22).

El uso del *topos* del ‘isla paraíso’ no se limitó al caso de la recién adquirida isla de Puerto Rico. En el libro *Cuba: Its Resources and Opportunities*, publicado en 1898, el entonces Cónsul de los Estados Unidos en Santiago de Cuba, Pulaski F. Hyatt, emplea algunos de los mismo *topos* que observamos en el informe de Allen sobre Puerto Rico. Como indica el título del libro, Hyatt ofrece ‘valiosa información’ sobre los innumerables recursos y oportunidades que presenta Cuba, “The Pearl of the Antilles” (49), a los intereses económicos estadounidenses. El propósito del libro es simple: hacer ‘deseable’ la isla como paraíso y promesa de riqueza, disfrute, aventura y placer a todos los estadounidenses, tanto inversionistas, empresarios y profesionales en busca de empleo o capital, como amantes del deporte y del turismo convencional. La liberación de Cuba de la colonia española abrió una coyuntura favorable para ciertos mercados de bienes. Según Hyatt la indolencia de los isleños y la opresión del gobierno colonial imposibilitaron el desarrollo y la explotación de sus numerosos recursos naturales, previniendo que Cuba fuera “one of the most, if not the most, prolific and profitable spots in the world” (49-50). El potencial de Cuba, al igual que el de Puerto Rico, no se limitaba a la explotación y exportación de sus riquezas naturales, sino que Hyatt abarca en detalle sus amplias posibilidades económicas como destino turístico. Debido a su variada geografía, fauna y flora y su constante clima templado, Cuba satisface diversos tipos de mercado turístico, cuya variada tipología va desde el turismo activo y ecológico, hasta el más pasivo con enfoque cultural y estacional. Desde la perspectiva de Hyatt, “no opportunity is more promising than this, if seized by an intelligent hand” (49-50).

El prometedor escenario que presentaba Puerto Rico a principios del siglo 20 hizo que los fideicomisos o *trusts* azucareros ejercieran presión sobre el Congreso para crear condiciones políticas y económicas que protegieran y promovieran sus intereses capitalistas. El gobernador Allen cumplió una labor efectiva en este sentido, utilizando su gobernación para fomentar el monopolio azucarero de las empresas estadounidenses, a las cuales estaba ligado por intereses económicos particulares. La promoción seductora de la naturaleza y de sus posibilidades económicas es evidente en el informe de Allen. Por medio de la feminización de la naturaleza y la alegoría del jardín edénico, Allen subraya la rentabilidad y potencialidad económica de Puerto Rico para los inversionistas, en un tono muy similar al de Hyatt: “Nature has here “planted a garden” and the man has only “to dress it and keep it” to make it blossom like another Paradise” (Allen 28). Allen considera a Puerto Rico “[...] a beautiful island, indeed, but with its natural resources practically undeveloped, and its population [...] unfitted to assume the management of their own affairs” (97-98). Puerto Rico constituye así una tierra pródiga cuyos recursos y riquezas naturales dormitan en la espera del beso capitalista. Dentro de los discursos de Hyatt y Allen, los recursos naturales de las nuevas posesiones territoriales (un cuerpo territorial feminizado) se ofrecían a ese ‘hombre’ de ‘mano inteligente’ (entiéndase, el capitalista blanco y anglosajón) para dominarlos, poseerlos y explotarlos a su gusto. “Porto Rico is really the “rich gate” to future wealth, and it will add to our national pride to see it riches developed and made of benefit to the world, by that indomitable thrift and industry which have always marked the pathway of the Anglo-Saxon [...]” (Allen 99).

Como indica Nelson A. Denis, el *First Annual Report* fue mucho más que una formalidad política: “Era un plan de negocios para un imperio azucarero, y Allen rápidamente radicó su reclamación” (61). Unas semanas después de haber sometido el informe al Congreso el 15 de septiembre de 1901, Allen renunció a la gobernación

y se instaló como presidente de la refinería azucarera más grande del mundo, la *American Sugar Refining Company*, que para 1907 controlaba ya más del 90 por ciento de la capacidad de procesamiento de azúcar en los Estados Unidos. “Como primer gobernador civil americano de Puerto Rico, Charles Herbert Allen utilizó su gobernación para adueñarse de un imperio azucarero internacional, y mantener un interés dominante en toda la economía de Puerto Rico” (Denis 61). Allen es considerado el primer barón en Puerto Rico, construyendo el sindicato de azúcar más grande del mundo, gracias a los subsidios de tierras y tributarios, derechos de agua, servidumbres ferroviarias, ventas de ejecución hipotecaria y tarifas favorables que le proporcionaron los políticos y burócratas estadounidenses nombrados en la isla.

El 31 de enero de 1901, todavía bajo la gobernación de Allen, es aprobada la ‘Ley Hollander’, que impuso nuevos impuestos a todos los agricultores en Puerto Rico. Jacob H. Hollander fue el primer tesorero bajo la ‘Ley Foraker’ y forma parte del gabinete ejecutivo del gobernador Allen. La reforma fiscal presenta un proyecto de ley que impone tres tipos de contribución: el primero sobre la propiedad mueble e inmueble, el segundo sobre herencia y el tercero aplicaba varios arbitrios. Con impuestos más altos, granjas paralizadas, y el 40 por ciento menos de dinero en efectivo, los agricultores tuvieron que recurrir a préstamos bancarios de Estados Unidos. Pero sin las restricciones de la ley contra la usura, las tasas de interés eran tan altas que dentro de diez años, los agricultores dejaron de pagar sus préstamos y los bancos embargaron sus granjas. “The Hollander Bill introduced in 1901 functioned in effect as an expropriating mechanism for the farmers. [...] the effects of the Hollander Bill were understandably devastating for Puerto Rican proprietors” (Ayala 79). De esta manera, las leyes ‘Foraker’ y ‘Hollander’ aceleran el desarrollo del capitalismo agrario y la transferencia de tierras a las corporaciones extranjeras, liberando la tierra del control de la elite agraria cafetalera. Miembros de la Sociedad de Agricultores, la Cámara de Comercio, la Liga de Propietarios y la prensa del país, así como diversos municipios de la isla (Mayagüez, Utuado, Yauco, etc.) protestaron vigorosamente contra el proyecto y pidieron enmiendas al mismo (Dolores Duque 719). Entre los argumentos estaba que el sector agrícola del país, principalmente el cafetalero, no se había recuperado de la crisis económica de la década de 1890 (i.e. caída de los precios del café a nivel internacional, la contracción del crédito, encarecimiento del costo de vida), que se había agudizado profundamente por los efectos de la ocupación militar (1898) y el azote del huracán San Ciriaco (1899), que a su paso dejó un saldo de tres mil muertos y miles de hogares destruidos, y causó graves daños a la agricultura, pues devastó las cosechas, principalmente las de café. Pese a que muchos de sus reclamos eran válidos, no tuvieron éxito en sus gestiones. A la crisis económica se sumaron las manifestaciones del malestar social y los viejos rencores, como las partidas sediciosas o “tiznados” que violentaban las casas, haciendas o tiendas de los hacendados y comerciantes.

Los eventos históricos de finales del siglo 19 antes discutidos impactaron negativamente la estructura social de la hacienda cafetalera decimonónica y propiciaron el proceso de expropiación de tierras y la gradual colonización económica de la isla en favor de los intereses capitalistas azucareros. Pérez Losada representa en sus novelas este panorama adverso para los caficultores criollos bajo la metáfora del ‘triángulo amoroso’. Los triángulos amorosos no son ajenos a las novelas ‘noventayochistas’ puertorriqueñas, como lo ejemplifican los casos de los personajes Antero Medina, Faña y Celso Andújar en *Tierra adentro*, y Roque, Flor de María y Luis Gutiérrez en *La gleba*, ambas de Ramón Juliá Marín. Otro interesante

triángulo amoroso lo encontramos en la novela *Redentores* de Manuel Zeno Gandía, entre Antonio del Sol, Piadosa Artante y Elkus Engels, el canallesco estadounidense secretario del gobernador. Volviendo a las obras de Pérez Losada, *La patulea* contiene dos triángulos amorosos, el primero de ellos compuesto por Jorge Ibarra, Luisa y Mr. Muller, un viejo capitalista estadounidense, mientras el segundo lo componen Antonio, Enriqueta y Mr. Dely, un agente del tesoro estadounidense. Mediante la presencia acechante de personajes advenedizos (siempre estadounidenses) que amenazan el armonioso binomio ‘natural’ entre los amantes criollos y, en un plano simbólico, entre el hacendado y agricultor cafetalero y la tierra agrícola, Pérez Losada representa la acechante amenaza de desaparición del idilio de la clase hacendada *pre* ’98, particularmente de su sector cafetalero. Las memorias nostálgicas del idilio perdido establecen, desde temprano en la obra, una homología entre la ‘tierra’ (espacio telúrico) y el ‘cuerpo femenino’, como símbolos de virginidad, maternidad y fecundidad.

La Patulea y *El manglar* plantean una recuperación, al menos simbólica, de la propiedad de la tierra que formaba parte de la herencia patrimonial, como clave fundamental de la identidad nacional. En ambas obras la tierra y el paisaje agrícola son feminizados, e incluso identificados con el cuerpo femenino, justificando de cierta manera un sometimiento de los mismos desde los poderes masculinizados, representados en este caso por la clase hacendada y, posteriormente, por los miembros de la elite cultural e intelectual, sus descendientes ideológicos o biológicos. En lo que respecta al proceso de feminización de la tierra y de la nación en pleno, las novelas no distan mucho de la retórica imperialista. De este modo, la metáfora de la ‘mujer-tierra’ (*tellus mater*) que encarnan los personajes femeninos de Luisa y Enriqueta en las novelas de Pérez Losada, ambas pertenecientes a la menoscabada burguesía criolla, se constituye en un imperativo necesario para restaurar el concepto de nación-familia dentro del contexto de asimilación cultural y económica impulsado por el nuevo régimen. El poder está ostentado en las novelas, en parte, por aquellos que logren apropiarse de la ‘mujer-tierra’ deseada por medio del matrimonio (es decir, la institucionalización de la unión intersexual) y posean su virginal cuerpo (objeto de deseo) como ‘botín’. Esta premisa nos permite entender mejor la carga simbólica y política que adquieren los ‘triángulos amorosos’ y los ‘matrimonios conflictivos’ entre los personajes masculinos ‘extranjeros’ y los personajes femeninos ‘nacionales’ dentro de las novelas, que sirven para reafirmar la ambición de posesión estadounidense frente a la colonia feminizada e inferior.

En su libro *Ficciones fundacionales*, Doris Sommer estudia cómo los ideales y proyectos nacionales latinoamericanos aparecen ostensiblemente ligados en las novelas románticas al amor heterosexual y al matrimonio simbólico entre los personajes como vehículos de consolidación de los conflictos internos de las naciones. De esta manera, la novela ‘fundacional’ cumplió un importante papel en la construcción del proyecto nacional hegemónico que reflejaba las esperanzas y agendas políticas de la burguesía nacional. Las particularidades históricas de Puerto Rico, que no alcanzó, ni ha alcanzado su soberanía política y jurídica, difieren sustancialmente de las del resto del continente americano. Si algo dejan claro las novelas de Pérez Losada es la imposibilidad de concretar ese romance fundacional de la nación (esa unión entre *eros* y *polis*) que añoraban los letrados puertorriqueños de principios del siglo 20. Si bien resulta difícil abordar las novelas ‘noventayochistas’ a través del marco teórico propuesto por Sommer, el entrecruzamiento de diversos triángulos amorosos le otorgan a obras como *Tierra adentro* y *La patulea* puntos de

contacto con esas novelas que la crítica literaria califica de ‘fundacionales’. En el caso de las novelas de Pérez Losada, el mayor obstáculo y amenaza para la realización del idilio ‘fundacional’ entre las parejas criollas (Jorge y Luisa, Antonio y Enriqueta) lo representa la intromisión, siempre amenazante y desestabilizadora, del advenedizo capitalista extranjero, encarnado en los personajes de Mr. Muller y Mr. Dely.

4.2. La llegada del ‘advenedizo’ capitalista y la destrucción del ‘idilio’ nacional *pre* ’98

El inicio de *La patulea* transcurre durante la peregrinación hacia la Basílica de la Monserrate en Hormigueros (llamado Avisperos en la novela), pueblo ubicado en la costa occidental de Puerto Rico y conocido como el “pueblo del milagro” y “el pueblo de los peregrinos”, debido a su larga tradición de peregrinaje, fervor religioso y concurridas fiestas en tributo a la santa patrona del municipio: la Virgen de la Monserrate. Pérez Losada escoge esta ubicación por la importancia que tuvo la leyenda sobre la aparición de la Virgen ‘morena’ y los milagros que realizó en las colinas de Hormigueros a finales del siglo 16, y el impacto que tuvo en el posterior desarrollo de la agricultura puertorriqueña. A finales del siglo 16, germina en el interior ‘selvático’ de la isla una economía de hatos ganaderos que fomentó la futura economía agrícola de hacienda. En esta coyuntura histórica se reporta la aparición de la mencionada Virgen de la Monserrate en la región de Hormigueros. La devoción mariana del pueblo puertorriqueño y el santuario votivo sirvieron como vehículo conciliador y homogeneizador de la heterogeneidad (étnica, racial y cultural) de la región cimarrona, contribuyendo al fomento del crecimiento poblacional y de la agricultura en la montaña. “Su ritual de peregrinación suprimió el miedo a la selvática montaña lo que hizo posible que la poblaran y cultivaran la tierra” (Zayas Micheli 60). Gracias a la aparición de la Virgen, según Zayas Micheli, la montaña “pasa de un mundo tabú y misterioso a un paraíso” (26), y la tierra y la geografía agrícola se transforman en “una madre sagrada”, en *tellus mater*. De esta manera, la Virgen de la Monserrate no sólo dio inicio al imaginario ‘telúrico’ tradicional de la ‘venerada’ montaña, sino constituyó uno de los cimientos simbólicos del mito de ‘la gran familia’. Una vez establecida la mítica identificación entre ‘tierra’ y ‘Madre’, se comienza a esbozar la figura del padre simbólico, encargado de su cuidado. En el siglo 19, esta función simbólica recaerá en el hacendado. “El hacendado era, pues, un Padre. Con mayúscula porque no solo era el padre de su familia sino que fungía de Padre de todas las familias jíbaras arrimadas. Era el padre grande. Era el patriarca” (61). Supeditado a este esquema familiar y piramidal, en un papel secundario y subordinado, se ubica al campesino iletrado, convertido en hijo figurado, a quien corresponde mostrar acatamiento y deferencia.

En la primera década del siglo 20, periodo en que transcurren las novelas, ya nada queda en Hormigueros de ese legado místico-religioso fundacional del catolicismo de finales del siglo 16, ahora subvertido y secularizado. “Todo es allí de una vulgaridad, de una pobreza tan burda [...] que el espíritu más superficial y ajeno a las investigaciones descubre [...] la ausencia de esa fe, ciega y fanática, creadora y artista, dominadora y fantástica” (*La patulea* 9). Hormigueros es ahora un escenario del conflicto político e ideológico entre las iglesias católica y protestante en Puerto Rico. En el contexto histórico del post-98, la centenaria peregrinación adquiere un matiz carnavalesco y es descrita “como una fiesta, como un día de campo” (11). Pérez Losada equipara la ausencia de fe religiosa y misticismo en el Puerto Rico de la post-invasión estadounidense con la pérdida de sentimiento patriótico y el desarraigo

de la población campesina, cuyo *indeferentismo* es harto criticado por el novelista. “La misma indiferencia con que el pueblo había visto el cambio de leyes y de costumbres, de métodos y de prácticas, tenía que manifestarse en el terreno de lo religioso” (14). El protestantismo fue una de las herramientas de propaganda en ese sentido, contribuyendo a difundir unos valores y conceptos contradictorios con la cultura de deferencia y paternalismo de la vida en la hacienda señorial. Entre éstos están la dimensión individual de la fe y los ataques a la autoridad jerárquica eclesial (i.e. cuestionamientos a la infalibilidad del papado), que impactan la estructura social que regía las relaciones entre los hacendados y sus trabajadores dentro la hacienda decimonónica.

La Basílica-Santuario de Nuestra Señora de la Monserrate, erigida a finales del siglo 16, es uno de los monumentos históricos de mayor importancia del municipio de Hormigueros y uno de los escenarios escogidos por Pérez Losada para representar el proceso de desintegración de la nacionalidad puertorriqueña ante el avance del proyecto de americanización que impulsaba la nueva metrópoli en Puerto Rico. Mientras Jorge Ibarra espera en la ermita en las primeras páginas de *La patulea*, se escucha el repique de la campana llamando a los fieles para la procesión de la Monserrate. Ibarra, el protagonista de ambas novelas, es un intelectual y hombre de ideales patrióticos y redentoristas opuesto al nuevo régimen estadounidense instaurado en la isla y miembro de la burguesía criolla, una vez influyente en el orden económico y político, y entonces socialmente venida a menos tras la invasión. Luisa, quien fue su amor de la infancia, lo había citado con una “esquela” perfumada para verse, por primera vez, desde que había partido a los Estados Unidos. Los toques de la campana, como la ‘*petite madeleine*’ proustiana, despiertan en el personaje de Ibarra los “recuerdos siempre nostálgicos” (40) de su infancia. En el transcurso de tres campanadas (que ocupan 28 páginas de *La patulea*), se relata la historia del idilio infantil entre Jorge y Luisa. A través de la evocación de los recuerdos y de los lugares en que pasaron “los años apacibles de su niñez” (40), toda la problemática histórica, política, económica y social de Puerto Rico a finales del siglo 19 viene a inscribirse en el texto.

Las memorias nos trasladan unos quince años atrás (*circa* 1892), a un momento en que Jorge y Luisa –entonces con 12 y 10 años de edad, respectivamente– todavía disfrutaban de una situación económica favorable, anterior a la crisis del ’98. Jorge y Luisa eran miembros de la burguesía criolla decimonónica que, después de la invasión, sufre la marginalización impuesta por el desarrollo de un nuevo capitalismo ausentista. De ahí surge este afán retrospectivo, que se traduce en añoranza del pasado, “de un paraíso perdido en el devenir histórico” (Quintero Rivera, *Puerto Rico* 39). Tras morir la madre de Luisa, por causa de la tuberculosis, la huérfana pasó a vivir con los padres de Ibarra, “íntimos amigos” de su familia. Este suceso marca el inicio del efímero ‘idilio’ amoroso entre Jorge y Luisa. El paisaje natural y agrícola *pre* ’98 evocado en sus recuerdos es uno armonioso, sublimado, virginal, casi paradisiaco; un *locus amoenus*. “Era un cuadro de plena naturaleza tal y como debió presentarse á la asombrada vista de los primeros pobladores del mundo” (*La patulea* 49). Este escenario idílico, que acentúa la pureza e inocencia de los personajes, se desarrolla durante el auge cafetalero de las últimas décadas del siglo 19, periodo idealizado en las novelas *Tierra adentro* y *La gleba*, de Ramón Juliá Marín. Al igual que Juliá Marín, Pérez Losada construye una imagen ‘poética’ de la naturaleza isleña *pre* ’98 (que abarca de 1880 hasta 1897) que contrasta con “la realidad prosaica y grosera” (*La patulea* 233) de los años

posteriores. Es precisamente esta la función del idilio, claramente amenazado, en las primeras páginas del texto: establecer un marcado contraste con las páginas posteriores donde se muestra el desenfreno imperialista no sólo como ‘exterminio’ (metáfora del “*simoun*”), sino también como ‘profanación’ de los símbolos que encarnan el viejo orden (catolicismo, familia y hacienda cafetalera, etc.).

Antes de adentrarme en el estudio de los ‘triángulos amorosos’, considero necesario revisar el concepto de ‘idilio’ propuesto por Mijail Bajtin. Según el teórico ruso, el cronotopo del idilio es un “microuniverso condenado a la desaparición” (384), característica que lo convierte en una estrategia discursiva eficaz dentro del campo de batalla cultural puertorriqueño de principios del siglo 20. La acechante amenaza de desaparición del idilio (representado en la inocencia de la naturaleza, los ríos, las flores, la belleza del cuerpo femenino, exhibido desnudo en una especie de jardín de las delicias, etc.) y la apremiante necesidad de preservarlo son mecanismos ideológicos, persuasivos y sentimentales eficaces, que generan impacto y empatía en los lectores. Además, el idilio cumple una tarea de simplificación de la compleja realidad del país, al reducirla a un maniqueísmo efectivo donde el ‘bien’ y el ‘mal’ quedan estratégicamente definidos. La crisis del cronotopo idílico se expresa mediante la configuración simultánea de dos *espacios* (preindustrial e industrial, poético y prosaico, campo y ciudad) y dos *temporalidades* (*pre* y *post* ’98, infancia y adultez). En las novelas ‘noventayochistas’ estudiadas, esta contraposición ‘espacio-temporal’ corresponde a una oposición ideológica entre los ‘valores’ de la elite criolla (el sector precapitalista agrícola) y los del sector capitalista extranjero, que se convierte en el factor dominante de la economía del país.

Según Bajtin, el ‘idilio’ posee una cualidad ‘cronotópica’ en cuanto el transcurso de la vida y sus acontecimientos (*aspecto temporal*) está intrínsecamente vinculado a un determinado lugar (*aspecto espacial*); es decir, “son inseparables de ese rinconcito espacial concreto en el que han vivido padres y abuelos, en el que van a vivir los hijos y los nietos” (376). Esto resulta de particular utilidad cuando lo que busca la élite cultural es precisamente el enraizamiento del sujeto en la nación, en su entorno natural particular (“ese rinconcito espacial concreto”) y en las tradiciones de su comunidad (o *habitus*). La asimilación entre ‘tiempo’ (i.e. *pre* ’98) y ‘espacio’ idílico (i.e. campo, hacienda) es evidente en la escena en que Jorge y Luisa (símbolos de la juventud virginal) juegan “al Paraíso”. La mirada genesiaca, adánica y edénica del narrador presenta muchas de las características estilísticas del cronotopo idílico bajtiniano, como son la sobrevaloración de la naturaleza, su ambientación campestre y su erotismo. La representación bucólica del paisaje rural tradicional *pre* ’98, en que se enmarca el idilio platónico e inocente de los personajes, recoge aquellos elementos esenciales que lo diferencian del entorno urbano *post* ’98, más mundano e impersonal. “Quedaba un elemento sano, el campesino. Lejos de las ciudades, donde el contagio se ejercía por medios múltiples [...]” (*El manglar* 298). Ante la incertidumbre y problemática social que genera la invasión estadounidense, el novelista contrapone la simplicidad de la vida campestre *pre* ’98 (reducida a un amor infantil sublimado) en el seno de una naturaleza sublimada.

La imagen de inocencia y pureza del idilio infantil entre Jorge y Luisa adquiere mayor significación simbólica e ideológica cuando se consideran su posterior condición de orfandad y abandono. Este micro-universo idílico, que sirve de marco al imaginario social de ‘la gran familia’, está condenado a la desaparición por consecuencia del ‘trauma’ del ’98. “Aquella época deliciosa se truncó bruscamente” (*La patulea* 57), a raíz de la muerte de los padres de Ibarra, suceso que coincide con

dos eventos ‘traumáticos’ de finales del siglo 19: la ocupación militar de 1898 y el huracán San Ciriaco de 1899. “Una ráfaga de muerte pasó por su hogar. Fué como un *simoun*, ese vendaval de los desiertos que todo lo aniquila. En breve intervalo de tiempo murieron sus padres” (57). La metáfora del “*simoun*” nos remite al *Libro de Jeremías* del Antiguo Testamento. Esta velada referencia bíblica no es fortuita. Según el mito bíblico, Jehová reveló al profeta Jeremías la siguiente catástrofe venidera: “Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de esta tierra” (Jer. 1:14). Jeremías vivió incomprendido por el pueblo, y criticado y perseguido por las autoridades religiosas y políticas por anunciar la palabra de Dios. Un destino muy similar emprende Jorge Ibarra. Como Jeremías fue testigo de las invasiones babilónicas a Judá y Jerusalén, el personaje de Ibarra lo será de la invasión estadounidense a Puerto Rico. De igual manera, Ibarra busca en vano alertar al pueblo, con un tono profético y redentorista, sobre los enemigos y males venidos también del “norte”, y sufre la incomprensión e indiferencia de los ciudadanos. En pleno proceso de americanización del pueblo puertorriqueño a principios del siglo 20, emerge, según el narrador, la voz “poderosa y robusta, vibrante y patriótica” de Ibarra, “en apóstrofes de una heroica desesperación que se aprestaba a épicas defensas, evocando cuanto había de sagrado y de grande en la augusta herencia que era preciso defender, que había que poner a salvo de la rapiña procaz” (30). Además del mencionado perfil mítico-religioso del protagonista, Ibarra presenta un perfil biográfico del propio Pérez Losada, quien también dedicó su labor periodística y literaria a la defensa de los perfiles del hispanismo puertorriqueño frente al peligro que representaban los influjos culturales estadounidenses.

La nostalgia del padre perdido (como figura rectora y conductora del país), así como el tropo de la orfandad de la nación, formaron parte del canon literario nacional hasta mediados del siglo 20. Al quedar huérfano en su niñez, Ibarra cae bajo el tutelaje de un “pariente lejano”, que “se instaló en la casa, imponiendo su autoridad en todo con una severidad exagerada, casi con violencia” (58). En un plazo corto de tiempo, el “pariente adusto” termina arruinando la herencia del menor de edad en los juegos de azar y luego lo abandona a su suerte: “El augurio fatídico se cumplió. El tutor de Jorge lo había perdido todo, al juego, y desapareció un día” (61). Esta escena es una clara alegoría de la historia del colonialismo estadounidense en Puerto Rico, en particular, del restrictivo y abusivo tutelaje político y económico al que fue sometida la colonia por parte de los Estados Unidos “[e]n los momento en que íbamos a iniciarnos en una nueva vida política” (*Insularismo* 75). También la misma puede interpretarse como una caracterización del discurso imperialista estadounidense que, mediante “la muletilla de la impreparación” (*El manglar* 297), es decir, bajo el supuesto de la incapacidad de los isleños para el autogobierno, justificaba el tutelaje colonial de los puertorriqueños. Para completar el cuadro trágico, Luisa es enviada a Nueva York para vivir con su padre, en donde contrae matrimonio con Mr. Muller, un viejo rico y “sádico” (*La patulea* 80) con ambiciones canaleras en Panamá.

Con la llegada de Mr. Muller se establece un triángulo amoroso que acarrea la ruptura del idilio amoroso entre Jorge y Luisa. Por medio de fotos y cartas, Ibarra conocía del matrimonio de Luisa con el “infame mercader” (*La patulea* 67) y también sobre “aquellas rarezas inmundas” (80) a las que el “sádico” y fetichista esposo la sometía. El ‘fetichismo’ ha sido estudiado por el psicoanálisis como una ‘aberración sexual’ que opera dentro del cuadro patológico de la *perversión*. Además de por su dimensión sexual, el ‘fetiche’ ha sido estudiado en relación con la sociedad capitalista

moderna y el consumo de mercancías (De Brosses, Marx, Taussig, etc.). Mi interés en el tema se concentra en la representación literaria del ‘fetichismo’, como metáfora de la perversión colonialista estadounidense. Entre las “extravagancias y brutalidades” (81) del advenedizo capitalista, Mr. Muller, están obligar a Luisa “á vestir en la casa con trajes de bebé para verla más niña” (67), “á no bañarse para que el olor á sexo fuese más fuerte” (80) y “cortarle el cabello para que se vistiera de niño” (80). La infantilización y fetichización del cuerpo de Luisa (mediante el travestismo forzado y el disfraz) es representativa de la retórica imperialista de estos años, que utilizó a los niños y a las mujeres como la personificación del ser puertorriqueño natural, inocente, necesitado, dependiente y maleable. La representación del estado de inocencia e infantilismo de los puertorriqueños fue instrumental para la justificación del tutelaje político de la isla y la promoción del mito de la incapacidad de los habitantes para autogobernarse. “Sobre esta compleja construcción simbólica del ‘otro’ se levantó una nueva relación colonial en sus dimensiones políticas, económicas y culturales” (Thompson 42). Según los códigos simbólicos del discurso imperialista, los puertorriqueños eran primitivos en cuanto eran naturales y sencillos, como niños buenos y bondadosos, cualidades que los convertía en sujetos moldeables, domesticables y ‘americanizables’.

En *La patulea*, el travestismo fetichista y la infantilización a los que Mr. Dely somete a Luisa resulta doblemente inmoral, pues no sólo transgreden los valores sacramentales del matrimonio y los valores morales de ‘la gran familia’ nacional defendidos por la élite intelectual, sino que también desafían los intereses y postulados éticos e ideológicos de su proyecto cultural. El juego erótico con la ambivalencia sexual y la indefinición de la edad del cuerpo colonizado de Luisa –ese deseo de volverla “más niña”–, funcionan como una alegoría del estado de indefinición política y cultural de la isla, así como de la descomposición social y del naufragio de valores y principios que ha debilitado el tejido social y la identidad nacional a principios del siglo 20. Cabe recordar el agresivo proceso de ‘travestimiento’ cultural (i.e. campaña de americanización) y lingüístico (i.e. imposición del inglés, el cambio del nombre de Puerto Rico por el anglicanizado “Porto Rico”, etc.) al que fue sometido el país a partir de 1898. Por esta razón, el novelista sostiene una mirada crítica y condenatoria hacia el travestismo, que dista mucho del tono ‘celebratorio’ que asumirá posteriormente el postmodernismo sobre el particular, como estrategia identitaria, reivindicatoria y de ‘empoderamiento’ de los oprimidos: “Caribbean transvestism is a survival ruse” (Santos Febres 159). En la coyuntura del ’98, la élite cultural cifra las esperanzas de la nación en las uniones heteronormativas, productivas y ‘naturales’ entre criollos, sobre todo de los miembros y herederos de la clase dirigente tradicional, y no en la erotización y fetichización, infecunda y artificial, que Mr. Muller (imperio) impone sobre el cuerpo colonizado de Luisa (colonia).

4.3. El *topos* literario de la ‘casa patriarcal’ como referente para la construcción de la identidad nacional puertorriqueña

En 1899, un año después de la invasión norteamericana, Puerto Rico sufrió el huracán más destructivo de su historia: el huracán San Ciriaco. La devastación del huracán complicó el ambiente conflictivo que existía en las montañas cafetaleras del interior de la isla. *Tierra adentro* representa en sus páginas la coyuntura histórica de los años 1898 y 1899, en que los grandes caficultores y comerciantes se convirtieron en el blanco de la violencia rural por parte de las partidas sediciosas,

que atacaban las haciendas, comercios y residencias de los españoles en la región cafetalera del país. *La patulea* continúa el drama del sector cafetalero durante los años posteriores, es decir, tras el establecimiento del primer gobierno civil bajo la Ley Foraker. La implantación de las leyes 'Foraker' y 'Hollander' por el Congreso de los Estados Unidos representó para un sector de la clase propietaria un retroceso en términos de los poderes adquiridos con la 'Carta Autonómica' de 1897. Durante las primeras décadas del siglo 20, la industria azucarera se convertirá en el eje de la economía capitalista y en su mayor área de inversión en Puerto Rico, transformando el patrón de la propiedad de las tierras y del cultivo agrícola, en un inicio en detrimento de los caficultores y los pequeños agricultores por causa de las nuevas exigencias de la economía. También se vieron afectadas la estructura de clases y el carácter del conflicto político en Puerto Rico. Las nuevas leyes comerciales ayudaron a la consolidación de una burguesía comercial y profesional vinculada a la industria del azúcar, el comercio y las finanzas, que se benefició de la expansión de la economía capitalista. Como indiqué en la Capítulo 3, los miembros de estos sectores sociales, vinculados con los intereses azucareros, no entendieron el '98 como 'trauma', como lo hicieron los novelistas 'noventayochistas' aquí estudiados y posteriormente los 'treintistas'. En *Tierra adentro* y *La gleba* de Juliá Marín, este sector antagónico a los intereses de los caficultores es criticado y convertido en enemigo de la patria. En *La patulea* y *El manglar* de Pérez Losada, en cambio, los mayores enemigos del hacendado cafetalero no son los sectores de la naciente burguesía azucarera puertorriqueña, sino los agentes del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, representados en el personaje del estadounidense Mr. Dely, un agente del fisco.

La historia de Enriqueta y su anciano padre, ambos miembros del sector hacendado, inicia en medio de la "hecatombe desoladora" y la "furia siniestra" (*La patulea* 143) del huracán San Ciriaco. Las imágenes de los estragos dejados tras el paso del huracán que describe la voz narrativa son devastadoras: "Los rugidos del viento parecían los gritos de la naturaleza agitada en aquella convulsión de muerte... Y bajaban de las montañas, rodando y chocando los cuerpos aún palpitantes que arrastraba la inundación, los cadáveres mutilados de hombres y bestias [...]" (145). La inundación causó miles de muertos, especialmente de campesinos desposeídos, y destruyó la economía agraria, primordialmente cafetalera. Sin embargo, la gran tragedia que ocupa el primer plano dentro de la trama es la del viejo hacendado, padre de Enriqueta, "la muchacha más rica de la comarca" (163). Su infortunio se iconiza en la imagen de la *casa grande* en ruinas:

El viejo fue el primero en llegar á la ruina. Él esperaba el destroz, pero antes la enormidad de la realidad abrumadora, ante la perspectiva de miseria que le ofrecía el hundimiento de su casa, ante la desaparición de cuanto constituía su modesta fortuna, la herencia de su Enriqueta [...], ante el hundimiento de todo, lloró. (148)

Además de representar una parte esencial del capital material (o en "estado objetivado") del hacendado, la *casa grande* también constituyó uno de los capitales 'simbólicos' centrales de su *habitus* de clase. Acuño el concepto "*habitus*" de la teoría sociológica de Pierre Bourdieu, en cuanto principio unificador y generador de las prácticas sociales dentro un determinado espacio (en este caso, la hacienda), y en cuanto 'símbolo de poder' y "capital objetivado (propiedades) e incorporado (*habitus*) que define en propiedad la clase social y que constituye el principio de producción de prácticas distintivas" (Bourdieu 113). La noción de capital de Bourdieu trasciende los aspectos estrictamente económicos y materiales, incorporando además otras

formas de capital ‘simbólico’ (o en “estado incorporado”) que representan también una forma de poder socialmente aceptada (“El espacio social” 28). Dicho capital simbólico –“comúnmente denominado prestigio, reputación, renombre, etc., que es la forma percibida y reconocida como legítima de estas diferentes especies de capital” (29)– es capaz de conferir a su detentador el poder dentro de ese espacio social. Siguiendo las ideas de Bourdieu, la caída de la ‘casa grande’ en *La patulea* podría entenderse como representativa del colapso del *habitus* de la hacienda señorial, ante la desvalorización del patrimonio material y simbólico del hacendado que imponen la aplicación de las nuevas leyes fiscales y tarifarias estadounidenses. La teoría de las clases bourdieussiana, particularmente sus conceptos de “*habitus*” y “espacio social”, resulta muy apropiada para abordar la (re)construcción simbólica del *habitus* asociado con la hacienda señorial y tradicional *pre* ’98 que realizaron los novelistas ‘noventayochistas’ en el marco de principios del siglo 20, con el propósito de imponer su particular visión de mundo y de clase en pleno proceso de americanización cultural, política y económica. Uno de los aspectos problemáticos de la construcción de la identidad nacional desde los esquemas del *habitus* de la hacienda *pre* ’98 reside en que presupone la naturalización e interiorización de una estructura social jerarquizada que no resultó favorable para las clases populares ni campesinas, que representaban la mayoría de la población.

En su análisis de *Los soles truncos*, obra teatral escrita en 1958 por el dramaturgo puertorriqueño René Marqués, Juan Gelpí propone una interesante lectura de la casa señorial en ruinas en que viven las hermanas Inés, Emilia y Hortensia, como emblemática de la crisis del discurso paternalista a finales de los años 50s. Al igual que novelas como *Tierra adentro* y *La patulea*, *Los soles truncos* desarrolla el tema de la decadencia de la antigua clase señorial, reducida tras de la invasión estadounidense a una miseria apabullante. Los tres personajes femeninos que protagonizan la obra viven bajo la continua amenaza del gobierno para que abandonen la casa. Ellas encarnan la crisis de algunas familias acomodadas hacendadas. Su padre, un alemán de apellido Bukhart, había sido un exitoso hacendado de Toa Alta, que pierde sus propiedades y bienes como resultado del ‘trauma’ del ’98. Por causa de la precaria situación económica de las hermanas, la casa de la calle del Cristo, en la que muebles viejos europeos, joyas y recuerdos de una prosperidad pasada se intersectan con la miseria de un presente de vejez y soledad, es embargada por los banqueros. Ante la inminencia de la expropiación del hogar paterno, las hermanas deciden finalmente, en un gesto trágico, quemar la casa en ruinas con ellas adentro. El crítico Gelpí dice en relación al mal estado del hogar: “Ese espacio doméstico que se halla en ruinas corresponde aquí también a un edificio discursivo -el paternalista- que se está desmembrando” (157-158). Las palabras de Gelpí pueden aplicarse casi *ad verbatim* en el análisis literario de *La patulea*, obra escrita con más de cincuenta años de anterioridad. Como ocurre en *Los soles truncos*, sobre la casa familiar y la hacienda del padre de Enriqueta “cayó, como un *simoun*, la garra confiscadora” (168). En vista del contexto antes descrito, la caída de la ‘casa grande’ puede interpretarse como una metáfora de la caída social y simbólica del orden señorial de la hacienda y del expolio territorial al que habían sido víctimas los antiguos hacendados.

La funcionalidad del *topos* literario de “la casa” como base común para la construcción de la identidad nacional, reside quizás en la capacidad evocativa y la fuerza de reminiscencia que posee en cuanto imagen poética. Así lo entiende Gastón Bachelard en su libro *La poética del espacio* (1957). Para el fenomenólogo francés, la

imagen de la casa constituye “un verdadero principio de integración psicológica” (22), y un asidero del pasado imperecedero y de los recuerdos. Además, la casa representa (en el plano discursivo y simbólico) un enclave estable o, dicho de otro modo, un asidero de seguridad ontológica en un mundo que parece cada vez más extraño, cada vez más fragmentado: “La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad” (Bachelard 37). El autor también dice al respecto: “La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida” (30). La evocación del hogar familiar nos traslada, según Bachelard, al “país de la Infancia Inmóvil, inmóvil como lo Inmemorial. Nos reconfortamos reviviendo recuerdos de protección” (29). Frente a la amenaza de la presencia estadounidense, el proyecto cultural de la elite culta local fue dirigido a promover un sentido de unidad entre los puertorriqueños, que se logró principalmente al privilegiar las metáforas totalizadoras como la ‘familia’ y la ‘casa’ (Gelpí). Mediante la evocación del hogar “en el bienestar de los primeros años de su infancia feliz” (*El manglar* 221), Enriqueta hace frente a las vejaciones, marginación y pobreza de que es víctima la clase social hacendada. La imagen de la casa patriarcal, anacrónica y decadente, le sirve como refugio y sostén “a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida” (Bachelard 30).

El colapso de la estructura física de la ‘casa patriarcal’ en el texto de Pérez Losada es emblemático del quebrantamiento de los principios generadores u organizadores del conjunto de prácticas, normas y conductas sociales que garantizaban, dentro del marco de la hacienda, el control del hacendado sobre la mano de obra campesina. La voz narrativa describe las ruinas de la ‘casa grande’, de la que sólo queda en pie más que un cuarto de la planta baja “sepultado entre escombros” (148), como “el lugar de un naufragio”³³ (*La patulea* 147-148): “Allí no quedaba más que la tierra, la tierra devastada, arrasada...” (148). El afán de resguardar ese pequeño remanente que resta en pie del pasado esplendor de la economía cafetalera –“Aquellas cuatro paredes resquebrajadas y humedecidas por el temporal, salvadas del hundimiento de la casa [...]” (159)–, representa el gesto ideológico y político de la élite cultural por salvaguardar los valores y el patrimonio simbólico de la hacienda. En el marco de esas “cuatro paredes resquebrajadas” se disuelven, al menos momentáneamente, las diferencias sociales y se crea una unidad imaginaria entre la clase hacendada y el campesinado, solamente sostenible a costa de la negación de las contradicciones reales. Las esperanzas de reconstrucción del hogar y restitución del orden social de la hacienda recaerán dentro del texto en la unión amorosa entre Enriqueta, la joven hacendada, y Antonio, un noble campesino ‘arrimado’.

Antonio vive con su anciana madre en una humilde casa campesina ubicada en las inmediaciones de la ‘casa grande’ del padre de Enriqueta. A pesar de su cercanía espacial y física, el distinto estatus social de los jóvenes abre, dentro del contexto social de finales del siglo 19, una brecha material y ‘simbólica’ entre los dos. Por causa de los estragos causados por el huracán, Antonio y su madre, quedan desprotegidos y bajo el amparo del padre de Enriqueta, “su generoso protector” (152), quien les brinda albergue en el humilde cuarto en ruinas. En medio de la crisis, el

³³ La metáfora del “naufragio” como emblema del destino incierto de Puerto Rico y de la vacilante identidad nacional y cultural tras la invasión del ’98, es posteriormente cristalizada por Pedreira en la imagen paradigmática y canónica de la “nave al garete” (*Insularismo*).

paternal hacendado (quien figura como ‘padre de agrego’) los acoge a ambos en sus tierras, resaltando con su gesto la supuesta comunión social entre hacendados y campesinos: “ –Ven; –le dijo. –como los náufragos debemos estrecharnos, en un abrazo, al pisar de nuevo la tierra bendita” (150). Esta visión ‘idealizada’ y anacrónica de la práctica del ‘agregó’ dentro del texto es otra muestra de la hispanofilia que irrumpe en las obras literarias de Juliá Marín y Pérez Losada. No obstante, el sistema de agregó, que venía practicándose desde mediados del siglo 18, sufre un duro golpe a mediados del siglo 19 y ya para 1870 es casi inexistente.

Para 1849, el entonces gobernador español Juan de la Pezuela instituyó el ‘régimen de la libreta’, un instrumento de coerción por medio del cual el Estado buscaba erradicar el sistema de agregó y la ‘vagancia’, centralizando y multiplicando de paso los brazos de labranza. La ‘libreta de jornaleros’, que será abolida en 1873, tuvo un impacto positivo y lucrativo en la economía cafetalera, que en este momento todavía se encuentra en estado embrionario. El régimen de la libreta es una de las muchas realidades que se enmascaran en la imagen idealizada que construyen Julia Marín y Pérez Losada del período que antecede la invasión. Si en un principio el régimen de la libreta fue aplicado con cierta laxitud por algunos hacendados, fue más por conveniencia que por compasión. A inicios del desarrollo cafetalero en la cordillera, el ‘agregado’ o ‘arrimado’ suplió una labor importante en la preparación y acondicionamiento de los suelos de la montaña. Ya para la década de 1870, en cambio, el sistema de agregó (tal como se entendía en las décadas de 1830 y 1840) había desaparecido del todo³⁴. Como indica Pico: “La hacienda cafetalera, en su búsqueda de mano de obra, atrapa al jíbaro en un nuevo sistema de agregó que perpetúa su dependencia y empeora sus condiciones de vida” (*Amargo café* 28).

El nuevo tipo de ‘agregó’ que surge en las haciendas cafetaleras a partir de la década de 1870 “no supone ya una partición de cosechas y crianzas, como en las viejas estancias de las décadas de 1830 y 1840, sino una más estrecha contabilización del trabajo personal del agregado en las fincas del terrateniente” (Pico, *Al filo* 155). La laxitud e informalidad que marcó las relaciones entre los propietarios de tierras y los desposeídos antes del 1850 fueron de esta manera reemplazadas por la rigidez y formalidad contractual del pago de jornal y de renta: “If renters were not in debt they could easily sign contracts with others landowners” (Bergad, *Coffee* 119). Ya en este punto, los ‘agregados’ buscaban hacer tratos con los dueños de la tierra para ser ‘arrendatarios’ y así evadir el régimen de libreta, lo cual terminaría convirtiendo a muchos de ellos en deudores de los dueños de la tierra, que les cobraban con trabajo. “In this way one major effect, and purpose, of the law was to formalize the labor obligations of former *agregados* by officially sanctioning debts accruing in the landowner’s favor through the mechanism of rents” (Bergad, *Coffee* 118). Como resultado, el campesino jornalero –que ya ha iniciado un proceso gradual de proletarización– queda atrapado, por medio el endeudamiento y del crédito, dentro de la maquinaria de producción de la hacienda. La paga de los jornales, muchas veces efectuada en la forma de vales redimibles en las tiendas de raya localizadas en la misma hacienda, también contribuyó a encerrar al campesino iletrado en un sistema de crédito que operaba en detrimento de sus condiciones e

³⁴ “There was access to land to some degree but the available evidence suggests that land use by the *agregado* population progressively declined as coffee culture expanded, and that attachments to land eroded in favor of wages, whether cash, chits, or consumers goods were the method of payment”. (Bergad, *Coffee* 202)

intereses. Por esta razón, resulta problemática la alusión anacrónica del novelista a la práctica del ‘agregó’ dentro del contexto de la post-invasión, sobre todo cuando la misma se erige dentro del texto como emblema de una supuesta comunión social y nacional que nunca se materializó.

El padre de Enriqueta no sólo les abre las puertas del hogar, también le permite a Antonio relacionarse amorosamente con su hija y única heredera: “Enamorarse de Enriqueta, la muchacha más rica de la comarca, y ser correspondido por ella y casi consentido por su padre que no veía con malos ojos al afortunado galanteador” (163). A pesar de pertenecer a dos clases sociales diferentes, este cuarteto de personajes –compuesto por Enriqueta y su padre, y Antonio y su madre– conforman dentro del texto una unidad socio-familiar, consolidada por una tragedia y amenaza común: “¡Todos envueltos en aquella ráfaga de infortunio, todos sumidos en la ignominia de la miseria!” (156). De esta manera, el ‘trauma’ de la élite cultural es esencializado y transformado en una ‘tragedia’ y ‘pérdida’ colectiva y nacional. Esta ilusoria unión entre hacendados y campesinos rearticula el imaginario homogeneizador que dominó la construcción de identidades nacionales hasta mediados del siglo 20. Mediante la configuración discursiva de constructos homogeneizadores como la ‘gran familia puertorriqueña’ y la alusión al sistema de agregó (entendido ya no como realidad histórica, sino como recurso literario e ideológico), Pérez Losada erige como bienes fundamentales la configuración social y económica tradicional de la hacienda y la figura dirigente del hacendado. No obstante, esta unión entre el campesinado y la familia hacendada resulta tan endeble y quebradiza como las “cuatro paredes resquebrajadas” del hogar en ruinas.

Al igual que la aparición de Mr. Muller supuso el quebrantamiento del idilio infantil entre Jorge y Luisa, la llegada de Mr. Dely a las tierras del padre de Enriqueta echa al suelo el efímero idilio amoroso entre Antonio y Enriqueta y las esperanzas de reconstrucción y restitución del orden social de la hacienda cafetalera cifradas en ellos. Como mencioné antes, los personajes protagónicos y ‘trágicos’ femeninos –como son Luisa y Enriqueta en las novelas de Pérez Losada, o Faña y Tránsito en las novelas de Juliá Marín–, son una representación de la *tellus Mater*; es decir, una corporalización de la tierra agrícola campesina, siempre acechada y deseada por el lujurioso advenedizo estadounidense o los villanescos personajes criollos, casi siempre vinculados con la industria azucarera capitalista. Dentro del imaginario ‘simbólico’ y paternalista de la élite cultura, la tierra agrícola se proyecta en las hijas de los arruinados hacendados cafetaleros, que si bien han decaído socialmente, conservan latente su conciencia de clase social y el recuerdo vivo de su infancia ‘idílica’ entre las comodidades de la burguesía hacendada. Por esta razón, la violencia sobre los cuerpos de los personajes femeninos, que no son sino proyecciones del cuerpo socio-económico de la colonia, es indisociable de la retórica del proyecto imperialista de conquista y colonización económica de la tierra agrícola de Puerto Rico, en especial de la región cafetalera.

Sacando provecho de la precaria situación de Enriqueta, la imperial figura de Mr. Dely termina colonizando, con dinero y falsas promesas, el objeto del deseo y casándose con la arruinada hacendada (convertida en ‘botín de guerra’), a quien luego abandona en la miseria y en estado de embarazo al décimo día de matrimonio. El ‘triángulo amoroso’ entre Antonio, Luisa y Mr. Dely cumple varias funciones alegóricas dentro del texto. Por un lado, sirve como alegoría del resquebrajamiento de la estructura social de la hacienda y del mito de ‘la gran familia puertorriqueña’. Por el otro, sirve como alegoría del expolio de tierras perpetrado en la colonia, por

medio de las leyes fiscales (como la ‘Ley Hollander’) adoptadas por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos (que encarna Mr. Dely) en beneficio de los intereses económicos de las corporaciones azucareras extranjeras. La presencia del advenedizo yanqui y los triángulos amorosos dentro de la novela dramatizan la profanación del matrimonio sacrosanto entre el paternal hacendado cafetalero y su tierra, y de los lazos ‘socio-familiares’ que los unía a sus hijos putativos (campesinado); en otras palabras, la profanación del ‘habitus’ del hacendado. Al final, Enriqueta y las tierras de su padre caerán, trágicamente, presas de la “garra confiscadora” del fisco: “Enriqueta lo comprendía en su triste condición de vencida. Era el botín del conquistador moderno, sin gloria y sin grandeza. Era la virgen violada[...]. Era la eterna, la bárbara repetición del odioso drama de la conquista [...]” (*La patulea* 186). Por medio del personaje de Mr. Dely, Pérez Losada ofrece en sus novelas un comentario crítico sobre la expansión mundial del capitalismo industrial de finales del siglo 19, las dinámicas de poder en las relaciones dentro del contexto colonial y sus efectos sobre la psiquis del colonizado.

4.4. La representación ‘textual’ del puertorriqueño como un “noble salvaje” y la imposición del tutelaje imperial

En 1755, Jean-Jacques Rousseau publica el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres* en que desarrolla el concepto “estado de naturaleza”, una variante del tropo de la naturaleza como un estadio primigenio, pre-social e ideal, que le sirve como un fundamento ideológico desde el cual elaborar una crítica al progreso y a la artificialidad del mundo hiper-racionalizado. Mi interés en la obra de Rousseau radica esencialmente en su conceptualización del “hombre natural”, relacionada con el mito del “buen salvaje”. Según el pensamiento rousseauiano, los hombres son el producto o resultado de las condiciones (geográficas y climatológicas) del entorno que le rodeaban y que modelan, en última instancia, su conducta, temperamento y compleción física. Partiendo de esta premisa, Rousseau concluye que el hombre septentrional, quien debe hacer frente a las hostilidades del invierno y las copiosas nevadas, es movido por la fuerza de la necesidad hacia el trabajo y por consiguiente es más industrial que el hombre meridional, cuyas condiciones de vida y temperaturas más favorables desplazan y reprimen su deseo de trabajo. En palabras de Rousseau:

Me sería muy fácil, si me fuera necesario, el apoyar este sentimiento por los hechos, y el hacer ver que en todas las naciones del mundo, los progresos del espíritu son infaliblemente análogos y en proporción a las necesidades que los pueblos habían recibido de la naturaleza, o a las que las circunstancias les habían sometido y hecho contractar, y por consecuencia a las pasiones que les conducían a proveer tales necesidades. [...] y observaré que en general, los pueblos del Norte son más industrioses que los del Mediodía, en razón a que pueden menos dejar de serlo, como si la naturaleza quisiera por esta vía igualar las cosas, dando a los espíritus la fertilidad que rehúsa a la tierra. (28-29)

La conceptualización del “estado de naturaleza”, espacio en que se inscribe al “Otro”, permite a Rousseau especular sobre las relaciones entre la configuración del entorno geofísico y del carácter y temperamento de sus habitantes. La naturaleza exuberante brinda refugio y sustento al “hombre natural”, quien a su vez aprende de ésta y la procura imitar, respondiendo a un impulso mimético, instintivo, casi ‘animal’, que Rousseau equipara con “el instinto de las bestias” (10). El “hombre natural” rousseauiano está privado, de esta manera, de conocimientos abstractos,

así como de pasiones profundas, complejas o frustradas, que se originan de nuestras necesidades modernas. Según Rousseau, sus “deseos no van más allá de sus necesidades físicas; los únicos bienes que conoce en el universo, son la comida, una hembra y el reposo; los solos males que teme, son el dolor y el hambre” (28). Dado que el “hombre natural” carece de nociones como “porvenir” y “futuro”, esenciales para el progreso, Rousseau lo sitúa en una suerte de presente perenne, en que “los siglos se transcurrían en toda la rusticidad de las primeras edades; la especie era ya bastante vieja, y el hombre permanecía siempre niño” (66). Asimismo, el “hombre natural” se encuentra de alguna manera fuera de los conceptos de ‘ley’ y ‘moral’, según la acepción moderna de los términos. Por esta razón, los ‘nobles salvajes’ “no son malos precisamente sino porque no saben qué cosa sea el ser bueno, porque no es ni el desenvolvimiento de las luces, ni el freno de la ley lo que les impide el hacer mal, pero si la calma de las pasiones, y la ignorancia del vicio” (52).

Los conceptos de la filosofía rousseauiana antes mencionados jugaron un papel fundamental en la construcción del imaginario sobre Puerto Rico que realizan los textos imperialistas estadounidenses a partir de 1898, particularmente en lo que respecta a la conceptualización de la naturaleza idílica y en estado ‘natural’ de la isla—ese “salvajismo primitivo”, como le llama Lanny Thompson— y del deplorable estado social, cultural y económico en que viven sus habitantes a la llegada de los estadounidenses. La influencia rousseauiana en la representación de los puertorriqueños como seres inocentes y primitivos en un paraíso terrenal (es decir, como ‘nobles salvajes’) es evidente en el texto *Our Island and Its People* de José de Olivares. Desde la perspectiva de Olivares, los puertorriqueños a finales de siglo 19 eran seres casi incivilizados, en estado de infantilismo, cuyas operaciones primarias, esencialmente las físicas, se limitan a las pasiones simples que emanan de sus impulsos naturales. Obsérvese en la cita a continuación, la influencia del pensamiento rousseauiano en el texto de Olivares, sobre todo en lo que respecta a la descripción del puertorriqueño como un prototipo del “buen salvaje”: “They live so close to nature that the things which would seem improper to us are with them innocent affairs of their daily life. In many respects they are still in that Edenic state which thinks no evil and consequently knows none” (330). Olivares también se hace eco de las ideas de Rousseau al describir la ‘amoralidad’ de los puertorriqueños, quienes según el autor carecen de un sentido de responsabilidad moral ante sus acciones, cuyos principios matrices se adquieren con la ‘civilización’:

Moral, in the technical sense, they have none, but they cannot be said to sin, because they have no knowledge of law, and therefore they can commit no breach of law. They are naked and are not ashamed. [...] The system is strange, but it answers. There is evil, but there is not the demoralizing effect of evil. They sin, but they sin only as animas, without shame, because there is no sense of doing wrong. They eat the forbidden fruit, but it brings with it no knowledge of the difference between good and evil. They are innocently happy in the unconsciousness of the obligations of morality. (Olivares 331)

Como representaciones de fertilidad y exuberancia natural casi virginal y paradisiaca, estos países (entre los que se encuentran las islas caribeñas) fueron el lienzo perfecto sobre el cual los intereses imperialistas construyeron, coloreados con tonos deterministas y positivistas, una imagen degradada del sujeto colonial como un ser inferior o “noble salvaje” (Rousseau) necesitado de civilización. Carentes de la reflexión ética y filosófica que les imposibilita distinguir el bien del mal, Olivares

concluye que los puertorriqueños, como antes el “hombre natural” de Rousseau, poseen una inocencia ‘original’ y ‘primitiva’ que los convierte en perpetuos infantes, desnudos no sólo del cuerpo sino también del conocimientos y del afán de progreso, aunque dóciles, domesticables y, sobre todo, ‘americanizables’. No obstante, a pesar de la influencia del pensamiento rousseauniano en los textos imperialistas estadounidenses, también existen diferencias substanciales con respecto al efecto del entorno sobre los grupos humanos. Este catálogo de textos promueve un discurso muy marcado por el determinismo geográfico del desarrollo –también conocido como determinismo climático o ambiental– que presupone que los países más ricos en recursos naturales y más cercanos a la línea ecuatorial están condenados a ser más atrasados y pobres. Contrario a Rousseau, quien entiende que la abundancia natural confiere al hombre ‘natural’ una fortaleza que el hombre ‘moderno’ parece haber perdido –según del filósofo, el hombre al volverse social se torna débil, temeroso y rastrero–, en los textos imperialistas las óptimas condiciones naturales de la región influyen negativamente sobre los hombres, ya que hicieron del desarrollo cultural y del perfeccionamiento de las instituciones sociales de las islas proyectos innecesarios y/o inviables, promoviendo en su lugar la abulia, indolencia e indiferencia de sus habitantes y su retraso cultural, tecnológico y social. La exuberancia de la naturaleza caribeña funciona dentro de los textos imperialistas como un telón de fondo sobre el que se contrastan las carencias y estrecheces materiales y de carácter de sus habitantes. La correlación determinista entre la riqueza ‘natural’ y la pobreza ‘social’ se convirtió en una de las premisas bajo las cuales se esbozó una justificación ética del imperialismo estadounidense en la región caribeña.

En su libro *Cuba: its resources and opportunities*, Pulaski F. Hyatt aplica esta premisa determinista a la isla de Cuba, cuando afirma que: “The Cuban [...] was born in a land without the rigorous and biting winters of the North, where idleness becomes second nature; for there soft-eyed June sits mistress throughout the year, and nature is so prolific that it generally yields the bare necessities of life without work” (31). En términos muy similares a los de Hyatt, Olivares establece la abundancia de recursos naturales como una de las razones principales del atraso de las sociedades campesinas en Puerto Rico. Según Olivares: “Life is so easy in Porto Rico and the means of supporting it so abundant, that the natives have not felt the necessity of attempting to develop the earth’s hidden treasure” (271). Por su parte, Charles Herbert Allen se servirá de la misma retórica en su ‘informe’ sobre Puerto Rico, publicado pocos años después de los textos de Hyatt y Olivares, prescribiendo de igual manera las favorables condiciones climatológicas y geográficas de la región como la matriz del atraso y el subdesarrollo de los puertorriqueños:

Porto Rico is naturally, from its topography, one of the healthiest countries to be found anywhere, or at least in the torrid zone [...] In this particular, as in many others, bountiful nature has shown herself an indulgent mother to these children of the sun. An in these matter, too, they have learned to rely too much on the kindness thus extended, and have suffered their energies to become latent and their natural abilities to slumber. (32-33)

En este punto se hace importante reflexionar sobre lo que significó esa mirada ‘imperial’ y exterior para la posterior autorrepresentación de las colonias. Las ideas del determinismo geográfico calaron hondo en el imaginario social y político del Puerto Rico de principios del siglo 20. A pesar del criticismo de los novelistas ‘noventayochistas’ respecto a las ideas imperialistas sobre Puerto Rico, algunos de ellos las adoptan y reiteran en sus textos literarios. La adopción de estas

ideas por parte de los novelistas puertorriqueños es muy cónsona con su constante crítica al indiferentismo y la ignorancia del campesinado, cuya pasividad supone un freno a los proyectos de la elite cultural letrada. El afán de superar las limitaciones de la población campesina y promover entre los campesinos iletrados un nuevo sentido de responsabilidad y respeto hacia la nación es uno de los aspectos motrices del discurso paternalista y redentorista de la elite cultural puertorriqueña. En esencia, el campesinado es representado en estas novelas como una masa amorfa, sin rostro ni voz, ignorante, impotente, sin aspiraciones y sin posibilidades de asumir una posición definida, ni categórica, en el devenir político-económico de la nación. Entre las frases despectivas empleadas en *La charca* para describir al campesinado del interior montañoso del país están “tumba de vivos”, “gran masa de pálidos”, “muchedumbre de contornos inciertos, borrosos, indecisos...” (22), “masa acobardada y muda”, “mundo de esquivos y ciegos” (139) y “muro de pálidos sin precisa idea del mal, sin precisa noción del bien” (163). Laguerre emplea en *La llamarada* unos términos muy similares para referirse al campesino jíbaro. En palabras del protagonista Juan Antonio Borrás, los jíbaros “[p]arecen monotes — gente sin voluntad— que dan el cuello a torcer” (169). Por causa de la ignorancia, el conformismo, la pasividad, los vicios y la indolencia que los intelectuales puertorriqueños se auto-atribuyen determinadas funciones, actitudes y poderes, y la responsabilidad de cultivar el porvenir de la nación.

Uno de los novelistas puertorriqueños que se hace eco de las ideas deterministas antes descritas es José Elías Levis en su novela *Vida Nueva*, publicada en 1910. Esta novela de la post-invasión hace referencia, ya desde su título, a los cambios inevitables que surgen a raíz del “trauma” del ’98 y que condujeron a una nueva forma de vida. Con motivo de criticar la indiferencia, pasividad y abulia del sector campesino de la población, Levis cuestiona retóricamente por medio de su narrador si los puertorriqueños no hubieran cultivado un carácter más industrial y optimista si enfrentaran las crueldades “[d]el terrible invierno” de las regiones septentrionales, en vez de vivir “ante los bosques y las montañas siempre hermosos de verdura bajo un cielo siempre azul como eterna sonrisa de la naturaleza” (*Vida Nueva* 240). La perspectiva del autor sobre el carácter del mísero campesinado (i.e. su holgazanería, indolencia, indiferentismo, predisposición innata a la traición y moral deficiente, etc.) ignora otros factores históricos más determinantes del desarrollo social en la ruralía, como fueron la restrictiva política colonial española y la desatención de la metrópoli hacia las colonias, manifestada en la injusta discriminación cultural, racial, económica y política a las que las tenía sostenidas. El discurso hispanófilo e idealizador que, consciente o inconsciente, adopta la elite cultural sobre nuestro pasado anterior al 1898, como estrategia discursiva e ideológica contra la política colonial de los Estados Unidos en la isla, termina por apanar las injusticias del régimen español y el terrible impacto sobre la población campesina.

¿Hubiera sido preferible que el terrible invierno azotase cruelmente los jardines de la tierra borinqueña cubriéndolos de nieve, derribando las viviendas de los trabajadores, y lanzase su soplo de muerte entre los infelices maltratados por el frío y el hambre bajo su mísero rancho, para que la fuerza creciera ante el obstáculo enseñando a ser valiente en el ahorro de la esperanza? (240)

El uso de la imagen del inclemente clima invernal en contraposición a la imagen de la eterna primavera del trópico es reiterado por José Pérez Losada en su primera novela. Mientras viajan en el tren de Hormigueros hacia la ciudad capital

de San Juan, los personajes de Jorge Ibarra y Luisa contemplan por las ventanillas los “cuadros bellísimos de paisaje” que pasaban “como en un cinematógrafo” frente a sus ojos (*La patulea* 103). Con la mente absorta por la belleza agreste que le rodea, Luisa contrasta el “cielo bonito” de Puerto Rico con el de Nueva York, “que parece empañado con el humo de tanta fábrica, de tanta vivienda encaramada en las nubes. Y aquellos inviernos... ¡qué oscuridad y qué frío!” (104). Luisa contrapone la imagen intimidante y amenazante de los inviernos y de la nieve neoyorquina, que “le inspiraba mucho miedo” (104), frente a la imagen plácida del “sol” y del “verano interminable” (105) del trópico. Haciéndose eco de las ideas del determinismo geográfico, Ibarra expresa “con amargura, con lenta y profunda tristeza” que si los paisajes campestres de la región quedaran “sepultados en los hielos de un mar inclemente ¡ah! los caracteres serían otros, estarían templados en la adversidad y en la lucha, entonces esa morbidez, esa blandura de la vegetación no se reflejaría en los espíritus...” (107). Como hicieron antes Hyatt, Olivares y Allen, Ibarra localiza el origen del fatal apocamiento de carácter de los puertorriqueños en las condiciones geográficas o climáticas más clementes del trópico —“¡Luisa tenemos demasiada primavera, créelo Luisa!” (107)—, relegando a un segundo plano aspectos históricos y políticos más fundamentales y objetivos.

—¡El frío! [...] el frío que sacuda toda inercia, que azote con despiadada crueldad, con furia irresistible, un frío brutal, un gran frío que viniera con magos de muerte y un invierno que borrara esa visión de paraíso, esa decoración de jardín encantado, tornándolo por el siniestro cuadro de los páramos invernales. Eso, un invierno cuya proximidad se hiciera temer, un invierno como el que tienen los otros pueblos...eso es lo que necesitamos aquí.

Sí, es preciso ver de cerca la muerte para saber lo que es la vida... [...] (Pérez Losada 106)

Aunque los escritores de la élite cultural puertorriqueña comparten con los estadounidenses su postura crítica y paternalista hacia el campesinado, como un ente social atrasado y en necesidad de cambio y desarrollo, hay un cambio radical de postura ante la manera en que éste es representado textual y sobre todo visualmente (por medio de la fotografía) e inscrito en el imaginario colectivo estadounidense. Si los novelistas adoptan las ideas deterministas sobre el atraso de los campesinos es porque las mismas le sirven de validación ética de su responsabilidad social de orientar y velar por el bienestar de los campesinos, y también de respaldo a las ideas reformistas de la cultura patriarcal de la clase élite criolla. Es decir, la representación desfavorable de los campesinos en sus novelas cumple el propósito de resaltar y legitimar la autoridad paternalista de la clase letrada sobre las clases populares desposeídas. Su presencia como grupo dirigente se hace más visible cuando se contrasta con la representación deslucida que construyen del campesino. En cambio, el imaginario visual que fueron configurando las publicaciones estadounidenses sobre la isla inicia un proceso de difuminación de la burguesía criolla de finales del siglo 19, cuya influyente presencia se diluye entre las imágenes de las miserias del campesinado y de niños desnudos con sus vientres hinchados por las lombrices captadas por el lente fotográfico imperial. Estas fotografías “coloniales”, como las refieren los críticos Díaz Quiñones y Thompson, formaron parte del soporte simbólico del “imperialismo pediátrico y tutorial” de los Estados Unidos en la coyuntura histórica del '98.

4.5. La (re)presentación ‘visual’ del “otro” puertorriqueño en la práctica fotográfica colonial

Gracias al desarrollo tecnológico y el surgimiento de la Kodak portátil, la ocupación militar de las islas generó una amplia documentación visual. Mientras “algunos corresponsales y fotógrafos buscaban y encontraban la isla luminosa de un encantador y “exótico” anacronismo”, otros en cambio descubrían “un mundo opaco, el infierno de los “salvajes”, el desamparo de la población enferma y abatida” (*El arte* 220). Entre las imágenes que más destacan dentro del arsenal ‘simbólico’ estadounidense se encuentran precisamente las de niños desnudos, parasitados y anémicos. Un ‘texto imperialista’ en que los niños ostentan una marcada presencia es *Our Islands and Their People*, con texto de Olivares y fotografías de Walter Townsend. Este enfoque casi fetichista en la desnudez infantil, particularmente en su vulnerabilidad, fragilidad y depauperización –en otras palabras, en la patologización y exotización del sujeto colonizado–, fueron parte del “imperialismo pediátrico y tutorial” (Thompson 41) que promueven estas publicaciones. Pérez Losada es muy crítico en su primera novela de “esa novedad del excursionismo” (*La patulea* 117) cultivada por el voyerista estadounidense que invade la isla “armado del Kodak”. El novelista es además muy enfático en su denuncia del papel difamador y colonialista de “esas infames fotografías” (116). A través del protagonista, Jorge Ibarra, Pérez Losada expresa su postura condenatoria hacia ese nuevo “capricho de moda” de “[r]etratar á esas infelices criaturas desnudas para exhibirlas después con este lema: Habitantes de Puerto Rico” (116). La figura de Ibarra desenmascara dentro del texto la complicidad de la fotografía con el *ethos* del imperialismo. En sus palabras: “Se ha hecho de esas infames fotografías una poderosa arma de la tiranía colonial” (116)

Sí, infame... odioso es todo ese complot de la alevosía para exhibirnos deformados, á la insana curiosidad de un pueblo que nos ignora totalmente, y que no sabe de nosotros más que lo que esos inicuos retratos le dicen. [...] Ya ves!... Un retrato! Es una curiosidad, un capricho de la moda: se va á todas partes armado del Kodak: pero en la forma como se emplea contra nosotros, esa novedad del excursionismo, tiene mucho de desleal y de infame... (117).

La crítica estadounidense Susan Sontag teorizó sobre este tipo de fotografía en su libro *Sobre la fotografía*, publicado por primera vez en 1973. Para Sontag el acto de fotografiar “es algo más que observación pasiva” (28). La crítica advierte en el acto (en apariencia inocente) de tomar una foto algo “depredador”, visos de “apropiación”, “posesión”, e incluso “agresión” hacia el objeto o sujeto fotografiado. “Fotografiar personas es violarlas, pues se las ve como jamás se ven a sí mismas, se las conoce como nunca pueden conocerse; transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente” (Sontag 30-31). Las fotografías de Townsend, que complementan visualmente el texto de Olivares, forman parte de eso que Sontag refiere como el “vasto catálogo fotográfico de la miseria y la injusticia” (39). Sus fotografías no pretenden mostrar el lado humano del colonizado ni los efectos del colonialismo, sino llanamente documentar su miseria y su urgente necesidad del socorro del ‘filantrópico’ imperio estadounidense. Como indica Sontag: “Una fotografía que trae noticias de una insospechada zona de la miseria no puede hacer mella en la opinión pública a menos que haya un contexto apropiado de disposición y actitud” (34). Este ‘contexto apropiado’ no existía entonces en los Estados Unidos, un país entonces cegado por los delirios nacionalistas e imperialistas de finales del siglo 19 y las sonadas victorias en el Caribe y el Pacífico. Visto desde esta perspectiva, la

miseria y fealdad que retratan los fotógrafos ‘imperiales’ no busca acusar o posiblemente alterar la conducta o respuesta del público estadounidense hacia las colonias y los sujetos colonizados, ni muchos menos la perspectiva ciudadana hacia la empresa expansionista e imperialista que habían iniciado; es decir, el ‘objeto’ de la fotografía no busca hacer sentir mal al estadounidense, sino al contrario, hacerlo sentir privilegiado y partícipe de la empresa civilizadora.

En la escena del viaje en tren antes citada, Luisa recuerda con indignación haber visto muchas veces publicadas en los grandes diarios y revistas neoyorquinos aquellas fotografías, que eran parte de “la odiosa campaña muda de la difamación, emprendida y perseguida contra nosotros, en la traición del disimulo...” (117). La pregunta retórica que cierra la siguiente cita resulta algo irónica, sobre todo cuando la práctica de establecer un contraste y, al mismo tiempo, un vínculo causal entre “las bellezas naturales” y la “supuesta inferioridad primitiva de sus habitantes”, que Luisa critica con vehemencia en los relatos imperiales, es un recurso esencial del discurso literario de la élite cultural y, por ende, de su ideología de clase.

Sí, tenía razón. Luisa recordaba que vio [*sic.*] muchas veces publicadas en los grandes diarios y revistas americanas aquellas fotografías. No tenían ningún comentario, ninguna explicación, nada más que la breve leyenda, las cuatro palabras expresivas: *Nativos de Puerto Rico*. [...] ¿Qué raro y extraño capricho tenían esos *touristas* [*sic.*], los funcionarios, los maestros de escuela que regresaban á la metrópolis después de pasar por la Colonia, qué extraño gusto de retratar nada más que á los negritos desnudos, como si en la Isla no hubieran otras cosas que ver?

Pronto comenzaron á circular también fotografías de paisajes, de vistas panorámicas, de bellísimos rincones de la selva virgen de la campiña pintorescas, los piñares, los cañares, las plantaciones de naranjas, todas las espléndidas frutas tropicales. Y junto á estas deslumbrantes bellezas naturales, al lado de estos esplendentes cuadros de la naturaleza exuberante, el eterno, el invariable grupo fatal de chiquillos en cueros vivos, en posturas ridículas y escogidos entre los más feos.. ¿Qué se pretendía con esto? Exagerar la diferencia entre las bellezas naturales de la tierra y la supuestas inferioridad primitiva de sus habitantes? (117-118)

Detrás del aparente despliegue textual y visual que colma el amplio archivo simbólico imperial del '98, se esconden o invisibilizan otras realidades y grupos sociales. Unos que brillan por su ausencia son los miembros de las clases criollas dominantes que, como indiqué anteriormente, son sistemáticamente difuminados detrás del cuadro de miseria y exotismo con que los medios masivos, algunos de ellos sensacionalistas, sacian la “insana curiosidad” (117) y las fantasías del público en las urbes estadounidenses. Como Juliá Marín, Pérez Losada se agencia un medio de contestar y subsanar la omisión instrumentada o ‘vacío’ simbólico de la clase dirigente criolla dentro de los discursos imperialistas del '98 sobre la isla. En el capítulo anterior discutí cómo en las novelas de Juliá Marín este ‘vacío’ es contestado mediante la construcción de una imagen ‘trágica’ del hacendado cafetalero, benevolente y paternalista, cuya tragedia ocupa un lugar protagónico, como motor narrativo y dramático del relato. Por su parte, Pérez Losada conserva algo de esa ‘tragicidad’ en el personaje de Ibarra, miembro de la clase burguesa desplazada. El personaje de Ibarra encarna la decadencia de la burguesía criolla de finales del siglo 19. El énfasis voyerista depositado en los aspectos sociales más negativos y desfavorables del país –ese “extraño gusto de retratar nada más que á los negritos desnudos, como si en la isla no hubieran otras cosas que ver” (118)–, contribuyó a la esencialización del colectivo puertorriqueño en el campesinado, pobre e iletrado, dentro del imaginario imperial. Como aclara Ibarra a Luisa, los sujetos centrales de

las fotos y los relatos no son los miembros de la clase dominante, a la cual ellos pertenecen, sino las clases populares e inferiores.

Los habitantes, los nativos de la Colonia, no somos ni tú, ni yo, ni todas estas damas que vienen aquí con nosotros [...]; nó, á los fines de esos siniestros aficionados de la instantánea, no les conviene que salgamos ni tú, ni yo, ni los que están con nosotros aquí... ellos quieren algo que nos ridiculice, algo que nos presente inferiores á ellos, y para eso persiguen esos grupos de criaturas lamentables, y cuando no las encuentran reunidas, las juntan; y cuando están vestidas, las desnudan... el caso es hacer una fotografía de esas para enseñarla después como un trofeo de conquista, como una prueba de nuestra inferioridad, de nuestra barbarie... (116-117)

Dos décadas después de la publicación de las novelas de Pérez Losada, el escritor Rafael Martínez Álvarez publica su novela *La ciudad chismosa y calumniante*, que pone en evidencia la pervivencia de esa “odiosa campaña muda de la difamación” contra los puertorriqueños todavía al momento de su publicación en 1926. Concluyo el capítulo haciendo referencia al texto de Martínez Álvarez por muestra cómo el resentimiento de la élite cultural hacia esta indigna práctica imperialista continuará vivo por las décadas subsiguientes. Al igual que Pérez Losada, Martínez Álvarez busca rectificar esa visión exotizada y deformada de la isla, sus habitantes y costumbres, con el propósito de llenar sus “ausencias”. En la escena que cito a continuación, Martínez Álvarez denuncia la invasión voyerista de los estadounidenses que arriban a la isla con el propósito de capturar con palabras y fotos esa imagen desfigurada y adulterada de Puerto Rico que tanta demanda tenía entre los estadounidenses. El autor es además muy crítico de la indiferencia y, en ocasiones, complicidad de los puertorriqueños delante de la invasión ‘simbólica’ de la isla. Dicha crítica se expresa en *La ciudad chismosa y calumniante* de forma directa a través del personaje de Monchín García “el corre-ve-dile de la población, gaceta viviente, el amante de la calumnia y de las murmuraciones” (123), que sirve como la representación del jíbaro ignorante, derrotista y oportunista, que saca provecho de la invasión estadounidense, en este caso, de la presencia de los turistas.

Sirviéndole de guía a unos turistas, que buscaban material “para escribir un libro acerca de la isla” (102), Monchín los conduce “hacia los barrios más bajos de la población”, en donde sin dudas encontrarían las vistas más cónsonas con el gusto por lo exótico del momento. No sólo Monchín les sirve de guía, sino que adopta el mismo discurso degradante, menospreciante, exotizador y otrificador del colonizador. A través de toda esta escena, la información que Monchín ofrece a los turistas es una reproducción del discurso colonialista e imperialista de los estadounidenses: crítico del antiguo régimen español, degradador del puertorriqueño (“salvaje” y “exótico”, vicioso, vago e indolente) y de sus costumbres (“bárbaras”). La internalización del complejo de inferioridad del ser colonizado es evidente en la descripción que hace Monchín de los puertorriqueños como “descendiente de los presidiarios de Ceuta y Melilla”, dos antiguas colonias españolas, famosas por sus presidios de ultramar. Según Monchín: “Este país está perdido. Aquí no tenemos más que ladrones. Somos los descendiente de los presidiarios de Ceuta y Melilla...” (103). Incluso, Monchín, manipula (*staged*) varios entornos para adaptarlo al grado de sensacionalismo y exotismo que desean fotografiar los turistas y que consume el público estadounidense, a quienes van dirigidas las mismas. El primer lugar al que Monchín lleva a los turistas es al barrio ‘Puerta de Tierra’, el primer barrio extramuros de San Juan y uno cargado de historia, pues sirvió de morada a los obreros campesinos desplazados de los cañaverales. Este barrio humilde ha servido de escenario literario

para muchas obras, entre ellas las novelas de Pérez Losada y Martínez Álvarez. A continuación cito una escena que evidencia cómo sigue vivo el resentimiento de la élite culta puertorriqueña hacia esta práctica a mediados de la década de 1920.

—Les voy a ofrecer una oportunidad de tomar unas vistas muy buenas —avisó Monchín—. Entren y verán la vida que hacemos en los patios. ¿Ves este sitio que probablemente mide cuarenta pies de largo por quince de ancho? A esto llaman patio y este patio es la casa de doce o trece familias...

—Hombre, arréglenos el patio para que podamos tomar una fotografía típica de vuestra manera de vivir.

Y Monchín, siguiendo las instrucciones de los turistas hizo colocar cuatro líneas de cordeles, de un lado a otro del patio, y los llenó de ropa sucia que colocó al sol; sentó a seis hombres en una esquina y los hizo aparecer como que dormían; desvistió, como pudo, a varios muchachitos y muchachitas y los regó por el patio dando la impresión de que peleaban; hizo que varias mujeres se pusieran, enseñando los hombros y los pechos, a lavar, a cocinar, a sacarse los piojos; a charlar, a fumar, sentadas por el suelo y, acabado que Monchín hubo de preparar el escenario, se retiró, para que los turistas pudiesen sacar la fotografía.

—¡Qué vista más interesante para el libro! —Dijo, entusiasmado, uno de los turistas—. Con esta fotografía y otras más, llenaremos el libro. (106-107)

Como si el escenario degradado y exotizante que Monchín acababa de mostrarles a los turistas no fuera suficientes, el cicerone decide enseñarles una última vista. En esta ocasión los lleva a los barrios pobres costeros de la ciudad, en donde según explica Monchín a los turistas los pobres ‘gozan’, “porque aquí, por lo menos, esta gente goza del aire del mar” (108). Como en la escena anterior, la imagen de carencia se ve amplificadas, en una grotesca hiperbolización de la miseria, gracias a la manipulación de Monchín.

—¿Quieren otra vista? —interrogó Monchín.
[...]

—Pues vamos a tomar algunas fotografías de ellos. Arréglenos otro grupo, Monchín. El cicerone escoge a unos cuantos mulatitos, los deja medios desnudos y les dice que se arrastren por el suelo; hace que un negrito, vistiendo solo un taparrabo, se suba a una palma de coco, y así los turistas, por conducto de Monchín, consiguieron las fotografías más groseras, unidas a la información más denigrante... (Martínez Álvarez 107-108)

Mientras Monchín salía de los barrios pobres con los turistas, se topa con Rosarito, una joven de la clase burguesa, cuyo carácter patriótico nos recuerda mucho al personaje de Luisa, quien expresa su desaprobación e indignación ante la actitud cómplice y permisiva de Monchín. Como portadora legítima de la mentalidad paternalista criolla (predominantemente masculina) que exaltan los novelistas, Rosarito increpa al jíbaro, indicándole que “el que tu traigas a estos señores por aquí, a mostrarles nuestras miserias, es indigno de un hijo de este suelo, Monchín” (109): “Así es, y a todos, la tierra debería tragárselos vivos. Ese es el gran defecto nuestro. Alabar lo ajeno y denigrar lo propio” (109). No obstante, dentro del paradigma nacional de la élite cultural de la época, generado en un marco social esencialmente masculino y vertical, es muy poco lo que pueden hacer los personajes femeninos, como Luisa o Rosarito —quien reconoce su limitada condición como mujer, al expresar “¡Si yo, en lugar de sayas, llevara pantalones!” (Martínez Álvarez 109)—, para cambiar las cosas e impartir entre las clases populares “un poco de dignidad nativa y un jirón de vergüenza y patriotismo” (109). Este acercamiento teórico a la psicología de la identidad nacional puertorriqueña y del carácter y comportamiento del colonizado —i.e. el aislamiento insular, la docilidad y debilidad de carácter, la actitud de resignación y fatalismo, el complejo de inferioridad, la ‘cultura de

vergüenza' ("shame culture") y otras 'patologías' constitutivas de la identidad del sujeto colonial isleño-, continuará siendo un motivo recurrente en los discursos sociales y culturales del país. Ejemplo de ello lo son los ensayos de Antonio S. Pedreira (*Insularismo*, 1934) y René Marqués ("El puertorriqueño dócil", 1960), y los trabajos críticos más recientes de Patricia Gherovici (*The Puerto Rican Syndrome*, 2003) y Frances Negrón-Muntaner (*Boricua Pop: Puerto Ricans and the Latinization of American Culture*, 2004).

Conclusión

La actual crisis económica que atraviesa Puerto Rico no sólo ha ocasionado un éxodo masivo del sector profesional (médico, educativo y técnico), sino también ha afectado a los sectores más vulnerables, como las comunidades de bajo recursos, los retirados y los envejecientes. Sin embargo, ésta no es una situación nueva e imprevista, sino la triste crónica de una situación anunciada. El 28 de julio de 1898, tres días después del desembarco de las tropas militares en la isla, el General Nelson A. Miles indica en su “Proclama” a los habitantes de la isla de Puerto Rico que los ‘nobles’ propósitos de la ocupación de las fuerzas militares estadounidenses eran ‘abolir’ (*overthrow*) la autoridad colonial y militarista de España en la colonia, traer ‘protección’ y ‘prosperidad’ a los habitantes y a sus propiedades, y conferir al pueblo las ‘garantías’ y ‘bendiciones’ de las instituciones liberales de los Estados Unidos. Apenas habían transcurrido dos años, cuando las abusivas leyes impuestas por el gobierno estadounidense en la isla ya habían comenzado a cambiar las opiniones de los habitantes, incluso de quienes habían respaldado inicialmente la invasión. Uno de estos fue el Dr. Julio J. Henna, quien apoyó en un principio la anexión y ya en 1900 se quejaba ante el Congreso por el fracaso de la invasión y el incumplimiento de las promesas realizadas: En palabras de Henna: “The occupation has been a perfect failure. We have suffered everything. No liberty, no rights, absolutely no protection... We are Mr. Nobody from Nowhere. We have no political status, no civil rights. That cannot go on very long”.

Más de un siglo después, el debate en torno al ‘98 continúa vigente. El 23 de diciembre de 2015, el actual Procurador General de los Estados Unidos, Donald B. Verrelli Jr., sometió un escrito (*amicus curiae*) al Tribunal Supremo de Justicia en el que se discute un caso sobre doble exposición penal (*double jeopardy*); es decir, si una persona convicta por el Tribunal Federal puede ser procesada por el mismo delito en un tribunal puertorriqueño. Basándose en precedentes legales que se remontan a más de un siglo, Verrelli concluye que esta cláusula (*Double Jeopardy Clause*) no es aplicable a Puerto Rico, dada su total ausencia de soberanía fiscal y jurídica. De acuerdo con Verrelli: “Puerto Rico exercises significant local autonomy, with great benefit to its people and to the United States. But it remains a territory under the sovereignty of the United States and subject to the plenary authority of Congress”. Este caso es una muestra de cuán poco ha cambiado el estatuto territorial de Puerto Rico desde 1898. Al día de hoy, la isla continúa estando sujeta a la autoridad plenaria y “suprema” del Congreso bajo la “Cláusula Territorial” de la Constitución de los Estados Unidos, en virtud de cual el Congreso tiene la facultad de determinar qué partes de la Constitución se aplican a los territorios. El informe de Verrilli, si bien trataba un aspecto legal muy específico, abrió viejas heridas y reavivó el interminable debate sobre el estatus colonial de Puerto Rico y el incierto futuro político y económico de la isla.

Al año siguiente, la Cámara de Representantes federal aprobó el proyecto 5278 que impone una Junta Federal de Control Fiscal con poder plenario sobre las finanzas del país, nombrada inicialmente por el Presidente Barack Obama. El proyecto de ley “PROMESA” (*Puerto Rico Oversight Management and Economic Stability Act*), encargado de supervisar la actividad gubernamental y financiera del gobierno local, tiene como objetivo reestructurar y saldar la deuda pública cercana a los 68,000 millones de dólares y acelerar el desarrollo económico de la isla. Al menos ésta es la retórica ‘eufemística’ y ‘altruista’ que enarbola el Congreso y que disimula

el verdadero problema de fondo: el fracaso del régimen colonial de Puerto Rico y su incapacidad para satisfacer las expectativas de un plan de desarrollo económico sustentable. En un momento en que la crisis fiscal llama a una revisión de la relación política entre los Estados Unidos y Puerto Rico, esta disertación propone un análisis crítico del contexto histórico del '98, que marcó el punto de partida de la larga historia colonial de la isla bajo el gobierno estadounidense.

El "*amicus curiae*" presentado por el Procurador General ante el Supremo y el proyecto de ley "PROMESA" son tan sólo las más recientes manifestaciones del paternalismo intervencionista de Estados Unidos en la región, iniciado en 1898, y que por más de un siglo ha mantenido a la isla de Puerto Rico en un estado perenne de sometimiento e indefinición política. En momentos como los que vive el país, en los que vuelven a sentirse con particular intensidad los efectos y las limitaciones que impone el colonialismo económico y político estadounidense, se hace imperante 'revisitar' los 'textos imperialistas' del '98 y estudiar sus implicaciones ideológicas y políticas, y sus consecuencias en el devenir político, económico y socioeconómico de la isla, cuyos efectos, como se ha visto, estamos todavía experimentando. El panorama de eventos antes descritos, entre otros muchos que han surgido y siguen surgiendo a diario, constituyó el pretexto que inspiró los primeros dos capítulos que componen la primera parte de esta investigación. En este amplio y heterogéneo catálogo de textos del '98, que ha sido poco estudiado, se configuraron los cimientos retóricos e ideológicos del nuevo orden imperial estadounidenses, así como algunos de los principios fundacionales de la política exterior de los Estados Unidos en Puerto Rico, muchos de los cuales siguen rigiendo las desiguales relaciones políticas y económicas entre las dos naciones.

Siguiendo esta línea de razonamiento, es importante estudiar la temprana respuesta cultural de los escritores puertorriqueños al dominio estadounidense. Con este propósito, dediqué los últimos dos capítulos al estudio de la narrativa contestataria que configuró la élite cultural puertorriqueña, principalmente en la novelística de principios del siglo 20. Desde un enfoque postcolonial, establecí una dialéctica entre los discursos 'oficiales' (textos imperialistas) y 'no oficiales' (novelas 'noventayochistas') en torno al '98 como una ventana para entender mejor las raíces y la naturaleza de la realidad fiscal y política del Puerto Rico de hoy. Este *corpus* de novelas 'noventayochistas', en cambio, todavía no ha sido cabalmente estudiado como un sistema ideológico cohesivo y unitario, primordialmente por causa de la dificultad que representa, en muchos casos, acceder a algunas de estas novelas, muchas de las cuales han sido relegadas al olvido por la crítica académica y las editoriales. Esta investigación se propuso realizar una relectura de las novelas de Ramón Juliá Marín y José Pérez Losada, dos escritores ya casi olvidados, con el propósito de darle una nueva vida e insertarlas en los debates históricos, políticos y culturales sobre el '98.

Bibliografía

- Albizu Campos, Pedro. "El nacionalismo puertorriqueño". *La conciencia nacional puertorriqueña*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1971. 58-61.
- Allen, Charles H. *First annual report of Charles H. Allen, governor of Porto Rico: Covering the Period From May 1, 1900 to May 1, 1901*. San Juan, Puerto Rico: Academia Puertorriqueña de la Historia, Fundación Puertorriqueña de las Humanidades; 2005.
- Amin, Samir. *Ending the Crisis of Capitalism or Ending Capitalism?* Oxford: Pambazuca Press, 2011.
- Anazagasty Rodríguez, José, y Mario R. Cancel. *Porto Rico: Hecho en Estados Unidos*. Cabo Rojo, P.R.: Educación Emergente, 2011.
- Ashford, Bailey K. *A Soldier in Science. The Autobiography of Bailey K. Ashford*. New York: William Morrow and Co., 1934.
- Austin, Oscar Phelps. *Uncle Sam's Soldiers: A Story of the War with Spain*. New York: D. Appleton and Co., 1899.
- Avilés Farré, Juan, María Dolores Elizalde Pérez-Grueso y Susana Sueiro Seoane. *Historia política de España, 1875-1939*. Madrid: Istmo, 2002.
- Ayala, Cesar J. *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1999.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bergad, Laird W. *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth Century Puerto Rico*. Princeton, New Jersey: Princeton UP, 1983.
- . "Hacia el Grito de Lares: estratificación social y conflictos de clase 1828-1868." *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Ed. Francisco A. Scarano. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1981. 143-185.
- Blanco, Tomás. "La isla de Puerto Rico y el continente americano". *Revista del Ateneo Puertorriqueño* 2 (1936): 212-225.
- . *Prontuario histórico de Puerto Rico*. San Juan, P.R.: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1955.
- Bourdieu, Pierre. "El espacio social y la génesis de las "clases"". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 3.7 (Sept. 1989): 27-55
- . *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. México: Taurus, 2002.

- Browne, George Waldo. *The New America and the Far East: A Picturesque and Historic Description of these lands and Peoples*. Boston: Marshall Jones, 1907.
- Buckle, Henry Thomas. *Introduction to the History of Civilization in England*. London: George Routledge & Sons; New York: E. P. Dutton & Co., 1904.
- . *Historia de la civilización en España*. Londres: Imprenta de Levey Robson, y Franklin, 1861.
- Bueno Martínez, Gustavo. *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial, 1999.
- Carroll, Henry K. *Report on the Island of Porto Rico; It Population, Civil Government, Commerce, Industries, Productions, Roads, Tariff, and Currency*. Washington: Government Printing Office, 1899.
- Chadwick, French Ensor. *The Relations of the United States and Spain: Diplomacy*. New York: C. Scribner's Sons, 1909.
- Coll y Toste, Cayetano. *La invasión americana en Puerto Rico*. San Juan, P.R.: [s.n.], 1974.
- Dávila-Cox, Emma. "Puerto Rico in the Hispanic-Cuban-American War: Re assessing 'the Picnic'". *The Crisis of 1898. Colonial Redistribution and Nationalist Mobilization*. Eds. Angel Smith and Emma Dávila-Cox. New York: St. Martin's Press, Inc., 1999. 96-127.
- Davis, Richard Harding. *The Cuban and Porto Rican Campaigns*. New York: C. Scribner's Sons, 1898.
- Denis, Nelson A. *Guerra contra todos los puertorriqueños: Revolución y terror en la colonia americana*. Nueva York: Nation Books, 2015.
- Díaz, Luis Felipe. *La na(rra)ción en la literatura puertorriqueña*. San Juan, P.R.: Ediciones Huracán Inc., 2008.
- . *Modernidad literaria puertorriqueña*. San Juan, P.R.: Editorial Isla Negra, 2005.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *El arte de bregar: Ensayos*. San Juan, P.R.: Callejón, 2000.
- . *La memoria rota. Ensayos sobre cultura y política*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1993.
- Dietz, James. *Historia económica de Puerto Rico*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1989.
- Dinwiddie, William. *Puerto Rico: Its Conditions and Possibilities*. New York: Harper & Brothers Publishers, 1899.
- Dolores Duque, María. "Los conflictos de la modernidad: la élite política en Puerto Rico, 1899-1904". *Revista de Indias* 57.211 (1997): 695-727.

- Draper, John William. *Los conflictos entre la ciencia y la religión*. Madrid: Biblioteca contemporánea, 1876.
- Dunne, Finley Peter. *Mr. Dooley in Peace and in War*. Foreword by Jacques Barzun. Urbana, IL: University of Illinois Press, 2001.
- Edwards, Frank E. *The '98 Campaign of the 6th Massachusetts, U. S. V.* Boston: Little, Brown, and Co., 1899.
- Fernández de Miguel, Daniel. *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*. Zaragoza: Genuève Ediciones, 2012.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán: Contra la leyenda negra*. Lérida, España: Universitat de Lleida, 1995.
- Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill, NC: U of North Carolina P, 1999.
- Fiala, Anthony. *Troop "C" in Service: An Account of the Part Played by Troop "C" of the New York Volunteer Cavalry in the Spanish-American War of 1898*. Brooklyn, N.Y.: Eagle Press, 1899.
- Fiske, John. "Manifest Destiny". *Harper's New Monthly Magazine* 70 (March 1885): 578-590.
- Fonseca Ariza, Juan. *Misioneros y civilizadores. Protestantismo y modernización en el Perú (1915-1930)*. Perú: Fondo Editorial, 2002.
- García Leduc, José Manuel. *Apuntes para una historia breve de Puerto Rico (Desde la prehistoria hasta 1898)*. San Juan, P.R.: Editorial Isla Negra, 2002.
- Gelpí, Juan G. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. Río Piedras, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2005.
- Gervasio, Luis García. "I Am The Other: Puerto Rico in the Eye of North Americans, 1898". *The Journal of American History* 87.1 (June 2000): 39-64.
- Gherovici, Patricia. *The Puerto Rican Syndrome*. New York: Other Press, 2003.
- Giddens, Anthony. *The Nation-State and Violence: Volume Two of a Contemporary Critique of Historical Materialism*. Cambridge: Polity Press, 1985.
- Girón, Socorro. "Ramón Marín y su tiempo". Introducción. *Las fiestas populares de Ponce*. Por Ramón Marín. San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1994. 11-56.
- Gómez Tejera, Carmen. *La novela en Puerto Rico. Apuntes para su historia*. Río Piedras, P.R.: Junta Editora, Universidad de Puerto Rico, 1947.

- González, José Luis. *El país de los cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1982.
- . *Literatura y sociedad en Puerto Rico. De las crónicas de Indias a la Generación del 98*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Greer, Margaret R., Walter D. Mignolo and Maureen Quilligan, eds. "Introduction". *Rereading the Black Legend: The Discourses of Religious and Racial Difference in the Renaissance Empires*. Chicago: UP Chicago, 2008.
- Guerra, Lillian. *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*. Chapel Hill, NC: U of North Carolina P, 2005.
- Hegel, G. W. F. *Hegel's Philosophy of Right*. Trans. S. W. Dyde. London: G. Bell, 1896.
- . *Lectures on the Philosophy of History*. Trans. J. Sibree. London: G. Bell and Sons, 1910.
- Herman, Arthur. *La idea de decadencia en la historia occidental*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1998.
- Hill, Robert T. "Porto Rico". *The National Geographic Magazine* 10 (1899):93-112.
- Hilton, Sylvia L. "La 'nueva' Doctrina Monroe de 1895 y sus implicaciones para el Caribe español: algunas interpretaciones coetáneas españolas". *Anuario de Estudios Americanos* 55.1 (1998): 125-151.
- Hyatt, Pulaski F. *Cuba: Its Resources And Opportunities: Valuable Information for American Investors, Manufacturers, Exporters, Importers, Lumber And Mine Operators, Wholesale And Retail Merchants, Employment Seekers, Prospective Planters, Professional Men, Sportsmen, Travelers, Railroad Men, And Others*. New York: J.S. Ogilvie Publishing Company, 1898.
- Iglesia Gómez, Ángel de la. "Estructura de la cultura en las sociedades industriales". *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 2 (1978): 71-86.
- Jackson, Andrew. *Andrew Jackson's Farewell Address*. N.p.: Rise of Douai, 2014. Web.
- Jaimes, Héctor. *La reescritura de la historia en el ensayo hispanoamericano*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2001.
- Juderías y Loyot, Julián. *La leyenda negra y la verdad histórica*. Madrid: "Rev. de arch., bibl. y museos", 1914.
- Juliá Marín, Ramón. *La gleba*. Ed. Fernando Feliú Matilla. San Juan, P.R.: La Editorial, Universidad de Puerto Rico, 2006.

- . *Tierra adentro*. Ed. Fernando Feliú Matilla. San Juan, P.R.: La Editorial, Universidad de Puerto Rico, 2006.
- Kaplan, Amy. "Romancing the Empire: The Embodiment of American Masculinity in the Popular Historical Novel of the 1890s". *American Literary History* 2.4 (Winter 1990): 659-690.
- Laguerre, Enrique A. "Un novelista olvidado: Ramón Juliá Marín". *Isla* vol. II, núm. 5, mayo (1940): 11-12.
- Le Riverend, Julio. "Problemas históricos de la conquista de América. Las Casas y su tiempo". *Casa de las Américas* 85 (Jul.-Ago. 1974): 4-15.
- Levis, José Elías. *Vida nueva*. San Juan, P.R.: Ediciones Puerto, Inc., 2007.
- Levy, Teresita. "La ciencia del tabaco en Puerto Rico, 1900-1940". *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*. 67.1 (2015): 1-12.
- Lewis, Gordon K. *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*. New York: Harper & Row, Publishers, 1963.
- Little, Leone B. "Senator Albert J. Beveridge and the Politics of Imperialist Rationale" (1972). *Graduate Thesis Collection*.
- Lipschütz, Alejandro. *El problema racial en la conquista de América, y el mestizaje*. Chile: Editorial Andres Bello, 1967.
- . *Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas*. La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1974.
- López-Baralt, Mercedes. *Sobre ínsulas extrañas: el clásico de Pedreira anotado por Tomás Blanco*. San Juan, P.R.: Universidad de Puerto Rico, 2001.
- López Giménez, Esteban. *Crónica del '98: El testimonio de un médico puertorriqueño*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1998.
- Loxley, Diana. *Problematic Shores: The Literature of Islands*. New York: St. Martin's Press, 1990.
- Mahan, Alfred Thayer. *Lessons of the war with Spain: and other articles*. Boston: Little, Brown and Co., 1899.
- . *The Influence of Sea Power Upon History: 1660-1783*. Boston: Little, Brown and Co., 1890.
- . *The Interest of America In Sea Power, Present And Future*. Boston: Little, Brown and Co., 1898.
- Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la literatura puertorriqueño*. Río Piedras, P.R.: Editorial Cultural, 1965.

- McKinley, William. *Speeches and Addresses of William McKinley: From March 1, 1897 to May 30, 1900*. New York: Doubleday & McClure Co., 1900.
- Meléndez, Edgardo. *Movimiento anexionista en Puerto Rico*. Río Piedras, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993.
- Middeldyk, Rudolph A. Von. *The History of Puerto Rico: From the Spanish Discovery to the American Occupation*. Martin G. Brumbaugh. New York: D. Appleton and Co., 1903.
- Miles, Nelson Appleton. *Serving the Republic: Memoirs of the Civil and Military life of Nelson A. Miles*. New York: Harper & Brothers, 1911.
- Millis, Walter. *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. New York: Viking Press, 1955.
- Moore, John Bassett. *The Monroe Doctrine, Its Origin and Meaning*. New York: The Evening Post Publishing Co., 1895.
- Moscoso, Francisco. *Agricultura y sociedad en Puerto Rico, siglos 16 al 18: Un acercamiento desde la historia*. San Juan, P.R: Instituto de Cultura Puertorriqueña; Colegio de Agrónomos de Puerto Rico, 1999.
- Murray, Melanie A. *Island Paradise: The Myth: An Examination of Contemporary Caribbean and Sri Lankan Writing*. Amsterdam-New York: Ropodi, 2009.
- Negrón-Muntaner, Frances. *Boricua Pop. Puerto Ricans and the Latinization of American Culture*. New York: New York UP, 2004.
- Ober, Frederic A. *Puerto Rico and Its Resources*. New York: D. Appleton and Co., 1899.
- Oldfield, John. "Remembering the Maine: the United States, 1898 and Sectional Reconciliation". *The Crisis of 1898. Colonial Redistribution and Nationalist Mobilization*. Eds. Angel Smith and Emma Dávila-Cox. New York: St. Martin's Press, Inc., 1999. 45-64.
- Olivares, José de. *Our Islands and Their People as Seen with Camera and Pencil. Introduced by Major-General Joseph Wheeler. Edited and arranged by William S. Bryan. Photographs by Walter B. Townsend*. St. Louis: N.D. Thompson Publishing Co., 1899.
- Ortiz, Fernando. "La «leyenda negra» contra Fray Bartolomé". *Cuadernos Americanos* 5 (Sept.-Oct., 1952): 146-184.
- Pabón, Carlos. *Nación Postmortem: Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. San Juan, P.R: Ediciones Callejón, 2002.
- Pedreira, Antonio S. *Insularismo*. Río Piedras, P.R.: Editorial Edil, Inc., 1992.

- Pico, Fernando, S.J. 1898: *La guerra después de la guerra*. San Juan, P.R.: Huracán, 2004.
- . *Al filo del poder: subalternos y dominantes en Puerto Rico, 1739-1910*. Río Piedras, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993.
- . *Amargo café (los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX)*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981.
- . “Deshumanización del trabajo, cosificación de la naturaleza: los comienzos del café en el Utuado del siglo XIX”. *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Ed. Francisco A. Scarano. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981. 187-206.
- . *Historia general de Puerto Rico*. San Juan, P.R.: Ediciones Huracán, 2006.
- . *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo xix (los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café)*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1979.
- Ponce Alcocer, María Eugenia. “El habitus del hacendado”. *Historia y Grafía* 35 (2010): 49-86.
- Quintero Rivera, Ángel G. “La base social de la transformación ideológica del Partido Popular en la Década del ‘40”. *Cambio y desarrollo en Puerto Rico: la transformación ideológica del Partido Popular Democrático*. Río Piedras, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1985.
- . “Clases sociales e identidad nacional: Notas sobre el desarrollo nacional puertorriqueño”. *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales (Coloquio de Princeton)*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1981. 13-44.
- . *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1981.
- . *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1988.
- Quiñones, Ferdinand. “Resumen histórico de los temporales en Puerto Rico”. *Acta Científica* 6(1-3) (1992): 165-170.
- Rabasa, José. *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*. México: Universidad Iberoamericana, 2009.
- . *Writing Violence on the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*. Durham: Duke UP, 2000.
- Rector, Charles H. *The Story of Beautiful Porto Rico: A Graphic Description of the Garden Spot of the World by Pen and Camera*. Chicago: Laird & Lee, 1898.
- Rickover, Hyman George. *How the Battleship Maine was destroyed* Washington, D.C.: Naval History Division, Department of the Navy, 1995.
- Rivero, Ángel. *Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico*. Río Piedras, P.R.: Editorial Edil, 1972.

- Robinson, Albert Gardner. *The Porto Rico To-Day: Pen Pictures of the People and the Country*. New York, C. Scribner's Sons, 1899.
- Rodríguez Castro, Malena. "Asedios centenarios: la hispanofilia en la cultura puertorriqueña". *Hispanofilia: arquitectura y vida en Puerto Rico, 1900-1950*. Eds. Enrique Vivoni Farage y Silvia Álvarez Curbelo. San Juan, P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998. 277-327.
- Rodríguez-Castro, María Elena. "Tradición y modernidad: El intelectual puertorriqueño ante la década del treinta". *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas* 3 (1987-1988): 45-65.
- Rodríguez Centeno, Mabel M. "Militares y cafetales: El trastrocamiento de la economía cafetalera puertorriqueña en tiempos de la invasión norteamericana". *Signos históricos* 6 (julio-diciembre, 2001): 147-171.
- Rodríguez Vallés, Nora L. "Seguro sueñas que estás en Puerto Rico, o sobre la historia del turismo en la Isla". *Revista Brasileira do Caribe*, vol. XV, núm. 29, julio-diciembre, 2014, pp. 93-120.
- Roosevelt, Theodore. *The Rough Riders*. New York: C. Scribner's Sons, 1899.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres*. Madrid: Imprenta de José del Collado, 1820.
- Russ, Elizabeth Christine. *The plantation in the postslavery imagination*. New York: Oxford UP, 2009.
- Salivia, Luis A. *Historia de los temporales de Puerto Rico y las Antillas, 1492-1970*. San Juan: Editorial Edil, Inc., 1972.
- Sandburg, Carl. *Always the Young Strangers*. New York: Harcourt, Brace & Co., 1953.
- Schwartz, Stuart B. "The Hurricane of San Ciriaco: Disaster, Politics, and Society in Puerto Rico, 1899–1901". *Hispanic American Historical Review* 72.3 (August 1992): 303–334.
- Shulimson, Jack. *Marines in the Spanish-American War, 1895-1899: Anthology and Annotated Bibliography*. Washington, D.C.: History and Museum Division, Headquarters, U.S. Marine Corps, 1998.
- Seeley, John. *War Games. Richard Harding Davis and the New Imperialism*. Amherst: U of Massachusetts P, 2003.
- Sejourné, Laurette. *América Latina. I. Antiguas culturas precolombinas*. Trad. Josefina Oliva de Coll. Madrid: Siglo XXI de España, 1971.

- Silén, Juan A. *Hacia una visión positiva del puertorriqueño*. Río Piedras: Editorial Edil, 1973.
- Silva Gotay, Samuel. *Catolicismo y política en Puerto Rico bajo España y Estados Unidos: siglos XIX y XX*. San Juan, P.R.: Universidad de Puerto Rico, 2005.
- . *Protestantismo y política en Puerto Rico, 1898-1930: hacia una historia del protestantismo evangélico en Puerto Rico*. San Juan, P.R.: Universidad de Puerto Rico, 1997.
- Silverblatt, Irene. “The Black Legend and Global Conspiracies. Spain, the Inquisition, and the Emerging Modern World”. *Rereading the Black Legend: The Discourses of Religious and Racial Difference in the Renaissance Empires*. Edited by Margaret R. Greer, Walter D. Mignolo and Maureen Quilligan. Chicago: UP Chicago, 2008. 99-116.
- Silvestrini, Blanca G. y María Dolores Luque de Sánchez. *Historia de Puerto Rico: Trayectoria de un pueblo*. San Juan, P.R.: Cultural Puertorriqueña, 1987.
- Sontag, Susan. *Sobre la fotografía*. Trad. Carlos Gardini. México: Alfaguara, 2006.
- Spencer, Herbert. *The principle of biology*, Vol. 2. New York: D. Appleton and Co., 1896.
- . *The study of sociology*. New York: D. Appleton & Co., 1874.
- Strachan, Ian G. *Paradise and Plantation: Tourism and Culture in the Anglophone Caribbean*. Charlottesville: U of Virginia P, 2002.
- Strong, Josiah. *Our Country: Its Possible Future and its Present Crisis*. New York: Baker & Taylor Co., 1885.
- . “The Preacher in Relation to the Expansion”. *Homiletic Review* 42 (July-Dec, 1901): 488-494.
- Tamarkin, Elisa. *Anglophilia: Deference, Devotion, and Antebellum America*. Chicago: U of Chicago P, 2008.
- Thayer, William Roscoe. *The Life and Letters of John Hay* (Volume II). Boston; New York: Houghton Mifflin Company, 1915.
- Thompson, Lanny. *Nuestra isla y su gente: La construcción del “otro” puertorriqueño en Our Islands and Their People*. San Juan, P.R.: Centro de Investigaciones Sociales, 1995.
- Tone, John Lawrence. *Guerra y genocidio en Cuba. 1895-1898*. Madrid: Turner Publicaciones S. L., 2008.
- Trask, David F. *The War with Spain in 1898*. Lincoln, NE: U of Nebraska P, 1981.
- Vélez Cipriano, Iván. *Sobre la Leyenda Negra*. Madrid: Encuentro, 2014.

- Weber, David J. "The Spanish Legacy in North America and the Historical Imagination". *The Western Historical Quarterly*, 23.1 (Feb. 1992): 5-24.
- Weber, Max. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. London: Routledge, 2001.
- White, Trumbull. *Our New Possessions. A Graphic Account, Descriptive and Historical, of the Tropic Islands of the Sea Which Have Fallen Under Our Sway, Their Cities, Peoples and Commerce, Natural Resources and the Oportunities They Offer to Americans*. Chicago, Illinois, et al.: Monarch Book Co., 1898.
- . *Porto Rico and Its People*. New York: Frederick A. Stroke Co., 1938
- Wilson, Edward S. *Political Development of Porto Rico*. Columbus, Ohio: Fred. J. Heer, 1905.
- Wisn, Joseph W. *The Cuban Crisis As Reflected in The New York Press (1895-1898)*. New York: Columbia UP, 1934.